

VÍCTOR CONDE

HERALDOS

DE LA LUZ



PRÓLOGO DE JOSÉ ANTONIO



Lectulandia

Mientras la batalla entre el Cielo y el Infierno llega a su punto culminante, tres jóvenes elegidos viven sin ser conscientes de su auténtico destino. Tanya compete en un concurso de talentos para demostrar que tras su *look* de Lolita hay un cociente intelectual muy superior a la media. Erik actúa como doble en las escenas más arriesgadas de una película de acción. Y Mauro subsiste como un *scene* inadaptado.

Una misteriosa joven llegará para advertirles de que corren peligro, y pronto Tanya, Erik y Mauro serán testigos de cómo el choque entre Luz y Oscuridad comienza a cobrarse víctimas de una forma terrible. ¿Qué podrán hacer ellos frente a esta espiral de violencia eterna?

Espectacular revisión de la mitología sobre ángeles y demonios, *Heraldos de la luz* sorprenderá a quienes se atrevan a asomarse a sus páginas con una historia sumamente adictiva que crece en intensidad hasta llegar a su deslumbrante final.

Víctor Conde

Heraldos de la luz

Los heraldos - 1

ePub r1.0

Titivillus 30.10.2019

Título original: *Heraldos de la luz*
Víctor Conde, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Thais, con amor.
Tu primer libro dedicado, pero no el último.

Nada de él se desvanecerá; sufrirá un cambio marino y se
convertirá en algo intenso y extraño.

W. Shakespeare, *La tempestad*.

For nothing is more precious than the time we haven't sold.

AMS.

PRÓLOGO

JOSÉ ANTONIO COTRINA

Bienvenidos a *Heraldos de la luz*.

En unas páginas comienza la acción, en unas páginas acompañaréis a Séfora y a Nínive en la búsqueda de los tres elegidos, tres muchachos cuyas vidas están a punto de cambiar para siempre. Pero ahora, prestadme atención, tengo un par de cosas que contaros sobre la novela que estáis a punto de empezar a leer y sobre el hombre que la ha escrito. Seré breve, lo importante está, ya digo, a sólo unas páginas de distancia.

Poneos en situación: Hay una guerra en el plano celestial, una guerra brutal que lleva milenios desarrollándose. Las huestes de la Isla de la Luz y el Abismo batallan sin cesar y su lucha, en ocasiones, afecta a las entidades mortales que habitan en el planeta Tierra. Es inevitable. Daños colaterales, ya sabéis.

Pensad ahora en ángeles y demonios, elementos tan habituales en tantas religiones y mitologías que todos tenemos una imagen común de cómo son. Tanto unos como otros están presentes en esta novela, por supuesto, son fácilmente reconocibles ya que, de entrada, cumplen a rajatabla con esa idea general de la que hablo.

De entrada.

Hay muchas cosas que Víctor Conde hace bien, pero hay una en particular en la que sobresale sobre otros escritores: la capacidad admirable de tomar elementos conocidos por todos y transformarlos, hacerlos nuevos, hacerlos suyos. Y esta novela que tenéis entre las manos es un ejemplo excelente de ello. Víctor retuerce a su antojo toda la mitología angelical y demoniaca; los elementos básicos están ahí, sí, el autor los usa como base donde cimentar la historia que nos quiere contar para luego jugar con ellos (y con nosotros) y redefinirlos y si a eso unimos su talento y la imaginación portentosa de la que siempre hace gala, entonces no es de extrañar que este libro esté repleto de

ideas soberbias, de imágenes poderosas que os harán detener la lectura para tomar aliento antes de continuar.

¿Creéis que exagero? Pensad en ello cuando lleguéis al momento en que Víctor Conde os describe cómo es el Infierno que imagina, ese Abismo que uno de los elegidos ve en un sueño que en realidad no es un sueño. Y ese Infierno no será el único punto con el que os logrará sorprender, os lo aseguro. El elenco demoniaco de la novela es magistral, esos lamaazu, ese desmodu... Poco tienen que ver también ellos con el concepto de demonio habitual.

Mención aparte merecen los protagonistas principales de la historia, tres adolescentes imperfectos, con sus personalidades perfectamente dibujadas por el autor. Tanya, una joven superdotada que viste siempre como una muñeca de porcelana y que elige su atuendo en consonancia con su humor; Erik, el intrépido especialista de cine, con la broma siempre a flor de labios y con mucha más rabia en su interior de lo que se puede apreciar a simple vista; o el más perturbador de todos ellos, Mauro, un joven de aire emo sobre el que parece pesar toda la angustia y el dolor del mundo. Son los elegidos. La guerra entre el Cielo y el Infierno ha llegado a un punto de inflexión y ellos son piezas claves en los acontecimientos por venir.

Y no me olvido de Séfora, otro personaje inolvidable. Un ángel que una vez fue humano y que ha consagrado su existencia junto a la de su inseparable compañera Nínive a la lucha contra el Abismo. Sobre ellas recae la responsabilidad de encontrar a los elegidos y prepararlos para las batallas por venir. «Se luchará tres veces, una en el mundo de los mortales, otra en la Isla de la Luz, y otra en el Abismo. Del resultado de las tres batallas dependerá el futuro de todo lo creado». ¿Estarán Tanya, Erik y Mauro preparados para ello?

Víctor Conde lleva ya unos cuantos años escribiendo y, además de haber conseguido en ese tiempo un currículum impresionante, se le nota el oficio y el buen hacer por los cuatro costados. Es un narrador nato que maneja como nadie los tiempos de la historia y los personajes. Se mueve en el fantástico como pez en el agua, sin importar demasiado qué temática toque, da igual que se enfrente a una historia de terror, a una *Space Opera* o a una fantasía urbana, su talento siempre le hará salir victorioso. Y para nosotros, sus lectores, pues no hay mejor victoria que la de disfrutar de una buena historia, de ésas que te hacen perder la noción del tiempo y el espacio mientras las devoras, y no hay duda de que *Heraldos de la luz* es una de ellas.

Si ésta es la primera novela suya a la que te acercas, estoy convencido de que repetirás experiencia. Víctor Conde es uno de los mejores escritores de literatura fantástica que tenemos en el país, y lo demuestra con cada historia que nos regala.

Ha llegado el momento. Poneos en situación. Ángeles, demonios y una guerra celestial a punto de llegar a su punto culminante. Tres jóvenes que ignoran su verdadera naturaleza, un ángel que los busca y un sinfín de demonios que pretenden darles caza. Así comienza *Heraldos de la luz*, en una ciudad cualquiera en un tiempo cualquiera, en una noche en la que todo, absolutamente todo, puede suceder.

Es hora de alzar el telón.

Dejaos llevar, confiad en el talento y la imaginación de Víctor Conde y preparaos para vivir una aventura fascinante.

LA EXTRANJERA

Una ciudad cualquiera. Un tiempo cualquiera.

Un segundo antes de que la joven apareciera en el callejón no había nada allí. Oscuridad. Destellos de una farola lejana. Una hoja suelta de periódico que había apelmazado la lluvia, aplastándola contra el suelo para que el viento no se la llevara. Un animalillo de las cloacas que se aventuraba a dar un paseo por el mundo exterior, buscando comida.

Nada importante.

Luego llegó la luz, el nimbo dorado que arrancó sombras a los cubos de basura y a la ropa tendida en las ventanas, que calentó y evaporó el agua de los charcos. Y cuando la luz se extinguió, una figura humana quedó en su lugar.

La muchacha no aparentaba más de veinte años. Llevaba el pelo revuelto, formando una crin de león detrás de su cabeza, y vestía algo parecido a un traje oscuro que se le pegaba mucho al cuerpo, una tela formada por diminutas piedras cosidas unas a otras. Tenía los pies descalzos, y agarraba con una mano un objeto pequeño, de plata.

Durante los segundos que pasaron después de su materialización, la joven, de piel muy negra y cejas espesas, pareció desorientada. Las náuseas hicieron que se inclinara para vomitar, pero nada salió de su estómago. Hacía días que no comía, y en ese momento se encontraba literalmente al límite de sus fuerzas.

Cuando logró controlar las náuseas, elevó la vista al cielo. Las paredes de los edificios se alzaban como centinelas mudos, vigilando lo que ocurría en los laberintos de callejuelas. La ropa tendida daba latigazos. Más arriba no se veían estrellas; nubes negras que amenazaban tormenta y el casual destello de un helicóptero eran los únicos elementos que transitaban el cielo.

La joven parecía inquieta. Cuando se sintió segura y supo que sus pies no la dejarían caer si intentaba andar, se apretó contra la pared y echó un rápido vistazo al exterior del callejón. Una amplia avenida sin coches se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Había pocos peatones, que se movían con prisa por ir de un lugar indefinido a otro. Nadie miraba a los demás a la cara. Los restos del periódico abandonado volaban entre las farolas.

—Es aquí... —murmuró la chica negra. El objeto que llevaba en la mano proyectó una suave luz rosada, y una figura parecida a una jarra se dibujó en la pared. La joven lo tapó con la mano, haciendo desaparecer la figura—. Lo sé —le susurró al objeto de cristal—. No nos hemos equivocado esta vez. Creo que estamos en el tiempo y en el lugar correctos.

Atrapó al vuelo una de las páginas del periódico. Estaba muy arrugada, pero pudo distinguir la fecha impresa en el cabecero.

Sonrió. Esta vez, el Maestro se había aproximado muchísimo al Tiempo de Cambios. Un nivel de eficacia inusual en él a pesar de su grandioso poder, había que decirlo. Eso significaba que los chicos aún estarían vivos, y que residirían en la ciudad que se extendía como un fantasma a su alrededor. Si se daba un poco de prisa, puede que los encontrase antes que...

Un ruido la alertó.

Provenía de las profundidades del callejón, pero no del suelo, sino de arriba, de los pisos intermedios del edificio. Cuando la joven buscó nerviosa el origen del sonido, distinguió con el rabillo del ojo unas sombras más negras que la oscuridad color sepia de la ciudad, una sinfonía de claroscuros que, como una bandada de pájaros, se movía a gran velocidad sobre su cabeza.

—Oh, no. Me han seguido.

El objeto que llevaba en la mano, un espejo de plata con forma de lágrima, resplandeció con intensidad. El resplandor trató de crear una campana de protección alrededor de la muchacha, sin conseguido.

—No, no, conserva tus fuerzas —sugirió ella—. Si nos atacan ahora estamos perdidos. Tenemos que encontrar el santuario y llevar allí a la chica.

El animalito que había abandonado la cloaca también percibió aquella tenebrosidad de negro sobre negro. Intentó volver a la seguridad de la alcantarilla, pero cuando desapareció en las tinieblas algo debió de agarrado. Algo que ni los entrenados sentidos de la muchacha estaban preparados para ver.

Un chillido agónico, y el animal dejó de existir.

La joven no se lo pensó dos veces. Intentó convocar por acto reflejo la máxima expresión de su poder arcano, su espada-signo, pero fue inútil. El

profundo dolor que sentía en el pecho era agotamiento. Si se empeñaba en materializar la espada, podría conseguirlo haciendo un esfuerzo que con toda probabilidad la mataría. Y no había llegado tan lejos para arruinado todo en los últimos metros.

Las presencias que intuía con su visión especial aún no se habían materializado, no se habían fabricado un cuerpo físico. Pero si podía sentirlos, es que estaban cerca. Y a veces bastaba con eso para que pudieran causar grandes daños, e incluso matar a los simples humanos con los que se tropezaban.

Su deber era evitado, así que abandonó el callejón. Se lanzó a caminar valientemente por aquella acera de una calle que nunca había visto, de una ciudad que no conocía, rezando porque aún tuviera tiempo de encontrar a la primera muchacha.

Si ellos la atrapaban, su misión no sólo habría fracasado, sino que la humanidad, como conjunto, como entidad, como promesa de futuro, también fracasaría. Se vería abocada a un final prematuro y terrible.

No pensaba dejar que sucediera. Para evitar el mismísimo fin del mundo, debía darse prisa.

Normalmente, aquel tipo de eventos se organizaban en el propio salón de actos del instituto. Pero un concurso de genios era diferente; se trataba de un acto más social que cultural, que servía para que los colegios e institutos (y sus respectivos ejércitos de padres) presumieran de los alumnos más capaces, exhibiéndolos ante el mundo para que todos viesen el gran nivel educativo que poseían.

El señor Velasco, coordinador de estudios del instituto de enseñanza secundaria Verdemar, se preparó mentalmente para este día durante los tres trimestres anteriores. No disimulaba cuando se frotaba las manos ante la posibilidad de un ascenso, anticipando el momento en que sus muchachos arrasaban en todas las materias, aplastando verbalmente a los empollones de los demás centros. Ahí va una andanada de matemáticas seguida por el fuego graneado de química, literatura y filosofía. Y si no habéis tenido suficiente, tomad una ración de metralla algebraica con apoyo aéreo de las ciencias sociales. Historia del arte sería lanzada del portaaviones en alerta cinco, si la conquista del trofeo iba mal.

Aquella noche prometía ser memorable, digna de ser evocada una y otra vez al calor del fuego, como las epopeyas de la Antigüedad. Sería la noche en

que lo premiarían con un ascenso a director regional de centros de enseñanza.

Y él estaría disfrutando al máximo del evento, de no ser por la presencia de Tanya.

Velasco sabía que en todos los cursos había una oveja negra, una uva podrida que, al meterla en la misma cesta que las sanas, acabaría por estropeadas. Todos los institutos del mundo eran así, y todos tenían a su Tanya Svarensko.

La muchacha era hija de un matrimonio ruso de emigrantes que se había establecido en el país cuando era un bebé. Sus padres, las pocas veces que acudían a las reuniones de tutoría, daban la impresión de ser buena gente: él, un trabajador de la construcción con manos grandes y callosas. Ella, empleada en una empresa de seguros y acostumbrada a hablar por teléfono todo el día, dominaba infinitamente mejor el idioma que su marido, y tenía unos ojos claros, grandes y sinceros, y un precioso pelo de alabastro que había heredado su hija.

No eran gente conflictiva, pero Velasco no se fiaba de los extranjeros (*si han tenido que abandonar su país de origen para venir a incordiar a éste, alguna razón tendrán*, era su dicho favorito).

Cuando matricularon a Tanya en el centro, el coordinador se olió problemas. La adolescente era contestataria, rebelde de una forma tranquila y elegante (es decir, no era una delincuente juvenil, pero tampoco había forma de meterla en vereda), y para colmo había abrazado una cultura urbana que hacía furor entre las chicas de su edad, y que a él lo sacaba de quicio. Se trataba de una moda importada del Japón que incluía modos de vestirse, de comportarse, de ir de compras e incluso de pensar, y que ellas llamaban indolentemente «Lolita».

Vergonzoso. No había otra forma de definirlo. Velasco se subía por las paredes cuando veía a aquellas niñas vestidas como si fuesen muñecas (¡muñecas de escaparate, de tienda clásica de pueblo!), con faldas por debajo de las rodillas y maquilladas con coloretes. Las observaba andando por los pasillos, reuniéndose para pavonearse delante de los chicos en la cafetería, o saliendo a la pizarra a resolver un problema haciendo vibrar sus kilómetros de encaje.

A Velasco le rechinaban los dientes. Al menos a los delincuentes los tenía calados; sabía por dónde iban los tiros y podía anticiparse a sus movimientos, llamando a la policía si era necesario. Pero a aquellas niñas que parecían fugadas de una película de Tim Burton... ¿cómo comprenderlas? ¿Cómo

prever los movimientos de un grupo cuyas reglas y motivaciones le sonaban completamente alienígenas?

Si hubiese disfrutado de completa libertad a la hora de dictar las normas del instituto (y eso sería una de las primeras cosas que haría cuando fuese director), pondría severas restricciones a la moda de las tribus urbanas, Lolitas incluidas. Y desde luego que la señorita Svarensko, con sus modales finos e inconformistas, estaría en el punto de mira.

Lástima que hubiera un «pero». Siempre hay un pero.

El problema era que Tanya tenía un cociente intelectual próximo al de los genios. Y para más inri, era su principal baza en la batalla de intelectos de esa noche.

Velasco no había podido dormir bien. Las bolsas que lucía bajo los ojos hablaban de una larga lucha contra la vergüenza, contra el miedo a que los jueces vieran cómo una Lolita chiflada se subía al escenario para arrebatarse el premio a los alumnos encorbatados de otro instituto. La niña estafalaria dejando en paños menores a los refinados lumbreras del colegio de enfrente.

Casi prefería no ganar el trofeo de genios, y permanecer así en un cómodo y resignado anonimato.

—Vamos, aparece ya —dijo para sí. Miró su reloj por octava vez, pero las manecillas seguían encalladas en la misma posición. Los chavales del equipo rival se habían subido al escenario del Palacio de la Ópera, donde tendría lugar el concurso, y se estaban sentando tras unas mesas en V.

El coordinador tembló de envidia al verlos: bien peinados, con traje y chaqueta ellos, pulcras y recatadas ellas, de modales exquisitos... Eran todo lo que debía ser un niño prodigio. Y sin embargo, a él no le llegaba la sangre al cuerpo pensando en cómo se presentaría su capitana de mesa.

—¡Señorita, no puede pasar! ¡Esa... esa cosa que lleva puesta va contra las normas!

La voz llegó clara desde los bastidores. Era un regidor de la televisión (el concurso iba a ser retransmitido por un canal independiente) al que alguien había sacado de sus casillas.

El coordinador cerró los ojos. Ya está hecho, pensó; sus peores temores se habían vuelto realidad. Resignado, fue a ver qué pasaba. Y el corazón casi se le cayó en pedazos.

Tanya se había presentado, un poco tarde como era habitual en ella, pero con todo el armamento cultural de las Lolitas. Si bien el aspecto con el que acudía a clase a diario era extravagante, en esta ocasión parecía haber

desempolvado todo el arsenal con el único propósito de que a Velasco le diese un infarto.

La joven era baja de estatura. Apenas levantaba un metro sesenta del suelo, pero irradiaba un aura que a la mayoría de los chicos les resultaba incómoda. Un aura de extrañeza, de no haber nacido para aquel lugar ni para ningún otro que se encontrase a un siglo de distancia. Al igual que su madre, tenía los ojos azules, y al igual que su padre, iba armada con esa mirada de Europa del Este que advertía de los peligros de subestimada.

Velasco le había pedido (qué demonios, se lo había suplicado, ésa era la verdad) que por una vez en su vida, y como signo de respeto hacia el sistema educativo, se vistiese de colegiala «formal». Con una camisa corriente, una falda sin encajes y un peinado que no requiriese cincuenta abalorios que recordasen los adornos de un cementerio.

Estaba claro que a Tanya la súplica le había entrado por una oreja y le había salido por la otra, sin encontrar la menor resistencia.

Llevaba un miriñaque de tela rígida que caía desde poco más abajo de su ombligo hasta pasadas las rodillas, rematándose allí con unas bodas que se llegaban a confundir con unos calcetines altos, al estilo japonés. Un corsé apretaba sus senos de adolescente convirtiéndolos en dos soles que emergían, pálidos, hasta tocar un collar de perlas negras. Sobre la cabeza llevaba un tul, y alrededor de las muñecas dos cintas blancas cuyos extremos colgaban hasta casi rozar el suelo.

Pero lo más impactante era el maquillaje. Tanya parecía haber sumergido su rostro en yeso, para pintarse después unas ojeras encima y unas sombras que afeaban un poco su cara, pero que le daban un aire de muerte en vida que se conjugaba muy bien con el vestido. En conjunto parecía un espectro salido del *Cuento de Navidad* de Dickens, o de una película sobre polichinelas góticas.

La impresión fue demasiado para él. Velasco se apoyó en una pared, no fueran a abandonarle las fuerzas.

—¿Pero qué has hecho? —le gritó en susurros—. ¡Mírate, por Dios! ¿De qué vas disfrazada?

Ella le dedicó una mirada de asco.

—No es un disfraz. A mí me gusta ser así.

El coordinador sabía que era una batalla perdida, así que relajó el tono y trató de razonar. Sólo eso, razonar. No era demasiado pedir.

—Mira, Tanya, no es el momento ni el lugar, pero... Por favor, por todo lo que es sagrado y lo que más valoras de tu instituto, de tu enseñanza o de

nuestra maldita civilización: cámbiate. Es un ruego personal. —Se rozó la cartera con el dorso de la mano—. Queda muy poquito para que empiecen, pero si... si hace falta, yo mismo te pagaré un vestido nuevo. Vamos al centro comercial de aquí al lado y te lo compro en un momento. Creo que aún no han cerrado.

La joven mantuvo su media sonrisa helada.

—¿Qué es lo que más le disgusta de mí, coordinador? —preguntó con calma.

—¿Que qué es lo q...? Mira, déjalo, no discutamos sobre esto ahora. No hay tiempo. —Señaló el cronómetro digital que marcaba los minutos que faltaban para que empezase el concurso—. No quiero que salgas ahí fuera como la sobrina de Eduardo Manostijeras. Acompáñame.

—No —dijo ella, tajante—. Usted quiere algo de mí. Y yo quiero algo de usted. Si desea que colaboremos, déjeme en paz o me iré a casa y me entretendré el resto de la noche quitándome el maquillaje.

Velasco la miró fríamente. Dada la diferencia en altura que había entre ambos, parecía un coloso a punto de aplastar a una mosca.

—¿Qué es lo que quieres de mí, pequeña extorsionadora? —se arriesgó a preguntar.

—Respeto.

—¿Hablas en serio? —rió—. ¿De verdad quieres que alguien te respete vestida así?

—Usted verá. Lucharé por el instituto y por su ascenso si quiere, pero o lo hacemos a mi manera o... —Abrió apenas su bolso (también de época) para mostrarle el desmaquillante.

Velasco se llevó las manos a lo poco que le quedaba de cabello, pero se resistió a darse tirones. Ya se gastaba una fortuna en fortificantes para el pelo como para estarse arrancando mechones por gusto.

El contador digital estaba a punto de llegar a cero. El regidor hizo unas señas a un técnico y las luces del techo se encendieron. El público, principalmente padres y amigos de los participantes, abarrotaba las sillas del paraninfo. Las mesas estaban llenas de chicos impacientes, a excepción del lugar que ocuparía Tanya.

Sus compañeros de clase se miraban confusos. ¿Por qué no estaba allí la duquesa rarita del saber? ¿Acaso les iba a fallar su principal arma secreta?

—OK, OK, está bien —claudicó Velasco, y fijó la vista en algo que volaba por encima de él. Tal vez los restos de su carrera—. Tú ganas. Sal. Pero por lo que más quieras, no falles ni una sola pregunta —le advirtió.

Tanya asintió. Localizó a sus padres en una de las filas de atrás, emocionados y tratando de disimular la cámara con la que lo filmarían todo, y les dedicó un saludo mientras salía al escenario para ocupar su puesto. Risas mezcladas con exclamaciones de asombro y unos pocos aplausos la recibieron. Velasco sintió cómo esas risas se le clavaban en el alma, pero a la chica no parecían importarle. Es más, parecía estar por encima de las opiniones que esos desconocidos tuvieran sobre ella.

Las luces se atenuaron. El público se fue callando y un pesado silencio cayó sobre el Palacio de la Ópera.

El regidor dio la señal, y la exhibición de la flor y nata de los institutos comenzó.

La joven de piel oscura brillaba bajo las farolas por la capa de sudor que cubría su rostro y sus brazos. Un coche del que salía una música estruendosa la cegó por un momento con los faros, derrapó y siguió de largo entre risas manchadas de alcohol.

Las nubes seguían arremolinándose en el cielo, formando algo muy parecido a un vórtice.

Ya quedaba poco, lo intuía, pero estaba casi al límite de sus fuerzas, y aunque lograra encontrar a la elegida antes que sus enemigos, eso no garantizaba nada. Que estaría a su lado cuando muriera y poco más. Tenía que ceñirse al plan hasta que éste saltara por los aires, y luego improvisar.

Las nubes eran la clave. El vórtice se estaba creando sobre un edificio de la siguiente manzana, una especie de teatro en el que brillaban unas luces muy potentes.

Ése es, dijo entre dientes; vamos, está muy cerca...

Una risa aguda e inhumana llegó desde el extremo opuesto de la calle. No lo había soñado: eran ellos. Al volverse en redondo, presa del pánico, distinguió unas siluetas que la vigilaban desde la acera opuesta. Eran seis, delgadas, imposibles de separar de la oscuridad que las rodeaba como un halo. Sin miembros extra aparte de los estrictamente humanos.

Y la estaban mirando fijamente.

La muchacha apretó contra su pecho el espejo y forzó a sus doloridas piernas a moverse, más, más deprisa. Había gente en los alrededores de aquel edificio: paseantes casuales, curiosos, tal vez un guarda de seguridad. Si gritaba la oirían, y el habitual impulso de prestar ayuda de los mortales haría que alguien acudiese a echar un vistazo.

Eso si ellos no le cortaban el paso.

Miró por encima del hombro. La esquina donde habían aparecido los seis estaba vacía.

Maldición.

No supo cómo, pero una cantidad indeterminada de jadeos, imprecaciones y gemidos de dolor más tarde llegó a las escalinatas del edificio. Sobre la doble puerta principal colgaba un cartel inmenso que proclamaba

PALACIO DE LA ÓPERA
ESTA NOCHE: GRAN GALA DEL SABER
¡CONCURSO DE GENIOS!

en grandes letras doradas. La joven se apoyó en los primeros escalones, simulando haber corrido varios kilómetros, y miró a la calle vacía.

Seguía sin haber el menor rastro de sus perseguidores. Pero que estaban allí, en alguna parte, era lo único por lo que en ese momento podría haber apostado su vida.

Un guarda nocturno se acercó a ver qué le pasaba.

—¿Se encuentra bien, señorita?

El idioma que usaba el mortal se le antojó incomprensible. El espejo, notando el problema, gastó una pequeña pero vital parte de su esencia en alimentar el cerebro de su dueña con todos los idiomas de aquel planeta, hasta los que se consideraban lenguas muertas, para que no volviera a encontrarse en semejante apuro.

Ella, traduciendo la frase del guarda de su recuerdo, dejó escapar un silbido.

—Eh... ¿disculpe? ¡Ah, se refiere a mí! Bien, estoy bien, es sólo que... — se frotó las piernas—, no me gusta volver a casa sin haber superado mi récord de diez manzanas. A veces cuesta.

—¿Sale a hacer *footing* en una noche como ésta? —se asombró el hombre—. ¿Con esa ropa? —La miró a los pies—. ¡Y encima descalza!

Vaya, ahora un problema cultural. La vestimenta de piedras cosidas no se parecía a lo que fuera que usasen aquellas personas para hacer ejercicio. Y para colmo, todos usaban zapatos.

Trató de arreglarlo.

—Este... sí, es un poco chocante al principio. Es que me entreno para un tipo especial de carrera. Una modalidad dura, con un nombre muy... muy extranjero. Y sus reglas... —sacudió la mano de arriba abajo, con cara de fastidio.

El guarda puso los brazos en jarras. La joven se fijó en que llevaba una porra como único armamento. Malo.

—Está bien, tómese un descanso, pero en cuanto se sienta mejor continúe. No puede ocupar las escaleras.

—De acuerdo, señor, muchas gracias. Por cierto —preguntó con suspicacia—, ¿qué se celebra? —Señaló el cartel.

—Oh, ¿esto? Nada, una minucia. Un concurso de talentos juveniles o algo así. Cosas de la administración.

—Ah. ¿Y se puede entrar?

—No, es imposible. Hace falta estar invitado. Además, está la tele.

—Lo comprendo, pero es que yo...

El hombre interpuso las manos entre ambos, como un puente levadizo.

—Esta discusión acaba aquí, señorita. Ahora despeje, si es tan amable, porque si no... yo...

Su expresión cambió gradualmente, de intolerante y enérgica a afable.

El espejito estaba brillando otra vez.

La muchacha lo tapó con las manos, preocupada, pero el hechizo ya estaba hecho. El guarda le dedicó su mejor sonrisa y la acompañó hasta la puerta.

—Le pido mil perdones, no sé en qué diantre estaba pensando —se excusó—. Normalmente no dejamos entrar a nadie una vez se cierran las puertas, pero en su caso por descontado que haremos una excepción. Si es tan amable...

Entreabrió una de las hojas y casi hizo una reverencia cuando ella pasó. La muchacha se vio sola en un recibidor inmenso, con arañas de cristal colgando de un techo abovedado.

En cuanto el guarda cerró la puerta se puso el espejo ante la cara y le lanzó una mirada furiosa a la imagen reflejada. No era la suya, sino la de una anciana que, a pesar de aparentar más de un siglo, seguía conservando una esplendorosa melena rubia.

—¡No hagas esas cosas, estás demasiado débil! —le espetó, irritada.

Era necesario. Estaban a punto de acorralarte —susurró una voz en su mente.

—No. Vuelvas. A. Hacerlo —silabeó, y ocultó el espejo debajo de su camisa.

La respuesta del espejo le llegó amortiguada:

*Sabes muy bien que soy prescindible, Séfora. Lo único que importa es salvar a los muchachos. En último extremo, sacríficame y obtendrás una

última inyección de energía. Eso podría salvarte la vida.*

Séfora no se dignó a contestar. Por supuesto que conocía la existencia de ese as en la manga, pero ni aunque fuese el último recurso sobre la Tierra pensaba emplearlo. No mataría a su mejor amiga para salvarse.

Unos aplausos atenuados llegaron desde detrás de la siguiente puerta. La joven se acercó de puntillas y giró el pomo.

Se sorprendió al ver lo grande que era el paraninfo, y lo lleno que estaba de humanos. Cientos de cabezas miraban hacia una especie de estrado en el que había dos largas mesas. Sentados a su alrededor aguardaban dos grupos de diez jóvenes, de una edad similar a la de su objetivo.

En una pantalla se iluminaron unas letras, y uno de los chavales pulsó el timbre.

—Responderá el equipo del Instituto Cospedal —dijo una voz femenina por los altavoces.

Las cámaras apuntaron al chico, que se levantó, orgulloso. Una azafata le pasó un micrófono.

—La pregunta es: dentro de la célula, ¿qué es el citosol? Mi respuesta: un gel de base acuosa donde se producen muchas de las funciones más importantes del metabolismo celular.

Un panel cambió del 49 al 50, y el público aplaudió. Incluso se escuchó una alegre musiquita.

Séfora sintió un repentino arrebató de nostalgia. Había estado separada del mundo demasiado tiempo como para entender plenamente lo que veía, pero aquella escena le hizo recordar uno de los últimos momentos de su vida terrenal, cuando no era más que una vendedora de fruta en Fanar, el barrio griego de Constantinopla. Fue pocos meses antes de que la ciudad cayera en manos de los cruzados. Ya ni recordaba qué año era, pero sí la alegría que transmitían los actos en los que participaban los niños en el foro. La gente se reunía para verlos cantar, recitar poemas o jugar a la pelota, y les aplaudía cuando alguno hacía algo especialmente sobresaliente. Los vendedores ambulantes como ella acudían a la cita y se mantenían cerca de los padres, por si alguno quería comprar fruta fresca. Aún recordaba el chispeante sonido de los tremisis de electro cayendo en su bolsa, la moneda de la época, contrapunteado por la alegre risa de los niños.

Qué recuerdos. Pero eso había sido antes de que la Figura Alada irrumpiera en su vida para prevenida de la invasión, claro. Y de que todo su mundo cambiase de la noche a la mañana.

Se fijó en el marcador de puntuación: cincuenta frente a cincuenta. Los equipos estaban empatados, y por la tensión que se leía en sus rostros (y en los de los padres parapetados tras docenas de cámaras de vídeo), Séfora dedujo que el evento estaba llegando a su fin. Era una buena noticia: en la confusión de gente levantándose y abandonando la sala podría acorralar mejor a su objetivo.

—Última pregunta —dijo la impersonal voz femenina. Y veinte adolescentes contuvieron la respiración.

Ni siquiera el maquillaje podía ocultar su ansiedad. Los participantes tenían prohibido acercar las manos a los botones de respuesta durante la formulación de la pregunta, así que Tanya tamborileaba con los dedos en sus rodillas. Miraba fijamente la pantalla, muy concentrada. El equipo del Cospedal era bueno, más de lo que había previsto. Pero tenían un defecto: pensaban demasiado deprisa. Los habían entrenado para contestar de manera eficiente y rápida, para ser computadoras de respuesta instantánea.

Pero claro, pensando rápido no tienes tiempo de valorar los posibles dobles sentidos de las preguntas, las trampas que puede ocultar una ambigüedad intencionada. Y ya habían tropezado con esa piedra en varias ocasiones.

El panel se iluminó por última vez. Quien diese la respuesta correcta se llevaría el trofeo a casa, y con él la gloria y las ayudas a su carrera.

Los ojos de Tanya se afilaron.

La pregunta era: ¿Podéis decirme cuál fue la disciplina artística que hizo famoso al serialista Byron?

Diecinueve manos se lanzaron a la vez a machacar los pulsadores. Una se quedó atrás, congelada sobre la pantorrilla.

El más rápido fue el capitán del equipo contrario, un muchacho con aire de saberlo todo-sobre-todo que cada vez que acertaba una respuesta miraba con desprecio a los de la otra mesa, como si cada punto fuese un clavo más en su ataúd. Al ver que era él quien agarraba el micrófono, un murmullo de decepción se propagó por las filas de padres.

—Mi respuesta es la siguiente —empezó, más seguro de sí mismo que nunca—: La disciplina artística favorita de Lord Byron era la poesía, con la cual se hizo mundialmente famoso. Se le considera uno de los autores más versátiles del Romanticismo, tanto que el argentino José Mármol inicia siempre sus poemas con epígrafes de Byron.

Aún no había terminado de hablar cuando los profesores del Cospedal se levantaron y empezaron a lanzar hurras. Los padres de los chicos también aplaudieron, por supuesto, y ya se estaban deshaciendo en abrazos y llamadas por el móvil a sus amigos para presumir de hijos...

Cuando la vigésima mano pulsó el botón de anulación.

Se hizo un silencio de sorpresa en el paraninfo.

Todos los ojos, incluso los de la espía que en aquel momento vigilaba desde la puerta, se posaron en la joven extraña del fondo, la que había acertado la mayor parte de las respuestas del concurso, salvo una tan obvia como la última.

El coordinador Velasco, que se mordía las uñas entre bastidores, renunció a su tratamiento capilar y se arrancó un buen mechón de cabello por la frustración, la sorpresa y el enfado. Al ridículo se añadía ahora el escarnio.

Tanya se tomó unos segundos para responder. Su madre le reprochaba a veces que era mala, que disfrutaba gastando pequeñas bromas y haciendo sufrir a la gente de su entorno... Pero aunque fuese así y acabara arrepintiéndose la mayoría de las ocasiones, aquel momento pensaba disfrutado.

—Un alumno del instituto Verdemar ha impugnado la respuesta —dijo la voz—. Tiene el turno de palabra la concursante número ocho. Si su alegato no es correcto, se restarán dos puntos a su equipo.

Tanya se puso en pie, alisándose la falda. Leyó el desdén en las caras del público; ¿quién es esta niñata que viene a discutir algo tan obvio como que Lord Byron era poeta?

Cogió el micrófono, carraspeó y dijo:

—En la pregunta no se hace referencia a ningún lord, ni a ningún romántico, pero sí a un «serialista». Lord Byron fue uno de los poetas más famosos de su tiempo, cierto. Pero quien fue pionero en el desarrollo del serialismo integral fue otro Byron, el compositor Milton Byron Babbitt. — Esto lo había dicho de cara a la platea, pero para la conclusión se giró lentamente hacia el capitán del Cospedal—: Y, sobra decirlo, su disciplina favorita era la música, no la poesía.

La pantalla también hizo sufrir a los asistentes, ya que se tomó su tiempo para adjudicar el punto, pero finalmente fue a parar a las arcas del instituto Verdemar.

La gente que hasta ese momento había permanecido callada estalló en una ola de aplausos, llantos y ovaciones que casi empañó el objetivo de las cámaras. Tanya le dedicó una reverencia dieciochesca a su competidor, que se

desplomó abatido en el asiento, y buscó primero a sus padres (estaban de pie, intentando hacer funcionar todavía la cámara digital) y a Velasco. El coordinador no estaba. Seguramente habrían tenido que sacarlo en camilla por la emoción.

También Séfora estaba emocionada, pero no por el resultado del duelo de intelectos, sino por lo que le mostraba el espejo: al volver la cara pulida hacia el paraninfo, la única persona de la multitud que se reflejó era aquella joven tan extravagante, la que parecía una niña vampira de paseo por el cementerio.

Ésa era su presa.

—¿Ella?

Se quedó pasmada. No se parecía lo más mínimo a la imagen que Séfora se había hecho de un elegido. Había venido buscando una jovencita recatada, de rostro y saber estar angelicales, con esa mirada tierna de las buenas practicantes de los Mandamientos. Y sin embargo, la elegida era aquella... aquel lo que sea, que no sólo no vestía al estilo de los santos, sino que había disfrutado con auténtica malicia al aplastar al equipo contrario.

¿Habrían depositado alguna vez los arcángeles su poder en una persona así de siniestra y agresiva? ¿Se habría equivocado el espejo al mostrársela?

No, mejor no preguntarle, o la rabieta de su amiga podría ser antológica. Cuando una tiene mil años nunca se equivoca, hay que aceptado.

En fin. Si aquella persona era una de las tres, el Maestro tendría motivos más que sobrados para elegirla, así que bienvenida fuera.

Cuando volvió hacia sí el espejo para preguntarle su opinión, algo más se reflejó en él. Detrás y arriba, trepando por el entarimado del techo con sus largas extremidades deformes, como si la gravedad no tuviese ningún poder sobre ellos.

Los seis. Iban a por la chica.

Los dientes de Séfora rechinaron. *Aquí no, por Dios, no con tanto público*, suplicó, pero ya era tarde. Tenía que entrar en acción y proteger a la muchacha, o lo siguiente sería el fin del mundo.

Séfora se concentró, buscó los restos de iluminación que pudiesen quedar sepultados bajo su disfraz mortal, y de su espalda brotaron unas amplias alas emplumadas.

EL PRIMER ENCUENTRO

Velasco no se había desmayado, pero le faltó poco.

Ni siquiera él se había percatado del doble sentido de la pregunta final. Desde luego, era una auténtica jugarreta de los organizadores del concurso, planificada con mala idea: en cuanto los chicos oyeron el apellido Byron, sus cerebros ubicaron inmediatamente al personaje más famoso que encajaba con él y desecharon todo lo demás. Por fortuna, la insolente Tanya se había mantenido en calma, razonando, y eso les había dado la victoria.

Pensó en salir al escenario para elogiada, como habría hecho con cualquier otro alumno, pero renunció a la idea. El objetivo de la noche estaba cumplido: ya podía dormir tranquilo, sin nervios ni estrés. Que lo relacionasen lo menos posible con esa chica era el siguiente paso.

Se ocultó entre bastidores y sacó un cigarrillo. Fumar era políticamente incorrecto en un hombre de su posición, por todo aquello de que un profesor tiene que mantener costumbres sanas de cara a sus alumnos (*qué tontería, se burló; como si ellos no fumasen de todo en la hora del descanso*). Tuvo que probar tres veces hasta que el mechero le dio llama, pero cuando la acercó al cigarrillo ocurrió algo muy extraño.

El fuego se volvió gris, irradió frío en lugar de calor y acabó congelándose.

Velasco contempló atónito el pequeño carámbano vertical en que se había convertido la llama. Al tocarlo con un dedo se partió, deshaciéndose en una nubecilla de escarcha.

—¿Pero qué demonios...? —farfulló. Entonces distinguió una figura que se movía en la oscuridad, una forma imprecisa que trepaba por las cuerdas de la tramoya. Esa semana, en el Palacio de la Ópera estaban preparando la primera de las cuatro partes que componían la prodigiosa obra *El anillo del nibelungo*, con vistas a un gran estreno el día del aniversario de la ciudad, por

lo que la parte interior de los bastidores era un caos de paisajes nórdicos, castillos y lagos encantados.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó, acercándose a la figura trepadora. No había motivo para tener miedo: al fin y al cabo, aquello era un teatro lleno de gente, con televisión y guardias de seguridad. ¿Quién se iba a colar en un lugar así para hacer algo malo?

El mechero estaba muy frío, como si el líquido del depósito también se hubiese helado. Lo tiró en una papelería y avanzó entre grandes telones pintados que colgaban de cadenas. Uno representaba un paisaje submarino, con un palacio de coral habitado por dríadas, y otro hacía referencia a un infierno poblado por las más espantosas criaturas.

A Velasco le ponía nervioso Wagner. Rememorando un viejo chiste de Woody Allen, cada vez que sonaban los compases de la marcha fúnebre de Sigfrido a él le daban ganas de invadir Polonia.

Pasó por debajo del telón submarino y comprobó que la ausencia de luz no le había jugado una mala pasada: allí había alguien, seguramente un tramoyista o un técnico de luces que hacía su trabajo. Estaba apoyado en el mástil del que colgaba la pesada tela. Lo curioso era que se mantenía en perfecto equilibrio, acuclillado sobre el travesaño, sin necesidad de agarrarse a la cadena que tenía justo al lado.

—Buenas noches, perdone que haya entrado —le dijo Velasco a la figura, que lo miraba en silencio. Comenzaba a darse cuenta de que había algo inquietante en ella, pero aún no sabía qué—. Es que me pareció oír algo, y quería saber si todo... en fin, si todo iba bien, ya me entiende.

La figura permaneció en silencio. Sus ojos absorbían todo el rojo residual de los focos.

A medida que Velasco se acostumbraba a la falta de luz, pudo distinguir más detalles de aquel rostro ovalado: carecía de pómulos, y tenía la piel cuarteada como si se hubiese quemado en un incendio. Las pupilas, grandes e iridiscentes, parecían las de una lechuza, no las de un humano, y no eran del todo redondas. En el lugar donde tendrían que haber estado las orejas sólo distinguía unas cicatrices de aspecto tumefacto.

—Esto... creo que será mejor que regrese con los chicos. Los padres querrán hacerse fotos, y... y yo... es mi deber estar...

Comenzó a recular cuando la bestia inclinó la cabeza hacia abajo. Lo que asustó a Velasco fue precisamente ese movimiento, un gesto totalmente inhumano, imposible de definir, como si aquel cráneo no estuviese unido al

cuerpo por unas vértebras, sino que pivotase sobre él gracias a un hilo muy fino.

La cosa emitió un siseo.

—Madre de Dios —murmuró Velasco, y echó a correr hacia la delgada franja de luz que marcaba el fin de los bastidores y el acceso al proscenio. Estaba a pocos metros; tan sólo había que dar unas cuantas zancadas para encontrarse a salvo bajo la luz, las cámaras, la alegría y la gente.

Por desgracia para él, esos pocos metros eran una eternidad cuando se trataba de huir de una de aquellas criaturas.

Tanya creyó ver por el rabillo del ojo cómo alguien se movía entre bastidores, pero no le prestó mucha atención.

Sus padres habían subido al escenario y la estaban abrazando, felicitándola y diciéndole cosas tiernas en ruso, mientras las cámaras de televisión giraban sobre los trípodes para enfocarla mejor.

Era una sensación embriagadora, eso de la fama y también incómoda. A ella no le gustaba ser el centro de atención, a pesar de su forma de vestir. Como a todas las amigas que tenía que practicaban algún tipo de subcultura urbana, lo que les interesaba no era destacar, sino luchar para que su idiosincrasia se aceptase como algo normal en la sociedad. Que la gente las mirase dos veces por los sentimientos y la belleza que transmitían, no porque les ofendiera su aspecto.

Uno de los efectos colaterales de saberse siempre observada era su capacidad de introspección. Era una virtud que había desarrollado durante los últimos cinco años, desde que se había metido en el mundo de las Lolitas por primera vez, y la agradecía mucho. Cuando una sabe que constantemente hay ojos clavados en su espalda, aprende a ignorar al mundo exterior, a crear una concha de silencio y concentración a su alrededor que la aísla del entorno. Hay gente que no puede ni leer un texto en voz alta si sabe que alguien le está mirando. Tanya no era así; ella podía apagar el interruptor del mundo en su cabeza y centrar la atención en lo que fuera que estaba haciendo. ¡Chas! Ya está. Nada más existe, sólo mis manos.

Ahora se sentía muy agobiada. La música alegre que sonaba por los altavoces comenzaba a sedimentarse en su cabeza. Le impactaban con fuerza los flashes de las cámaras, la cercanía de los micrófonos, las manos sudorosas que le daban golpes de felicitación en la espalda —algunos tan efusivos que le

hacían daño—, los arrebatados besos de sus padres y los pedacitos de maquillaje que le arrancaba cada uno.

Cuando todo ello empezó a ser angustiante, Tanya pulsó el interruptor. Concentró la vista en el infinito, sin fijarla en nada concreto. Los sonidos pasaron a un segundo plano en su mente hasta que se amortiguaron por completo. El aire volvió a fluir en los pulmones. De arriba. Hacia abajo. De arriba. Hacia abajo.

Tenía amigos que aseguraban que lo suyo era un problema de claustrofobia, pero se equivocaban. A ella no le molestaban los lugares cerrados. Es más, todo lo que fuese sombrío, tupido y enmohecido le producía cierta atracción. No, lo suyo eran más bien picos de agorafobia, el concepto opuesto. Cuando el mundo se volvía demasiado amplio para abarcado con una mirada y se llenaba de ruidos y de gente, necesitaba apretar el interruptor y apagado.

Fue precisamente ese estado de concentración absoluta lo que le permitió ver a Séfora.

Creyó que era un espejismo. ¿Qué otra justificación habría? Alzar la vista al techo del paraninfo, fijada en el infinito y disponerse a «generar» tranquilidad eran ejercicios fáciles. Pero ver pasar un ángel, uno de verdad, con un cuerpo humano situado en el nexo de dos grandes alas emplumadas de color blanco que batían perezosamente, casi a cámara lenta, era algo para lo que su mente racional carecía de explicación.

Así que un espejismo. Estupendo, estaba empezando a alucinar. O eso o se estaba muriendo, y el primer paso era ver ángeles.

Ese pensamiento logró inquietarla, pero no les comentó nada a sus padres. Sonrió estúpidamente y les devolvió unos cuantos besos que tenía en la recámara. De reojo siguió vigilando el techo.

La visión se prolongó por el espacio de un parpadeo. Luego, la figura del ángel (¡una mujer, y además muy joven!) se evaporó. En aquel techo lejano sólo quedaron unas lámparas LED que incomodaban si se las miraba fijamente.

El presentador del programa se le acercó y le plantó un micro justo delante de la nariz.

—Felicidades, señorita, gracias a usted su equipo se llevará el trofeo de los genios a casa —dijo con una sonrisa artificial—. ¿Se siente orgullosa?

—Pues... sí, supongo —respondió, tratando de quitarse aquel feo moscardón de plástico de delante de la cara.

—¿Cómo influirá esto en los méritos de su instituto? ¿Cree que haber ganado este concurso la ayudará en su carrera?

—Creo que será bueno para elegir universidad.

—¡Ahí lo tienen, hasta las muñecas van a la universidad hoy en día!

El presentador siguió encadenando chistes sobre muñecas y trofeos un rato más, mientras Tanya empujaba a sus padres fuera de la masificación de gente. Cuando lograron alcanzar un espacio despejado, les dijo en ruso:

—Por favor, papá, vámonos de aquí.

Su padre asintió, comprendiendo al instante lo que pasaba. Compartía una especie de vínculo de empatía con su hija, un vestigio de lo que todos los progenitores sienten hacia sus retoños cuando son todavía muy pequeños, prácticamente bebés, sólo que él se las había arreglado de alguna manera para extenderlo hasta la adolescencia.

Sacó punta a la mirada de emigrante cabreado con antecedentes penales que tanto asustaba a la gente, y se abrió paso hacia la salida, con su mujer e hija siguiéndole detrás como vagones de tren.

Por eso Tanya quería tanto a sus padres. Ellos entendían. Otras personas no.

Al salir se fijó una última vez en el pasillo que conducía a los bastidores de detrás del escenario. Creyó divisar otra vez la figura de una persona en el sitio donde había estado el coordinador, pero no podía ser él. Era ilógico. A aquella figura la estaban izando como a una bandera hacia los pisos superiores, pero tenía que ser un fardo, un saco de arena o algo así.

Nadie alzaría a un hombre de una manera tan violenta a menos que estuviese muerto.

Séfora cruzó volando el enorme paraninfo y se posó como un pájaro gigante sobre los adornos con aspecto de afloramientos de cristal que disimulaban los altavoces. No le preocupaba ser vista: cuando adoptaba la forma de ángel, cruzaba una línea metafísica que la hacía invisible a los humanos.

Ni ellos ni su tecnología basada en la electricidad y en las ondas físicas podían ver a las criaturas preternaturales. Así funcionaba el mundo desde el principio de los tiempos, y así seguiría hasta el final.

Pero una persona sí la vio.

Séfora se dio cuenta cuando pasó por encima del enjambre de padres y periodistas que rodeaba a los alumnos. Miró a su objetivo para comprobar que

estaba bien, y se la encontró con los ojos clavados en ella. Con una cara de incredulidad que demostraba que aquella mirada no había sido casualidad.

De algún modo aquella chica podía verla. Sabía que estaba allí, revoloteando por la sala como un gorrión herido.

Eso cambiaba muchas cosas.

En cuanto se posó contrajo las alas y se preparó para lo peor. El vuelo había servido para atraer la atención de los demonios, que con un poco de suerte se alejarían de la chica para perseguirla a ella, con lo que la humana ganaría un poco de tiempo. El odio que una especie sentía por la otra era tan primario, tan atávico, que a un demonio se le hacía casi imposible proseguir con una misión cuando tenía ángeles cerca, y viceversa.

Localizó con la vista a sus enemigos. Séfora no sabía mucho sobre los mil tipos diferentes de criaturas que poblaban los laberínticos pasadizos del Abismo, pero a estos sí se los había encontrado antes. Se llamaban a sí mismos lamaazu, una camada menor de demonios guerreros, una estirpe bastarda de guardianes del fuego.

No es que fueran muy poderosos, pero eran seis, y entre todos tenían probabilidades de apresar a una simple mensajera divina como ella y absorber toda su fuerza vital.

Séfora deseó que alguno de sus hermanos hubiese estado allí para ayudada. Unos pocos querubines habrían bastado para poner a esos simples lamaazu en su sitio. Incluso Vareel, con quien compartía el privilegio de las alas, un ángel de su misma antigüedad que había logrado alcanzar en tan poco tiempo el rango de exterminador, habría devuelto a su lugar de origen a aquellos seis peones sin esfuerzo. Pero era un deseo imposible.

Conocía demasiado bien los motivos por los que no podía solicitar ayuda. Lo que estaba sucediendo en ese momento en las difusas fronteras entre el Cielo y el Infierno era demasiado importante como para que las Huestes Celestiales abandonaran sus puestos de vigilancia. Incluso los ángeles de la guarda y otros entes permanentemente destinados a acompañar a los humanos habían sido llamados a regresar, para sumar sus fuerzas al conjunto.

Las criaturas de aquel pequeño y desvalido planeta llamado Tierra estaban más solas que nunca, pero no lo sabían.

Séfora supuso que los lamaazu irían directamente a por ella, tratando de rodearla para cortarle las vías de escape, y confiaba en que la capacidad de volar (su único as en la manga en aquel momento) la ayudaría a salir bien parada.

Pero no sucedió así.

Los demonios la miraron con un odio cerval, irreflexivo, pero no se lanzaron en su persecución. Por fortuna, tampoco fueron de inmediato a por la adolescente humana. En lugar de eso, adoptaron forma de agua y fluyeron por los intersticios de la pared, desapareciendo de la vista.

Estaban replegándose.

—¿Qué está pasando? —preguntó Séfora, aturdida.

La voz del espejo respondió:

Creo que han probado sangre humana. Están haciendo acopio de fuerzas para repartir esa esencia vital robada.

—¿Ya han cazado entre los humanos? Por los Arcontes, qué rápidos son.

Tienes que darte prisa y aprovechar esta ventaja. Cuando canibalicen entre todos la esencia de la víctima, adquirirán el poder para construirse cuerpos físicos. Entonces serán inmunes a nuestras armas.

Séfora asintió, preocupada. Las escasas armas de las que disponía un ángel de su rango, como su espada-signo, no servían contra la materia viva. Podía romper encantamientos, desligar fortunas, rasgar hechizos, fracturar la materia inerte y cosas así, pero la hoja de su espada atravesaría limpiamente la carne de un hombre, sin provocar daños.

Entendió el plan de los demonios: ellos no podían saber que Séfora estaba demasiado débil como para invocar su espada, así que estaban sacrificando algo de tiempo para hacerse físicos. De esa forma se volverían inmunes a sus poderes.

Eran listos. Pero ella también podía retornar a su estado humano por cortos periodos de tiempo. Eso era algo que tampoco sabían los demonios.

—La chica está saliendo. La seguiremos, y ya se nos ocurrirá algún plan.

Eso en sí mismo no es un buen plan, Séfora. ¿Lo sabes?

—Si se te ocurre alguno mejor, dímelo —rezongó, y siguió a corta distancia a la joven cuando sus padres y ella abandonaron el edificio y se metieron en un taxi.

El coche paró justo delante del portal del edificio. La familia de Tanya, que incluía a su abuelo, un periquito y dos gatos persas indistinguibles que siempre estaban acechando al pobre pájaro, no podía permitirse el lujo de vivir en una de esas casas unifamiliares tan bonitas que salían en las películas, con jardín y garaje y solarium y todos los lujos que se suponía formaban parte del «sueño europeo».

Vivían de alquiler en un piso de apenas cincuenta metros cuadrados en la zona obrera de la ciudad, que su padre había conseguido a buen precio gracias a un amigo del ramo de la construcción. Era estrecho, pero tenía una ventaja: estaba muy alto. El edificio era una torre con más de treinta años y veinticinco pisos de altura, que sobresalía como una espiga de cemento de la tundra de barrios que tenía alrededor. Ellos residían en el veinticuatro.

Para una adolescente soñadora y de alma inquieta como Tanya, la altura suponía una ventaja. Era hija única, lo cual había contribuido a forjar su carácter de una manera muy concreta. No tenía hermanos con los que competir por el cariño de sus padres, pero tampoco con los que jugar cuando se sentía sola. Sus padres se habían planteado en diversas ocasiones la conveniencia de agrandar la familia, pero un simple vistazo a la cuenta de gastos del mes bastaba para matar cualquier argumento: casi siempre llegaban con el agua al cuello al siguiente día de cobro, y eso siempre y cuando no hubiera que hacer esfuerzos económicos extraordinarios, como el cobro inesperado de un seguro o la matrícula del nuevo año escolar. Las esperanzas de tener una «parejita», un dúo niño-niña que diese un color distinto al hogar (y aportase un poco más de bullicio) caía por su propio peso en el absurdo. No había dinero, y ya está.

Ahí era donde la altura cobraba protagonismo. Tanya era de esas personas que llevaban un diario íntimo. Lo actualizaba todos los días a rajatabla, tuviese algo interesante que contar o no. Cuando le había sucedido alguna cosa curiosa o trascendente a lo largo del día, la resumía en unas pocas líneas y apuntaba también cómo le había afectado. Si la había hecho pensar, o si había cambiado su percepción de las cosas y de la gente de alguna manera... cualquier detalle era importante. Si no le había ocurrido nada digno de mención, sencillamente anotaba una poesía o un recordatorio para intentar ser más feliz al día siguiente.

Para escribir un diario de esas características hacen falta tres cosas: un bolígrafo, el diario en sí mismo (entendido como una libreta con suficientes páginas como para que ningún número del calendario se quedase fuera), y un lugar donde perder la vista en breves arrebatos de melancolía.

Tanya llamaba a ese lugar la atalaya. Era un pequeño alféizar que estaba situado en la parte de dentro de la ventana, no en la exterior. El arquitecto que diseñó el edificio había pegado los cristales a la misma línea de la fachada, para conseguir un efecto de lisura en la torre cuando se la miraba desde abajo. Eso dejaba los alféizares por dentro, y le proporcionaba un lugar donde sentarse a escribir.

Tanya se apoyaba contra la ventana, las rodillas dobladas en el pequeño hueco, y miraba desde arriba, desde su altísima torre de princesa de cuento, a la ciudad. Al mar de luces y estrellas titilantes que se extendía por debajo. Y soñaba.

Observar desde arriba una ciudad es un acto que siempre lleva aparejado cierto grado de magia. Es como si una gozase de un privilegio, como si estuviese de alguna manera separada de ese mar de edificios y de coches que se ven tan lejanos, de las personas diminutas y laboriosas como hormigas, y pudiera emitir un juicio cabal sobre todo ello.

Pertenecer a ese mundo de locos y a la vez contemplarlo desde lejos. Eso la hacía especial.

A veces, cuando no tenía nada que reseñar, se dedicaba a observar las calles, sus gentes, sus pálpitos, el irregular latido de la vida moderna. Podía localizar a alguien concreto que destacaba entre la masa y dedicarle unos versos, o ser incapaz de distinguir a las personas del amasijo de trajes grises, de esos que adornan la exclusividad en serie. Entonces los versos no eran para la gente, sino para la masa, la alienación del hombre perdido en la soledad de la muchedumbre, y Tanya se alegraba de ser tan diferente de todos ellos.

Así iba pasando día a día las páginas de aquel diario.

Esa noche tenía algo importantísimo que añadir. ¿Pero cómo hacerlo? *Querido diario, hoy he sido la protagonista en el concurso anual de genios, y he triunfado de una manera gloriosa, demostrándoles a todos (en especial a ese engreído de Velasco) lo increíblemente lista que soy.* No, demasiado pedante. Cuando revisase aquellas páginas amarillentas siendo una ancianita venerable, en su propia casa o encerrada en algún lóbrego asilo, no quería sentir lástima de sí misma, sino orgullo de cómo vivió su vida. Así que tenía que escribirlo bien, para no tener que imaginarse nada.

Y además, estaba el asunto del ángel.

Cada vez que pensaba directamente en ello se le antojaba ridículo, una alucinación producto del estrés. ¿Quién veía ángeles en la gran ciudad, por Dios? Sólo los locos o los que ya tenían un pie en la tumba. O los fanáticos religiosos que estaban tan metidos en el mundo del esoterismo que veían mensajes divinos hasta en la forma de las patatas fritas.

Pero es que había sido tan real... Tanya sabía que era imposible, que tenía obligatoriamente que ser un desfase entre lo que su cerebro quería ver y lo que veía en realidad, una borrachera de hormonas o de adrenalina. Pero si su cerebro la estaba engañando, lo hacía condenadamente bien.

Unos toques rápidos en la puerta del dormitorio. Por el soniquete, dedujo que era su padre.

—Pasa, me estoy desmaquillando —invitó.

La amable cara redonda de Illych Svarensko apareció en el hueco de la puerta.

—Hola cariño, ¿cómo te encuentras? ¿Estás mejor?

—Sí —suspiró ella, con la cara medio cubierta de desmaquillante. Generalmente se aseaba en su cuarto y no en el lavabo, para no tenerlo ocupado durante mucho tiempo y que los demás pudieran usarlo—. Gracias por sacarme de allí, papá. No sabes cómo te lo agradezco.

Su padre se sentó en la cama, en el edredón con el dibujo de los Nagomu, un sello de *j-pop* que ella misma había mandado hacer en una copistería, en una máquina de esas que imprimen cualquier foto sobre prácticamente cualquier superficie.

—¿Qué te pasó? ¿Te entró un ataque de ansiedad?

—Algo así. No sé cómo explicado. —*No, ni en broma te voy a contar lo del ángel por más que me gustaría. No quiero que mi propia familia me empiece a tildar de loca. Ya lo hacen mucho por ahí*—. Creo que fueron las cámaras, y toda esa gente. Demasiada presión.

—Te entiendo. Imagino por lo que debes estar pasando. —Se lo pensó un momento antes de contradecirse—. ¡Bueno, en realidad no! Ni siquiera llego a imaginar lo que es ganar un concurso de genios. Yo nunca fui tan listo como tú.

—Tú eres muy listo —se ofendió ella—. Muchísimo. Nos trajiste aquí y conseguiste que viviéramos en la ciudad. Yo no habría sido jamás tan inteligente como para haberlo hecho.

—Eso no es inteligencia, Tanya. Es astucia. Y voluntad pura y simple. Amor hacia la gente que depende de ti.

—¿Cuánto amor hace falta para perdonarle a tu hija que sea tan tonta?

—¿Tonta? —se asombró—. ¿Por qué dices que eres tonta?

Tanya se pasó una toallita húmeda por debajo de los ojos, arrastrando una morrena de maquillaje.

—Está claro que habríais preferido quedaros allí para charlar con los demás padres. Mamá siempre me está diciendo que nos hace falta más integración, más contacto. Y yo me empeñé en que huyéramos sin esperar siquiera al trofeo. —Suspiró—. Seguro que me habría tocado a mí recogerlo.

Illych le acarició la mejilla. Al despegar los dedos los tenía manchados de blanco.

—Tu madre y yo nunca olvidaremos el momento en que respondiste a la última pregunta. Fue genial. Siempre nos hemos sentido muy orgullosos de ti, pero hoy... hoy demostraste que ese orgullo no es el típico que sienten los padres por sus hijos. Tú eres realmente especial.

—Eso lo dicen todos los padres, que sus hijos son maravillosos y estupendos y bla bla bla.

—Pero yo lo afirmo con conocimiento de causa. Además, no te preocupes por la foto —rió—, al final no logramos hacer funcionar esa porquería de cámara.

Séfora volvió a localizados cuando salieron del Palacio de la Ópera.

Estaba el grupo completo, los seis, pero ya no parecían siluetas irreales de oscuridad. Tenían solidez, eran más tangibles y peligrosos que antes. Y olfateaban el viciado aire de la urbe como si pudieran encontrar rastros imposibles en sus efluvios industriales.

Claro que podían. Eran lamaazu.

Se pusieron en movimiento. Hacia el norte, en la misma dirección que tomó el taxi de la familia. Captaron su rastro con absoluta nitidez a pesar del tiempo transcurrido y la distancia.

Séfora tenía que llegar antes que ellos. Permaneció con las alas extendidas, a sabiendas de que cada minuto que pasara así sus exiguas fuerzas irían menguando. Pero los demonios se movían deprisa, empleando ese truco del que sólo ellos eran capaces y que los entendidos llamaban «enhebrar la oscuridad». Saltaban de sombra en sombra, cada vez más lejos, asomando la nariz al mundo real sólo para comprobar que iban por buen camino.

Séfora batió las alas en la dirección que indicaba el espejo, hacia esa fea y desconchada pila de viviendas de bajo nivel que la gente llamaba «rascacielos». En concreto, al piso número veinticuatro de la cara sur.

Allí estaba su objetivo, la muchacha rarita. Y ya era hora de que estableciese contacto con ella, o la perdería para siempre.

Tanya se dio una buena ducha, larga y relajante. No le importó gastar un poco más de agua de lo debido. Se frotó bien el cabello con su champú especial, permaneció un ratito bajo la canilla con el agua picoteándole en los hombros (qué éxtasis, qué masaje cálido, qué maravilla entre las maravillas) y salió del baño con una toalla como turbante.

Caminó desnuda por el pasillo hasta su cuarto (a excepción de su abuelo, que era un viejo verde confeso, no le importaba que los demás la vieran así), y abrió el armario. La ropa de estar por casa se mezclaba con un montón de modelos que hacían referencia a distintas tendencias de la cultura Lolita. Tenía siempre algo a mano de *Black Peace Now* para la tendencia que más respetaba, el *gothic*, pero no era lo único: había perchas reservadas para combinaciones de *Victorian Maiden* para cuando se sentía más clásica, y otras de *Chocochip* para los días en que su corazón era especialmente *sweet*.

Apartó los modelos recargados, eligió una bata estilo kimono y se dejó caer en la cama. Sí, había sido un día muy largo. Largo y complejo. Pero había que admitir, modestia aparte, que lo había sorteado con buena nota. ¡Un punto más para la adolescente del diario con el candadito en forma de gárgola!

Un movimiento veloz situó una cosa peluda y de dientes afilados a los pies de la cama. Tanya se llevó un susto, pero enseguida se tranquilizó.

—¡Bastet! —exclamó, enfadada—. Maldita gata silenciosa. ¡Bájate de ahí ahora mismo, que me llenas la sábana de pelos!

La gata obedeció, pero dio un pequeño rodeo por el lateral de la cama y se lanzó otra vez a sus brazos. Tanya la acunó como a un bebé y empezó a rascarle la barriga. Sabía lo que a ella le gustaba eso.

—Delincuente, sabes cómo extorsionarme —susurró, mientras el ronroneo de Bastet le hacía recuperar la somnolencia. Las gatas no sólo servían como compañía y para volverlos locos en los periodos de celo con los maullidos; también les daban alegría, y eran unas perfectas máquinas de generar sueño cuando una se sentía demasiado excitada para relajarse.

Sólo había que tumbarse y acariciarlas, y era como si alguien hubiese soltado una bomba de gas somnífero en la habitación.

Ahora era el momento de estarse muy quieta para que Bastet estuviese cómoda. Cualquier amago de su dueña por cambiar de posición sería interpretado por el gato como una orden de que se fuera, y Tanya prefería tenerla encima un rato más, disfrutando de su calor, de la suavidad del pelaje. Con cuidado, deshizo unos nudos en la parte de atrás de la cabeza, allá donde la gata no podía acceder con la lengua para asearse.

Echó un vistazo alrededor, a ver qué había quedado por casualidad dentro de su radio de acción. El escritorio y el portátil estaban demasiado lejos para llegar con el brazo, pero había un sobre sin membrete apoyado al borde de la mesa. Tanya alargó lo que pudo el brazo y pinzó la esquina con dos dedos.

Esa carta era muy importante para ella.

La olió. Luis era muy detallista para esas cosas. Sabía lo sensible que era para los olores, y siempre que le enviaba una carta procuraba espolvorearla con unas gotas de fragancia de nenúfar (su favorita) antes de meterla en el sobre. Una vez incluso probó a escribir con tinta perfumada, pero el almizcle le restaba consistencia a la tinta, y cuando Tanya fue a sacar el papel se encontró con una sopa de letras donde no se distinguía ni el membrete.

Le caía muy bien Luis. No había sido su primer novio ni, intuía, el último, pero tenía una manera de tomarla de la mano cuando salían juntos que le encantaba, una mezcla entre rudeza y respeto que ella juzgaba muy varonil. A Tanya no le atraían los hombres afeminados, los famosos metrosexuales; le gustaba que su chico tuviera despeinadas las cejas y vello por todo el cuerpo, que fuera un poquito feo pero a la vez comprensivo y amable. ¿Un atavismo cultural de la época de sus antepasadas, en que la frontera entre lo masculino y lo femenino no se había difuminado tanto? Podría ser.

Lo único que no aguantaba era que oliese mal. Luis no servía para estudiar. Había abandonado el instituto tras enfrentarse al primer curso en dos ocasiones con resultados lastimosos, y trabajaba en mecánica de coches, en el taller de su padre. Según el día, Tanya le exigía que se duchase hasta dos veces antes de quedar con él.

Lo adoraba. Era tan... osito. Un osito manchado de grasa, pero con orejitas tiernas.

Extrajo la carta del interior del sobre. La abrió pulcramente. Bastet volvió a ronronear.

Era una carta de amor. Luis se le había declarado hacía unas semanas, y la nube que aparece bajo los pies de los enamorados y les hace flotar por la ciudad, más que ir pisando el asfalto, aún no se había evaporado. Aquel simple papel atesoraba unos versos, tal vez demasiado sofisticados para un chico como Luis, pero sin la perfección del arte de un poeta profesional. Eso le demostraba que no se los había descargado de la Red, sino que eran genuinamente suyos.

Buscó sus estrofas favoritas:

*Carezco de padre, sólo cuento los días
fabrico mis nombres, y los abrazos de mis dichas
mientras tú sonrías yo canto
mientras conquistas el risco
mientras los leones del redil escapan
yo circunnavego los fiordos de otros soles
y mantengo calientes los lechos.
Pero si acometen con insistencia
los custodios de los pecados que quedaron*

*borrad sus nombres de la piedra
y dadles mundos en herencia.*

*Tiempo de decir adiós
a los pájaros y a las cerezas
a los tesoros encontrados bajo la arena
a la leche que mana de sus pechos
y alimenta el reflejo de las olas
y los ciclos de la noche.*

*Tiempo de saludar el nuevo día
a la musa de un pasado a veces triste
del cálido suspiro en añoranza
de un futuro lleno de esperanza.*

*Tiempo de vivir
de cantar lo que nunca fue imaginado
de jugar los juegos de la inmortalidad,
de bautizar con nombres de lirios
las luces que manchan con caminos
la desolación sin mácula del cielo.
¿Para qué, si no, vive el halcón
si no es para volar alto
y no regresar jamás a la arena?
¿Para qué existiría el cielo
si no existieran aquí abajo los sueños?*

Para qué existiría el cielo... sí, era una buena pregunta. Luis era el rey de las cuestiones vitales. Le gustaba hacerlo todo a lo grande: su amor llegaba a enormes brochazos, grandes pasiones, gestos definitivos. Cartas trascendentales.

Y a pesar de todo había algo que aún no le había contado. Un detalle que no funcionaba bien en todo ese gran teatrillo del amor. Pero hasta que no estuviese segura de qué era, prefería no preocuparlo.

La gata levantó una oreja, apuntando hacia la puerta. Luego le siguió el resto del cuerpo.

Parecía inquieta, pese a que Tanya no había oído nada raro. De fondo seguía el murmullo de la televisión (a sus padres les encantaban las series policíacas, de esas de científicos con gafas de plástico) y, en un segundo plano, la suave música folk del abuelo, que siempre escuchaba a solas en su cuarto.

—¿Qué ocurre, preciosa? ¿Has oído algo?

Bastet hizo un movimiento brusco. Se separó de la carta que Tanya sostenía en las manos como si le hubiese soltado una descarga. Mostró los colmillos, siseando como si se sintiera acorralada, y huyó a toda prisa de la habitación.

Tanya la siguió hasta el pasillo, pero la gata había desaparecido. Ahora que se fijaba, los sonidos tenían una cualidad extraña, como si el aire mismo los encerrara en laberintos efímeros.

—¿Papá? —preguntó en voz alta. No obtuvo respuesta, sólo el murmullo metálico de la televisión—. ¿Mamá, va todo bien?

Se hizo un doble nudo en el cinturón del kimono. Avanzó lentamente hacia el salón, pasando por delante de la puerta de su abuelo. Miró hacia abajo, y vio que un gas azul, muy frío, se filtraba por debajo de la puerta, como si el dormitorio estuviese a temperaturas bajo cero.

—¿Abuelo, estás bien? —Tocó en la puerta con los nudillos. De dentro sólo le llegó un ruido inclasificable, como si alguien raspase su brazo contra madera levantando astillas.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —murmuró. Preocupada, fue hasta el salón. El tenue resplandor de la pantalla se derramaba por el cristal esmerilado de la puerta que señalaba el final del pasillo. Su padre llevaba varios meses ahorrando para tirar a la basura el viejo chisme de tubo catódico, que pesaba lo que un elefante pequeño y ocupaba más o menos el mismo volumen, pero hasta final de año no habría nada que hacer.

Tanya empujó la puerta. Los goznes chirriaron.

No estaba preparada para lo que vio.

El televisor seguía encendido, desde luego, pero nadie lo estaba mirando. Sobre la pantalla se derramaba una pequeña tormenta de nieve electrónica.

Sus padres yacían recostados en los sillones, las manos apretadas contra los reposabrazos, el cuello echado hacia atrás y la boca muy abierta. Parecían cántaros que alguien estuviese relleno de niebla azul. Esa niebla se movía por la habitación con vida propia, introduciéndose por la garganta de sus padres al tiempo que emitía débiles arcos voltaicos.

Por un angustioso segundo, Tanya habría podido jurar que veía rostros en esa niebla, caras de ojos crueles que la estaban observando.

Lanzó un grito de espanto. Retrocedió en dirección a su cuarto, casi chocando con la misma puerta entreabierta. Sabía que tenía que hacer algo para ayudar a sus padres, liberarlos de... lo que fuera que les estuviese pasando. ¿Pero qué? Otra vez estaba ahí esa sensación de irrealidad, de haber perdido la certeza sobre las cosas que ocurrían en el mundo; la misma que la había sobrecogido cuando vio al ángel.

Tenía demasiado miedo para pensar con claridad. La única imagen que floreció en su mente fue el teléfono, seguida de la palabra «policía». *Tengo*

que llamar a la policía, al ejército, a la armada... que vengan inmediatamente, ¡todos!

La guía de teléfonos estaba en el armario de la tele, y no pensaba volver a entrar ahí. Pero su móvil tenía conexión a la Red. ¿Tendría página web la armada, con un número especial para emergencias? Marque 1-2-2 y le enviamos un portaaviones.

Reculando, tropezó contra una puerta que bloqueaba el pasillo y que antes no estaba abierta. La habitación del abuelo. Cuando Tanya miró dentro, se le encogió el corazón: no debería haber visto la niebla azul llevando en volandas al viejo como si fuera un fardo; no tendría que haber distinguido los detalles del rostro oculto en la niebla, ligeramente humanoide y a la vez preternatural; no debería haberse quedado paralizada cuando su abuelo, boqueando como un pez fuera del agua, intentó agarrarla para sumergida en la bruma, en el frío, en el olvido.

Fue Bastet quien le salvó la vida. La gata salió como un tiro del cuarto del viejo y pasó entre las piernas de su ama, haciéndola reaccionar. Tanya tosió cuando la niebla se le agarró a la garganta; obligó a sus músculos a moverse y se encerró en su cuarto, tiritando como si estuviera en la Antártida.

Parar. Pensar. Respirar hondo. No llorar. Que el corazón siga latiendo. Que la mente siga funcionando. ¿¡Qué demonios era eso!?

—Esa es la palabra que más se le ajusta, «demonios» —dijo una voz tranquila.

Tanya saltó como si le hubiesen hundido un clavo en el trasero. Se dio la vuelta para descubrir a la chica de las alas emplumadas que estaba apoyada en el alféizar de la ventana. Llevaba algo en la mano, una especie de espejito de plata o algo así, en el que se reflejaba el rostro de una anciana que no estaba presente.

Tanya trató de decir algo, pero de su garganta sólo salieron unos débiles gorjeos. Estaba a punto de desmayarse.

El ángel le tendió una mano.

—No podemos hacer nada por tu familia, pero tranquila, regresaremos por ellos. —Su sonrisa tenía un gran componente de sinceridad, pero también era apremiante—. Si todo va bien, les liberaremos de la posesión de los lamaazu. Pero primero tienes que ponerte tú a salvo, o todo se perderá.

—¿Los... los *qué*? —logró preguntar Tanya en un chillido histérico. En algún momento entre susto y escena de terror se le había caído de la mano el poema de Luis.

La puerta del dormitorio tembló, escarchándose. Alguien (o algo) estaba golpeándola desde el otro lado.

La mirada del ángel se endureció.

—No hay tiempo para discusiones. ¿Quieres vivir?

Tanya descolgó lastimosamente la cabeza en un amago de asentimiento.

—Pues coge algo de abrigo. Donde vamos hará frío.

LOS NIÑOS PERDIDOS

La escarcha se derramó por el dintel de la puerta, precediendo a los seres que entraron en la habitación. A la carrera, Tanya abrió la puerta del armario, cogió la primera chaqueta que vio y se acercó a la ventana. Las manos del ángel eran cálidas, pero rudas al mismo tiempo. La agarraron sin miramientos y tiraron de ella hacia fuera, hacia la nada que caía veinticuatro pisos a plomo hasta la calle.

—¿¡Qué haces!?! —se asustó Tanya. El pánico que le provocaban los entes que invadían su habitación, vestidos con los cuerpos de sus padres y su abuelo, le impedía hacer otra cosa que no fuera gimotear como un cervatillo recién nacido. Por la puerta no podían salir, así que sólo les quedaba una opción.

—No te preocupes, he hecho esto antes —dijo la joven de piel oscura, y agarrando con fuerza a Tanya de la cintura, se lanzó sin miedo hacia atrás.

—¡No! ¿Estás looooooooooo...? —... ca, sí, eso parecía, pero el mundo se había llenado de locuras y una más no importaba. El ángel y la muchacha del pelo mojado cayeron como pesos muertos durante lo que pareció una eternidad. El nudo del turbante se deshizo y la toalla desapareció; el pelo de la chica flameó prisionero de retorcidos vientos que azotaban el *smog* de la ciudad, creando diminutos vórtices al socaire del rascacielos.

Tanya tenía los ojos cerrados, pero las ráfagas que ocasionaban los balcones del edificio al pasar, a razón de dos o tres por segundo, le daban una idea clara de a qué velocidad estaban cayendo. ¿Qué aceleración hacía falta como mínimo para que dos cuerpos se hicieran pulpa al chocar contra la acera? ¿Lo consideraría suicidio el juez si todo se llenaba de plumas de ángel?

La boca de Tanya seguía abierta y emitiendo un prolongado grito cuando Séfora desplegó las alas, que había mantenido contraídas hasta ese momento,

y remontó el vuelo en una curva muy abierta. La presión de la gravedad dibujó ondas en sus mejillas.

Arriba, desde la ventana, sus padres miraron con ojos de marfil llameante al dúo. Con las manos, partieron esquirlas afiladas de la capa de escarcha y las lanzaron como cuchillos, profiriendo horribles gritos.

Las esquirlas volaron como proyectiles gélidos hacia ellas. Séfora vio por el rabillo del ojo que los puñales de hielo pasaban peligrosamente cerca, y de repente sintió un lacerante dolor en la espalda. Estuvo a punto de soltar a Tanya, pero la atrajo hacia sí y dio unas cuantas vueltas de campana.

El grito de Tanya aún no se había extinguido. Era increíble cuánto aire podían almacenar los humanos en sus pulmones.

La lluvia de puñales cesó cuando las chicas desaparecieron entre los edificios, zigzagueando entre azoteas y torres de telefonía que Tanya hasta ese momento había contemplado siempre desde abajo, a ras de suelo.

Qué distinta era la ciudad vista desde el aire. Incluso parecía otro lugar, no la misma aglomeración de cemento de toda la vida, que la había visto crecer y seguramente la vería morir.

A Tanya se le agotó por fin el oxígeno cuando el ángel se posó en la cúspide de un edificio. No estaba habitado, al menos durante la noche. Lo reconoció: era la torre de piedra y cristal de la Agencia Tributaria, una de esas construcciones de principios de siglo que albergaban enormes relojes en un tejado con forma de pico. Curiosamente, antes de que sus padres se mudaran a la torre donde ahora vivían, Tanya había contemplado con aire soñador aquella misma azotea y se había preguntado cómo sería vigilar desde arriba las calles, ver pasar a sus compañeros de camino al instituto, ver cruzar la vida como un elemento más del sistema de metros y autobuses.

Para su decepción, la azotea que había detrás del reloj era pequeña e incómoda, y estaba muy sucia. Costras de heces de palomas formaban un sedimento que se mezclaba con el freón de los aires acondicionados, generando manchas de óxido que llenaban toda una pared.

El ángel la depositó con suavidad en el suelo, y preguntó:

—¿Estás bien? ¿Te ha alcanzado alguna?

Tanya la miró en completo silencio durante unos segundos, se dio la vuelta y descargó el contenido de su estómago sobre una de las cajas de refrigeración.

Séfora puso cara de hastío mientras la humana se desahogaba. Trató de alcanzar con la mano al lugar de la espalda donde se le unían las alas, sin éxito. Estaba sudando.

—Había olvidado ese aspecto de la fisiología de tu especie —rezongó—. Qué asco. —Tanya no supo si se refería al sudor o al vómito.

La joven se secó la boca con la manga de la chaqueta, a falta de nada mejor, y miró con frustración a su salvadora. Aunque «captora», «invasora» y «asaltante» también eran adjetivos que podía aplicarle sin esfuerzo.

—¿Q... quién eres tú? ¿Cómo has...? —Señaló el espacio vacío entre los edificios con una mano temblorosa.

—¿Cómo he logrado volar hasta aquí a través de seis manzanas?

Arqueó las alas emplumadas hasta formar una cúpula sobre su cabeza, que la protegió de una fina llovizna. Con el extremo del ala derecha se rascó la parte superior del cráneo para aliviar un picor. Fue un gesto extrañamente animal, propio de un ave de presa gigante en lugar de un ángel del Cielo, que resultó turbador.

Tanya entendió que la respuesta era obvia. Pero eso no quitaba que hubiese otras mil preguntas haciendo cola.

—Eres real...

—Eso parece. Sorpresa.

—Mis padres... —se atragantó.

Séfora la miró con un aire de piedad divina, que la asustó más que nada en el mundo. Era la clásica mirada de los santos, de las estatuas piadosas de las catedrales. Una mirada de «las cosas son así, chica, y tienes que confiar en que mejorarán o te volverás loca».

—No voy a intentar suavizar lo que ha ocurrido, pero dentro de todo lo malo hay una buena noticia: los entes que han poseído a tus padres no les harán daño. Los mantendrán bajo su custodia hasta que den contigo, pero si todo va bien...

—¿El qué puede ir bien? ¡Mi vida es horrible! —gritó Tanya, arrebujándose en la chaqueta. El kimono que llevaba debajo estaba empapado—. ¡Demonios que poseen a mis padres! ¡Una chica voladora que me secuestra y me dice que mi vida está en peligro! ¡Maldita sea, ¿dónde se ha metido el mundo real?!

—Sé que es difícil de encajar. Me gustaría tener tiempo para explicarte con detalle qué está pasando, quién soy yo y por qué has sido elegida para sufrir este calvario, pero no puedo. No nos queda mucho tiempo. —Miró a la torre de apartamentos, que se difuminaba en la lluvia como un espectro borroso—. Ellos no pueden volar, pero siguen rastros con suma facilidad y pueden saltar de sombra en sombra como quien camina sobre las piedras de un arroyo. Dentro de poco estarán aquí.

—¿Quién... o qué son *ellos*? —preguntó Tanya, exasperada—. ¿Y qué... eres tú?

—Soy un ángel. Es obvio, ¿no? —Se dio un golpecito en una pluma que le brotaba del álula, haciéndola vibrar—. Seguro que alguna vez has oído hablar de nosotros.

La palabra, pronunciada en voz alta por primera vez, impactó contra la frente de Tanya con la contundencia de un martillo pilón.

Ángeles. Demonios. La mitología cristiana en carne y hueso, en alas y plumas, fuego y hielo. Realidad y fantasía entremezcladas.

—Por Dios bendito... —musitó, estudiando aquellas grandes extremidades de plumas blancas ribeteadas en un rojo granate. La lluvia, cada vez más densa, tableteaba en las planchas del suelo.

—Dios, claro. Ahí le has dado. Él es quien está al final de este camino. En realidad, es quien está al final de todos los caminos —comentó Séfora, aunque su expresión burlesca era un poco forzada. Se notaba que le dolía mucho la espalda, en concreto el espacio entre los omóplatos—. Nosotros, Sus agentes, llevamos milenios visitando vuestro mundo, haciendo cosas, tratando de desbaratar los planes del Otro. «Deshaciendo entuertos», como diría el Mío Cid.

—¿El... Otro? Oh —añadió, dándose cuenta de a quién se refería.

—Sí, siempre hay alguien que se opone a lo que la mayoría considera recto y puro. Él también envía a muchos agentes para afianzar su poderío sobre la humanidad. Es una guerra sin cuartel que lleva en marcha milenios, lo que vosotros llamaríais una guerra de desgaste sin principio ni final. Éste es sólo un capítulo más, solo que has tenido la mala suerte de que te afecte a ti.

Tanya había dejado de prestar atención a la lluvia, al frío, a todo lo que no fueran aquellas palabras. Un ángel le estaba diciendo a la cara, sin ambages, que a) Dios existe, b) por lo tanto, todo el elenco de criaturas de la mitología cristiana también, así como los lugares sagrados y las profecías apocalípticas de los libros, y c) la famosa guerra entre Cielo e Infierno no era un invento de poetas iluminados como Dante. Se estaba librando en esos mismos momentos, mientras ellas hablaban. Cobrándose eternas bajas en una carrera sin visos de acabar.

Y Tanya era un objetivo prioritario para una de las facciones, fuera cual fuese ésta.

Atrás, en un tiempo muy lejano y en un lugar perdido, había quedado la vida de una inocente joven que solía ganar concursos de genios y era el nuevo

orgullo de su instituto. Que tuvo una casa y una familia, y planes para salir ese fin de semana con su novio.

Quiso volver a vomitar, pero ya no le quedaba nada dentro.

—Me llamo Séfora, y te prometo que puedes confiar en mí —añadió la chica negra—. Fui enviada por mi Maestro para rescatarte, a ti y a los otros dos elegidos.

—¿Elegidos? —repitió Tanya. Qué poco le gustaba esa palabra, por las connotaciones que manejaba.

—Es... bueno, es una historia larga de contar. —Le mostró el espejo. Al ver el rostro de la anciana reflejado en la superficie, Tanya dio un respingo—. Ésta es Nínive, un espíritu guía. Y amiga y confidente, para más señas.

Aunque a veces te olvides de seguir mis consejos —le reprochó una voz. Tanya retrocedió un paso, chocando contra el borde de la terraza. También lo había oído.

—Tus consejos no son siempre la panacea —criticó Séfora, medio en broma. Luego se fijó en cómo le temblaban las piernas a su protegida—. Por los minaretes de Bizancio, ¡estás empapada! Hay que conseguirte ropa seca enseguida. —Se guardó el espejo en un bolsillo oculto del traje. Un bolsillo cuyo volumen parecía hundirse en otra realidad, porque no abultaba nada sobre la piel de Séfora—. No quiero tener que cargar con una bronquitis, además de con una niña asustada.

Lo siguiente fue otro rumor de alas, y más calles que pasaban a toda velocidad a (mucho) distancia bajo sus pies.

Tanya sentía el anhelado momento del desmayo cada vez más cerca, pero era como el clásico estornudo que se resiste a llegar.

Una fantasía típica de cualquier adolescente es tener un centro comercial enorme para él solo, desierto y cerrado, para poder entrar donde quiera y hacer lo que se le antoje.

Séfora estaba haciendo realidad esa fantasía.

El Promenade era el macro más grande de la ciudad. Durante el día, sus más de quinientas tiendas y sucursales de franquicias veían pasar un tráfico de gente que no disminuía ni a la hora del almuerzo. Por la noche, los bares, pubs, cines y boleras de la parte de atrás se convertían en un hormiguero, el lugar a donde había que ir si una deseaba pasado bien y mantenerse al tanto de las cosas que sucedían en la calle.

El colectivo de Lolitas solía frecuentar una cafetería de estilo japonés, el ParaPara, que les servía como lugar de reunión y cuartel general. Era también el nexo de unión de otras tribus urbanas de inspiración oriental como los *ganguro*, los *décora* o los escandalosos *bozosoku*.

Al pasar por delante de la puerta y verla cerrada, con los candados echados y las luces del interior apagadas, Tanya se sintió como una delincuente, una prófuga que se hubiera escapado de todas las rutinas y los moldes sociales para hacer cosas que ningún otro adolescente de la ciudad osaría hacer. De algún modo le gustaba, pero a la vez le preocupaba, porque no dejaba de pensar en que si ella estaba ahí, viviendo esa travesura, era porque un montón de cosas habían salido mal en las últimas horas.

—¿Cómo podéis hacinaros en sitios como éste? —preguntó Séfora, incómoda. No se sentía a gusto ni con la tecnología que la rodeaba ni con los rasgos identificativos de una cultura que había dejado de ser la suya hacía mucho.

—Yo... no creo... que estemos hacinados —tiritó la joven—. A nos... nosotros nos gustan... las aglomeraciones.

—Necesitas calentarte. Allí —señaló. Un escaparate mostraba las últimas tendencias en moda joven para la siguiente temporada. Había mucha ropa de invierno.

Séfora se acercó. Tanya no podía ni imaginar qué se proponía hacer, pero le advirtió:

—¡Cuidado! Este lugar está lleno de sistemas de alarma.

El ángel estiró la mano hacia la puerta, y ésta se abrió sin que sonara ninguna sirena ni se disparara ningún mecanismo. Tanya parpadeó.

—Mi gente es invisible tanto para la biología como para la tecnología de los humanos. Y tú, mientras te mantengas cerca, también lo serás.

Eso explicaba por qué las cámaras y las células fotoeléctricas que había en los pasillos aún no habían reparado en ellos, comprendió Tanya.

Contenta ante la posibilidad de quitarse aquel kimono húmedo y sustituido por un traje completo, con ropa interior seca y todo, entró en la tienda y dejó volar su imaginación.

Escogió una camiseta térmica, pantalones vaqueros con botas hasta las rodillas y una chaqueta nueva, muy ruta 66. Unos guantes de escalador cortados por la mitad del dedo y unos pendientes que refulgían como adularias completaron el conjunto. La imagen que le devolvió el espejo no se parecía en nada a la Tanya de verdad, la que parecía una muñeca gótica, pero a falta de algo mejor, serviría.

Antes de abandonar la tienda, abrió la caja registradora y rescató un buen puñado de billetes de cincuenta euros que aguardaba la visita del gestor. Ahora era oficialmente una delincuente, pero qué diablos, por una buena causa. Sus padres estaban en peligro, y ella no iba a ir por el mundo rescatándolos en bata y sin un céntimo en el bolsillo.

—Robar no es muy de ángeles que digamos —se criticó a sí misma. Séfora le guiñó un ojo.

—Lo devolverás todo, elemento por elemento y pieza por pieza de lo que has cogido, así que procura no estropearlo. Oye, quédate un momento aquí con Nínive —le pidió—. Saldré a comprobar el perímetro. Ellos podrían estar cerca.

—¡Espera, no me...!

Se fue sin darle opción a protestar. Había dejado el espejito sobre el mostrador de la tienda, como un elemento más de bisutería de los que llenaban los estantes.

Tanya contempló aquel pequeño objeto en silencio, casi con reverencia. No dejaba de repetirse a sí misma que lo que parecía un espejo cualquiera, ni más bonito ni más ornamentado que otro, aunque sí hecho de un material noble, era un artefacto divino. Una reliquia llena de un poder mágico que no alcanzaba a comprender, una prueba más de la existencia de un dios en el que hasta ese momento no había creído demasiado.

Es normal, no todos tienen la fe necesaria para creer sin ver. Es una cuestión de corazón, más que de voluntad.

Tanya logró mantenerse en una pose digna, sin retroceder ni salir corriendo por la invasión de la voz en su cabeza. Ya la había escuchado antes, pero eso no significaba que se hubiese acostumbrado.

—¿N... Nínive?

Que puedas oírme es un rasgo de tu naturaleza dual, querida niña. Para nosotros es una gran noticia, y lo será para ti en cuanto comprendas el alcance de lo que está pasando.

La joven se acercó al mostrador. Se apoyó de una forma casual, como si aquellos milagros no fueran con ella, y trató de aparentar calma.

—Tenéis que explicarme muchas cosas, pero Séfora no para de repetir que no tenemos tiempo. ¿Tiempo para qué, para salvar a mis padres?

*Tus padres estarán a salvo, aunque suene paradójico, mientras sigan poseídos por los lamaazu. Son un tipo de demonio cazador de baja categoría, pero Séfora está demasiado débil para enfrentarse a ellos. Eso los vuelve

peligrosos. Rescatar a tus padres y liberarlos de esa prisión espiritual es una de nuestras máximas prioridades, por eso puedes estar tranquila.*

—Demonios andando por la Tierra... Espera, ¿no significará eso que...? —se alteró.

No, el Apocalipsis aún no está cerca. O eso creo. De todos modos, mantente cerca de los túneles de Metro, por si acaso.

—¿El Metro? ¿Por qué, qué tendrá que ver el Metro con el Apocalipsis?

Es largo de explicar.

La joven meditó en silencio unos segundos. Si el espíritu no quería ahondar más en ese asunto, lo mejor sería cambiar de tema.

—Nínive, ¿qué le pasa a Séfora? No parece estar bien desde que salimos huyendo de mi casa.

Yo también se lo he preguntado, pero no quiere responderme. Ella es así, terca como una mula con alas. Pero por eso la quiero tanto. La terquedad es una de las características que la siguen uniendo a su herencia humana.

Tanya sopesó las implicaciones de esa frase.

—¿Quieres decir —preguntó, señalando el pasillo por el que había desaparecido el ángel— que ella es... o fue humana, como yo?

Hace ya tanto tiempo que ni siquiera Séfora recuerda todos los detalles, pero sí. Un emisario divino la salvó de una masacre en una ciudad antigua, y la reclutó para la Hueste, los ejércitos del Cielo que combaten al Maligno.

—Alucinante... —Tantos conceptos nuevos la fascinaban y mareaban a un tiempo. Tanya estaba comenzando a perderse al intentar descifrar las jerarquías que gobernaban la otra realidad, pero estaba aprendiendo tantas cosas y tan maravillosas que no quería parar—. ¿Es muy vieja, entonces? Quiero decir: lo de su ciudad, ¿sucedió hace mucho?

El rostro de la anciana compuso una expresión traviesa.

Digamos que cuando ella nació, los tuyos aún no habían fundado el lugar en el que estamos ahora.

—¿Te refieres a este centro comercial?

A esta nación.

Otra pausa. Tanya no sabía cuántas revelaciones poderosas sería capaz de tolerar antes de que su extenuado cerebro gritase «¡basta!». Pero había una cuestión muy importante, más que ninguna otra, que necesitaba resolver. Sospechó que sería también la más difícil de asimilar para una chica que, como ella, aún se sentía demasiado apegada al mundo normal como para abandonar sus banales y frívolos puntos de vista.

—Nínive, contéstame a una pregunta, por favor. Y te ruego que no me sueltes otra de esas vaguedades que tanto parecen gustarle a Séfora.

Quieres saber por qué tú. Por qué eres una de los elegidos.

Tanya tragó saliva. Sentía la garganta reseca.

—Sí.

La anciana se movió en el escueto margen que le dejaba el marco. Era como si se estuviese recolocando, buscando desde una posición cómoda las mejores palabras para contarle lo que quería saber.

Séfora deseaba contártelo ella misma cuando hubiese pasado el peligro, pero imagino que mientras estemos en este plano eso nunca ocurrirá. Así que escucha atentamente, porque lo que vas a oír no sólo te cambiará a un nivel profundo como persona, sino que alterará de una manera extrema e irreversible tu concepción de la realidad. ¿Estás preparada?

La cabeza de la chica mintió cuando se movió mansamente de arriba hacia abajo.

El perímetro del centro comercial parecía tranquilo. Ya amanecía, y los tenues rayos de sol clavaban en los edificios más altos cuñas de repentino color. El vórtice de nubes que se había estado arremolinando sobre la torre donde vivía Tanya se dispersaba, abandonado a su suerte en manos del viento.

Eso significaba que los lamaazu ya no estaban allí.

Séfora se sentó al borde mismo del edificio, en una esquina no planeada para que se subiera nadie, y observó al estilo de las gárgolas el lento despertar de las calles, el titilar de los semáforos, el ronco maullido de cien puertas de garaje abriéndose a la vez. Con un largo y pausado bostezo, la ciudad se puso en marcha para afrontar otro día más.

Dentro de poco los guardias de seguridad del turno de mañana abrirían las puertas del centro comercial y descubrirían a sus compañeros del turno de noche, plácidamente dormidos en los lugares donde los había dejado Séfora. Eso desataría el pánico. ¿Habrían entrado ladrones en plena noche para saquear las tiendas?

Bueno, en parte había sucedido así, aunque ni de lejos en la forma que ellos imaginaban.

A Séfora le sorprendía el gran papel que jugaba esa irresistible fuerza de la naturaleza llamada «azar» en el mundo terrenal. En el Cielo todo era muy previsible, lo que tenía que pasar pasaba y si algo se salía mucho de lo normal, rápidamente era corregido o encauzado en una dirección correcta. Era

la máxima expresión del Orden, frente al Caos primordial que personificaban el Enemigo y sus ejércitos. Ella agradecía enormemente ese tipo de vida, porque lo que recordaba de su paso por la Tierra era tan caótico, tan imprevisible, que su idea de la felicidad era no regresar jamás a un estado de indecisión y de peligro tan extremo.

Pero en cuanto ponía las plumas en la tierra, todo cambiaba. Reencarnarse en un cuerpo físico implicaba volver a caer de nuevo en las garras de lo imprevisible, estar expuesta a los caprichos del universo. Recordó los tres axiomas de la suerte, que le había enseñado su Maestro: A) La suerte implica el caos y no puede predecirse con ningún sistema. B) La suerte incluye cierto grado de lógica y hay sistemas que pueden predecirla. C) Los apartados A y B son ciertos.

Un lío.

Por estas razones y muchas otras, que las cosas saliesen más o menos bien casi siempre en el mundo terrenal era un auténtico milagro.

Una musiquilla le llegó desde abajo, desde un puesto de nueces calientes que acababa de abrir una mujer coja. Tenía un aire a musical clásico de Hollywood, un mensaje cálido con un estribillo que sonaba parecido a *Let's go fly a kite*. La música era inocente y colmaba el espíritu de melodías alegres, sin malicia, como el deseo de un niño para la noche de Navidad. El aleteante cigarrillo de la mujer se movía al compás, invitando a los transeúntes a bailar con ella.

Séfora sintió unas inexplicables ganas de llorar. Aún quedaba gente que encendía uno de esos inventos modernos, un aparato para reproducir música gracias a la electricidad, y lanzaba su mensaje al mundo. Un mensaje de paz, de alegría, de retorno a la inocencia que nunca debimos sepultar al crecer. Hagamos volar una cometa, claro, como si fuese la empresa más difícil del mundo. Y quizás lo era.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Era una tonta. Había nacido en una época en que los mayores logros de la humanidad, tanto sociales como intelectuales (la Unión Europea, la teoría de la Relatividad Especial, la carta de Derechos Humanos) aún estaban por llegar. Cuando vendía fruta en Fanar por unas piezas de electro quedaban todavía muchos, muchísimos años por delante para que las naciones beligerantes de Europa se dieran cuenta de algo tan simple como que la guerra arruina los países, no los hace prosperar, y dejasen a un lado sus diferencias para firmar un tratado de cooperación y protección mutua.

Séfora había sido testigo de matanzas crueles de hombres, mujeres y niños, como la que llevaron a cabo los cruzados del papa Inocencio III sobre Constantinopla, justo antes de saquear la urbe. Ese tipo de actos eran los que mataban el optimismo en el corazón humano. ¿Para qué luchar, para qué creer en el amor si el mundo estaba lleno de locos capaces de asesinar a un niño por un puñado de sedas?

Perdida la huella de los días, los acontecimientos iban abandonando la memoria y sólo quedaban los sentimientos que aquéllos plantaban.

Era una forma muy lúgubre de pensar para un ángel, supuestamente el adalid de la pureza y la bondad como conceptos universales. Pero ella nunca había podido soslayar del todo su parte triste, ni siquiera viviendo en las alturas.

Sin embargo, en momentos como aquél, en que Séfora estaba lo suficiente cerca de la tierra como para oír la tonada que una vendedora de nueces proyectaba al viento, sentía que el corazón se le llenaba otra vez de dicha y podía oír en la distancia las risas de los niños de Fanar, que no sabían nada de espadas ni de cruces, de alfanjes o medias lunas, sólo de canciones y de juegos.

Aunque fuese débil, sentía renacer la esperanza.

Volemos una cometa.

Despegó los ojos de donde los tenía fijos, a kilómetros y siglos de distancia. Ya iba siendo hora de volver.

Fue al levantarse cuando un dolor lacerante le perforó la espalda.

Se contrajo por instinto, haciendo un ovillo del cuerpo. El dolor había sido una punzada brutal, llameante; una sucesión de cargados latigazos que doraban el aire sobre su cabeza con una sucesión de galaxias, fantasmagóricos paisajes de fuego y mariposas cometarias. Y se incrementaba con cada latido.

Trató de poner la mente en blanco, aislarse de los sentidos del estado humano. Volver a la gloriosa eterealidad de su mitad de ángel. Regresar a la calma, a la paz, a la ausencia de sensaciones pero no de existencia.

Poco a poco, la presión del dolor fue remitiendo. Las lágrimas que brotaban de sus ojos no eran de lástima, ni de amor, sino de puro e intenso sufrimiento.

¿Qué le ocurría? Llevaba así desde que huyó con Tanya de la torre, cuando los puñales gélidos de los demonios zumbaban a su alrededor.

Asustada, trató de rozarse de nuevo con la mano el espacio donde nacían las alas.

Otro latigazo de agonía, otra galaxia en espiral.

Uno de los puñales le había alcanzado en pleno vuelo. Odió más que nunca a los malditos demonios, seres que sólo existían para causar daño a los demás. Sin motivos, sin justificación: sólo por existir, hacían daño. Pero éste no era el momento para gastar energía lamentándose por lo injusto que era el universo. Grabó el mensaje de rencor en su cerebro para más tarde, para cuando pudiese necesitar la furia.

Tenía que pedir ayuda, pero... ¿a quién? Nínive no tenía un cuerpo físico, no podía ayudada. Se sentía como un perro que se acaba de clavar una espina en una pata y no sabía cómo sacársela.

Sólo le quedaba una opción: recurrir a Tanya. Pero si estaba equivocada sobre ella y su naturaleza semi-divina, el mero contacto con la aguja demoníaca la mataría. ¿Tenía derecho a poner a prueba esa teoría, aún a riesgo de su vida?

Se levantó a duras penas. Durante un rato caminó sobre las piernas de una desconocida; se negaron a actuar juntas. Mover las alas era un suplicio, así que bajó renqueando hasta la galería, y rezó por que Tanya tuviese más de ángel que de humana.

*Si hay que remontarse a un comienzo, tiene que ser al comienzo definitivo. Allá donde todo, y me refiero a absolutamente *todo*, empezó.*

—El Big Bang —dijo Tanya.

No, mucho antes de eso. Los humanos tienden a creer que los sucesos cruciales que acontecieron en los otros planos de existencia, los que vosotros llamáis prosaicamente el Cielo y el Infierno, tuvieron lugar hace relativamente poco. Unos cuantos miles de años, nada más. Pero estáis equivocados.

—¿Ah, sí? —Tanya se sorprendió. Era cierto, los teólogos que discutían si los acontecimientos narrados en el Antiguo Testamento y en códigos similares sucedieron de verdad o no, tendían a situados hace relativamente poco. Pero el universo tenía muchos millones de años de edad, y por la época en que era muy caliente y estaba comprimido en un solo punto nadie pensaba en dioses con forma humana.

La historia de la rebelión de Lucifer y su caída en desgracia lleva contándose desde hace varias iteraciones del cosmos. Para que lo entiendas, han ocurrido algunos Big Bangs y el universo se ha expandido y contraído unas cuantas veces desde la primera vez que un ser vivo transcribió en un libro la versión original del mito.

—Vaya...

Seres muy distintos a vosotros fueron los primeros en contar la historia. Nubes de esporas con cilios que vivían en un planeta con dos estrellas, creo. Claro que Lucifer entonces no tenía brazos ni piernas, sino que se parecía a una esfera de gas, y lo que sostenía no era una espada, sino un... una... Bueno, es imposible de describir en tu lengua.

—¿Me estás diciendo —las cejas de Tanya salieron repelidas de sus párpados—, que ésa era la forma original de los ángeles, nubes de esporas inteligentes?

No. Esa fue la primera representación que les fue otorgada por una especie sensible. Los ángeles son fragmentos de la voluntad divina con conciencia de sí mismos, igual que los demonios, que podríamos definir como ángeles podridos, querubines tristes que ya no creen en el amor. —La anciana hizo una pausa. Nuevas arrugas aparecieron en su cara, como si se estuviera esforzando por recordar hechos tan lejanos en el tiempo que fuesen leyendas hasta para Dios—. Ninguno de ellos tiene forma definida. El aspecto de simios bípedos con alas se lo dais vosotros al rezar. Y ellos lo asumen porque no les queda más remedio. Las reglas son así. Si alguna vez el género humano desaparece de la Tierra y es sustituido por una raza de equinos inteligentes, los ángeles tendrán a partir de entonces cuatro patas y relincharán. Siempre que esa nueva raza sea capaz de espiritualidad, claro.

Tanya se frotó las cejas. En su frente, unas arrugas subrayaron la intensidad con la que pensaba. Y en una chica como ella, con la capacidad cerebral de un genio y un elevado nivel de cultura general, eso era decir mucho.

—Pero Séfora sí es humana, ¿no? —indujo—. Quiero decir, que lo fue en un tiempo.

Ella sí. La guerra entre los dos bandos ha durado mucho, y se han destruido demasiadas esencias primarias, demasiados... ángeles. Nos hemos visto obligados a reclutar a muchos de tu especie para rellenar los huecos. Ahora, gran cantidad de efectivos de la Hueste Celestial son humanos trascendidos. Pero el Enemigo también usa el mismo sistema. ¿Has oído hablar del mito de los condenados al fuego eterno, por las maldades que cometieron en vida? Pues se refiere a cuando el Otro los recluta para su ejército.

—Es increíble —musitó—. Jamás se me habría ocurrido una versión tan... extraña de esa historia. ¿Pero qué tiene que ver conmigo, y con los otros «elegidos»? ¿Quién nos eligió, y para qué?

La anciana sonrió.

Es la pregunta crucial, ¿verdad? Pero no te preocupes, tiene fácil respuesta.

—Menos mal —resopló.

Las profecías no se equivocaban. Al comienzo, todo iba bien; la Creación maduraba por sí misma, después del empujoncito divino inicial, y ya no hacía falta vigilarla. La física y las matemáticas, como los máximos agentes de Dios, se encargaban de hacerlo. Pero hubo un fulero, un nexo imposible de prever en el devenir de los acontecimientos que lo cambió todo.

—¿Adán y Eva?

No seas ilusa, esos dos infelices nunca existieron. Aunque sí el Árbol de la Ciencia del que cogisteis los frutos del conocimiento, pero al hacerlo no se quebrantó ninguna regla. El Padre os los entregó de buena gana, y tú bien que los usas —añadió con suspicacia.

—Oh —se sonrojó Tanya—. Perdón.

Me refiero a la rebelión de Lucifer. Eso sí fue real, pero lo que la motivó no fue la envidia, sino el ansia de perfección. Lucifer vio lo que Dios había hecho con el cosmos y deseó arreglarlo, alterar el esquema básico para que la Creación perteneciera a partir de entonces a los ángeles y no a las criaturas físicas. Que fuese su campo de juegos particular. Eso lo llevó a alzar el... bueno, la «espada», en tu versión de la historia, y retar nada menos que al Padre de todos. La cosa, como puedes imaginar, acabó mal.

—¿Pero todavía sigue la lucha, tras tantos millones de años? ¿Por qué Dios no chasquea los dedos y... y lo arregla todo de un plumazo? —se enfadó—. Se supone que tiene poder para eso y más, ¿no?

La expresión animada de Nínive se trastocó en una de tristeza.

Eso es lo que nos llevamos preguntando los miembros de uno y otro bando desde tiempo inmemorial. Por qué Él, que es omnipotente, deja que ocurra el conflicto, para qué tantas bajas y tanto sufrimiento... —Bajó la vista, pero no al suelo, sino a lo que hubiera bajo el marco del espejo, en su mundo de luces y sombras—. Supongo que tiene que ver con la regla máxima, el libre albedrío, pero ni siquiera nosotros estamos seguros.

—¿Y yo? ¿Qué pinto en todo esto?

*Estamos llegando a esa parte. En el primer enfrentamiento, cuando Lucifer trató de plantar su bandera en la Forja de Luz, el lugar donde nacen los ángeles, Dios tomó partido por primera y única vez: extendió Su mano y quebró la esencia de los ángeles rebeldes. Podría haberlos destruido, pero no

lo hizo. Los condenó a algo muchísimo peor: a ser menos perfectos, menos puros, menos bellos. Eso destrozó a Lucifer, y lo volvió loco. Es como si a ti alguien te privase ahora de la vista, el habla y el oído, te convirtiese en una ameba sin piernas ni brazos, y te abandonase en una jaula de la que no podrás salir durante el resto de tu vida. Eso es lo que significó la pérdida de la perfección para ellos.*

—Es... horrible —se estremeció Tanya—. ¿Cuántos rebeldes había?

Se levantaron en armas seis traidores, seis Arcángeles que eran los seres más perfectos jamás creados, después del mismo Dios. Cuando Él los despojó de nueve décimas partes de esa perfección, siguieron siendo aun así más poderosos, bellos y sabios que ninguna otra criatura que hubiese existido nunca. Más que ningún otro ángel o demonio común. Lucifer fue condenado a cargar con su corona de soberano en los dédalos del Infierno, y de los otros... poco se sabe de su destino. Pero Dios no quiso que la historia terminara ahí.

—Hace años, un poeta le atribuyó a Satanás la frase «prefiero reinar en el Infierno que servir en el Cielo» —recordó Tanya.

Es una buena frase. Y aunque él nunca la pronunció, se aproxima bastante a lo que sentía.

La joven tomó el espejo entre sus manos. Estaba caliente, aunque no tanto como para hacerle daño. Miró a Nínive a los ojos, entusiasmada con la historia. Si tuviese una simple grabadora de MP3 a mano...

Una chispa de aquella esencia robada a los Arcángeles quedó flotando en el limbo que existe entre tu realidad y la nuestra —continuó la anciana, con voz grave—. En cada nuevo Big Bang, la esencia es usada para disparar la explosión que da origen a un nuevo universo. Pero eso trae consecuencias, y es que una diminuta parte de ella se filtra a esta realidad.

—Y ese poder ha caído en la Tierra —comprendió Tanya.

Exacto. Está aquí, y ha manchado los genes de varios jóvenes, unos elegidos a los que llamamos «los niños perdidos». Por qué ahora, y por qué gente tan joven e inexperta como vosotros (perdona la franqueza) es algo que se me escapa. Debe formar parte del plan divino.

—Tranquila, no me ofende. —Se miró las manos, como si las líneas que cruzaban la palma ocultasen profecías oscuras—. Así que tengo parte de ese brillo de Arcángeles navegando por mis venas.

Es una forma poética de expresado. Has de contentarte con saber que, con el entrenamiento adecuado, podrás acceder a una fracción minúscula de ese poder, lo que nos sería tremendamente útil en nuestra lucha. Si tan sólo pudiéramos enseñarte a...

El espejo enmudeció. Alguien había entrado dando pasos de borracho en la tienda, golpeando erráticamente las perchas y tirando la ropa al suelo.

Tanya se asustó al ver el estado lamentable de Séfora. Fue corriendo hasta ella y la sostuvo antes de que se desplomara.

Sus alas colgaban como dos cortinas sucias, y estaban manchadas de sangre.

—¡Séfora, responde! —Plaf, plaf. Dos cachetes. Ninguna reacción—. ¡Nínive! —preguntó Tanya, asustada—, ¿qué le ocurre?

El rostro de la anciana era un prodigio de contención, pero aún así se le transparentaba parte de la congoja.

Muéveme —le pidió.

Tanya cogió el espejo y lo situó justo sobre Séfora, pasándolo a corta distancia de su piel como un escáner.

Está herida. Tendrás que ayudarme.

—¿Yo? —La sangre subió con intensidad al rostro de la joven. Lo último que esperaba era tener que hacer de enfermera para un ángel.

¡Sí, tú! Deja de lloriquear y compórtate como una adulta, porque Séfora te necesita. Necesita tus manos. Mira bien en su espalda, en el nacimiento de las alas, pero bajo ninguna circunstancia se te ocurra tocarla.

Temblando ligeramente, la joven hizo lo que le ordenaban. Séfora estaba tumbada de costado, con los ojos abiertos pero fijos en algún lugar doloroso y distante. Tanya se situó sobre ella, con las piernas abiertas a ambos lados, y se inclinó para examinarle la espalda.

Las alas no se parecían en nada a las de un pájaro. Estaban hechas de plumas, sí, pero éstas no se anclaban a una membrana, sino que estaban cosidas unas a otras por la más bella filigrana de luz que hubiera visto nunca. Las plumas eran blancas, pero la orla de rojo rubí que las perfilaba les confería un aspecto extraño, inquietante. Tanya nunca se había planteado la cuestión de qué envergadura alar podía tener un ángel, pero con Séfora tumbada en medio de la tienda de ropa, se fijó en que la superficie que ocupaban en metros cuadrados era enorme.

¿Qué ves?

—Tiene... un objeto pequeño clavado en la piel —describió, examinando con cara de asco el lugar de donde brotaba la sangre.

¿Cómo es, a qué se parece?

Tanya acercó el espejo para que Nínive lo viera. La anciana soltó un gruñido.

Es una espina de hielo infernal.

—¿Una qué?

No hay tiempo para explicaciones. Tendrás que sacársela, o Séfora morirá en el transcurso de los próximos minutos.

Tanya contempló horrorizada al espejo.

—¡No, yo no podría hac...!

Tanya —dijo el espíritu, muy serio—, Séfora es ahora tu ángel de la guarda. Supongo que habías oído hablar de ellos, aunque no creyeras en su existencia. Se ofreció voluntaria para hallar el rastro de los niños perdidos, pero el vínculo que ha establecido contigo es permanente. Si la dejas morir, algo muy importante morirá también dentro de ti. ¿Me has comprendido?

La muchacha asintió.

—Sí. Claro. Yo no por supuesto que no pensaba dejarla morir. Es sólo que...

Estás asustada, lo comprendo. Ahora concéntrate en esa espina. No nos queda tiempo.

De fondo se oyó un crujido de puertas mecánicas deslizándose por rieles. Los encargados de abrir el centro comercial ya habían llegado.

Tanya se colocó en cuclillas justo detrás de Séfora. No dejaba de pensar: *mi ángel de la guarda, rayos, estoy operando a mi maldito ángel de la guarda*. Pero sabía lo que estaba en juego, así que se concentró y alargó los dedos hacia la espina.

Era una esquirla de hielo negro de pocos centímetros de largo. Si se hubiera clavado en un humano, no le habría causado más que una ligera molestia, pero su mero contacto parecía ser anatema para Séfora. Era un arma infernal, se dio cuenta Tanya: un pedacito de magia sólida creado específicamente para matar ángeles.

La tocó. Estaba tan fría que quemaba. Séfora gimió, presa de un dolor penetrante y plúmbeo, y eso le dio ánimos a Tanya para hacerlo.

A pesar del dolor y la quemazón, aferró con ganas la espina y dio un tirón brusco, desclavándola de la carne de Séfora. La espina se retorció bajo sus dedos como si estuviera viva.

Tanya soltó un chillido y la dejó caer. En cuanto tocó el suelo, la espina se transformó en una especie de insecto, una cucaracha gigante con múltiples patas y más de dos pares de alas, que empezó a reptar hacia ella.

Tanya trató de huir, pero el mostrador de la tienda se alzaba tras ella como una muralla impenetrable. Pataleó histéricamente intentando asustar a la criatura, pero la cucaracha extendió las alas, se preparó para saltar justo hacia su cara...

Y un pie apareció de la nada para aplastada sin piedad. Era el pie de Séfora.

El ángel se incorporó, apoyando todo su peso en su pie descalzo, con el que había aplastado al insecto. Cuando lo retiró, lo único que había debajo eran trocitos de hielo.

—Magia del inframundo —masculló—. Qué asco. —Luego miró a Tanya con gratitud—. ¿Estás bien?

—Sí... creo. ¿Y tú? ¡Has perdido mucha sangre!

—No te preocupes, los ángeles nos curamos muy rápido, siempre que no haya magia infernal de por medio. La sanación es nuestro principal poder. —Hizo desaparecer las alas dentro del cuerpo, generando una onda de luz en su espalda. Tanya pensó que nunca se podría acostumbrar a eso—. Los humanos ya han llegado. Tenemos que marcharnos.

—¿Adónde vamos? —preguntó la joven, metiendo en una mochila todo lo que había «tomado prestado» del centro comercial y que no llevaba puesto.

—A buscar al siguiente elegido. ¿Nínive?

La expresión de la anciana había cambiado. Se la notaba aliviada, y también mucho más alegre ahora que Séfora se curaba a ojos vista.

Siento su presencia hacia el norte, a bastantes kilómetros de aquí. Está en un bosque, rodeado de gente y de máquinas. No nos será fácil llegar.

—¿De verdad puede hacer eso? —alucinó Tanya.

—Así te encontramos a ti. Pero esto plantea un problema. Estoy demasiado débil todavía para usar las alas, y recorrer toda esa distancia a pie...

Tanya cruzó los brazos con determinación.

—Tranquila, yo lo resolveré. Dejadme usar un poco de mi magia de mujer, y ya veréis.

Séfora arqueó una ceja.

—¿Magia... de mujer?

4

ERIK

El sillín de la bicicleta estaba flojo. Erik la apoyó contra un árbol, pidió al ayudante de dirección que le trajeran una caja de herramientas, y comenzó a apretar tornillos concienzudamente.

Si de verdad iba a hacer todas las locuras que exigía el guión de aquella estúpida película, mejor que el material estuviese en buen estado. Aunque se ganase la vida como especialista de cine, su principal norma era no arriesgar el pellejo por gusto.

Antonio, su compañero de escena, derrapó a pocos metros de él, hizo un caballito y plantó las ruedas de la bici junto a Erik. Llevaba una camiseta con un dibujo en el que se veía la cara de Kurt Russell junto a un camión, y una leyenda que rezaba «JACK BURTON RULES».

—¿Qué le pasa a tu caballo, se encabrita? —preguntó Erik.

—Sí, es una yegua muy traviesa —sonrió Antonio—. Y eso que le instalé la suspensión anoche. ¿Y la tuya? ¿Qué le pasa?

—El sillín está flojo.

—Pues mira a ver que no se te suelte en uno de los saltos, o te clavarás la barra en...

—Ya lo sé —le atajó Erik, resoplando—. Oye, ¿no tienes nada mejor que hacer?

Antonio se quitó el casco. Se metió un dedo en la nariz e hizo un gran espectáculo de examinar lo que encontraba allí.

—Pues la verdad es que no. Me gusta molestarte. Los eléctricos están colocando los últimos focos y el operador de cámara tiene un enfado de mil demonios.

—¿Y eso?

—Dice que la velocidad a la que nos van a perseguir los coches patrulla es demasiado elevada, que si podemos frenar un poco... pamplinas. Si vamos

muy deprisa, que ellos corran más.

—Eso pienso yo —gruñó Erik, apretando el último tornillo. Forzó el sillín con las manos, a ver si se movía, pero parecía estar bien apretado. Se secó el sudor de la frente—. A ver si hoy terminamos pronto. He quedado con Sandra para dar una vuelta.

—¿Sandra la de vestuario? —se asombró su compañero—. Ja, ja, ¡mira el mosquito muerta!

Erik se sonrojó un poco, pero se puso el casco para que no se le notara.

—¿Qué pasa? No me negarás que está buena.

—Sí, para mojar. Pero no me imaginaba yo al suicida de la bici ligando con una del equipo artístico.

—Vete al cuerno.

Erik intentó localizar al otro equipo de especialistas entre los árboles. No, desde allí no se veía a los conductores. Sí que se veían los Renault camuflados que servirían de coches patrulla para la secuencia. Se suponía que en este momento de la película los protagonistas huían con sus bicis por un bosque frondoso, perseguidos de cerca por la policía, y lograban darles esquinazo consiguiendo que algunos se estrellaran contra unos árboles y el último se despeñase por un acantilado.

Era la típica secuencia de acción estilo Hollywood, pero aquello no era Hollywood. Una cosa era que sobre el papel a los guionistas les diera por fantasear con escenas de peligro y gran espectáculo, y otra llevado a cabo en la realidad. No era la primera vez que Erik trabajaba como doble de secuencias de acción, pero sí en la que menos seguro se sentía.

No sabía por qué, pero había algo en el aire, un malestar impreciso que le decía que aquello no podía acabar bien. Aún así, era su trabajo, y sus mil euros a la hora bien valían un esfuerzo.

Una sombra cubrió los árboles. Unas nubes muy extrañas se estaban arremolinando sobre el set de rodaje, alterando considerablemente la iluminación. Desde donde ellos estaban pudieron oír los insultos del director de fotografía.

—Creo que esto se va a retrasar todavía más —protestó Antonio, pero estaba equivocado. Al momento se escucharon unos altavoces, y la voz del ayudante de dirección que llamaba a todo el personal a su sitio. Iban a empezar a rodar.

—¿Con esta luz? No me lo creo —dijo Erik, sarcástico, pero se abrochó el casco. Las cámaras montadas en las grúas ya apuntaban hacia ellos.

—Llega nuestro momento de gloria —exclamó Antonio, chocando los puños con los de su amigo—. Recuerda que, pase lo que pase, no será más peligroso que el rodaje de *Kroma*. Si sobrevivimos a eso...

—Estate atento. Ve con cuidado cuando gires en la tercera curva —le advirtió Erik—. Esta mañana la revisé y no la han limpiado del todo de arbustos.

—Oído cocina.

Unos destellos potentes taladraron la fronda de árboles. Eran los focos de dos mil watios, que lo bañaban todo con una pátina de resplandores dorados. La voz del ayudante de dirección gritó «cámara» y luego «background», y los extras (supuestos domingueros que pasaban una tarde tranquila de picnic, y se daban de bruces con la persecución policial) empezaron a moverse y a actuar.

Erik se preparó, alzándose sobre los pedales como un antiguo caballero medieval sobre el estribo. Pensó en Sandra, cosa que no deseaba hacer en absoluto. Sus largas pestañas y aquellos labios carnosos que no necesitaban carmín para mostrar un rojo intenso lo distraían, y tenía que relegarlos a la parte de atrás de su cabeza, al cuarto trastero de la mente, o serían como enormes carteles de neón que lo cegarían en el instante crítico.

¿Pero cómo hacerlo, cuando sabía perfectamente que ella lo estaba mirando, y que estaría comentando con sus compañeras lo bien que lucía su nuevo amigo con el traje acolchado de cross? Con esas hombreras, el chaleco especial, las botas de...

Maldición. ¡Atrás, atrás, al trastero! ¡Y echa ya el candado!

La toma no iba a durar mucho, apenas unos segundos, pero seguiría a los coches patrulla mientras saltaban por unas peligrosas cuestas y derrapaban a pocos metros de ellos. Erik y Antonio, que hacían de dobles para los actores protagonistas, debían esquivar los coches y maniobrar entre unos árboles para quitarse de en medio.

Chupado.

Sacó la cadenita que llevaba colgando del cuello de debajo del mono y la besó. Aquella concha de oro con las iniciales J.T. grabadas en el almohadón de la perla era el único recuerdo que conservaba de su madre, y le tenía más cariño que a ninguna otra cosa en el mundo. Besarla le traía suerte, o eso pensaba.

Los motores de los Renault rugieron; habían sido modificados para la ocasión, y cuando los conductores pisaban el acelerador hacían vibrar los tubos de escape. El director gritó «¡acción!», y la locura del cine comenzó.

El vehículo al que Tanya había llamado despreocupadamente «autobús» traqueteaba, brincaba y se balanceaba hacia los lados de una manera tan brusca que hasta Nínive, con su forma de espíritu, estaba a punto de vomitar.

La joven había obrado su magia, como prometió, sacando un abono de viaje para Séfora y para ella con parte del dinero sustraído en la tienda, y se había sentado en uno de los asientos del fondo. Casi al instante se quedó dormida.

Séfora se encontraba plenamente recuperada. Una vez extirpado el foco de infección, su cuerpo se regeneraba con sorprendente rapidez. Lo que seguramente había que achacar a un rasgo cultural y que ella no compartía era la increíble capacidad de los humanos para dormirse en semejantes vehículos. Como si el planeta entero no se moviera bajo sus posaderas haciendo un ruido enloquecedor.

El viaje duró varias horas. Antes habían tenido que coger un tren, y otros dos autobuses que parecían menos peligrosos que este último. El bosque donde Nínive sentía la presencia del segundo elegido quedaba a bastante distancia de la ciudad de Tanya, y Séfora se encontró lamentando durante todo el trayecto lo engorrosos que eran los viajes por tierra, lo incómodos y agobiantes que resultaban para alguien acostumbrado a volar, a pesar de todo lo que había avanzado la tecnología desde su época.

Le gustaba Tanya. Lo decidió en base a factores tan diversos como su forma de ser, la predisposición que mostraba a la hora de ayudar a su familia y a perfectos desconocidos y, por qué no admitido, lo valiente que había sido al arrancarle la espina. El contacto con la esencia demoníaca podría haberla matado, pero Nínive no se lo había advertido, en la confianza absoluta de que era una elegida. Séfora no podía recriminada por ello.

Se alegraba de estar viva, de poder seguir luchando un día más contra los agentes terrenales del Adversario, y todo gracias a la valentía de aquella chiquilla. A Séfora lo que más le asombraba de cómo había cambiado la juventud en aquellos siglos era su forma de identificarse con modas y culturas que no tenían una base religiosa, ni científica, ni moral. Eran culturas deudoras del siglo xx, de la imaginación, de la moda, de la celebración de la alegría de vivir. Eso era impensable en la antigua Constantinopla. Si ella se hubiese vestido como una muñeca tenebrosa y se reuniese con sus amigos en cementerios, las autoridades de la ciudad la habrían mandado encarcelar, por loca.

Era fácil juzgar las conductas de gente de otro tiempo, con otra manera de pensar. Gente que había crecido percibiendo un mundo que no existía hacía

tan sólo cien años, y que demandaba sus propios dioses, sus maneras de pensar específicamente diseñadas para sobrevivir en él. Por eso Séfora, aunque no la entendiera, respetaba mucho la forma de ser de Tanya. La admiraba, en cierto modo. Y podía rastrear hasta esa admiración el vínculo que se acababa de formar entre ambas.

Un ángel notaba con total claridad cuándo se creaba ese lazo. Ocurría siempre que volaban demasiado cerca de la tierra, y se aproximaban a algún mortal con quien compartían cierta afinidad. A veces se les permitía elegir al mortal, otras les venía impuesto por los poderes superiores... pero para el ángel siempre era un honor estar ligado a una vida ajena, una vida tan frágil que bastaba un simple empujoncito para quebrarla. Ellos se encargaban de evitar esos empujones, aunque no siempre lo conseguían. A veces ocurrían trágicos accidentes que ni el protector más experimentado podía evitar.

Los acontecimientos de las últimas horas, aunque insólitos, habían reforzado ese lazo. Séfora estuvo un buen rato mirando a Tanya, observando cómo dormía apoyada en la ventana; su respiración, la forma en que se le abría la boca por la gravedad, el sutil vaivén de los cabellos. Hacía muchas décadas que no se le confiaba el honor de proteger una vida. Y se sentía orgullosa de estar de vuelta.

—Última parada —anunció el conductor, tocando el claxon. Eso despertó a la mayoría de los pasajeros, incluida Tanya.

Limpiándose un hilillo de baba que le caía por el labio, la joven se desperezó.

—¿Ya hemos llegado?

—Creo que sí. ¿Has dormido bien?

Hizo un gesto ambiguo, al tiempo que se levantaba y cogía la mochila del compartimiento superior.

—Más o menos. Estoy acostumbrada a recuperar sueño en el metro y en los autobuses, así puedo acostarme más tarde leyendo.

—¿Lees mucho? Imagino que sí, por la cantidad de libros que vi en tu cuarto.

—Una docena al mes, más o menos —dijo ella como de pasada, como si no fuese algo extraordinario. Séfora se quedó paralizada, imaginando la cantidad de palabras que suponía eso.

—Vaya. Creo que empiezo a sospechar por qué te llaman «superdotada».

—¿No hay bibliotecas en el Cielo? —preguntó Tanya, bajándose del autobús. La parada estaba situada en las afueras de un pueblecito de montaña,

con aspecto de no haber cambiado de función ni en número de residentes en más de un siglo.

—Me temo que no. El conocimiento se adquiere de otra forma.

—Oh —dijo la joven, con un deje que sonó a «pues no sé si me gustará ir al Cielo cuando me muera, después de todo»—. ¿Y en el Infierno?

—Allí sí que hay bibliotecas, muchas, pero sólo tienen libros de Dan Brown y Stephenie Meyer. Es el infierno, a fin de cuentas.

Tanya soltó una carcajada.

Séfora enfocó el espejo hacia el pueblo.

—A Nínive le está costando rastrear al chico. Va a ser bastante engorroso ir puerta por puerta preguntando.

Tanya miró a las montañas que rodeaban el pueblo. Su expresión se volvió taciturna.

—No creo que tengamos que llegar a tanto —dijo—. Mira allí.

Señaló el vórtice de nubes que se estaba arremolinando en torno a una elevación concreta. No hacía falta ser una superdotada para darse cuenta de que aquel fenómeno no era natural, sino que era sospechosamente parecido al que se había producido sobre su casa cuando la atacaron los lamaazu.

Séfora asintió. Ya no hacía falta seguir buscando. Los demonios también estaban cerca del objetivo.

La orden de «¡acción!» desató un pandemonio de gritos, movimiento, carreras y vehículos en salto. Erik y su compañero se prepararon para el momento en que aparecería el primer coche, lo vieron venir y salieron pedaleando a toda prisa hacia la siguiente cuneta.

A su alrededor, los extras corrían aterrorizados de un lugar a otro, sin orden ni concierto, intentando recordar las escuetas órdenes que les había impartido el ayudante de dirección. Erik percibía la excitación, el nerviosismo, el aroma casi metálico de la acción nerviosa. Se suponía que tenía que esquivados, sortear las piedras, bajar con inercia por una zanja y salir despedido por el lado opuesto, pasando por encima de un árbol caído. Era arriesgado, pero lo habían planificado bien. Y tenía que salir en una sola toma, sin cortes.

Si pillaba al lumbreras que diseñó las secuencias de acción de aquella película...

Lo que Erik se preguntaba era por qué seguían adelante. Las condiciones de luz eran tan adversas que cualquier director en sus cabales suspendería el

rodaje. Además, se estaba levantando viento, y no había nada peor para una acción acrobática que un entorno en el que no pudieras controlar todas las variables.

Se acordó de un amigo suyo, el tercero en discordia junto a Antonio y a él. Era el vértice que faltaba en el trío de los «magníficos», los mejores de la nueva hornada de especialistas jóvenes que habían salido de la academia. Se llamaba Pedro, y había fallecido el año anterior durante el rodaje de una escena de alto riesgo en un viaducto.

La historia de Pedro quedaría para la posteridad como un rasgo definitorio de aquella profesión: cómo por más que se respeten las medidas de seguridad, por más que se tenga un cuidado extremo y se planifique bien cada movimiento, aún así algo puede salir mal, y esa variable incontrolada puede acabar resultando fatal.

Se dio un golpe con la mano en el casco. ¿Por qué le costaba tanto concentrarse? Su mente estaba dispersa, en otro lugar y otro tiempo. Primero Sandra, ahora Pedro... Obstáculos, obstáculos que el cerebro le ponía delante. Tenía que quitárselos de encima o cometería un error crucial como el que mató a su amigo, y no quería que aquella acabara siendo su última película.

El primer coche surgió como un fantasma de una pared de niebla que tenía a su izquierda. Erik clavó frenos y giró en redondo, colocando los pies en equilibrio sobre los apoyos laterales de la rueda delantera. El coche siguió con su inercia y derrapó justo delante de él.

Su motor rugía como el estómago famélico de una bestia mitológica.

Erik era consciente de que mientras estuviesen rodando las cámaras no había ni un segundo que perder. En el cine, cada metro de película virgen equivalía a miles de euros, y había que aprovecharlos. Se lanzó colina abajo a una velocidad suicida para un ciclista, pasó rozando a un par de extras que corrían y enfiló la curva de las piedras.

El segundo Renault apareció dejando tras de sí dos largas serpientes de polvo. La intención del conductor era cerrarle el paso para detener su huida, pero Erik zigzagueó entre el pequeño archipiélago de rocas (que no estaban situadas originalmente en ese lugar; las había enterrado el equipo de dirección artística la noche anterior) y se puso a salvo.

Aún no oía la voz del director gritando «corten». Eso era malo; significaba que tenía que seguir hasta el final con la secuencia. Y esa niebla tan espesa... ¿de dónde había salido? Los meteorólogos que habían consultado los productores les aseguraron que habría sol y viento en calma durante toda la semana. Palabrita del niño Jesús. Menudo nivel de eficacia.

¿Y dónde cuernos estaba Antonio?

Los dos coches se habían situado a su espalda, en línea de persecución. Desde fuera tenía que verse todo muy espectacular, pensó Erik; las cámaras, ávidas de imágenes intensas, captarían una danza de vehículos saltando y derrapando, acelerando y frenando, con la bici y sus perseguidores dando brincos por una pista de tierra al estilo de las películas rodadas en San Francisco, en la famosa Market Street, la «montaña rusa de los tranvías», sólo que levantando una enorme polvareda.

Steve McQueen, muérete de envidia.

Uno de los coches estaba a punto de cerrarle el paso cuando los relámpagos verdes iluminaron la ladera.

Procedían de arriba, del vórtice. Erik se distrajo un crucial segundo cuando elevó la vista y se encontró con aquel embudo gaseoso apuntando directamente hacia él. Era como ver un gran tornado de giro lento desde su base, pocos segundos antes de que tocara el suelo.

Eso le impidió ver la piedra que estaba medio escondida entre los arbustos.

El joven supo que había chocado contra algo cuando dejó de dar vueltas de campana. Se sentía magullado, tumbado de lado sobre un lecho de hojarasca y con el sentido del equilibrio de juerga por su sistema linfático, pero por fortuna no se había roto nada.

Se incorporó. Por su culpa se había arruinado la toma, y tendrían que repetirla desde el principio. Menuda bronca iba a echarle el productor.

Pero no sucedió nada.

Los ecos de los extras llegaban rebotados a través de la espesura, pero desde donde él estaba no podía ver a nadie. La niebla era demasiado espesa. Erik se preguntó qué clase de insólitos fenómenos meteorológicos se estaban dando aquel día, y por qué les habían tocado a ellos. La gente de cine solía ser muy supersticiosa.

—¿Hemos cortado? —gritó. No recibió respuesta—. ¿Me oye alguien, hola?

El silencio era tan estruendoso que empezó a inquietarse. No era normal.

Estaba a punto de recoger la bicicleta del suelo para ver si se había roto alguna pieza (cosa poco probable, pues era una robusta Cannondale preparada para la tensión de los campeonatos de cross) cuando el rugido de un motor hizo añicos la quietud, y un coche apareció de la nada para embestirle.

Fueron sus reflejos entrenados, producto de los años que llevaba dedicándose a la profesión (Erik sólo tenía diecinueve, pero había aprendido

el oficio de su padre a los quince, y a estas alturas ya conocía más trucos que muchos otros profesionales), los que le salvaron la vida.

El coche subió una pendiente tronando y soltando vaharadas de humo negro. Aceleró en el último segundo y se propulsó directamente hacia donde estaba el especialista. Erik lo intuyó más que lo vio; agarró la bici, saltó por encima de ella arrastrándola también con su peso, y se quitó de delante justo cuando el Renault destrozaba su parrilla contra el árbol.

El coche se hundió completamente por delante, el capó convertido en un acordeón. Erik fue corriendo a ayudar al conductor, preguntándose qué había salido mal, pero cuando abrió la puerta y vio los ojos llameantes del hombre, que despedían un fuego verdense del mismo color que los relámpagos de la nube, retrocedió espantado.

—¡Socorro! —gritó, subiéndose a horcajadas en la bici. A pesar de la brutalidad del choque, el conductor estaba bien: el airbag y los cinturones triples, estilo caza de combate, habían hecho su trabajo. Pero aquel hombre había dejado de ser humano. El fuego que ardía en sus ojos y el resplandor esmeralda que brotaba de su boca, como si alguien hubiese encendido una bombilla verde en su cráneo, eran prueba suficiente.

El segundo coche apareció precedido por el ruido de las ruedas girando frenéticamente sobre gravilla. Erik ubicó su posición por el sonido y pedaleó en sentido contrario. Como sospechaba, el otro conductor también venía a por él.

¿Cómo podía estar ocurriendo aquello?, se preguntó la parte analítica de su cerebro, la que no estaba moviendo el cuerpo por pura combinación de instinto y adrenalina. ¿Cuándo había dejado de ser una simulación y había empezado a huir de verdad, luchando por su vida?

Si esa era la idea que aquel director de pacotilla tenía de cómo filmar una secuencia de acción, Erik ni siquiera lo denunciaría a las autoridades: él mismo le pasaría por encima con la bici en cuanto tuviera oportunidad.

A mitad de un giro cerrado, que él podía efectuar en mucho menos tiempo que los coches, tuvo un atisbo de la cara del otro conductor a través de la ventanilla, y vio que también exudaba fuego verde. *Genial*, se lamentó; *bienvenidos a la noche de los especialistas vivientes*.

De repente hubo un flash de luz, pero no de tono enfermizo como la de los relámpagos, sino pura y brillante como el brillo de la luna en una noche despejada.

El repentino estallido argénteo cegó al conductor y lo hizo precipitarse por una cuneta. El coche dio varias vueltas de campana hasta que quedó inmóvil,

encajado entre dos árboles.

Erik detuvo la bicicleta, jadeando. Transpiraba como un caballo después de una sesión de doma.

El velo de niebla volvió a romperse, pero esta vez no fueron conductores locos quienes lo atravesaron, sino una imagen que quedaría grabada en las retinas del joven para siempre: dos muchachas, una de piel muy blanca que aparentaba quince o dieciséis años, vestida con ropa de marca, y otra negra, muy guapa y esbelta, de la edad aparente de Erik, que iba descalza y portaba un espejo del que brotaba la intensa luz plateada.

Erik parpadeó. Aquella sí que era una verdadera escena de película, con dos beldades misteriosas saliendo de la nada para rescatado.

Cuando las chicas llegaron hasta él, les preguntó:

—Eh... ¿sois extras o del equipo de producción?

Ellas le miraron impávidas, sin comprender lo que les decía.

—No, supongo que no —murmuró el especialista. Miró el espejo, cuyo brillo ya estaba casi extinguido—. Buen aparatejo, ése. ¿Qué es, un gadget nuevo de lo chicos de FX?

La chica negra fue la primera en romper el hielo. Tenía un acento muy raro, aunque hablaba el idioma con fluidez.

—No comprendo tus preguntas, pero contéstame a esto, por favor: ¿cómo te llamas?

—Erik. Estoy trabajando en una película de acción. Me suelen llamar Iceman, como a Val Kilmer en aquella película de aviones. —Normalmente, eso funcionaba con las chicas, pero se dio cuenta de que lo había dicho por acto reflejo. Aquél no era el momento de pensar en ligar con nadie.

La joven negra hizo una cosa que dejó perplejo a Erik. Miró con preocupación al espejito y preguntó:

—¿Nínive? ¿Estás bien?

A lo que una voz que parecía proceder del interior del artefacto respondió, en tono moribundo:

No... El estallido ha agotado casi toda mi energía... Tenemos que salir de aquí y llegar hasta el Santuario.

Erik tardó unos segundos en comprender que aquel sonido no había penetrado por los oídos, sino que se había generado directamente en su cabeza.

El corazón le dio un vuelco. Apretó los puños en torno a los manillares hasta que se pusieron blancos, pero algo no le dejaba moverse. Tal vez el miedo.

—¿Q... quiénes sois? —tartamudeó.

La otra joven, la que parecía estar totalmente a disgusto con su ropa (por cómo la llevaba puesta) a pesar de que era carísima, le espetó:

—Erik, no hay tiempo para explicaciones. Debes venir con nosotras, ahora, antes que... eh...

Se había quedado muda mirando a un punto que estaba detrás de Erik y arriba, a la altura de las copas. El muchacho se giró sobre la bici y la boca se le descolgó del asombro.

De los dos coches siniestrados surgían tentáculos de niebla verde que brotaron de los conductores y fueron absorbidos por el remolino principal. Dentro de éste, los relámpagos arreciaron. Entonces apareció otra figura que caminaba igual que un hombre.

De hecho, era un hombre.

Antonio. No tenía su bici, pero sí que llevaba puesto aún el casco y la camiseta (JACK BURTON RULES). El resplandor lo acunaba en su regazo, aureolando un rostro demoníaco.

—¡Antonio! —gritó Erik, pero no se atrevió a acercarse—. No, por favor, tú no...

La chica negra le puso una mano en el hombro.

—Ven con nosotras, Erik —le urgió—. Es tu única posibilidad de sobrevivir.

El chico no respondió. Estaba demasiado aturdido para hacer otra cosa que no fuera alucinar y respirar muy rápido.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Tanya.

—Tratan de abrir una puerta —contestó Séfora—. Están sacrificando su propia esencia vital para crear un canal entre realidades. —Afiló los ojos—. Están llamando a alguien.

—¿A alguien? ¿A quién?

—Posiblemente a un demonio mayor, de más poder que la suma de los lamaazu. Pero tranquila, ese tipo de hechizos sólo funciona si quien abre el portal tiene algún objeto kármico del enemigo. Algo que tenga un valor especial para él. —Le dedicó un guiño—. Y ellos no poseen nada nuestro.

Erik se llevó una mano al pecho. El zombi que había sido su amigo levantó un brazo y les mostró algo, una cadenita de oro con una concha en el extremo. Parecía complacido.

—¡Mi cadena! —exclamó Erik—. ¡Debe haberseme caído con los saltos!

El zombi se convirtió en humo y fue absorbido a su vez por el torbellino, llevándose la cadenita con él. La nube en espiral comenzó a girar cada vez

más rápido.

—Oh, oh —dijo Tanya.

Huid... idiotas —ordenó Nínive, al límite de sus fuerzas. Su rostro se veía transparente sobre el cristal, sin apenas definición.

La nube se partió en dos y una figura ribeteada de luz negra se hizo visible. Descendió a tierra ayudándose de dos alas parecidas a las de Séfora, sólo que eran de color oscuro con las plumas perfiladas en gris y bastante más afiladas, como si fueran cuchillos. Tenía una forma vagamente humanoide, pero aún no se había hecho sólida del todo.

Cuando tocó el suelo, toda la vegetación murió en un radio de cinco metros.

Séfora tragó saliva.

—¿Pero q...? —empezó a decir Erik, las pupilas convertidas en dos alfileres negros. Una mano se posó en su hombro y tiró de él. No supo cómo, pero al minuto estaba bajando a toda carrera por la ladera, rumbo al valle donde estaba situado el pueblo, con las dos jóvenes misteriosas corriendo a su lado.

—¿¡Qué demonios era eso!?! —se desgañitó, pero las chicas no respondieron. Estaban reservando todas sus fuerzas para la carrera.

Erik no sabía cuánto tendría que correr para dejar todos esos horrores atrás, pero algo en su fuero interno le decía que ya no podría dejar de hacerlo nunca.

THAT OLD CAT SMELL

Erik apenas registró la palabra.

«Ángel».

Descubrió que podía retenerla si lo deseaba, examinarla desde una cierta distancia. Escrutar sus contornos e inflexiones, sin permitirle llegar nunca a un significado consciente.

Ángel. Eso era lo que la chica le había dicho que era. Al principio le entró un acceso de risa, unas ganas de burlarse del mundo y de la inmensa broma macabra que sus compañeros de producción, por llamarlos de alguna manera, le estaban gastando con tantos FX caseros y tanto maquillaje.

Entonces Séfora le mostró las alas.

En alguna parte al fondo de su mente alguien gritaba. Vete, huye de aquí mientras te sea posible. Nada de esto puede ser bueno. Y la sensación acoplada a esa idea era tan desagradable como una procesión de arañas corriendo por dentro de su espina dorsal.

Pero Erik no podía marcharse. No después de haber sido testigo de lo que ocurrió en la montaña.

Se habían refugiado en un motel barato, un lugar perdido entre las curvas de una carretera que nadie recordaba adónde conducía. La habitación estaba lo mínimamente limpia como para que no saliese rentable denunciarlo a Sanidad. Un televisor antiguo, de tubo catódico, tenía una ranura para insertar monedas, pero cuando la chica que había dicho llamarse Tanya metió una, el único canal que pudieron ver mostraba una y otra vez un vídeo musical de un hombre rapado cantando *That old cat smell*.

—A ver si lo he entendido —expuso Erik, llanamente—: Hay una guerra entre el Cielo y el Infierno, y la primera fase de la batalla final se libraré aquí, en la Tierra.

—Por ahí van los tiros —dijo Séfora. Estaba rebuscando en el mueble bar, con cara de no querer echarse al gazonate nada de lo que había allí dentro.

Erik alzó los hombros, como invitando a los demás a contemplar lo ridículo de la idea.

Tanya cogió un taburete y se sentó junto a él, bajando el volumen del televisor. Ya se sabía la dichosa cancioncita de memoria.

—Nínive, el espíritu que habita en el cristal, dice que habrá tres batallas decisivas: una en la Tierra, otra en el Cielo y otra en el Infierno. Y que de ellas dependerá el futuro de la Creación.

—Estupendo —bufó Erik—. Pues no contéis conmigo. Mi vida ya es demasiado complicada teniendo que llegar a fin de mes como para encima meter me en guerras cósmicas.

—¡Sí! ¡Una cerveza decente! —celebró el ángel. Sacó una lata sucia del mueble bar, la limpió con la manga y la olió. El líquido parecía en buen estado.

—Nunca había visto a un ángel que bebiera cerveza —se extrañó Erik. Séfora probó un sorbo.

—¿Habías visto a algún otro ángel aparte de mí? —preguntó.

—Pues... no, la verdad es que no.

—Ahí lo tienes. —Se dejó caer sobre la cama. Los muelles crujieron—. Cada vez que bajo al mundo a desempeñar alguna misión adquiero un vicio nuevo. Efectos colaterales de asumir forma física —se excusó—. Pero de todos, la cerveza negra es el que más me gusta. Tomada con moderación, claro.

—¿Y por qué nosotros? —protestó Erik, retornando el tema principal—. ¿Qué me hace importante a mí en esa ecuación? ¿Podría haber sido cualquiera!

—Podría, pero no lo es. Tienes que asumir tu destino, Erik, o de lo contrario serás uno de los primeros en caer en esta guerra. Los demonios ya te conocen. Irán a por ti sin descanso, sin concederte la menor tregua. Cuestión de buena o mala estrella, como tú lo veas.

El chico deambuló por la habitación como un alma en pena.

—Demonios... —Sopesó la palabra—. Seres del otro mundo. Por Dios, parece un guión de la última película de George Lucas. —Evocó la imagen del torbellino y la cosa que surgió de su interior, y se estremeció—. ¿Qué era eso que vimos en la montaña? ¿De dónde vino?

Séfora dio otro sorbo, bastante largo, a la lata de cerveza. Tenía la vista perdida en el dibujo geométrico de las baldosas del suelo, como si hubiera

algún significado oculto.

—«Eso» era un desmodu, un diablo mayor, y ya te puedes imaginar de dónde vino. No estará mucho tiempo en este mundo, porque ese tipo de invocaciones no duran demasiado, pero en el ínterin podría causar mucho daño. Para que lo entiendas, es como si alguien hubiese metido a presión doscientos kilos de horror y fealdad en un saco donde sólo caben tres.

—Suenan espantoso.

—Lo es. Tuvimos suerte de poder escapar la primera vez porque su esencia aún no se había solidificado. Pero si nos lo volvemos a encontrar...

Nínive volvió a hablar, haciendo que Erik se sobresaltara. Aún no se había acostumbrado a escuchar palabras retumbando en su cabeza.

Se luchará tres veces, una en el mundo de los mortales, otra en la Isla de Luz, y otra en el Abismo. Del resultado de las tres batallas dependerá el futuro de todo lo creado.

—Vamos, lo que yo dije pero con otras palabras —resopló Tanya.

Erik se sentó junto a ella. Buscaba un cómplice para su punto de vista.

—Tú no eres como ellos —constató—. Eres humana.

—Bravo, Sherlock.

—¿De verdad te crees todo esto? ¿No has dudado ni por un momento de esta locura?

—Escucha, Erik. —Tanya alargó la última sílaba hasta la longitud de un suspiro. Tenía aspecto de estar muy, muy cansada, y con muchas tareas aún por delante—. No te voy a contar lo que implica para mí el saber que mis padres están en poder de esas cosas, porque sería inútil. Lo único que tengo claro es que quiero recuperarlos, pase lo que pase, y si para ello debo despertar mi media naturaleza angelical y cargarme algunos diablos, pues ya se pueden ir preparando.

¡Fantástico!

—No hables, Nínive —aconsejó Séfora—. Descansa.

Erik se aproximó a la ventana. Miró sin ver la planicie que se extendía hasta donde alcanzaba la vista (con luces lejanas de un alumbrado público que intentaba en vano espantar los claroscuros), y al cabo de un rato dijo:

—Supongo que no podré volver a mi casa.

—Yo no lo haría —aconsejó Séfora—. Es el primer lugar que vigilará el desmodu.

—¿Se le puede matar? —preguntó Erik, con sincera preocupación—. ¿Tenemos alguna oportunidad de vencerle, aunque sea pequeña, o podemos ir pensando en algo gracioso para nuestra lápida?

Tanya miró a Séfora, muy interesada en la respuesta. Era una cuestión que los afectaba a todos.

El ángel lanzó la lata de cerveza a la papelería del otro extremo de la habitación, con sorprendente puntería.

—Ahora mismo no tendríamos ni una oportunidad —admitió—. Mientras Nínive y yo no estemos del todo recuperadas de nuestras heridas, ni siquiera somos rival para los lamaazu, y muchísimo menos para un desmodu.

—¿Entonces?

—Pasaremos a la siguiente fase del plan. Tenemos que encontrar al tercer elegido y a continuación dirigirnos al Santuario. Allí nos reuniremos con mi Maestro y estaremos a salvo. Presumiblemente.

Tanya apoyó la barbilla en los puños. Tumbada boca abajo sobre la cama, con sus curvas insinuadas bajo aquella ropa ligera, a Erik le pareció tremendamente atractiva, aunque por supuesto no dijo nada.

—Ya has mencionado en varias ocasiones eso del Santuario —preguntó Tanya—. ¿Qué es, y cómo se llega hasta él?

El Santuario es un lugar de comunión con las otras realidades, una especie de cruce de caminos —explicó Nínive. Se la notaba un poco más animada, ahora que estaban los cuatro juntos—. Es terreno neutral. Los demonios y los ángeles tienen derecho a cruzarlo, pero mientras estén dentro no pueden atacarse unos a otros. Son las normas.

—¿Los demonios también pueden entrar? —parpadeó Erik.

—Esos lugares son Santuarios para todos los seres vivos, incluyendo ángeles y demonios —añadió Séfora—. Dentro de sus límites no podremos atacar al desmodu, pero él tampoco nos hará daño. Si logramos llegar, mi Maestro nos ayudará.

—¿Quién es tu maestro?

Séfora torció el gesto.

—Un pícaro estúpido e inconsciente, al que no le confiaría la protección ni de mi caniche, si tuviera uno.

Los chicos la miraron, inexpresivos.

Nínive aclaró:

Es el ángel que le salvó la vida en Constantinopla, el que la recogió de las calles antes de la matanza. Se lleva bien con él, aunque después de tantos siglos juntos apenas se soportan.

—Entiendo —sonrió Tanya—. Salí durante ocho semanas con un chico antes de conocer a mi novio actual, y después de ese tiempo tampoco le pasaba una. Me imagino lo que será tener a alguien a tu lado durante siglos.

—No, no te lo imaginas —bufó Séfora—. Ni siquiera te acercas. —Se palpó el traje ajustado de piedrecillas—. Cuernos, ¿será posible que nadie tenga un cigarrillo?

—¿¿También fumas?? —Los ojos de Erik se abrieron como huevos de avestruz.

Séfora puso cara de hastío.

—Oye, que no eres mi padre, ¿vale? Échale la culpa a esta carne tan débil. —Resopló—. Me asusta necesitar tanto mis vicios.

—¿Dónde encontraremos al tercer chico? —preguntó Tanya, redirigiendo la conversación. Si de verdad tenían a un diablo mayor del Infierno pisándoles los talones, no había tiempo para discusiones filosóficas idiotas.

Siento su presencia muy lejos de aquí, en otro país. En un lugar de gran poder arcano que vosotros llamáis... el Mar Egeo.

—¡Genial! —Tanya dio una palmada—. ¡Siempre quise visitar Grecia!

—Ése será nuestro siguiente paso —decidió Séfora—. Una vez estemos allí, si todo va bien, comenzará vuestro entrenamiento. Tenéis un enorme potencial oculto, sólo que aún no lo sabéis. Con la instrucción adecuada, podríais incluso enfrentaros a esos demonios en su propio terreno.

—Pero para hacer todo eso vamos a tener que coger un avión —apuntó Erik—. ¿Tenemos derecho a sacar dinero, o ese diablo tendrá vigilados también los cajeros automáticos del país?

—Lo que más me preocupa es que a Nínive y a mí se nos está agotando la energía demasiado rápido —se lamentó Séfora—. Creo que es un efecto del campo negativo del desmodu. Se comporta como una sanguijuela mística; sólo con estar en este plano, nos roba el poder.

Tanya se puso en pie, se alisó la camisa y cogió su cartera nueva (también sustraída del centro comercial) de encima del televisor. Luego apagó el aparato, silenciando definitivamente al cantante y su dichoso old cat smell.

—No hay más que hablar. Pongámonos en marcha —sugirió—. Estoy dispuesta a comerme los diablos que haga falta con tal de liberar a mis padres.

Séfora asintió.

—Muy bien —dijo, orgullosa—. Ésa es la forma de hablar de un Arcángel.

La ayudante de producción Tatiana Barrios estaba a punto de dar por perdido el rastro de los especialistas cuando, apartando con un pie unos arbustos, encontró el surco que habían dejado las ruedas de una bicicleta.

No paraba de repetirse a sí misma: *menudo lío, tenía que tocarme a mí, tenía que tocarme a mí*, pensando en las innumerables cosas que podían haber salido mal aquel día, con esa niebla tan espesa y el capricho del director de seguir rodando pasase lo que pasase. Podían haberse averiado los coches, arruinado el maquillaje, roto los focos, perdido algún actor que se hubiera ido de marcha la noche antes, estallado el camión de pirotecnia de los FX...

Pero no, la china le había tocado a ella. Y ahora tenía que salir a buscar a esos niñatos presumidos de las bicis (y a los conductores de los coches, por cierto, que tampoco daban señales de vida), o lo siguiente sería una carta de despido firmada por el Estudio.

Había veces en que odiaba su trabajo. No se había metido en el mundo del cine por vocación, sino por consejo de un amigo. Ella era administrativa, y cuando se licenció esperaba encontrar un trabajo sencillo y tranquilo detrás de una mesa, en una oficina o en una ventanilla de atención al público. Nada relacionado con el arte ni esas locuras. Pero el puesto estaba ahí, y si no hubiese alargado la mano para cogerlo lo habría hecho el siguiente en la cola del paro, así que estampó su rúbrica al pie del contrato y preguntó: ¿Hace falta haber visto muchas películas para trabajar en esto, o con las típicas del videoclub ya vale?

Valía. En realidad, tal y como le explicaron al incorporarse, en el sistema de producción de una película sólo había un puñado de personas que sabían mucho sobre cine. El director, los actores, el montador... y pocos más. Se contaban con los dedos de una mano. El resto del personal en ese enorme ejército de técnicos, conductores, maquilladores, cocineros y eléctricos ni siquiera tenían por qué saber quién era Sergei Eisenstein. Cada cual hacía su trabajo obedeciendo las órdenes del productor y punto.

El puesto que ocupaba Tatiana sólo requería una virtud: que fuera una persona ordenada y llevase sus cuentas al día. Y eso sabía hacerlo a la perfección. Por la mañana hacía un recuento del personal, mandaba a buscar a los que se les habían pegado las sábanas, revisaba el material para ver si faltaba algo, orquestaba la difícil maniobra del catering y cerraba los recibos de los trabajadores temporales que ya no eran necesarios. Punto por punto, y cada cosa a su vez.

También tenía a su cargo la contratación de personal específico. Por «personal específico» se entendía especialistas, dobles, extras, y otra bichería por el estilo, que daban más la lata de lo que después resolvían. Cuando el director por fin gritó «¡corten!», haciendo suspirar a todo el mundo de alivio, Tatiana hizo un recuento de la gente a su cargo.

Y descubrió con pavor que le faltaban dos coches y dos bicicletas.

Salió inmediatamente en busca de los prófugos, armada con su libreta de castigos y un bolígrafo que podía esgrimir con la contundencia de un sable de luz (con el tiempo se había acostumbrado a los símiles cinematográficos). Y la frasecita volvió a ella: *tenía que pasarme a mí, cuernos, tenía que pasarme a mí.*

Lo que tenía delante eran huellas de bicis, desde luego. Y aquello de más allá, donde estaba toda la tierra amontonada, parecía un dibujo de neumáticos. Aleluya, ya los tenía en sus garras. Con la niebla y lo camuflada que estaba la pista, aquellos pazguatos seguramente se habrían salido de la pista y luego no supieron volver. Pero del tirón de orejas no se librarían ni aunque apareciera el mismísimo San Pedro armado con su cayado.

Se adentró en una parte del bosque que no conocía. Había acompañado al director, meses atrás, cuando buscaron localizaciones para la película, y dieron una amplia vuelta por aquellos caminos idóneos para practicar senderismo. Pero no recordaba haber visitado una zona con una arboleda tan espesa.

Hacía frío. ¿Y a qué se debían los destellos verdes que pintaban la bruma cada pocos segundos, haciéndola parecer una esmeralda gigante? Si cogía al gracioso del foco, pensaba hacerle lo mismo que al idiota del servicio meteorológico, el que inmortalizó las célebres palabras «tranquilos, lucirá un sol que hará quebrarse las piedras».

Tatiana sí que le iba a quebrar la cabeza en cuanto le viera. Y si no lo hacía ella, se encargaría el productor, así que de todos modos el periódico del día siguiente no se quedaría sin titular en la página de sucesos.

Hacía frío. Llevaba puesta una parka de algodón preparada para climas extremos, y aún así notaba las punzadas del aire gélido clavándose en su piel. Aquello no era natural.

Siguió caminando un rato más hasta que divisó el primer coche. Estaba empotrado contra un árbol, medio cubierto por la corteza que el mismo choque había arrancado del tronco.

Tatiana ahogó un grito. Eso sí que no se lo esperaba. Se aproximó al vehículo, con el corazón en un puño, y soltó todo el aire acumulado en los pulmones cuando vio que el sillón del conductor estaba vacío.

—Jesús —susurró, buscando huellas que indicasen en qué dirección podría haber ido el conductor. No las había, pero si estaba herido no podría haber avanzado mucho—. Esto es gordo. Esto sí que es gordo.

Unos metros más allá divisó el corpachón oscuro del segundo Renault, descansando boca abajo entre dos árboles, en el fondo de una cuneta. ¡No, no!, pensó, con las pulsaciones aceleradas. Aquello no podía estar sucediendo. Se negaba a aceptado. ¿Dos accidentes en el mismo día? ¿Cómo se lo explicarían a los del seguro?

Entonces escuchó la respiración.

Tatiana supo que el ser estaba a su espalda antes de volverse para mirado. En rigor, no era una respiración lo que escuchaba, sino algo más siniestro, como si un organismo del tamaño de un buey (pero que proyectaba una sombra bípeda, con espolones) se inflase y relajase después, soltando el aire que había absorbido por la piel en una especie de burlesca ósmosis.

Tatiana se volvió, muy despacio. Cuando la imagen de aquella cosa se reflejó en sus pupilas, el corazón de la aguerrida ayudante de producción dejó de latir. Pero antes tuvo tiempo de experimentar una certeza, un conocimiento que de nada iba a servirle a continuación.

Supo que el ser era un recién nacido, a pesar de sus tres metros de estatura, su complexión de toro y los espolones de hueso que surgían a intervalos regulares de su cuerpo. Un recién llegado a este mundo. Y supo también que la sensación que lo embargaba en aquellos momentos era lo único que mueve el cuerpo de los niños pequeños cuando respiran por primera vez el aire del mundo exterior.

El hambre.

Tanya estaba dormida. Se había dado cuenta de ello aún sin abandonar todavía los cálidos parajes del sueño, pero le gustaba lo que veía, así que lo prolongó un poquito más.

Se vio a sí misma desde arriba, flotando, sobrevolando a gran velocidad valles y montañas, bosques y praderas, poniendo rumbo al sur, al lugar donde los mitos de la Humanidad se forjaban con sangre de héroes. La sombra que su cuerpo proyectaba en los campos era la de un ángel con las alas extendidas. Tenía una especie de espada en la mano.

Esa parte del sueño la desconcertó. ¿Era una espada la imagen que tenía de su destino, el símbolo de una diosa guerrera que lo había dejado todo atrás para combatir en guerras cuyo resultado no podría alterar? ¿Se veía como esa clase de ángel, un exterminador, en lugar de un mensajero de paz?

No le gustó la idea. Se obligó a sí misma a soltar el arma, dejándola caer sobre el prado. Cuando el filo tocó la tierra los valles se astillaron con la

fuerza de un terremoto. La espada se había quedado clavada en vertical, en equilibrio perfecto sobre la punta.

Luego el manto de nubes arrastró el suelo.

Y algo retumbó en la lejanía.

Las voces de sus padres.

Tanya...

Alguien trazó pequeñas vías de ferrocarril sobre su rostro, despertándola. La muchacha guiñó los ojos.

—¿Séfora?

Se incorporó. Dormir en los aviones era fatigoso incluso yendo en primera clase (aunque no más que en los autobuses regionales), y ellos sólo habían conseguido billete en clase turista. La almohada que le proporcionó la azafata se había ido deslizándose hasta que su cuello se dobló del todo, y ahora le dolía.

Séfora estaba sentada en el asiento central de un grupo de tres; a su derecha, en la línea del pasillo, estaba Erik. Apenas habían tenido oportunidad de hablar con él. Erik les proporcionó unos pocos datos sobre su vida mientras esperaban en la terminal del aeropuerto, para satisfacer su curiosidad, pero lo hizo a regañadientes: dejó de estudiar hacía unos años para dedicarse por completo al mundo del cine. Era especialista en escenas de riesgo, igual que su padre, y la pérdida reciente de un amigo le comprimía el alma, haciéndole mucho daño. No, no quería hablar de ello, y mucho menos con desconocidas.

Tanya se preguntó si esa pérdida habría tenido lugar en la misma montaña donde lo encontraron. Si era así, había pasado muy poco tiempo.

El chico se mostraba reservado, hacia ella y especialmente hacia Séfora. Les hablaba, por supuesto, y discutía los asuntos que eran relevantes para la misión, pero el resto del tiempo parecía enredado en algún discurso interior. Tanya dedujo que era un mecanismo de defensa contra la irrealidad que lo arrastraba como un torrente.

Lo más inteligente sería dejarle espacio; seguro que terminaría por bajar esas defensas que tan férreas parecían ahora. Ningún corazón podía permanecer helado para siempre, por muy duro que fuera el sufrimiento.

¿Verdad?

Una de las cosas que más habían contribuido a poner a Erik entre la espada y la pared era el asunto de su cadena de oro, ese recuerdo familiar que los lamaazu habían usado para invocar al desmodu. No se le podía reprochar a Erik haberla perdido, en modo alguno, pero al explicarle las consecuencias de

ese acto tan simple, cómo se había aprovechado el enemigo de su mala suerte (¿o acaso la habían provocado ellos?), Erik se sumió en un silencio profundo.

Aquellos malnacidos pervirtieron un símbolo familiar al que él profesaba mucho respeto, empleándolo como llave para traer a un horror a este plano. Eso convertía aquel asunto en algo personal, por lo que Erik se alegró al saber que algún día, con el entrenamiento adecuado, llegaría a tener fuerzas para recuperar lo que era suyo.

—El piloto acaba de anunciar la aproximación final al aeropuerto —dijo Séfora, ciñéndose el cinturón de seguridad. No supo por qué, pero esa imagen le provocó a Tanya una gran desazón: ver a un ángel con alas demasiado débiles teniendo que usar un aparato para elevarse sobre las nubes, prótesis mecánicas que jamás sustituirían la majestad de su naturaleza, resultaba turbador. Pero a Séfora no parecía molestarle.

Tanya pegó la frente a la ventanilla. Estaban sobrevolando el mar Egeo, y aunque aún no veía las Cícladas, las sentía bajo sus pies. Acercándose. Esperándola.

Al cabo de un rato, un espigón de tierra gris apareció bajo unas nubes. Santorini. La perla del Egeo. Una media luna de roca volcánica que abrazaba la herida cauterizada del volcán Nea Kameni, según la leyenda el mismísimo dios furibundo que dio origen al mito de la Atlántida.

Desde luego, el ángel tenía razón: estaban a punto de pisar terreno sagrado.

Nínive había logrado afinar la posición del tercer elegido (y su sexo: era otro chico, más joven que Erik). También les proporcionó un nombre: Imerovigli, una ciudad que colgaba al borde de un acantilado, y que era uno de los más bellos parajes que podía visitar cualquiera que se sintiera llamado por la majestad y el salvajismo del Egeo. Uno de sus profesores del instituto, que solía presumir ante toda la clase de sus viajes, les había dicho una vez que cuando navegas un tiempo por ese mar proceloso, esa cuna de mitos, acabas creyendo en Poseidón.

Tanya ya lo creía, y eso que sólo lo estaba contemplando desde arriba.

El airbus tomó tierra con una sacudida en la pista de Santorini. El paisaje que corría velozmente por la ventanilla era una llanura volcánica de la que brotaban frondosos sotos de olivos. Pero lo más impresionante era la luz: el sol tenía una cualidad ígnea, brillante, y lo pintaba todo con colores primarios y potentes, haciendo las cosas más reales para sus sentidos.

El autobús los condujo a Imerovigli en apenas media hora, casi siempre subiendo. Tanya se había comprado una guía de viaje en el aeropuerto, y

había memorizado hasta el último detalle de aquella isla tan maravillosa. Se hizo la promesa de regresar algún día con más calma, en plan turista, sin la presión de tener asesinos sobrenaturales pisándole los talones. No había nada peor que eso para arruinar unas vacaciones.

—Ahora entiendo por qué se ruedan aquí tantas películas —comentó Erik. Se le veía de mejor humor desde que bajó del avión—. La luz es perfecta. Y el paisaje muy sugerente: moderno y primitivo a la vez. Tengo un primo que siempre soñó con venir a rodar un cortometraje a estas costas.

—En mis tiempos no existían estas ciudades —apuntó Séfora, contemplando los agrupamientos de casas pintados de blanco y azul, tan anacrónicos. En algún momento había birlado un paquete de tabaco light, y aunque no le habían dejado abrirlo en el aire, ahora devoraba con fruición un cigarrillo—. Estuve aquí una vez, con mi familia, trayendo unos animales del continente. Sólo existía un puerto de mala muerte en la zona oriental, controlado por los selyúcidas. El resto se dejaba como espacio de crianza para ovejas. No era una isla muy rentable.

Tanya trató de calcular cuándo había sido eso. ¿En la época de decadencia del Imperio Bizantino, allá por el siglo once o doce? Impresionante.

El autobús escaló pacientemente la cuesta de la montaña y, cuando la carretera besó por primera vez el lado occidental, serpenteando al borde de un acantilado que robaba el aliento, los tres jóvenes se pegaron a ese lado del vehículo.

No había palabras para describir lo que sintieron.

Si Poseidón hubiese abierto los brazos para rodear el espantoso horno del fuego primordial, el volcán que renovaba la Tierra y destruía civilizaciones, la escena se habría parecido mucho a aquélla. Un plato azul de mar prisionero rodeaba el lunar del Nea Kameni, chato y oscuro, dejando islas más allá y cruceros de lujo del lado de Thira. Tanya contempló el volcán, sabiendo que lo que veía era el fósil de un periodo histórico legendario, y se sintió tan sobrecogida como cuando Séfora le mostró por primera vez sus alas.

—Quiero comprarme una casita aquí —decretó. Los demás estuvieron de acuerdo.

Imerovigli era un poblado tan de postal, tan perfecto en su recreación de la tranquilidad y la pureza del Mediterráneo, que parecía un decorado cinematográfico. Pero había gente, turistas en su mayoría, y tiendas. Sobre todo tiendas.

Al bajar del autobús, los chicos se asombraron de lo orientado al turismo que estaba todo, desde el aspecto general de las casas (todas pintadas igual,

sin excepción), hasta los molinos de viento, las miles de joyerías (de los comercios que abarrotaban las calles, más de la mitad eran de este tipo) y, sobre todo, el bosque de mausoleos y capillas familiares que brotaba con sus cúpulas ornamentadas aquí y allá. Miles de cruces remataban los edificios dispuestos en cascada sobre el acantilado, mostrando la devoción con que cada familia veneraba a sus antepasados, o como habría dicho Homero, a sus sacros penates.

—Vamos a buscar un hostel —sugirió Erik—. Con la cantidad de turistas que hay aquí, podríamos quedarnos sin un lugar donde dormir.

—No te creas —dijo Tanya—. La mayoría de ellos parecen venir de los barcos de allá abajo. —Señaló la inmensa bahía, donde tres enormes cruceros de lujo de veinte pisos de altura eran escoltados por una flotilla de remolcadores y chalupas de desembarco.

—Cierto. Pero aún así prefiero no arriesgarme. No sé qué temperatura hará aquí de noche, para dormir en un banco de la plaza.

Erik entró en un edificio pintoresco flanqueado por un molino. El cartel proclamaba:

HOSTAL ANAFI

Déjese acunar por la paz y el silencio

en dos juegos de caracteres, occidental y helénico. Un tema suave brotaba de unos altavoces, probablemente de algún dios de la guitarra como Mike Oldfield o Mark Knopfler, algo que poseía una lejana reminiscencia a céltico postmoderno.

Tras una breve charla en inglés con la recepcionista, Erik se volvió a sus compañeras con una amplia sonrisa:

—¡Tenemos habitación!

—Oye, Erik, ¿cuántas has pedido? —preguntó Tanya mientras subían las escaleras.

El chico pareció caer en la cuenta de ese detalle.

—Eh... una. Era la única que les quedaba. —Ante la mirada de reproche de la joven, añadió—: Lo siento, es que durante los rodajes estoy acostumbrado a compartir habitación con otra gente. No pensé en que te molestaría.

—Ya. Y también compartís el baño, ¿no? La comuna del cine.

—Sí, ¿y qué? Somos gente civilizada, señorita presumida —se burló.

—Eres un salido. Ni se te ocurra pensar que vas a verme desnuda mientras me ducho —le advirtió ella, ofendida.

—¿Quién, yo? Para que lo sepas, no eres precisamente una súper modelo. Si quisiera ver chicas como tú sólo tengo que ir al balneario de mi pueblo. Allí las haya puñados.

—¿A qué estás esperando? Seguro que esas sílfides echan de menos a un Tarzán de barrio.

Los humanos seguirán siendo humanos, no importa los siglos que pasen
—dijo Nínive mientras ellos se adelantaban escaleras arriba. Séfora soltó una risita.

Estaba contenta. Todo empezaba a marchar. Ahora sólo tenían que encontrar al último chico en medio de aquella isla atestada de gente, una gesta en principio no muy difícil, antes de que llegara el desmodu.

Séfora resopló, anticipando lo mucho que le iban a doler los pies de subir y bajar callejuelas empinadas.

Cómo deseaba que sus alas sanasen de una vez.

6

SCENE

La vida nocturna de un lugar que acoge a miles de turistas al año siempre es animada. Y por definición, es más ordenada que en otros rincones. Tanya sentía en cada esquina la presencia de un cuerpo policial que estaba allí para que nadie se saliese excesivamente del tiesto, de ojos que parecían seguir cada movimiento y ceños que se fruncían ante cualquier actividad que fuera perniciosa no sólo para el entorno, sino también para el propio turista.

Eso no le molestaba. Una vez había hecho planes con sus padres para reunir todo el dinero posible e irse de viaje a Egipto. Un crucero por el Nilo, era su sueño dorado. Por supuesto, una familia de clase media-baja como la suya tendría que hacer un esfuerzo colosal para comprar uno de esos paquetes programados donde te lo hacen todo y te llevan a todas partes, pero Tanya confiaba en entrar en la facultad con un año de antelación para así acabar antes la carrera. En cuanto ganase un sueldo digno (¿Médico? No, era demasiado aprensiva. ¿Abogada? Nah, habría que buscar algo menos enrevesado), llevaría a sus padres a todos esos viajes con los que hasta ahora sólo habían podido soñar.

Se acordó del Nilo porque un amigo le había dicho que allí existía una policía especial para el turista, para proteger los monumentos y a los visitantes de los propios egipcios. Era muy triste que un país tuviese que crear una fuerza armada para defender su principal motor económico de sí mismo, pero así estaban las cosas en el Tercer Mundo.

Por fortuna, Grecia era diferente.

—En mis tiempos las mujeres no éramos así —comentó Séfora. Llevaba un rato con expresión ausente, siguiendo los movimientos de un grupo de muchachas que armaban escándalo en una mesa cercana. Ella, Tanya y Erik estaban sentados en un bar terraza, con unas espléndidas vistas a la bahía y a la animada procesión de jóvenes que, entre risas y bailes, convertía las calles

en un pequeño carnaval. Un reloj-termómetro digital brillaba en una fachada anunciando la hora (once y media de la noche) y la temperatura ambiente (veintiocho grados)—. La forma que teníamos de llamar la atención sobre nosotras mismas era más discreta. Más elegante.

—Supongo que os perdisteis la revolución sexual —opinó Tanya—. Más bien, no llegasteis a ella.

—¿Soy muy antigua? —Pareció como si descubriese ese problema de repente—. Seguro que tenéis una palabra para ello.

—Como la tumba de rey Tut, cariño —dijo Erik, sonriendo de medio lado—. Y sí, tenemos un saco de palabrejas para eso: carroza, carcamal, vejestorio, abuela...

—¡Erik! —le llamó la atención Tanya.

El muchacho se encogió de hombros.

—Séfora preguntó.

—No, si en el fondo tiene razón —admitió el ángel—. La humanidad progresa a una velocidad asombrosa, y no está en nuestra naturaleza adaptarnos. Antes erais los humanos los que os adaptabais a nosotros, no al revés. Sólo pensar que pueda haber revoluciones sociales en el orden en el que yo vivo... brrr. Me dan escalofríos.

—Entonces no eres tú la que estás anticuada, Séfora, sino el universo el que no puede seguirnos el ritmo —dijo Erik, saboreando una cerveza de moras—. Por cierto, ¿alguien sabe cuánto dinero nos queda?

Tanya, nombrada tesorera oficial del grupo, metió la mano en la pequeña cartera que llevaba en el bolsillo. Algo muy parecido al vacío absoluto aguardaba en su interior.

—¿Sabes esa cerveza que tienes en la mano? —preguntó.

Erik sopesó la lata.

—Sí.

—Aprovéchala bien, porque será la última.

Séfora la miró, preocupada.

—¿Tan mal estamos?

—Gastamos casi todo lo que habíamos rob... cogido prestado en el centro comercial para comprar los pasajes. Nuestro patrimonio actual asciende a la portentosa cifra de... —Hizo tintinear las monedas de la cartera—: veinte euros con noventa céntimos. Y un dracma fuera de curso que me encontré en el suelo.

—Estupendo —bufó Erik. Agitó la lata para comprobar cuánto líquido le quedaba y se lo fue tomando a pequeños sorbos.

—Había olvidado lo problemático que es carecer de peculio en este mundo —se lamentó Séfora.

—¿No podríamos... ejem, conseguir un poco más en esas joyerías? —aventuró Tanya—. Seguro que a ellos les sobra, con tanta cadena de diamantes y tanto oro. Y el seguro les cubrirá cualquier contingencia. Me han dicho que hay una calle en Fira llamada Ypapantis que...

Séfora le dedicó una mirada de reproche. La joven se sonrojó. Entendía lo moralmente reprochable que era pedirle a un ángel (nada menos) que robase, pero así, mendigando en las calles para poder pagarse una cama y un desayuno, no iban a poder salvar al mundo. Un héroe que se precie debe tener la barriga llena antes de enfrentarse a sus enemigos. Por eso Batman era rico.

Para no forzar la situación, cambió de tema.

—¿No tenemos más datos sobre el chico que buscamos, Nínive? Un nombre, una dirección... algo que pueda sernos útil. Santorini es muy grande.

Séfora llevaba el espejo guardado dentro de la chaqueta. Para poder volar con la compañía aérea se había visto forzada a cambiar de atuendo y ponerse unos zapatos, situación que la incomodaba bastante. Había elegido por consejo de Tanya una ropa ligera y deportiva y sobre todo muy barata.

La voz del espíritu reverberó en las mentes de todos, sin necesidad de que ella lo sacara del bolsillo.

La cercanía me permite rastreado mejor. Sé que está aquí, en este poblado, pero no puedo ubicado con precisión.

—¿Captas algo más, un rasgo empático? —preguntó Séfora.

—¿Qué es eso de lo enfático? —preguntó Erik.

—Empático. Las emociones están muy ligadas al alma de los humanos. El amor, el odio, la soledad, la duda... todo ello conforma un aura que os rodea y que puede leerse.

—Ah. ¿Y la miseria también genera un aura? Porque nosotros tenemos que estar emitiendo hasta en UHF.

Tanya le dio un codazo por debajo de la mesa. Erik compuso una expresión aburrida y se dedicó a mirar el fondo de la lata a través del agujero, a ver si lograba extraer otra gota de cerveza.

Nínive continuó:

Leo muchas auras en el viento. Las más cercanas al muchacho son... qué curioso.

—¿Qué ocurre?

Son bastante oscuras.

Séfora juntó las cejas.

—¿Oscuras?

Tristes. Noto apatía, decepción ante la vida y el porvenir. Tristeza. Dolor. Callejones sin salida. Los sentimientos son la única luz que hace de faro para este alma en particular, dándole ánimos para seguir adelante, para buscarle un sentido al paso de los días.

—Joder, es un scene —se quejó Tanya, frotándose los ojos.

Séfora la miró, extrañada.

—¿A qué te refieres?

—Ese cuadro que acaba de describimos... la apatía, los sentimientos como faro, la tristeza por el estado de las cosas... son característicos de una tribu urbana que conozco. Los scene. Solemos frecuentar los mismos locales.

—No me digas que tú eres de éstas —dijo Erik, divertido.

Tanya lo miró con resquemor.

—Sí, soy de «éstas». Visto esta basura de ropa de marca porque no me queda más remedio, pero si pudiera...

—Chicos, no os peleéis, por favor —atajó Séfora—. Tanya, cuéntanos un poco más sobre esa tribu.

La joven se echó hacia atrás en la silla, manteniéndola en equilibrio sobre dos patas.

—Son gente depresiva y difícil. Adolescentes muy melancólicos, frustrados en su mayoría. O al menos así los conocí yo. —Exhaló un suspiro mirando el carnaval, con los fuegos, las luces y las risas—. Es poco probable que lo encontremos aquí. Un scene huye de la alegría, se refugia en la oscuridad y en los sitios deprimentes. El comportamiento de grupo no está hecho para él.

—Pues desde luego, si está por aquí cerca anda muy perdido —dijo Erik—. Tanto existencial como geográficamente.

—¿Tú crees? —Tanya se asomó a la barandilla de la terraza, El pueblo caía a pico hacia el mar, sin miedo, con sus iglesias y capillas octogonales y el bosque de cruces. Parecía una necrópolis de paredes inmaculadas y luces rutilantes—. A mí me parece un decorado idóneo para un scene. Lo que pasa es que no lo encontraremos donde haya bullicio. Habrá que buscar más abajo.

—Pongámonos en marcha, entonces —decidió Séfora. Tanya pagó las bebidas y cerró la fila, bajando con sus compañeros hacia los barrios más alejados del ruido. En aquellas callejuelas laberínticas se respiraba otro ambiente, una paz y una tranquilidad que parecían heredadas del volcán que tenían enfrente. Al poco rato, hasta el nimbo de las farolas se tornó más vaporoso.

Está cerca, lo presiento.

Séfora empuñó el espejo y lo orientó hacia las cúpulas.

—¿Ves algo?

Noto su presencia, pero tened cuidado.

El ángel se tensó.

—¿Qué ocurre?

El aura del chico no es normal. No se encuentra en el estado metafísico habitual de los humanos.

—Claro —rió Erik—. Es carne de psiquiátrico.

—No se refiere a eso —murmuró Séfora, y les hizo una señal para que se mantuvieran a su espalda.

Erik y Tanya se detuvieron, intranquilos. En sus cabezas cristalizó el mismo pensamiento: ¿acaso había podido encontrarlos tan rápido el desmodu?

Siguieron avanzando. Para llegar a según qué sitios había que salirse de las calles y cruzar patios que, en realidad, eran el tejado de las casas del nivel inferior. Estaban invadiendo propiedad privada, lo sabían, pero no había otra forma de avanzar lateralmente; las calles casi siempre se orientaban siguiendo la pendiente de la montaña, pero no partían ramales en perpendicular.

El instinto de supervivencia de Séfora comenzó a lanzar campanas a lo alto. Aquel dédalo era el lugar idóneo para una emboscada.

Una luz mortecina los guió hacia uno de los mausoleos. El edificio, que compartía una pared con la casa de la familia que lo cuidaba, constaba de la clásica torre octogonal rematada por una cúpula azul marino y una cruz de piedra, pero en la base poseía unas columnas que permitían que alguien se escondiese fácilmente detrás.

Y eso era justo lo que estaba sucediendo.

Séfora orientó el espejo hacia las sombras. Un débil fulgor dorado surgió de él, no tanto como para hacer daño al demonio (si es que estaba oculto allí, en alguna parte) pero sí para hacerlo salir de su escondite. Los colores eran varios grados más fríos de lo normal.

No fue una silueta infernal y llena de cuernos y cicatrices de mil batallas lo que reveló el espejo, sino un joven sentado en el suelo, encorvado, con los brazos en torno a las rodillas y la cabeza escondida en el hueco. Detrás de él había otra persona, aunque era difícil saber si era un hombre o una mujer, porque ambos vestían exactamente igual y tenían un pelo profundamente

oscuro que se les derramaba sobre el rostro como una cascada. El segundo chico estaba acostado cuan largo era, como si estuviese durmiendo. Su pecho apenas se movía.

—¿Hola?

Séfora supuso que lo más inteligente era hacerse notar, aunque ninguno de los dos chicos reaccionó a su llamada. Se quedaron inmóviles, en la misma posición en que los había encontrado, como si sus mentes estuviesen demasiado perdidas en la angustia de sus pensamientos como para hacerlas salir a la luz.

Iba a acercarse a ellos en busca del contacto físico cuando Nínive exclamó:

¡Espera! Por el Altísimo, Séfora; mira su aura.

Séfora dirigió el espejo hacia el joven sentado y contempló su reflejo.

La incredulidad se le tuvo que derramar por toda la cara, porque Tanya y Erik preguntaron, intranquilos:

—¿Qué le pasa? ¿Es una trampa?

—Hemos llegado tarde —dijo Séfora.

Puede que no. No siento la cercanía del desmodu.

—¿Cómo explicas... *esto*, entonces?

Tanya estaba que no cabía en sí de la tensión.

—¿El qué, de qué estáis hablando? —chilló en voz baja y aguda—. Séfora, por lo que más quieras, deja de torturarnos.

El ángel la ignoró. Se acercó al muchacho y lo tocó en el hombro.

—¿Estás bien, chico? ¿Podemos ayudarte?

El contacto físico funcionó, aunque el joven tardó todavía unos segundos en reaccionar. Levantó la cabeza con gran pesadez, como si el mundo entero estuviera apoyado sobre su frente.

Séfora se sorprendió: largos caminos de lágrimas se habían solidificado bajo los ojos de aquel muchacho, indicando la senda de todos sus pesares. Había llorado mucho y durante demasiado tiempo, tanto que las ojeras, que en una época estuvieron hechas de maquillaje, ahora eran hondos surcos tatuados.

El chico no era feo. Tenía unos dieciséis años, era delgado y de hombros caídos, con un trazo fino en las cejas que le estilizaba de una manera lóbrega el rostro. El pelo, largo y lacio, le caía como una cortina cubriéndole un lado de la cara, con largas extensiones cepilladas sobre un ojo. Vestía con un estilo acorde a esa imagen de alma en pena, con una sudadera gris con calaveras, pantalón entubado y un cinturón de picos.

Pero lo que más llamó la atención de Séfora fueron los cortes que tenía en los brazos. Eran poco profundos, pero parecían antiguos, como si él mismo se hubiese escogido como conejillo de indias para prácticas de tatuador.

—Jesús, muchacho, ¿qué te has hecho?

El joven trató por dos veces de hablar, entre débiles gemidos. Estaba intentando reunir palabras, pero éstas se negaban a subir a la garganta.

Al final, con Séfora y Tanya en cuclillas a su lado, sosteniéndole, logró decir:

—Es... es demasiado... triste...

—¿El qué? —preguntó Tanya, contagiada por la impactante aura emotiva del chico hasta el punto de tener humedecidos los ojos.

El joven descolgó de nuevo la cabeza, y dijo en un hilo de voz:

—La vida. —Apretó los puños contra sus sienes. Se golpeó a sí mismo. Y de nuevo. Y de nuevo.

—¡Basta ya, esto es demasiado! —explotó Erik—. ¿Es que no veis lo que está haciendo? ¡Es un maldito comediante!

Las chicas lo miraron, indignadas.

—¡Erik!

—No, lo siento pero no pienso pasar por esto. —Espantó la idea con los brazos, como si fuera una molesta mosca de verano—. Ese tío es un desecho social; debería estar en un psiquiátrico, no llorando por las esquinas de lo triste que es la vida. Además, ¿nadie se ha fijado en esa chica? —Señaló el segundo cuerpo, tumbado en el suelo. Aseverar que era una mujer implicaba jugar un poco al azar.

Séfora la tocó en el cuello.

—Está bien, sólo está dormida.

—He oído que los scene siempre van en pareja, porque necesitan el apoyo constante de alguien que vea la vida como ellos —recordó Tanya.

—Querrás decir de otros chalados —corrigió Erik.

—¡Erik, por favor, no seas insensible! ¡Estos chicos lo están pasando muy mal!

—Esos chicos son depresivos por elección propia. Por una moda, no porque hayan tenido una mala vida. Pregúntale al tío ese si su padre le pegaba, o si perdió a su novia en un accidente de coche —la retó—. Verás lo que te dice. Esta gente se deprime, llora y patatea por seguir una estúpida moda, nada más.

El joven scene levantó de nuevo la vista, clavando los ojos oscuros en Erik. Éste se dio la vuelta y se fue por donde había venido.

—¿Adónde vas? —preguntó Séfora.

—¡A emborracharme! Estoy harto de tanto teatro. Si os encontráis con el desmodu, gritad, yo seguro que no os oiré.

Tanya hizo el amago de intentar detenerlo, pero Séfora posó una mano en su hombro.

—No. Esto también es confuso para él. Déjale que lo afronte a su manera.

—¿Y si se pierde?

—No se perderá, está habituado a la vida nocturna. Venga, ayúdame con este chico.

Entre las dos pusieron en pie al scene y lo sentaron en un alféizar. Era sorprendente lo poco que pesaba, como si estuviera lleno de aire.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Séfora.

El chico tardó en responder.

—Mauro.

—Encantada de conocerte, Mauro. Es un nombre muy bonito. —Al momento entendió que esa frase era un error: para un depresivo en la cúspide de la curva emocional no había nada bonito. Ni siquiera su nombre—. Oye, tenemos que hablarte de algo muy importante. ¿Tu amiga está bien, la llevamos a alguna parte?

—¿Eres el ángel? —preguntó, en voz tan baja que apenas movió aire.

Séfora se quedó petrificada.

—¿Cómo has dicho?

—Sí, lo eres —dijo él, aletargándose cada vez más, arrastrando sílabas y palabras enteras como los vagones de un tren sonoro—. Sabía que vendrías a buscarme, pero no que sería esta noche.

—¿Cómo... cómo lo sabías?

—He soñado contigo muchas veces. Te estuve esperando durante años, pero como no venías pensé que la vida se había puesto en mi contra. —Se miró las manos, llenas de pequeñas cicatrices de navaja—. Y así fue. —Antes de que ella pudiese intercalar una frase, añadió—: Iré con vosotras, con una sola condición.

—¿Cuál?

Hizo un gesto hacia su amiga, tan inmóvil en su letargo que parecía un fardo.

—Que venga Rhea. Sin ella no sé vivir.

Tanya se irguió de golpe. Acababa de darse cuenta de algo increíble.

—S... Séfora...

—¿Qué ocurre?

—¿En qué idioma estamos hablando?

El ángel sonrió. No les había dicho nada a los chicos, esperando que lo descubriesen por sí mismos, pero les había traspasado una parte del don de lenguas de Nínive. Si iban a vagar por el mundo buscando a los ángeles perdidos, algo tan simple como una barrera idiomática no debía suponer un problema.

—¿Te lo imaginas? —preguntó, retóricamente.

Tanya no cabía en sí de la emoción.

—Esto... esto es...

—Ayúdame, tenemos que llevarlo al hostel. ¿Tienes casa, Mauro?

El joven negó con la cabeza.

Tanya estaba que no cabía en sí de gozo, pensando en las increíbles posibilidades para explorar el mundo que le abría ese nuevo don. ¿Egipto? ¡Ja! Ya nunca más iba a necesitar traductor, así que se arriesgaría a ir incluso al Nepal, o a las regiones más remotas de China. Pero esos planes tuvieron que hacer cola ante lo más urgente: sacar a los scene de aquel rincón oscuro, idóneo para emboscadas.

Tardaron más de media hora en transportarlos casi en peso hasta el hostel. La recepcionista los miró con recelo, pero no interpuso pegas. Había un aroma nuevo en el aire, una pincelada a incienso de sándalo. Sin motivo aparente, los dueños del edificio habían hecho algunos cambios en la decoración añadiendo elementos japoneses.

Una frágil música koto (melodías antiguas en cuarta) brotaba de unos altavoces.

Las chicas ni siquiera pidieron permiso para meter en la habitación a los nuevos invitados: estaban demasiado agotadas por el esfuerzo de cargar escaleras arriba (medio pueblo tenía una pendiente de más del treinta por ciento) con los dos scene. Cuando abrieron la puerta de la habitación gritaron el nombre de Erik, pero nadie les respondió.

—Vendrá mañana temprano a dormir la mona —gruñó Tanya, depositando con cuidado a Rhea sobre la cama.

Sintió un escalofrío al ver que ella también tenía los brazos llenos de cortes.

—Lo hacemos en pareja, siempre —dijo la vocecilla de Mauro—. Nos lastimamos el uno al otro, y así nos damos ánimos en nuestro sufrimiento.

—Jesús. ¿Cómo podéis llegar a esto? Sois jóvenes, guapos... tenéis toda la vida por delante.

Mauro hizo un gesto como si esa fuera la más inconveniente y obvia de las mentiras.

—Algunos nunca debimos haber nacido. No servimos para estar aquí.

Séfora se llevó aparte a Tanya. Cogió el espejo y lo orientó hacia los scene.

—Tanya, mira esto.

—¿Qué pasa?

Se llevó una verdadera impresión al ver que además de la imagen reflejada de Mauro, también había otro elemento transparente, tan frágil que parecía un sueño, llenando la imagen: dos alas de ángel que surgían de la espalda de Mauro. Aunque eran distintas a las de Séfora; en lugar de tener plumas blancas ribeteadas en rojo, eran de color gris pálido, ceniciento, con un filo plateado.

—¿Cómo es posible? —preguntó Tanya, aturdida—. ¿Él es... es un...?

—No, no es como yo. Esto fue lo que vi cuando lo encontramos. No es un ángel, pero tampoco es humano. Se ha extraviado en algún lugar a medio camino.

Tanya se preocupó.

—No será un demonio... —tanteó, esperando que la respuesta fuese negativa.

Séfora movió la cabeza hacia los lados.

—No. Se halla en un estado de proximidad crítica al otro mundo, lo mismo que os pasará a vosotros cuando completéis vuestro entrenamiento.

—¿A nosotros también nos crecerán alas?

—Más o menos. Con el tiempo. Digamos que Mauro ha logrado recorrer un trecho del camino, por sí solo, que yo pensé que ningún humano podría transitar sin ayuda. Puede que por eso esté tan triste —elucubró—. Ha dado los primeros pasos hacia la Divinidad sin ningún heraldo que lo guíe. Por eso aguardaba con tanta ansiedad mi llegada.

Tanya tardó un rato en procesar esa información, y sus implicaciones. Tras servirle un vaso de agua a los dos chicos (Rhea ya se había despertado, aunque se negaba a decir ni una palabra), preguntó:

—¿Qué va a pasar ahora que los tres elegidos estamos juntos?

Séfora perdió su vista más allá de la ventana, en el manchón negro que señalaba el ojo del Nea Kameni.

—Mañana comenzaré a entrenaros, al tiempo que trato de contactar con mi Maestro. Será duro, pero si Mauro lo ha conseguido por sí mismo, sin

ayuda de nadie... —Un brillo siniestro cruzó de derecha a izquierda en su mirada—, vosotros también lo haréis. Cueste lo que cueste.

Erik se sentía a gusto con aquel ambiente.

La música, la juerga, las risas, el escasamente sutil juego del cortejo y del toma y daca sentimental entre chicos y chicas... todo le recordaba su mejor época, aquella en la que tenía dinero para gastar y mucha juventud que derrochar. Le gustaba pensar que esa época aún no había pasado; que pese a los engendros que lo perseguían y su pobreza actual, seguía sabiendo disfrutar de la vida.

Estaba observando desde arriba, en una terraza elevada, el alegre bullicio de un pub al aire libre. Además de las barras con varios estratos de gente y de los focos que centelleaban al ritmo de la música, el dueño del local había colocado una gran pantalla blanca y estaba proyectando una película cuyo sonido, si existía, no podía competir con el estruendo de los DJs.

Se acordó del eslogan publicitario del hostel, *Déjese acunar por la paz y el silencio*, y rió por lo bajo.

La película en cuestión no era nada del otro mundo. Una de gánsteres al estilo europeo. Al verla, sin embargo, Erik recordó una anécdota que le había sucedido durante un rodaje. Eso le hizo sonreír y olvidar por unos momentos la tragedia en la que se había visto envuelto, con la muerte de Antonio y todo lo demás.

Ocurrió en una sala de montaje. Estaba visionando junto con Antonio y dos productores los planos rodados ese día, para ver qué se podía mejorar con vista a las siguientes secuencias. Un pistolero musculoso acababa de agarrar una metralleta enorme (Erik no creía que en el mundo real existieran monstruos así, con tantos cañones y accesorios con lucecitas que no servían para nada, sólo para hacer bulto) y masacraba sin piedad a un montón de enemigos.

El actor puso una cara de psicópata que daba miedo en un primer plano y dijo:

—Chupaos ésa, malditos comunistas.

Uno de los productores le indicó a su colega que aquello era políticamente incorrecto. Querían vender la película también en Rusia y China, grandes mercados emergentes, y frases de ese tipo eran políticamente incorrectas. Así que lo doblaron sobre la marcha.

El actor puso una cara de psicópata que daba miedo en un primer plano y dijo:

—Chupaos ésa, malditos terroristas.

Ésta vez fue el otro productor quien no estuvo de acuerdo. Ya había demasiadas películas sobre terroristas y, aunque en la vida real daban miedo, en el cine habían perdido el estatus de villanos estrella. Volvieron a doblar la voz.

El actor puso una cara de psicópata que daba miedo en un primer plano y dijo:

—Chupaos ésa, malditos bomberos.

—¿Bomberos? —se extrañó el dueño de la productora.

—Mi ex mujer estuvo saliendo con uno mientras nos separábamos. Son gentuza —rezongó el otro.

Erik se estuvo riendo de eso durante tres días.

Era bueno reír. Acordarse de los buenos tiempos. De Antonio y sus chistes de cangrejos, y de la manera tan graciosa (por lo absurda) que tenía de inventar excusas cada vez que llegaba tarde.

Todo eso había quedado atrás.

Erik sacudió la cabeza, triste. Se apoyó en la fachada de una casa, admirando la caótica danza de la vida nocturna, cómo se desenvolvían los danzarines bajo el cono de luz plateada del cine. Había conseguido a buen precio una lata de cerveza griega en una tienda (LICORES - RECUERDOS - JOYERÍA) y se estaba preguntando si algún alma caritativa le prestaría unos cuantos cubitos de hielo.

Entonces oyó los relojes. Docenas de ellos, de porcelana y de cuco, electrónicos, cajas de música y zumbadores, de agua y de viento, de cuerda y de batería... campanillearon y celebraron la media noche con una leve asincronía, de modo que el sonido tuvo el efecto de una cascada musical.

Cuando el sonido murió, Erik oyó una voz a su espalda que decía:

—A las tiendas de relojes les gusta hacerse notar cuando no están sus dueños. Son muy traviesas, ¿no crees?

El joven se volvió para descubrir a una beldad de piel morena, ojos amplios y cabello rizado que se movía voluptuosamente en su dirección. Llevaba una copa en la mano, medio llena todavía de Martini. Su cara se alargaba en punta con un aire decididamente griego, y el toque oriental de los párpados, al estilo turco, le confería una extraña y exótica belleza.

Erik carraspeó.

—Ejem... sí, eso parece. —Algo en su mente empezó a lanzar campanas al notar que estaba hablando en griego, pero estaba demasiado ocupado lanzando miradas de reojo a los poderosos senos de la chica como para prestar atención a ese milagro—. Me gustan los relojes. Dan la hora.

—Sí —rió ella, musicalmente—. Para eso desde luego que sirven. Y para recordarnos el lugar que ocupamos en el esquema de la vida. Lo poco que nos queda por delante.

—Ese pensamiento es demasiado filosófico para las doce de la noche, ¿no? ¿O es que te sienta mal el Martini?

El pie de la joven se acercó a la bota de Erik y, delicadamente, tocándolo sólo con la punta, separó un trozo de papel que se le había pegado a la suela. Publicidad de uno de los pubs.

—Me llamo Cassandra.

—¡Eh, esa historia la conozco! —chasqueó los dedos—. Una vez vi una película. Era la esclava de Aquiles, ¿no?

Ella volvió a reír. Cuando echaba hacia atrás la cabeza y los rizos seguían el movimiento, le parecía estar contemplando la tentación hecha carne. *Ay, Adán, pobre infeliz, pensó; si esto es lo que dio de sí tu costilla, yo que tú me habría comido una sandía en lugar de una manzana.*

—No das una, tonto —dijo la joven—. Ésa era Briseida. Cassandra era una vidente de Troya que fue castigada por Apolo con una terrible maldición: podía ver el futuro, pero si trataba de advertir a su familia de lo que iba a pasar, nadie se la tomaba en serio.

—Ah, sí... la vidente. Ya me acuerdo. Siempre me ha parecido el personaje más absurdo de ese poema, la verdad.

La muchacha pareció intrigada por su reflexión.

—¿Sí? Qué interesante. ¿Por qué?

—Porque vale que le hayas dado calabazas a un dios y éste se mosquee, pero si de veras puedes ver el futuro y sabes que nadie te va a creer, ¿por qué no les cuentas a tus amigos la versión opuesta de la historia? Si has visto que caerán los muros de Troya, cuéntale a tu padre que seguirán en pie para siempre y así él pensará...

—Que se va a producir el hecho contrario. No es mala idea, jugar con la lógica. Pero Cassandra tampoco podía hacer eso.

—¿Por qué no? ¿No se le ocurrió un truco tan simple?

La joven se apoyó en una balconada. Su trasero quedó un poco más expuesto, acelerando el ritmo cardíaco de Erik.

—Sí se le ocurrió, y de hecho lo intentó varias veces. Pero no es fácil, nada fácil, engañar a los dioses.

Erik miró hacia el hostel donde tenían reservada la habitación, que asomaba tras un molino.

—Dímelo a mí.

—¿Estarás en la isla mucho tiempo? —preguntó ella, juguetona.

—Uhm, no sé qué decirte. Puede que sí, o puede que no. No lo decido yo.

—¿Y tú qué tipo de decisiones tomas? ¿De las que son buenas para tu salud, o de las otras?

Erik descifró varios niveles de profundidad en esa inocente pregunta. Vale, no tan inocente. De hecho, era bastante sibilina.

Llegó a la conclusión de que el significado que más le convenía era el correcto, y se inclinó un poco buscando sus labios. En ese momento se oyó un estruendo justo detrás, en el recinto de un pub. Erik se asomó por encima de la balconada, preocupado, pero no había ocurrido ningún accidente: era sólo una de las torres de luces, que se había desplomado sobre la pista sin golpear a nadie.

Al volverse de nuevo hacia Cassandra, para comentarle el paralelismo que se le había ocurrido entre ese hecho y su frase de los relojes y el tiempo que les quedaba a los hombres, vio que la joven se había esfumado. Como si nunca hubiese existido.

Confundido, Erik la buscó por todos los accesos a aquel tramo de la calle, incluyendo las escaleras que conectaban con otros niveles del pueblo, pero no halló el menor rastro.

Consultó uno de los relojes del escaparate de la tienda. Aún quedaban bastantes horas hasta la madrugada, pero se le habían quitado las ganas de divertirse. Cabizbajo, emprendió el lento regreso al hostel, con la imagen de los rizos de Cassandra volviendo a caer en aquella onda, una y otra vez.

En cada repetición se le antojaban más irresistibles.

COMUNIÓN

La iglesia que dominaba el punto más alto de la isla, una montaña chata desde donde se disfrutaba de un magnífico panorama, destacaba por las nueve campanas de su frontispicio. Estaban colocadas en tres hileras, cinco abajo, tres en medio y una coronando la fachada. A Tanya le trajo recuerdos de un templo que había visto en Navarra, sólo que aquél estaba esculpido en una piedra inmaculadamente blanca, muy propia del entorno.

Un cartel rezaba:

PROFITIS ILIAS

en grandes caracteres que parecían negros en comparación al yeso.

Los chicos bostezaron. Séfora los había despertado temprano para subir a la montaña. Un servicio regular de autobuses hacía recorridos turísticos desde Imerovigli, y casi todos paraban allí antes de seguir hacia las playas de la costa.

Erik estaba preocupado por la presencia de curiosos, pero Séfora le quitó hierro al asunto asegurando que no tenían de qué preocuparse. Y era cierto. No supieron por qué, pero durante todo el tiempo que estuvieron reunidos frente a la iglesia no vieron acercarse a ningún turista.

—Bueno, pues ya estamos todos. ¡Los fabulosos elegidos! ¿Y ahora qué? —preguntó Erik, la voz fangosa. Se le notaba que le hacían falta unas horas más de sueño.

Tanya los contó. Eran seis personas en total las que formaban el círculo, incluyéndola a ella y a la invisible Nínive. Mauro había accedido a acompañarles sin oponer resistencia, a condición de no tener que separarse de Rhea. De todos ellos, el scene era el único al que no había hecho falta explicarle nada, el único que aceptaba como algo natural lo que estaba pasando y que lo asumía como propio.

Rhea lo observaba todo en completo silencio, abrazada a él. A Séfora no le parecía apropiado el hecho de tener espectadores, aunque para lo que la muchacha hablaba y hacía, bien podrían haberla confundido con un mueble.

El ángel se adelantó, situándose en medio del círculo. Sus pupilos estaban sentados en el suelo, en un espacio libre de vegetación a partir del cual comenzaba a descender la ladera. En la lejanía, hacia el sur, se distinguía una sombra alargada y difusa detrás de un brazo de mar: Creta.

—La primera parte de mi misión se ha completado. Os tengo a los tres conmigo, y esto es, para seros sincera, bastante más de lo que esperaba. —Sopesó el espejo de Nínive. Al moverlo arrancaba pequeñas lágrimas al sol—. Debo ponerme en contacto con mi Maestro, tender un cable espiritual hasta el Otro Lado, pero primero iniciaremos el entrenamiento. —Los miró uno a uno a los ojos, intensamente—. Sé que lo que os estoy pidiendo no es fácil, ni siquiera justo. Sois los elegidos porque los Grande Poderes os señalaron en el momento de vuestro nacimiento, y si tratase de explicaros el porqué, estaría mintiendo. Desconozco los motivos que llevaron a vuestra elección sobre las demás personas de vuestro tiempo, pero ya que estáis aquí, y siendo como sois las piedras que inclinarán en nuestra dirección la balanza de la guerra, bienvenidos seáis.

—Buen discurso —aprobó Erik, tumbándose en la hierba—. Te iba a decir que era digno de Moisés, pero viendo dónde estamos mejor lo cambio por «digno de Minos».

—La primera parte del entrenamiento es la comunión —continuó Séfora, intentando ignorar las payasadas de Erik—. Lo que los humanos celebráis simbólicamente durante los ritos, ese símbolo de unión con lo divino, para nosotros es algo real y poderoso. Vamos a fundirnos durante unos instantes los cuatro, a un nivel tanto mental como espiritual, con nosotros mismos y con la Presencia. Así aprenderemos más de nuestra alma y del mundo que nos rodea.

—¿Unirnos los cuatro? —preguntó Tanya—. ¿A escala mental, como en las películas de ciencia ficción?

—Algo así. —Séfora se sentó en posición de loto en el centro del círculo—. Tranquilos, no os pasará nada malo. Tocareis brevemente las mentes de los otros, y puede que veáis algo que a esa persona le gustaría mantener en secreto, así que confío en vuestra discreción. Ya sois adultos.

Los jóvenes se miraron, nerviosos. No tenían tanto reparo por realizar el experimento en sí como por abrir sus recuerdos por una página al azar, contuviera lo que contuviera, para que los demás pudieran leerla.

—Además, se os hará un regalo —añadió Séfora, muy seria—. Tendréis una oportunidad única para viajar a lugares que, normalmente, hasta que no han cruzado el umbral de la muerte están prohibidos a los seres humanos. Adónde iréis cada uno, no lo sé, pero me aseguraré de traerlos de vuelta.

Séfora no les pidió que unieran sus manos en círculo ni cantasen canciones ni nada parecido. Sólo tenían que cerrar los ojos y concentrarse, buscar en su interior la chispa divina que estaba alojada en su alma.

Tanya no sabía ni por dónde empezar a buscar esa chispa, pero tomó una decisión: ya que aquel procedimiento era tan metafísico, intentaría sacar fuerzas del amor que sentía hacia sus padres, hacia su gata y sus libros, hacia todas las pequeñas y las grandes cosas que, sumadas, engendraban una vida que ella etiquetaba tan fácilmente como «Tanya».

No le fue difícil pensar en todo ello y sentirse bien. A lo largo de su vida había conocido a personas que se jactaban de ser muy desprendidas, muy independientes, capaces de prescindir del cariño y la cercanía de las cosas y los seres queridos. Ella no era así. Le gustaba sentirse definida no sólo por el aspecto físico que tenía o por las ideas que, año tras año, iba acumulando en la cabeza al ir comprendiendo mejor el mundo; también se definía a sí misma por las personas que estaban a su alrededor, por su relación con ellas y cómo esa relación afectaba a la vida diaria.

Sin darse cuenta, Tanya estuvo allí, al Otro Lado. Cuando abrió los ojos de su corazón y examinó con detenimiento lo que la rodeaba, se sorprendió al comprobar que ya no estaba en Santorini, en las Cícladas, en el planeta Tierra, sino en un lugar que parecía extraído de un sueño.

Había caballos dentro de lámparas chinas.

Enormes, gigantescos caballos de madera se alzaban en poses gloriosas en el interior de lámparas de papel de centenares de metros de altura. Los colosos, que el viento movía de un lado para otro como si no pesasen nada, flotaban en un océano hecho de luz brillante, dorada, multicolor en los rompientes de esa luz contra arrecifes de tiempo. Las lámparas chocaban de vez en cuando contra esos arrecifes, y era como ver deshacerse un castillo de naipes de un kilómetro de altura, pero sin sonidos, sólo con formas, con movimientos, con recuerdos reducidos a cenizas.

Tanya se preguntó si lo que estaba viendo eran las puertas del Cielo.

—Es una de las entradas, sí —dijo una voz que sonaba a persona mayor y muy sabia. El cuerpo de Nínive se materializó al lado de Tanya, pero ya no era viejo, sino el de una chica de su misma edad. La voz, por el contrario, sí

que pertenecía a alguien que sufría de extrema senectud—. Pero hay muchas más. Esos caballos gigantescos que ves son almas humanas.

Tanya estaba que no cabía en sí de gozo. ¡El Cielo existía, era de verdad!

—Pero... si son almas —se asombró—, ¿por qué se estrellan?

—Estás viendo la esencia de personas vivas, pequeña. Así navegan por el proceloso río de la vida, y cuando tocan un arrecife, el cuerpo mortal fallece y el caballo puede galopar, libre al fin.

—Espera, espera, no sigas, aquí hay algo que no encaja —suplicó—. De niña me enseñaron que todos llevábamos nuestra alma dentro del cuerpo, o muy cerca de él. Pero si me dices que éstas en realidad nunca se alejan de las Puertas del Cielo, ni siquiera mientras estamos vivos...

—Hay tantas cosas que todavía no conocéis los humanos, ni siquiera los que se llaman a sí mismos «profetas», que harían falta continentes enteros llenos de libros sólo para empezar a explicarlas.

—Increíble...

Tanya acompañó a la mujer joven/vieja más allá de los arrecifes, hasta un bosque de columnas invertidas que, comprendió, eran los arcos de una gigantesca catedral a la que alguien había dado la vuelta, como si fuera un juguete.

Pasearon dando graciosos saltitos sobre las nervaduras del techo, jugando a trepar por capiteles que mostraban imágenes violentas, energéticas, del instante cero en el que se creó el universo. El Big Bang reducido a enormes retablos de piedra.

—Es tan bonito —murmuró Tanya—. No se parece en nada a como lo imaginaba (creo que no se parece a nada que haya imaginado nadie), pero me gusta mucho.

Una pompa de jabón llena de imágenes surgió del suelo. La rompió con un dedo y las figuras de luz se derramaron...

Para mostrarle escenas de su propia vida, momentos que en su día fueron importantes pero que ya creía olvidados: el temblor de la vela al apagarse en su primer cumpleaños, la sonrisa de los demás niños al abrir los regalos, el temor que sintió cuando aquel perro se soltó de la correa, el tacto y el olor a vinilo del coche nuevo de su padre, las cosquillas que su abuela le hizo en la barriga cuando cumplió su segundo mes de vida, lo pequeña que se sintió al ver su primer rascacielos.

Nínive estuvo junto a ella, paseando por los recuerdos, hasta que la pompa de jabón volvió a solidificarse y la memoria quedó encapsulada otra vez. Tanya sintió cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Lo había olvidado, absolutamente todo —sollozó—. Y es tan importante, cada segundo, cada vivencia, es tan crucial... ¿Cómo se me pudo olvidar? ¿Cómo?

—Pesa más lo que dejamos atrás, amontonado en los recodos del camino, que lo que llevamos a cuestas —sonrió Nínive—. Eso es una gran verdad. Pero no te preocupes, algún día lo recordarás absolutamente todo, hasta los más mínimos detalles, y tú decidirás qué es importante y qué no.

—Quiero hacerlo ahora, si es que...

—No, tu mente aún no está preparada. Pero tienes que indagar en el pasado, allá donde sólo tú puedes llegar: al momento exacto de tu misma concepción, cuando dejaste de ser una posibilidad para convertirte en una certeza. En aquel lejano instante, un poder muy antiguo se fundió con tu alma.

Uno de los capiteles de las columnas floreció como un tulipán de piedra, y de su interior surgieron imágenes, recuerdos, las primerísimas sensaciones de una vida que resbalan como aire por el cerebro porque aún no pueden ser almacenadas. A Tanya le sonaron familiares, por increíble que pareciera: Destellos de sensaciones vividas cuando aún era un feto y no tenía un sistema nervioso definido. Golpes de calor, caricias de compuestos químicos, perfumes de gravedad y movimiento.

La lejanísima y retumbante voz de su madre. El martillo de ese corazón que marcaba el ritmo del universo.

Y sobre todo, el poder.

Tanya recordó, con lágrimas en los ojos, cuál fue la primera sensación que tuvo en su vida. La llegada del poder divino, la pulsión cósmica que era más antigua que el tiempo. El beso de unos seres que estaban ahí antes que el Big Bang, y que descargaban en ella una pequeña parte de su majestad, igual que la propia Tanya había volcado en una hoja de papel sus pensamientos, infinidad de veces, para que no se perdieran.

Ella era el poema que plumas invisibles y eternas estaban escribiendo sobre el mundo.

—¿Ésa soy yo? —preguntó, tratando de asimilado.

—Eres lo que eres. Y mucho más —asintió Nínive—. La parte angelical que llevas dentro está a punto de renacer. ¿Cómo la percibes, Tanya? ¿Qué harías con ese inmenso poder si lo tuvieras a tu disposición?

La joven no lo tuvo que meditar mucho.

—Yo... no deseo blandir espadas. Hace poco tuve un sueño en el que tenía un arma en las manos y la arrojé, la tiré lejos, para que no me hiciera daño ni yo pudiera herir nunca a nadie. Quiero sanar, curar, cuidar... quiero

ser la luz en la oscuridad, la mano cálida en la mejilla, no el filo que apuñala en la noche.

Nínive asintió, complacida.

—Eso es porque eres una Sanadora. Un ángel de paz.

—¿Una Sanadora?

—Tu naturaleza representa los más puros valores del Cielo: la curación, el amor, la piedad, el compromiso. Has nacido para esto, y ya en lo más profundo de tu corazón sabes que cuando te transformes, cuando evoluciones a un estado posterior más complejo, esas virtudes son lo que encontrarás.

Tanya acarició una de las titánicas columnas de mármol. Tenía un tacto inesperado, suave, como si estuviese esculpida en terciopelo.

—Una Sanadora... —repitió, entusiasmada. Sí, de algún modo sabía que las cosas tenían que ser así. Siempre habían sido así. Desde que era pequeña había querido volcarse en cuidar a los moribundos, a los que sufrían (y aunque la profesión de médico le diese repelús, sabía que existían alternativas). Por eso se había hecho gótica, una muñequita gótica con esperanza en el corazón: era su forma de expresar el luto por un mundo que se alejaba cada vez más de los ideales del bien y de la belleza.

Un mundo que se parecía cada vez más a un desmodu, y menos a una Sanadora.

Se giró hacia Nínive.

—De acuerdo, ésta soy yo. ¿Y los demás?

Erik cayó durante mucho tiempo por aquel túnel orlado de llamas, siempre hacia abajo, a la oscuridad que ahogaba toda la luz, incluso la que despedían los fuegos eternos.

Siluetas deformes alargaban sus brazos hacia él desde las paredes, ofreciéndole ayuda, prometiéndole que dejaría de caer si se agarraba a ellas. Pero Erik reconoció la trampa: las siluetas eran de condenados que habían sido convertidos en argamasa para sostener el propio túnel, y sólo conocían el odio hacia las nuevas almas que caían siempre hacia abajo, abajo, ¡abajo!, muy, muy lejos, rumbo a...

El Abismo.

Sintió un estertor de pánico cuando dedujo dónde estaba, y hacia dónde se dirigía en la eterna caída. Pero una mano lo detuvo; no pertenecía a las sombras crueles de las paredes.

Nínive.

La reconoció a pesar de su aspecto más joven y lozano. Ella lo frenó y le empujó hacia un saliente, desde donde podrían contemplar el final del túnel y lo que había más allá.

—¿N... Nínive? —Erik se abrazó a ella, temiendo caer por el borde de la sima. Pero la chica lo mantuvo bien sujeto.

—Estás a salvo, no te asustes. Desde aquí lo verás bien.

—¿El qué? —preguntó, aterrado.

—A esto lo llamamos el estuario de las almas, la antesala del Infierno.

Erik distinguió en la lejanía el final del pozo, y cómo se abría en un enorme estuario de piedra, y cómo éste se fundía con la oscuridad absoluta que había después. Las almas, pequeños cristales de luz astillados, ennegrecidos por la fricción contra el viento de la agonía, se precipitaban hacia ese Abismo de nada oscura y definitiva. No había gritos.

—Por Dios bendito —murmuró el joven—. Entonces existe...

—Sí, por desgracia sí. Es el reflejo imperfecto del Cielo, su doble negativo. Ambos son necesarios para que se equilibre la balanza, caras opuestas de una misma moneda. Uno no podría existir sin el otro.

—Estábamos equivocados. —Erik negó con la cabeza, aterrorizado—. La teología del siglo veinte, entera, está equivocada. Si el Infierno no es una metáfora, entonces Dios no es el ente misericordioso que creíamos que era. Si lo fuera, no dejaría que existiese un lugar así.

—Vosotros no tenéis ni idea de cómo es Él —se burló Nínive—. Vuestro limitado cerebro no puede ni siquiera acercarse a una definición filosófica exacta de Dios, así que no lo intentes. No busques justificación moral para algo que está más allá de la moralidad humana. Contigo hablaré de bien, de mal, de justicia si quieres, pero si piensas que para Él esos conceptos son barreras, cadenas intelectuales a las que de algún modo está sujeto, cometerás el peor de los errores.

Erik tragó saliva. Mientras hablaban, cientos, no, *miles* de cristales ennegrecidos llovían sobre el Abismo y eran conducidos por vientos lacerantes... ¿hacia dónde?

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad (¿o era su alma la que veía mejor?) y distinguió por primera vez una forma oscura flotando en aquella nada; una cosa que era más negra que la negrura absoluta, y cuyo tamaño rivalizaba con el de la Vía Láctea. Esa cosa era la que atraía el torbellino de almas en pena hacia sí.

El cerebro de Erik trató de descifrar lo que estaba viendo, lo que flotaba en la oscuridad. Y cuando lo supo, cuando al fin juntó las piezas del puzle,

sintió un frío glacial que trepaba por su columna congelando todas y cada una de las vértebras, el sistema nervioso espinal, la misma sangre.

Cinco dedos.

Una muñeca.

Una mano.

Estaba viendo una mano humana del tamaño de un planeta.

Erik la señaló, incapaz de articular palabra.

Nínive asintió, taciturna.

—Es Él —dijo con reverencia—. El Enemigo.

—¿Q... qu...?

—Cuando Lucifer cayó al lugar más alejado que existía de la presencia de Dios —explicó Nínive—, cuando vio la oscuridad y el frío que desde ese momento serían su hogar, se volvió loco. No había ningún sitio al que caer, ningún páramo desértico al que llamar «casa», porque la Creación era Dios, y no existía nada fuera de Él. Sólo la negación de la existencia. Por eso, el cadáver de Lucifer quedó flotando para siempre, en esa no-existencia, atrayendo hacia sí toda la maldad y el rencor del universo. Incluyendo los del mismo Dios.

—¿Su... cadáver?

—Por llamarlo de alguna forma. El Infierno no es un agujero lleno de calderas en llamas, Erik —confesó Nínive, con palabras muy sencillas para que él lo entendiera—. Es el cuerpo del Primer Ángel, Lucifer, que flota allá donde lo abandonó el Señor.

—No puedo creerlo —musitó Erik, los ojos desorbitados.

—Vosotros, los humanos, con vuestros rezos, lo habéis antropomorfizado. —Señaló una dirección en el vacío, allá donde, tras años luz de viaje, acabarían encontrando la cabeza de aquel dantesco cuerpo—. Lucifer es tuerto; entregó su ojo derecho en prenda para poder ver una única vez a Dios, contemplarlo en toda Su magnitud, y así hacerse una idea de Su poder. En la cuenca vacía de ese ojo se yergue una ciudad, Dis.

—¡Dis!

—Es la ciudad infernal, el lugar donde se levanta el Palacio de la Desdicha. El propio Satán gobierna el Infierno (es decir, su propio cuerpo) desde allí, con un cuerpo secundario creado a la medida de la urbe.

—¿Cómo es que ese nombre me suena, Dis? ¿Dónde lo he oído?

—Lo oíste en el instante de tu nacimiento. Cuando el poder de los Arcángeles te inundó, supiste que todos estos horrores existían, y desde tu más tierna infancia fuiste condicionado para destruirlos.

Erik permaneció en silencio un buen rato. Puede que incluso más de una hora, viendo caer las almas hacia el cuerpo de Lucifer y tratando de descifrar sus chillidos silenciosos.

Ahí van los mil pecadores de hoy, pensó. Pobres desgraciados. Al final sí que existía una balanza cósmica para ponderar sus actos.

—¿Por qué me has traído? —se atrevió a preguntar—. ¿Por qué querías que fuese testigo de esta tragedia? ¿Tengo pinta de Fausto, acaso?

Nínive le hizo la misma pregunta que a Tanya:

—La parte angelical que llevas dentro está a punto de salir a la luz, Erik. ¿Cómo la percibes? ¿Qué harías con ese poder si lo tuvieras a tu disposición?

Unas arrugas de tensión se hundieron en la frente del muchacho.

—Siento un odio atroz hacia todo lo que veo —admitió, los dientes rechinando en su boca y produciendo chispas—. Unas ganas irrefrenables de destruir, matar, triturar, machacar, pulverizar a ese engendro maléfico y a sus vástagos. —Miró a Nínive, fríamente—. Quiero matarlos a todos, no dejar a un solo demonio con vida en los dominios de la Creación.

Ella asintió.

—Eso es porque tu naturaleza es la de un Ángel Exterminador.

—¿Un qué?

—Un Exterminador, como Miguel o Samael. Ángeles armados con espadas de fuego y corazas de luz, cuya única obsesión es combatir las hordas del Abismo allá donde las encuentren. No sé si conoces la graduación del Cielo, con las criaturas celestiales jerarquizadas en nueve coros. Serafines, querubines y coros en un primer grupo; dominaciones, virtudes y potestades en el segundo; y para terminar principados, ángeles y arcángeles. Un lío.

—No... no la conocía.

—Échale la culpa a Dionisio Aeropagita, por ser poco convincente. Así pues, esto eres tú en el fondo: un espíritu guerrero.

Erik se miró las manos. Sí, sentía el poder a un paso de distancia, el filo de justicia que empuñaría con aquellos dedos para exterminar el legado de Satán, no importaba cuánto costase, o si tenía que sacrificarse él mismo en el intento. Lo fundamental era erradicar el Mal, a cualquier precio.

—Un exterminador de masas, un acólito del Ángel Miguel.

Erik cerró el puño, que por un momento se cubrió de flamas.

—Estoy deseando empezar —sonrió—. ¿Pero y los otros? Si yo soy un Ángel de justicia, ¿qué pintan aquí ese desgraciado de Mauro y sus depresiones?

Vida. Muerte. Realización. Decepción. Caos.

Qué.

Está.

Pasando.

Por.

Qué.

Vuelvo.

A.

Estar.

Solo.

Sintió unos brazos cálidos que lo sujetaban por las axilas, manteniéndolo en pie. No supo si darle las gracias a esa persona o llorar desconsolado por su mala suerte. Sólo quería caer, caer, caer, seguir cayendo y no estrellarse nunca.

—Lo que sientes es el peso de la angustia de tus semejantes, volcado íntegro sobre tus hombros —dijo Nínive, con voz dulce—. Pobre niño, tu suerte ha sido la más ingrata. No tienes la culpa de ser lo que eres, pero debes sobrellevado, por horrible que sea la experiencia.

Oigo.

El.

Sufrimiento.

De.

La.

Gente.

Escucho.

El.

Vacío.

De.

Las.

Almas.

Ya.

No.

Me.

Quedan.

Fuerzas.

—Lo sé, es muy difícil ser Querubín. Eso es lo que llevas dentro, Mauro; los Querubines fueron creados para ser los receptores de plegarias del Cielo, los repetidores que recogen el pesar de los vivos y lo amplifican hacia Dios

—dijo Nínive—. Has sufrido mucho en esta vida, Mauro, tienes tu propia parcela de dolor, pero también sientes la de los que te rodean. Pero sin ti, sin tu ayuda para canalizadas, esas plegarias se perderían en el limbo que separa las realidades. Los humanos estarían más solos que nunca, porque eres tú quien posee los ojos que ven y los oídos que escuchan.

Padre.

Me.

Pegaba.

Madre.

Siempre.

Le.

Defendía.

Nadie.

Me.

Quiso.

Nunca.

—Esa es tu parcela de dolor, Mauro, y está más llena que la de muchos de tus semejantes. Pero ahí es donde radica tu virtud, tu valentía. En manos de cualquier otro, ese sufrimiento habría sido letal, lo habría destruido. Pero tú puedes sobrellevarlo, entenderlo y perdonarlo. Eres la piedra angular sobre la que se apoyarán tus compañeros. —Una mano amable le acarició la mejilla, y unos labios tibios como la miel lo besaron.

El joven se sintió en paz por primera vez en muchos años. Querido. Apoyado por alguien. Defendido por un ideal.

Yo...

Creo...

En ti...

Nínive asintió, complacida.

—Es un gran paso.

Despertaron los tres a la vez, sobresaltados. Todavía estaban en la montaña de Santorini, junto a la iglesia de las nueve campanas, pero el sol no se encontraba en el cenit. Habían transcurrido varias horas, aunque para ellos habían sido sólo unos minutos.

Séfora los miró, con una expresión enternecedora en el rostro.

—Sois todo lo que esperaba, y más —dijo—. Me alegro. Y Nínive también. Quiere que sepáis que os habéis comportado como personas muy

nobles, aceptando vuestro destino con el corazón abierto.

—Si lo he entendido bien —resumió Tanya, tratando de situarse aún en la realidad—, no es que hayamos aceptado nada; todo ha estado ahí desde siempre. Sólo que hasta ahora no lo conocíamos.

—Es una definición más exacta, sí. ¡Estupendo! —Dio una palmada que los acabó de despertar—. Mañana comenzaremos a entrenar. Os proporcionaré unas cuantas técnicas espirituales mediante las cuales podréis desarrollar vuestro potencial aletargado, cada cual en su estilo. Luego seguiréis solos. No os será difícil, una vez puestos en el buen camino.

—¿Os habéis fijado que parece un chiste? —dijo Erik, con sorna—. Había una vez un ángel guerrero, una curandera y un querubín...

Séfora se incorporó y se sacudió el polvo de los tejanos, dando por acabada la reunión.

—Debo irme. —Dio un par de vueltas sobre sí misma, apuntando con un dedo al horizonte, hasta que se decidió—. Sí, por ahí. Al este.

—¿Por qué hacia allí? —preguntó Tanya—. Tienes otros 359 grados para elegir.

—Porque en los demás sólo hay desgracia —susurró Mauro.

—Ya lo entenderéis. Nos veremos esta noche en el hostel —dijo Séfora—. Intentaré conseguir dinero de alguna manera para que no os muráis de hambre.

—Eso será todo un avance, sí señor.

—Por cierto —añadió, antes de marcharse—. Ahora conocéis detalles de los demás que tal vez vuestros compañeros consideren delicados. Sería bueno que confiaseis los unos en los otros, para evitar ulteriores problemas.

Dicho esto se esfumó, adquiriendo la forma de ángel y volviéndose invisible. Los cuatro adolescentes se juntaron, un poco azorados, ante la puerta de la iglesia. El siguiente autobús no tardaría en pasar.

Tanya evitó las miradas de los demás, imaginando que para ellos también sería incómodo. Durante el sueño, o lo que fuese aquello, había entrevisto parte de los recuerdos de sus compañeros, cosas que ellos probablemente no le habrían confesado nunca. E imaginaba que tanto Erik como Mauro estaban al tanto de intimidades suyas de las que más valía no hablar, si querían mantener una relación amistosa.

Esto de la comunión era una lata, por mucho que Séfora insistiese en que les ayudaría a estrechar lazos.

Sabía que Erik había traicionado a su mejor amigo robándole el amor de su vida, por ejemplo. Nunca se lo confesó, y cuando llegó la hora de la

separación, cuando la chica cortó con él y se fue a vivir su propia vida, Erik no se sinceró. Se inventó un amante ficticio que, supuestamente, la habría seducido en el transcurso de un rodaje, y le ofreció un hombro a su amigo para que llorase... al tiempo que era plenamente consciente de que él era el culpable de la catástrofe.

Erik se había portado como un cobarde, pero nunca le importó. Era una simple cuestión de perjuicios frente a beneficios: también había perdido a la chica, con el consiguiente sufrimiento, y no quería que le pasara lo mismo con la amistad de Antonio.

Mauro, por su parte, era una tragedia viva, un espectáculo del patetismo y la sinrazón hecho carne. Todo en su vida le había salido mal. Desde un padre que le pegaba hasta una madre insensible y cruel, que apoyaba siempre los argumentos de su marido por absurdos que fuesen. En cuanto vio la primera oportunidad de salir de aquel infierno había salido corriendo, tomando el primer tren que lo llevase lejos, a una vida mejor. Pero esa vida resultó ser más esquiva de lo que había supuesto.

Tras abandonar unas cuantas casas de acogida, Mauro había encontrado en un colectivo, los scene, las mismas inquietudes existenciales que le torturaban por dentro. La amistad de Rhea le dio no sólo un apoyo, sino un modelo de no-vida, de sufrimiento y penitencia constante, con el que llamar la atención del mundo. Entre los dos habían hecho cosas muy dolorosas, como hacerse pequeños cortes el uno al otro con una navaja para disfrutar del dolor de vivir... pero en el fondo de su corazón no era un caso perdido. Tanya percibía que aún había esperanza para él. Y para Rhea.

La siguiente pregunta era inevitable, se dijo Tanya: ¿qué habrían entrevisto Erik y Mauro sobre ella? ¿Qué secreto oculto se había destapado sin que lo supiera, y ahora era de dominio público?

Podría ser el modo tan poco romántico en que perdió la virginidad, aquel día tan nefasto de la fiesta en la playa y las botellas que jamás estaban del todo vacías, y el chico que parecía un príncipe romántico hasta que el alcohol lo transformó en un ogro. O puede que hubiesen visto aquella otra escena lamentable, la de Tanya Svarensko intentando montar un grupo de rock, creyendo que sabía cantar y moverse sobre un escenario. Creyendo que la vida real se volvería tan edulcorada como los shows americanos, y que todo saldría bien y sería maravilloso en cuanto tuviera el micrófono delante y los focos se concentrasen en ella. Ninguna de sus amigas había sido lo suficientemente sincera.

Momentos que formaban parte de la crónica más vergonzosa de su vida, y que sin duda contribuían a definir el concepto actual de «Tanya», pero que ella, si pudiese, borraría de un plumazo de la pizarra de su cerebro.

Un pájaro se posó en una flor, tanteando el tallo con su peso. El viento hizo oscilar las campanas de la iglesia.

Erik carraspeó.

—Parece que el autobús tarda —comentó.

Tanya movió afirmativamente la cabeza.

—Parece.

Mauro y su media naranja apoyaron las cabezas uno contra el otro, mirando sin ver el infinito.

Ninguno volvió a abrir la boca hasta el día siguiente.

Una cosa sí que les había quedado clara, por lo menos: ellos podían ser ángeles, pero desde luego no eran santos.

ENTRENAMIENTO Y BÚSQUEDA

Le encantaba poder volar de nuevo.

Estar atada a la tierra era una tortura para Séfora. Depender de los transportes mecánicos o, aún peor, de los orgánicos, elevarse entre nubes metida en un cigarro de metal ruidoso y contaminante... No, nada de eso estaba hecho para un ser que había probado la libertad absoluta de flotar entre realidades, de visitar como un hálito invisible la Tierra y susurrar en los oídos de los hombres palabras de consuelo.

Por fortuna, se encontraba mucho mejor de la herida. Aún le dolía un poco al batir las alas (acción que no tenía nada que ver con desplazar el aire que había debajo), pero era un dolor soportable. Un minúsculo precio a pagar a cambio del sublime goce de volar.

Que la herida se hubiese curado tan velozmente tenía mucho que ver con la presencia de Tanya. Era una Sanadora en bruto, un diamante sin tallar, pero sus poderes estaban ahí, latentes. No se lo había dicho, pero su cuerpo reaccionaba a la herida de Séfora y, sin que ella lo supiera, estaba canalizando energía para curarlo. Eso debilitaría un poco a Tanya, pero sería bueno para el grupo. Si no fuese por ese canal curativo, ese don de la vida que se estaba gestando en su interior, Séfora no estaría ahora buscando el Santuario.

Las cosas estaban saliendo bien, incluso mejor de lo que ambas, Nínive y ella, habían vaticinado. Que Tanya hubiese despertado como Sanadora, uno de los coros mayores, no le sorprendía. Al fin y al cabo, también hubo curanderos en la Rebelión de Lucifer, bien escondidos entre las filas rebeldes, y era su esencia perdida la que se había encarnado en la chica. Erik, por su parte, encajaba holgadamente en el molde de un exterminador: su talante agresivo, aventurero, vitriólico y vivaz contrastaba poderosamente con el apagado sedentarismo de Mauro. Había nacido para combatir, y se le notaba.

Mauro. Sus pensamientos siempre acababan volviendo a él. Era el gran enigma, la variable cuyo funcionamiento no podía vaticinar con el suficiente margen de seguridad.

Nínive no sabía bien cómo clasificarlo, ni Séfora tampoco. Era un joven con un gran potencial para captar plegarias, y quizás por eso había avanzado hasta el primer estadio del entrenamiento por sí mismo, sin ayuda. Era toda una proeza, pero... ¿estaría su castigada psique preparada para asumir tantos cambios? ¿Se fiarían de una persona que se tambaleaba al borde del precipicio existencial cuando llegase la hora de la verdad, cuando hubiese que pedir a estos jóvenes que aceptasen de buen grado el sacrificio?

No había forma de saberlo.

Por el momento lo único que tenía era esperanza, pero comparado con cómo estaban las cosas hacía apenas un año, ya era mucho.

Séfora contempló el suelo desde varios kilómetros de altura. Turquía había cambiado mucho desde los tiempos de los bizantinos, como era lógico. Los hititas ya no estaban, ni tampoco los bárbaros kaska, pero aún se respiraba la ciclópea magnitud de las sillerías en sus palacios y podía oírse el retumbar de la tierra bajo sus poderosos carros de batalla.

Fue más o menos en el centro de la península de Anatolia donde Séfora se decidió a tomar tierra. Estaba en un paraje abandonado, una región de colinas suaves y aislados sotos de árboles. Una fina niebla asediaba los brotes nuevos de trigo, mientras los cucos alborotaban en los arbustos.

Miró en derredor. Sí, por supuesto que se acordaba de aquel lugar. Más de mil años hacía desde que los muros de Cesarea Mazaca, la original, se habían levantado allí. Durante la expansión del cristianismo fue cuna de santos, de mártires que se sacrificaron por sus ideales y que, pasados los siglos, volvían por allí de vez en cuando para ver cómo iba todo.

Séfora conocía a algunos, pero no solía hablar con ellos; su conversación casi siempre era circular, repetitiva y deprimente, siempre quejándose porque el dolor que experimentaron en el martirio no dio los frutos deseados y cosas así. A Séfora le hastiaban los santos, igual que muchos querubines. Eran unos pesados.

Pero una cosa muy buena tenía el martirio, y era que embebía la tierra de impresiones psíquicas. Impresiones que permanecían allá abajo durante muchísimo tiempo, sacralizando el terreno y creando zonas protegidas que los ángeles que hacían el trabajo sucio, el trabajo de campo, podían aprovechar.

Séfora empezó a considerar la noción de reciprocidad. Tenía la sensación de que, si tenía que asumir la responsabilidad que había tratado de evitar todo

aquel tiempo, entrenando ella sola a los elegidos y velando por su seguridad, otros deberían hacer lo mismo. Empezando por su Maestro. Había aquí una culpabilidad que arrojar a los pies de alguien, pero no estaba segura de que ese «alguien» la acabase apoyando hasta el final.

Se sentó en una piedra. El aire tenía una cualidad sedosa, como abanicos de tussah que acariciaban el rostro depositando en él pequeños besos.

Se concentró. Observó mientras su aliento se condensaba en bruma, borrando el presente, y tuvo la sensación de que el vacío prado a sus espaldas se llenaba de fantasmas.

Maestro, llamó. El nombre auténtico del ángel reverberó en su pecho, pero no se atrevió a pronunciarlo en voz alta. No habiendo un desmodu cerca.

El tiempo pasó. No hubo contestación a la plegaria, pero Séfora percibió unos ecos, gritos lejanos y marcas de sufrimiento extremo que sacudían la tela del espacio-tiempo. Era como si la realidad misma se convulsionase con la firma de grandes catástrofes que estuvieran sucediendo en ese mismo instante, mientras ella prestaba atención.

Gritos de ángeles, de demonios también. Víctimas y verdugos. Cielomotos con epicentros potentes y agrupados.

Por la Trinidad, ¿qué estaba pasando allá fuera?

La voluntad de Séfora logró resquebrajar la barrera, creando un limitado canal hacia el otro lado. Pero lo que atravesó ese canal fue algo que ella no esperaba, un chorro de energía que la golpeó con fuerza tectónica, desgarrándola por dentro. Séfora aulló. Su cuerpo mortal se convulsionó, flotó durante unos segundos por encima del suelo, como si el dolor la sostuviera en una especie de levitación agonizante, y luego se desplomó, inconsciente.

El último pensamiento que quedó flotando en su mente haciéndose cada vez más débil, como una llama que no puede resistir el embate de la tempestad, fue una llamada de auxilio para su Maestro. Y también una pregunta sin respuesta:

Por qué le había parecido oír un furioso estrépito, un coro de ángeles muriendo por cientos, por miles, como si sobre sus cabezas se desplomasen los muros de la Isla de Luz y las trompetas de Jericó tronasen caóticamente de fondo.

¿Qué estaba pasando en el Cielo?

Erik fue el primero en despertar al día siguiente. Insistió en dormir en el sofá mientras Séfora no les consiguiera una habitación suplementaria, cediéndole

la cama a Tanya (por mucho que se pelearan, él era el primero en confesar que la chica lo atraía, así que tenía que ir sumando puntos por si algún día decidía intentar algo), pero las uniones entre los cojines le estaban destrozando la espalda.

Mauro y Rhea, por el contrario, sí que dormían juntos en el dormitorio, aunque a ellos no parecía molestarles la frialdad del suelo.

Erik sacudió la cabeza. Por su mente desfilaron los nombres de algunas personas súper-dependientes que había conocido, gente a la que siempre trató de dejar atrás. La vena samaritana de ayudar al prójimo y hacerse cargo de él, fueran cuales fueran las circunstancias, estaba muy lejos de sus rasgos de carácter. Y todo se remontaba a su primera novia, una chiflada hipocondríaca que... No, aguarda un maldito minuto. Mejor sería no abrir esa caja otra vez.

Intentó recordar una cara. Intentó olvidada de nuevo.

Con los riñones hechos un desastre, bajó a recepción. La metamorfosis inesperada del hostel en un antro japonés estaba más avanzada: al bajar la escalera se apoyó en un pasamanos con forma de dos dragones de caoba, enroscado uno en el otro en la batalla.

Erik se preguntó muy seriamente si abajo le esperaba una geisha, con su kimono de flores de almendro y las sandalias blancas, pero en la entrada no había nadie. La primera planta estaba desierta. El ventilador del mostrador giraba las aspas con desgana, como si hubiese comprendido el inútil propósito de mover tanto aire caliente.

Fuera del hostel hacía sol, como siempre. El termómetro rozaba los cuarenta y cuatro grados y la pintura amarilla que enmarcaba sobre azul las puertas y ventanas parecía llamear. Apenas se veía a nadie asomado a los postigos. Erik entendió que en determinados meses del año aquella ciudad sólo resucitaría en el crepúsculo, cuando la brisa ventilase un poco el horno.

Salió. La cerrada blancura de la calle estaba casi vacía. Sólo había un atisbo de vida, una chica que ofrecía un escorzo casual mientras se apoyaba en una baranda y contemplaba el mar.

Erik reconoció al instante esa silueta. Era la chica de la otra noche, la del nombre clásico. ¿Cómo era? Cleopatra... no. Briseida... tampoco. Chasqueó los dedos a medida que se aproximaba a ella, rezando porque se le encendiera una bombilla en el cerebro antes de pasar la vergüenza de preguntárselo.

—Cassandra —dijo ella de pronto. Su sonrisa seguía siendo igual de radiante, capaz de iluminar no sólo la noche más cerrada sino el día más abrasador. Sin embargo, su peinado era diferente: estirado hacia arriba a lo punk, dibujaba pinchos agresivos sobre su sonrisa.

Erik se sonrojó.

—¿Cómo sabías que me había trabado?

—Lo presentí, ¿te acuerdas?

—Ah, sí, todo aquello de la videncia y lo de ponerle cuernos a los dioses. Ya me acuerdo. ¿A quién estabas esperando?

Ella se volvió hacia el mar, distraídamente.

Erik se mordió el labio inferior; no sabía por qué aquella muchacha le provocaba tanto, pero el más mínimo gesto, la más sutil curva sugerida bajo aquel vestido que ya era de por sí muy escueto, aceleraba su frecuencia cardíaca a mil por hora.

Como el silencio se alargó, Erik decidió insistir.

—Vamos, no me ocultarás que sabías dónde me hospedaba. Ahora tratarás de convencerme de que pasabas por aquí y te detuviste a gozar de la vista, todo por casualidad.

—Hace calor, hoy —comentó ella, juguetona. Simuló que se abanicaba—. Hasta las gardenias burbujan a la sombra.

—Estás evadiéndome.

—¿A ti o a tu pregunta?

—Preferiría que, si tiene que ser a alguno de los dos, fuese a la segunda.

—Me gustan las gardenias. Donde yo vivo no hay.

Erik se apoyó también en la baranda, pero dio un brinco hacia atrás como si le diera calambre. El sol había golpeado con tanta saña el metal que estaba ardiendo. A Cassandra no parecía molestarle.

—En fin, sólo quería saludarte —dijo ella, recogiendo una bolsa del suelo con el logo estampado de una tienda. Entre las asas asomaban unas manzanas muy rojas—. He quedado para desayunar con unos amigos.

—¿Volveré a verte? —se apresuró a preguntar Erik—. Quiero decir... si vendrás mañana por casualidad a apoyarte en la misma baranda.

—Tal vez. Pero sólo si es por casualidad.

—Eso, por casualidad —murmuró él mientras la veía alejarse, calle abajo, con un andar que si hubiera sido un poco más sexy, sólo un poco, habría incendiado las casas colindantes.

Tanya se asomó a la ventana del segundo piso, desperezándose. Tenía el pelo tan revuelto que parecía la Pantera Rosa después de salir de una lavadora.

—¿Erik? —preguntó—. ¿Hablabas con alguien?

—No, sólo era... bueno, una amiga que conocí la otra noche.

—Qué raro —dijo ella—. Desde aquí arriba sólo se oía tu voz.

El día se arrastró lánguido por la esfera del reloj. Tic tras tic, número tras número. Todos iguales, sin prisa por ser consumidos.

En la salita había un reloj levógiro, de esos que están invertidos y sirven para ser mirados en un espejo, como en las peluquerías. El singular artefacto atraía la vista de los muchachos cada vez que pasaban por delante. Ocurrió poco durante la mañana, pero a medida que dejaban atrás la hora de la comida y la tarde iba entrando en escena (con el consiguiente aumento de la actividad en la calle), las miradas fugaces a esos números pintados al revés eran más abundantes.

Habían pasado más de catorce horas desde que Séfora se marchó. Y aún no había dado señales de vida, ni ella ni el espíritu del espejo.

Tanya empezaba a preocuparse.

—Prometió que volvería con más dinero —dijo Erik. Las tripas le retumbaban—. La antipática medio geisha de la cafetería no quiere fiarme ni un café. Se tiene que notar mucho que somos pobres.

—Eres increíble —bufó Tanya—. Séfora podría haber tenido algún percance y tú sólo piensas en el dinero.

—No, pienso en que es la hora de almorzar y no nos podemos permitir ni un botellín de agua —precisó, dejándose caer en uno de los sillones. Los muelles crujieron—. Por supuesto que me preocupa Séfora, no soy idiota, pero lo primero es lo primero.

—Si tuviera una tarjeta de crédito, o al menos mi móvil para llamar a algún amigo y que me hiciera un préstamo... —se lamentó Tanya. Sentía revolverse sus tripas como animales enjaulados, pero las instrucciones de Séfora eran precisas: esperadme en el hostel. Llegaré esta noche.

Pero la noche había pasado ya, y la mañana subsiguiente, y el mediodía, y aún no había rastro del ángel.

Algo malo había ocurrido, lo presentía; un suceso realmente funesto del que ellos no tardarían en enterarse, por las buenas o por las malas.

Tanya estaba a punto de organizar un improvisado pelotón de búsqueda cuando Mauro chilló. Estaba retorciéndose en el suelo del baño, donde acababa de darse una ducha, como si le hubieran clavado un puñal en la boca del estómago.

—¡Mauro! —exclamó, agachándose para socorrerle—. ¿Qué te pasa?

El joven rechazó la ayuda de Tanya y se apoyó en su amiga, Rhea, que había acudido a medio vestir del otro cuarto. Erik se estremeció al ver que también lucía algunos finos cortes sobre los pechos.

Por Dios, ¿pero qué le pasa a la juventud de hoy?

—Estoy bien —dijo el chico—. Es que he captado... su congoja.

—¿La congoja de quién?

Hizo un ademán hacia la puerta de la habitación justo cuando ésta se abría, y la figura pálida de Séfora aparecía al otro lado.

Tanya no supo qué la impresionó más, si verla al fin, sana y salva, o ver lo demacrada y cansada que estaba, como si le hubiesen pasado varios trenes bien cargados de responsabilidades por encima.

—¡Séfora! —Fue corriendo a darle un abrazo, que la mujer aprovechó como punto de apoyo. Erik le hizo sitio en el sofá y fue a buscar un vaso para rellenado de agua en el grifo del lavabo (la única bebida de la que disponían en abundancia).

El ángel se echó los cabellos hacia atrás. El sudor se los pegó al cráneo.

—Estoy bien, tranquilos —dijo, aunque se notaba que era mentira—. He... sólo que he tenido un... un pequeño percance comunicándome con mi Maestro.

—¿Cuántas ruedas tenía ese percance?

Séfora se separó la camiseta del cuerpo y se sopló entre los pechos. Estaba empapada de sudor.

—Muchas. Oíd, chicos, tengo algo que contaros una novedad de extrema importancia. Pero antes...

Sacó del bolsillo extra-dimensional de su uniforme un buen fajo de billetes de cien euros. El efecto fue como encender el faro de Alejandría ante un montón de galeras extraviadas.

Erik vertió de manera automática el agua en el fregadero, sin acordarse de ofrecérsela, y se arrodilló ante el sofá. En sus ojos desorbitados se reflejaba el fajo de billetes como una aparición celestial.

—¿Cómo... de dónde...? —balbuceó.

—No preguntéis. Esto bastará para mantenernos durante unos días, ¿no?

Tanya soltó un silbido.

—Y tanto. Así a ojo parece haber más de tres mil euros. ¿Pero cómo...?

—Ella misma se cerró la boca—. *Vale, niña-sabia-no-pleguntal* —dijo con acento oriental.

—¿Qué es eso tan importante que querías contarnos? —preguntó Mauro, haciéndose un ovillo en la esquina de la habitación.

Séfora tomó aliento.

—Bien. —Sopló—. Es complicado de explicar. He intentado hablar con... ya sabéis, con el Otro Lado.

Los chicos asintieron. Ninguno pestañeaba.

—La buena noticia es que conseguí establecer un canal, como decís vosotros, un conducto libre para la comunicación. La mala es que no hubo respuesta, sólo una liberación brutal de energía que casi acaba con Nínive y conmigo. Por lo demás —lo zanjó cortando el aire con un ademán brusco, como una katana—, silencio absoluto.

Dejó que transcurrieran unos segundos para que la frase calase hondo en sus cerebros.

Mauro fue el primero en reaccionar.

—¿Quieres decir que tu mensaje no llegó, o algo así? ¿Que alguien lo interceptó por el camino?

—No. Quiero decir que no había nadie para responder. —La voz le tembló muy levemente. Ella tampoco pestañeaba—. Algo está pasando, chicos, algo que no había ocurrido nunca antes en los anales del Cielo. Jamás. Me da miedo decirlo, pero me temo que estamos aislados.

Erik despegó la vista del fajo de billetes. Casi se oyó el «¡plop!».

—Define aislados.

—Nadie nos prestará ayuda, al menos por ahora. Los canales de comunicación con la Isla de Luz están cerrados, y percibo... una gran conmoción. Un terrible desastre.

El silencio se hizo más espeso. Tanya se aproximó a la ventana, cuyo marco atrapaba una instantánea de la vida de Imerovigli tras otra.

Observó con desconfianza las nubes.

—¿Nos estás diciendo que no hay nadie ahí arriba?

—Lo que digo es que no sé lo que está pasando. Ahora, Nínive y yo estamos tan atrapadas aquí como vosotros, aunque quizás ella pueda tratar de forzar el contacto.

Lo intentaré —dijo la voz en sus cabezas—, pero si malgasto las fuerzas que me quedan en eso, no podré ayudaros más. Y me necesitaréis cuando ataque el desmodu.

—El conocimiento nunca es un desperdicio de energías. Siempre se puede sacar provecho de él. Mientras tanto —Séfora se apartó el cabello de la frente—, empezaré a entrenaros. Coged vuestras cosas, chicos. Nos movemos.

—¿Adónde?

—A un lugar donde estaremos un poco más aislados que de costumbre —decidió, observando el distante cono cható del volcán a través de la ventana.

Normalmente llegaban muchos barcos de turistas a la isleta del Nea Kameni a lo largo de todo el día, trayendo pasajeros ansiosos de disparar las cámaras sobre todo lo que les pareciese inusual o exótico. Y cuando uno tenía los pies sobre la cabeza del gigante que arrasó con la civilización minoica y, de paso, inspiró a Platón el mito de la Atlántida, hasta los objetos y las formaciones rocosas más triviales eran inusuales y exóticos.

Séfora y sus alumnos llegaron en una de las pequeñas lanchas a motor de los tour operadores. Desembarcaron y se desprendieron del grupo principal, dirigiéndose al centro mismo de la minúscula isleta, donde las cenizas de dacita y los feldespatos derramaban bellas gradaciones de color, siempre mudando del negro cristalino al gris nacarado.

Ningún otro turista los molestó, pero eso había dejado de extrañarles. Tras la experiencia de la montaña, el que de alguna manera la presencia de Séfora los protegía de la vista de los humanos era algo que daban por sentado.

El ángel los situó en anillo, como la vez anterior, estando ella en el centro. El sol caía con fuerza desde lo alto pero no les molestaba. La tierra estaba caliente, como si a pesar de los milenios transcurridos aún conservase una chispa de aquella fiereza legendaria.

—Fuisteis testigos de cosas portentosas ayer —empezó—. Hechos sobre los que ningún ser vivo de este mundo tiene conocimiento. Eso os hará duros, resistentes, mucho más seguros de vosotros mismos —al decirlo miró de reojo a Mauro—, pero también os hace dependientes de ese conocimiento. Jamás olvidaréis lo aprendido ni lo podréis ignorar. Tenéis una deuda de honor con ese atisbo de vuestro destino que sentiréis la necesidad imperiosa de saldar.

—No me digas que nos vas a cobrar un peaje por la visión —bromeó Erik.

—No, pero quiero que recordéis aquellas imágenes —la voz del ángel se endureció—. Lo que os hicieron sentir, lo que encendieron en vuestro interior. —Pasó caminando por delante de ellos. De Erik pasó a Tanya y de ella al binomio Mauro-Rhea—. Quiero que os apoyéis en eso y os pongáis de pie, para ver aún más lejos. Necesito que expandáis vuestra alma para que vosotros mismos seáis capaces de distinguir el camino entre la bruma. Está puesto ahí específicamente para vosotros, nunca lo olvidéis.

—Detente ahí mismo, guapa. Todo eso es muy bonito y muy metafísico, pero yo necesito instrucciones concretas —solicitó Erik—. Nuestra generación es más de a) primero haz esto, b) después lo otro, c) luego vete a tal sitio. Instrucciones claras, ya sabes. Y si puede ser con pocas letras y muchos dibujos, mejor.

Séfora hizo un mohín.

—Como quieras, «guapo». Si tanto valoras la información visual, tal vez esto te ayude.

Cerró los dedos en un puño, pero dejando un hueco dentro, como si estuviese sosteniendo una barra imaginaria. Pasaron varios segundos en los que nada ocurrió. Resultaba cómico ver al ángel allí, sin moverse, sosteniendo una copa invisible mientras ponía cara de esfuerzo interior, de querer decir algo y tener que contenerse.

Erik iba a soltar una risita burlona cuando lo vio.

La hoja plateada surgió de la luz que nació dentro de aquel puño vacío. Primero el mango, largo y ensanchado como el éntasis de una columna dórica, con espacio para albergar ambas manos; después la guarda, amplia y barroca, tallada con figuras de ángeles cuyas alas eran espinas que apuntaban hacia delante, al enemigo; y por último el largo, resplandeciente y argénteo filo, transpirando una sustancia que era más que luz pero menos que aire. Una espada de inconmensurable belleza que parecía tallada en un cristal no sólido, sino detenido en el tiempo.

Séfora la hizo girar con una majestuosidad y una ligereza extremas, como si la espada no pesase, sino que fuese un espejismo entrevisto al final de un sueño. La hoja cortó el aire, pero lo cortó de verdad, haciendo un ruido que sólo podían ser las moléculas no siendo separadas unas de otras, sino estallando por el contacto con un material cuyo filo iba más allá de lo comprensible.

Al final de ese giro apuntó la espada hacia el suelo, y trazó un arco donde la punta chocó contra una piedra. Y sucedió algo si cabía más asombroso: el filo cortó como mantequilla la roca, pero se detuvo en seco al tocar una pequeña motita negra que zigzagueaba por la superficie.

Cuando se inclinaron para ver lo que era, distinguieron perfectamente el cuerpo minúsculo de una hormiga.

—Ésta es mi espada-signo —dijo Séfora, haciendo desaparecer la hoja otra vez, como si nunca hubiera existido—. Es la máxima expresión del poder arcano de un ángel. Cortará hechizos y materia, cualquier cosa que no esté viva. Pero en ningún caso dañará la materia orgánica.

—¿Puedes atravesar la roca sólida pero no a una simple hormiga? —se maravilló Tanya.

—Sí, así es como funciona. Las armas de los demonios operan al revés: hacen estragos en los seres vivos, pero no pueden atravesar la materia inerte.

—Curioso. Pero no entiendo, entonces, cómo es que puedes blandida. El aire está lleno de microorganismos vivos que no te dejarían mover la espada.

—Buena pregunta. A ellos tampoco los mata, pero sí los aparta con la presión del movimiento. La hoja los echa a un lado para abrirse camino.

—Increíble —murmuró la Lolita—. ¿Todos desarrollaremos ese poder? Es decir, ¿podremos invocar espadas?

—No. Sólo los que descendemos de la estirpe de Miguel canalizamos la energía de esta manera —aclaró Séfora, mirando a Erik—. Los demás encontraréis vuestra propia expresión mística, la que mejor se amolde a vuestra naturaleza.

—Me gustaría aclarar una cosa —intervino Mauro—. Si esa espada prodigiosa no puede matar, ¿cómo va a defendernos del desmodu?

—Porque como dije antes, no cortará la materia viva, pero sí la inorgánica y todo lo arcano, incluyendo hechizos, maldiciones, augurios funestos y criaturas preternaturales.

—Como los demonios —entendió Mauro.

—Exacto. Su carne profana es especialmente vulnerable a las heridas inflingidas por una espada-signo. Muy bien —hizo un gesto cabalístico en el aire—, ahora quiero que os concentréis. Usaremos nuestra energía interior para ayudar a Nínive a cruzar al otro lado. Notaréis una sensación parecida a cuando tuvisteis la visión, como un calor que nacerá en vuestro pecho y escalará hasta abotargaros el cerebro.

No os preocupéis —dijo la voz en sus cabezas—; estoy preparada. Pero tendré que anclar mi esencia a este plano físico o no podré regresar para avisaros.

—¿Qué significa eso? —preguntó Tanya.

—Que pase lo que pase —dijo Séfora— no vamos a poder alejarnos de Santorini hasta que ella regrese.

Erik pensó en la chica misteriosa de la fiesta, Cassandra, y decidió que eso no supondría ningún problema. Además, ahora que tenían dinero, las noches en Imerovigli iban a tomar otro cariz.

Pero también se dio cuenta del problema: hasta ese momento habían estado huyendo, tratando de poner cuanto más terreno entre ellos y el desmodu mejor. Pero si el demonio los encontraba, salir corriendo no sería una opción. Tendrían que quedarse y luchar, o su única posibilidad de contactar con el Maestro de Séfora (y de acceder al Santuario) quedaría arruinada.

Y aún no estaban lo suficientemente maduros como para saber si saldrían airoso de un combate contra un demonio mayor del Infierno.

—Mejor será que aprovechemos el tiempo, entonces —dijo en voz alta como colofón a esa reflexión interior. Los demás, que seguramente estaban pensando en lo mismo, estuvieron de acuerdo.

—Vuestros corazones resuenan huecos como arpas a las que se les han arrancado las cuerdas —dijo Séfora, concentrándose—. Su armazón de madera es sólo capaz de promesas, de las melodías que una vez se tocaron en ellas o las que se tocarán en el futuro. Sin la vibración de la vida no son más que tristes reliquias. Pero la música está ahí, en alguna parte. Sólo tenéis que *desear* escuchada, y las cuerdas volverán a tañer.

El calor, como prometió el ángel, nació en el pecho de los chicos y no tardó en avivarse. A la temperatura de un incendio al principio, y de una pequeña estrella después. La sensación escaló a través de la columna como un gusano de fuego, y acabó por explotar con una nova fría en sus cabezas, mostrándoles recuerdos vívidos de las cosas que cada uno había visto con anterioridad: las alas de plumas blancas ribeteadas en sangre, el cuerpo titánico de Lucifer flotando en la nada, la catarata de sentimientos que azotaba el corazón de los hombres y cuya fusión en crisoles de plegarias volvía agónica la existencia de los querubines.

Séfora agitó una mano como si estuviera barriendo el tiempo a un lado, junto con la realidad y todo lo que ésta representaba, y todo cambió.

Con los ojos cerrados (fuertemente apretados en el caso de Mauro), pudieron ver claramente cómo el espíritu de Nínive abandonaba el santuario que lo albergaba y partía volando hacia el infinito, allá donde los conceptos de distancia y de tiempo no significan nada. *Esperadme, estaré de vuelta antes de lo que pensáis*, les pidió, y desapareció tragada por las cortinas que vibran entre los mundos.

Tras la tempestad llegó la calma. Y los tres sintieron que habían dado un paso más hacia delante, al encuentro con su verdadera naturaleza. Tanya sintió que ese disfraz que llevaba, la envoltura material de ropa cara y anodina que disfrazaba su verdadero yo, se evaporaba con un soplo de viento, y nuevas formas de expresión surgían de su alma. Se sintió libre, contenta, ¡feliz!, por primera vez en mucho tiempo, y supo que pasase lo que pasase a partir de aquel momento ya nunca más tendría que disimular ante nadie. Había abierto su corazón a lo que realmente surgía de él, y nunca más se sometería a los disfraces de la sociedad, a las modas impuestas desde fuera, a lo que era políticamente correcto o potencialmente ofensivo para otros. A

ninguna forma de pensar o de vivir impuesta por gente más poderosa e infeliz que ella.

A partir de ese mismo día sería Tanya, la de verdad, la que podía canalizar el poder divino para sanar a los enfermos y a los necesitados, a la ingente hueste de sufridores del mundo, y estaría por encima de lo que nadie pudiese opinar sobre ella.

Erik lo vivió de una forma distinta, aunque igual de intensa: notó por primera vez el peso de la coraza, la tersura y la dureza de los paramentos de guerra con que se vestían los ángeles exterminadores, la hiriente caricia de las llamas que envolvían sus alas. Y supo que la vaina del arma que necesitaba para enfrentarse al Mal estaba oculta en su propio corazón. Allí descansaba su espada-signo, idéntica a la de Séfora y única a la vez en su género, que llevaba la firma de su alma y de todo el odio que los ángeles heredaban desde el principio de los tiempos hacia las mesnadas diabólicas. El ansia por matar demonios que se retroalimentaba a sí misma, y que era tan eterna como la misma guerra.

Mauro, por su parte, abrió los oídos (más que los ojos) al sufrimiento del mundo, y por un horrible momento temió que esa avalancha incontenible de agonía lo consumiera y destruyera su alma. Pero no fue así. Por primera vez en su vida comprendió que las plegarias le hacían daño sólo si trataba de luchar contra ellas, de nadar contra corriente, de ser la roca contra la que golpeaba la ola. Pero si las dejaba fluir a su alrededor, si aprendía a navegar en el tsunami y controlar su rumbo en lugar de extinguido, el dolor desaparecía.

Incluso podía soportar la presencia de la llama negra. De entre todas las cosas que le susurraban los espíritus, de todo aquello que le provocaba dolor, el de la llama negra era el más intenso, el más cruel. Para Mauro, la llama era un icono, un símbolo de sufrimiento que nunca había podido comprender, y por lo tanto tampoco mitigar.

Tenía la teoría de que la llama era un alma maldita que había sido condenada al más atroz de los sufrimientos, y por eso chillaba más alto que las otras. Pero si era así, Mauro nunca había averiguado su nombre, ni las circunstancias que la habían acercado a él.

Sin embargo, en estos momentos, mientras la duda se volvía certeza y llegaba la ansiada comprensión, mientras Mauro pasaba de ser roca a balsa, de acantilado a cuenca, de callejón sin salida a encrucijada, incluso la llama negra dejaba de resultar tan dolorosa.

Los gritos seguían estando a su alrededor, por supuesto. El lamento de las madres con hijos muertos y de las víctimas de la violencia y la crueldad social, de la tristeza, la guerra, el hambre, la soledad o el desamparo. Pero ya no le hacían daño. El volumen de la sinfonía del dolor podía controlarse. Y Mauro supo que podía hacerles un favor a todas y cada una de aquellas personas, pastoreando sus súplicas hacia el lugar donde servirían para algo bueno y puro.

Donde el dolor se transformaría en luz, y ésta iluminaría un nuevo camino.

Mauro fue el primero en regresar al mundo real, y cuando acarició el cabello de Rhea, transmitiéndole un pequeño huracán de comprensión y misericordia, ella se separó de él como si le diera miedo.

Algo fundamental había cambiado en Mauro a un nivel muy profundo, muy básico. En sus ojos ya no se leía el sufrimiento extremo, ya no era un mártir de la sociedad moderna. Él, que tanto lloraba porque no sabía ver, había aprendido a escuchar.

Rhea lloró con amargura, porque supo que había perdido para siempre a la única persona en cuyo hombro había apoyado algo más que su frente: toda su angustia vital, su futuro y su pasado, su dignidad perdida.

Apartó la vista de sus ojos, y con ella desvió también muchas más cosas, sentimientos que de repente eran huérfanos.

Los demás fueron despertando por turnos, como si se hubiesen puesto de acuerdo, pero antes de que ninguno pudiese articular palabra...

Los cuatro, incluyendo Séfora, giraron la cabeza con violencia en una misma dirección. Se quedaron durante unos segundos mirando exactamente al mismo sitio, un punto en el horizonte en el que los ojos de un humano normal no distinguirían más que nubes dispersas y un oleaje plumoso.

Pero ellos lo vieron. Su presencia era bruscamente obvia para todos, y sabían que se estaba acercando.

—El desmodu —dijo Séfora—. Nos ha encontrado.

PREPARATIVOS PARA LA BATALLA Y UNA DULCE TRAICIÓN

Ni Tanya ni sus compañeros pudieron dormir mucho aquella noche. Cuando el sol se coló como un fantasma trajeado por las rendijas de la persiana y se paseó haciendo guiñoles por la pared, los chicos ya se sabían de memoria cada surco del empapelado, e incluso habían empezado a ver formas ocultas en ellos.

El viento nocturno que zarandeaba las estrellas había quedado atrás; las constelaciones habían brotado esa noche como malas hierbas, apareciendo en manojos con raíces de oro, completamente maduras y generando brillantes masas de luz naciente. Luego el sol hizo un verdadero genocidio en la Vía Láctea, aplastando a todas sus compañeras y tiñendo de la sangre azulada del combate el firmamento.

Fue la vejiga de Tanya la que decidió antes que ella que era hora de levantarse. Caminó dando tumbos hasta el baño, y tras permanecer un buen rato sentada en la taza (habría jurado que incluso se quedó dormida con la barbilla apoyada en las manos), fue hasta la cocina compartida que el hostel ponía a disposición de los clientes, en un espacio bien aprovechado del pasillo.

Estaba buscando los utensilios para prepararse una buena taza de café, revisando una y otra vez los desordenados estantes con la esperanza de tropezar con las cosas que necesitaba, cuando oyó el ruido.

El sonido llegó acompañado de un disparo de adrenalina. Por su mente adormilada pasaron trenes de imágenes con un cargamento de miedo, formas de demonios astados y chorros de llamas. Pero enseguida se tranquilizó.

Era muy improbable que un desmodu hecho y derecho se golpease la rodilla contra una encimera y soltase un irritado «¡ouch!» por lo bajo.

—¿Quién está ahí? —preguntó Tanya.

La forma silueteada en las sombras se volvió hacia ella, masajeándose la rodilla.

—Yo —dijo Rhea, con su habitual tono agrio.

—¿Te ayudo? Vaya, tía, sí que te has levantado temprano.

Rhea echó un vistazo por encima del hombro de Tanya, para ver si había más gente despierta. Llevaba puesta su ropa de calle (la única que tenía, en realidad), incluyendo las botas claveteadas, y cargaba con una bolsa de basura negra llena de cosas. Aún no la había cerrado del todo, por lo que Tanya pudo distinguir varios utensilios que se suponía eran de uso común, como los cubiertos de la comida o una manta que la dueña les había dejado por si refrescaba de madrugada.

Una ligera sospecha se abrió paso en la mente de Tanya.

—Te vas —dijo. No era una pregunta.

Rhea esquivó su mirada.

—Por favor, no se lo digas a Mauro. Él... no me lo perdonaría nunca.

Tanya comprendió lo difícil que era aquel momento para Rhea, todo lo que implicaba aquella decisión, así que respetó sus deseos. Cerró despacio la puerta de la habitación compartida, y acompañó a Rhea de puntillas hasta el recodo de la escalera.

—No avisaré a nadie hasta dentro de un rato, tranquila —prometió—. Pero te juro que no lo entiendo.

—Hay poco que entender —suspiró la scene, echándose media cabellera por delante del rostro. Los piercings que le acribillaban el labio y las orejas chispearon bajo la luz de la lámpara—. Mauro ha conseguido salir. Yo todavía estoy dentro. No sé cómo lo ha hecho, pero me dejó atrás en el proceso.

—¿Salir? ¿De qué?

Señaló a su alrededor.

—De la realidad. De la pena.

—Rhea, nunca os he preguntado por los motivos que tenéis para estar tan desilusionados con la vida, pero es porque supongo que son unos motivos de peso.

—Y tanto.

—A lo mejor sientes que Mauro ha cambiado porque por fin ha encontrado una respuesta a sus dilemas, una válvula de salida para esa angustia acumulada. ¿Es eso malo? ¿Interpretas que él deje de sufrir como un insulto a tu persona?

Rhea sonrió para hacerla callar. Esa expresión se convirtió en otra a la que no pudo poner nombre, como queriendo decir «si me dignase a contarte aunque fuera una parte, una minúscula parte de lo que está pasando, cosa que no haré...».

Tanya entendía la importancia de guardarse ciertas cosas para uno mismo, porque desde el momento en que los demás participaban del secreto, éste dejaba de serle útil a la persona. Ya no tenía sentido guardado y disfrutar de los sentimientos que proyectaba en su corazón.

Por eso no insistió en interrogada. Si las cosas estaban tan mal entre Mauro y ella como para que Rhea decidiese romper el vínculo, que así fuera. Nadie podía juzgarlos desde fuera sin conocer toda la información.

—Nunca he intentado comprender el alcance de la tristeza de Mauro, igual que él tampoco conoce mis límites —dijo la scene—. Pero sí que encontramos una cierta armonía cuando nos conocimos. Su padre... Bueno, es complicado.

—¿Tenía problemas con su familia?

Rhea dejó escapar una risa amarga.

—Si a ser el hijo único de un padre que una o dos veces por semana llega a casa con más alcohol que sangre en las venas lo llamas tener problemas, pues sí. Mauro tenía problemas.

—¿No tenía a nadie que le defendiera? —preguntó Tanya, conteniendo un escalofrío. Las historias de niños maltratados lograban encogerle el corazón más que ningún demonio del infierno. Esas historias sí que eran horribles, sobre todo para jóvenes como ella, que habían tenido la suerte de crecer en un ambiente familiar saludable y enternecedor, al que siempre podía volver en busca de consuelo. La gente como Mauro ni siquiera disponía de esa vía de escape.

—Hubo un tiempo en que su madre lo intentó, pero no podía hacer nada contra la rabia del padre. El alcohol era su verdadero dueño, y cuando alguien intentaba oponérsele, se volvía más y más furioso. Ella incluso defendió su actitud agresiva durante una época, lo cual fue devastador para Mauro. Luego él la mandó al hospital de una paliza, y Mauro... —Rhea tembló visiblemente—. Aquel fue el día en que decidió que no podía soportado más.

—Se fugó de casa —comprendió Tanya.

—No se atrevía a acudir a la policía. Estuvo durmiendo en los rincones más asquerosos y llenos de basura y de gente peligrosa que te puedas imaginar. Hubo quien intentó violarlo, e incluso pincharlo con una jeringuilla, pero había algo en Mauro que los hacía retroceder en el último momento. Por

lo que él me contó, cuando la gente estaba lo suficientemente cerca, se miraba en sus ojos como en un espejo y salían huyendo despavoridos. Mauro les mostraba su verdadera inmundicia.

—Claro, es un querubín.

—Cuando le encontré era apenas la sombra de un ser humano —recordó, conteniendo las lágrimas—. Vi en él a un alma gemela con la que podía compartir mi dolor, el pozo de dudas sobre cómo seguir adelante, cómo escapar de la trampa. Por Dios, incluso hubo noches en las que me dolía la sensación de su cuerpo contra el mío.

Miró al interior de la bolsa, como si hubiese respuestas allí dentro además de utensilios robados.

—Pero ahora... le habéis cambiado. —Se le escapó un cierto tono acusador que resultó incómodo—. Mauro ya no es mi gemelo. Es otra persona.

—Pero Rhea, estás siendo injusta. Si los cambios son para bien, ¿por qué criticarlos? Mauro podría haber visto en nosotros el camino para encontrar su lugar en el mundo y que sus padres no supieron darle. ¿De verdad te parece que eso sea malo?

—Si me deja a mí atrás, sí.

—¡Pues súmate al grupo, maldita sea! ¡Deja de poner excusas tontas y espabila! Tienes que pensar en el mañana.

—Ni en el hoy ni en el mañana, Tanya. La verdadera trampa es el pasado. Como me dijo Mauro el mismo día que le conocí, cada decisión que tomamos representa menos opciones para el futuro.

Tanya no sabía de qué tenía más ganas, si de compadecerla y ofrecerle su hombro en sustitución del que había perdido (aunque sospechaba que después de que la vida de Mauro se convirtiese en una página de la historia, y su relación con ella no fuese más que una nota al pie de esa página, no serviría de nada), o darle un bofetón a aquella niñata tan joven que había decidido tan pronto tirar su vida por el sumidero.

Siendo ambas hijas culturales del siglo XXI, ella una Lolita (máxima expresión de la celebración de la vida y la alegría de ser inocente) y Rhea el extremo opuesto, le parecía increíble cómo contrastaban sus respectivos puntos de vista, disímiles como el día y la noche. ¿Una cuestión de debilidad espiritual o de simple cobardía?

O tal vez fuera que, con o sin la intervención de los demonios cazadores de hombres, había historias en este mundo tan horribles que no tenían nada que envidiar a las que se gestaban en el mismísimo Infierno.

—Lo mejor es que me vaya —decidió Rhea. La resignación se asentó en los pliegues de su rostro—. Si quieres explícaselo tú, y si no, no pasa nada. Él me lo dijo todo ayer, cuando salió del trance y me miró.

Tanya apretó los labios con genuina irritación, porque sentía que estaba golpeando una puerta cerrada detrás de la cual sólo esperaba un muro de hormigón. Pero en el fondo no podía recriminárselo. Era su decisión, y nadie tenía derecho a inmiscuirse.

Le pidió que esperase un momento y entró de puntillas en el dormitorio. Había alguien en el inodoro, pero tenía la puerta cerrada.

Volvió a salir con un fajo de billetes en la mano. Se lo entregó a Rhea y le dio un beso en la mejilla. Su piel estaba gélida.

—Buena suerte, Rhea. Te deseo de todo corazón que encuentres otra alma gemela, o mejor, que arregles tu vida para que no necesites compartir ese dolor con nadie.

—Verdaderamente sabes escuchar y comprender a la gente, Tanya, lo cual me ayuda muchísimo. Más de lo que te imaginas. Eso es un don.

Es lógico, soy una Sanadora, pensó ella, pero no se lo dijo.

Aquella fue la primera vez en su vida en que realmente se sintió como tal.

La consternación que provocó la fuga de Rhea no alcanzó las cotas de dramatismo que Tanya esperaba.

Cuando se lo contó a los demás, en lugar de entristecerse y preocuparse por el destino de la amiga de Mauro, todos pusieron caras de comprensión, como si lo llevaran anticipando hacía mucho.

Ni siquiera Mauro estaba sorprendido. Dolido, un poco; solo, más que nunca. Pero comprendía a la perfección los motivos que tenía Rhea para marcharse, y los respetaba.

—Todos acabamos por encontrar nuestra propia senda, tarde o temprano —sentenció con un aire de filósofo barato que a Tanya le hizo mucha gracia. Una reflexión tan simple sobre las variables de la vida obedecía a que el muchacho no habría leído nunca a Sartre (probablemente ni siquiera le sonaría ese nombre), pero no iba a ponerse a discutir con él sobre sus lagunas literarias. No es que el resto de los chicos de su edad hubiesen leído poco, es que ella había devorado demasiados libros.

—¿Y ahora qué? ¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó mientras desayunaban en la cafetería de la esquina. Los cuatro estaban inquietos (habían intuido la cercanía del monstruo, y no había sido un sueño), pero a la

vez flotaba en el aire un cierto aire de optimismo que, ¡milagro!, afectaba incluso a Mauro.

—El desmodu se aproxima con su ejército —dijo Séfora—. La confrontación tendrá lugar aquí, en la isla. Así está escrito.

—Un momento, un momento —exclamó Erik—. ¿Has dicho su *ejército*?

Séfora se limitó a revolver la copa de helado griego con una cucharilla. Ella era la única del grupo a la que le gustaba desayunar frío y poco en lugar de caliente y mucho.

Tanya pensó en lo paradójico de aquella escena: cuatro personas, dos chicos y dos chicas, jóvenes y vitales, desayunando juntos frente al mar y saboreando un helado mientras discutían temas tan triviales como el combate contra un demonio, el destino del mundo y cosillas así, sin importancia.

—¿Nos estás diciendo que ésta será la primera Gran Batalla, la que acontecerá en nuestro mundo? —insistió Erik, con medio bocadillo asomándole de la boca—. ¿Tan pronto?

—Podría ser. Con las profecías una nunca puede estar segura de nada. Son demasiado ambiguas. Sólo Él sabe lo que realmente acontecerá —Séfora apuntó con un dedo hacia las nubes—, pero no nos lo cuenta ni siquiera a nosotros, sus sirvientes.

—Pero si está por suceder una batalla tan importante —se alarmó Mauro—, ¿no deberíamos pedir ayuda? Es decir... no sé vosotros, pero yo desde luego no me siento preparado para enfrentarme a nadie, y mucho menos a un desmodu. Yahvé no puede pretender que el destino del mundo se halle en manos de unos adolescentes normales y corrientes como nosotros. —Buscó apoyo en los demás—. ¿Verdad?

—Estás cometiendo un error de apreciación muy grave, Mauro. No sois normales y corrientes, necesito que eso os quede bien claro —dijo Séfora—. Tenéis el potencial para vencer al enemigo, y lo usaréis cuando llegue el momento. Os va la vida en ello, igual que la de vuestros seres queridos. Todos nos jugamos mucho en esta guerra.

Tanya iba a sugerir una rápida retirada (¿a su antigua vida, al mundo «normal» de los exámenes de instituto y del carné de conducir y las salidas de los viernes por la noche?) pero enmudeció al oír la mención a sus seres queridos. Sí, sus padres estaban sufriendo a cada segundo que pasaba, y la única posibilidad de salvados era acabar con el desmodu.

Tanya no sabía qué decisión iban a tomar los demás, pero ella pensaba quedarse a luchar.

—Necesito que me enseñes a convocar mi espada-signo —dijo Erik—. Quiero probar el sabor de la sangre del desmodu, el malnacido que asesinó a Antonio.

—Para eso tendrás que acercarte mucho a él —señaló Mauro, sin sacarse la cuchara del helado de la boca—. Y me estoy empezando a imaginar lo peligroso que es eso.

—Soy de la estirpe de Miguel —dijo Erik, orgulloso—. Ardo en deseos de matar demonios.

—Controla tu ansia destructora, Rambo —aconsejó Séfora, haciéndole el gesto de la cuenta al camarero—. Una parte importante de la estrategia es la prudencia. Hace eones perdimos muchas legiones de ángeles guerreros antes de darnos cuenta de que las batallas no se ganan con la valentía o la fuerza bruta, sino con la inteligencia.

—Me temo que una de las dos le sobra a Erik —dijo Tanya, conteniendo una risita—, y no es la que empieza por «i».

Él se hizo el ofendido, pero se le veía en la cara que le gustaba que Tanya hiciera bromas a su costa.

Mauro sonrió, detectando entre ambos un cierto lazo que empezaba a forjarse. Esa relación tenía una naturaleza distinta a la que él mantuvo con Rhea, mucho más tenue y luminosa, pero al mismo tiempo, si no la cuidaban bien, estaría condenada al fracaso.

Y en el fondo, guiándose por su conocimiento intrínseco de las personas y sus sentimientos, Mauro intuía que Tanya y Erik no estaban precisamente hechos el uno para el otro.

Tras pagar la cuenta (con el desahogo de saber que ahora se lo podían permitir) se dirigieron al hostel. Recogieron sus cosas y se prepararon para navegar de nuevo al Nea Kameni, a seguir entrenando.

En el último momento, Erik se rezagó.

—Id yendo vosotros, tengo algo urgente que hacer —explicó—. Os alcanzaré enseguida.

—Está bien, pero no te retrases. Vamos contra reloj.

Séfora guió al resto de la comitiva al teleférico que unía el pueblo con la costa. Era un cable suspendido por tres torres que caía con una inclinación peligrosa, transportando pasajeros de los pueblos de encima de la montaña a los embarcaderos, donde cogían lanchas que los llevaban a otros islotes o a los grandes cruceros de lujo que atracaban en la bahía.

La primera vez que Mauro subió a la caja transparente del teleférico le dio un ataque de vértigo, que por fortuna pudo controlar. El suelo también era de

cristal, y ofrecía una hermosa vista de la caída a pico del acantilado a medida que iban descendiendo. Un sendero zigzagueaba por la pared ofreciendo una alternativa a los turistas que padecían de vértigo, pero no se sabía de qué estaba más lleno, si de escaleras o de heces de burros.

Erik vio marcharse a Séfora y los chicos, y en cuanto hubieron desaparecido de la vista dijo en voz alta:

—Puedes salir.

Cassandra abandonó el escondite tras la esquina del edificio, y compuso una expresión juguetona.

—Por un momento temí que no hubieras visto mi señal —ronroneó.

—La habría visto aunque me hubiesen cosido los párpados —sonrió Erik, cogiéndola por la cintura—. Escucha, guapa, no puedo quedarme mucho tiempo, pero no quería irme de la isla sin despedirme de ti.

—¿Os vais ya, tan pronto?

—No podría decirte cuándo, pero que nos marcharemos en breve es un hecho. Un trágico —la acercó hacia él empujándola del talle— y lamentable —entrelazó las manos sobre su cintura— hecho.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Pues será mejor que aprovechemos el poco tiempo que nos queda, ¿qué opinas?

Erik le dio un largo beso.

—Que la vida es bella.

El teleférico se puso en marcha con un chirrido. Cuando la cabina hubo recorrido unos metros y el suelo se le acabó por debajo, los turistas soltaron exclamaciones medio fascinadas medio aterradas. A muchos metros, al pie del acantilado, las olas se deshilachaban en plumeros sedosos cuando rompían en la ensenada.

—Nunca me acostumbraré a esto —comentó Mauro, agarrándose instintivamente al asiento—. ¿Los ángeles no tenéis vértigo?

Séfora negó con la cabeza.

—El vértigo es una reacción psicológica al peligro de caer y hacerse daño. A nosotros no nos afecta porque no estamos sujetos a la gravedad. Así pues, no existe peligro.

—Qué envidia —dijo Tanya—. Quiero ser un ángel, como tú. Por favor, por favor, por favooooor.

Séfora le acarició la mejilla.

—Lo serás, y mejor que yo.

Quince turistas de distintas nacionalidades compartían el escueto espacio de la cabina, pero estaban hablando a la vez en otros tantos idiomas, así que ni Séfora ni los chicos tenían reparo en charlar de sus secretos en público. Además, aunque los oyeran nadie iba a creer que lo que decían fuese literal.

—Los poderes de Nínive son prodigiosos —se asombró Tanya. Aún no podía creer que, sólo con concentrarse un poco, pudiera entender cualquier idioma—. De haberla conocido hace unos años, no veas la pasta que me habría ahorrado en clases de inglés y francés.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Mauro de pronto.

Séfora encogió los hombros.

—Por supuesto.

—Es sobre la... «clasificación», por llamarla de alguna forma, de las criaturas preternaturales.

Séfora lo miró con el ceño fruncido. Odiaba las conversaciones demasiado filosóficas a destiempo.

—Ajá.

—Ya nos has dicho que los ángeles no sois todos de la misma clase, sino que incluso en el Cielo hay categorías. Están los querubines, los Arcángeles, los coros, las virtudes, etc.

—Sí, pero no son categorías verticales. Todos tenemos la misma importancia, cada uno metido en su papel y con su propio cometido.

—Captado. Pero lo que me intrigaba de verdad es si en el bando contrario también existen esas categorías horizontales. Ya conocemos a dos tipos diferentes de diablos, los lamaazu y los desmodu. ¿Hay más, aparte de esos?

En esta ocasión, Séfora sí bajó un poco el volumen de voz.

—Muchísimos más. Los diablos, a diferencia de los ángeles, se subdividen en una lista casi infinita de categorías. Y cada siglo surgen más que no conocemos.

—¿Como cuáles?

—Pues están los baatezu, los grablos, los aspectos de Belial, las lamias, los tamarri —enumeró con los dedos—, los ícubos y súcubos...

—Los nombres de esos últimos me suenan.

—Son demonios de carácter sexual, muy famosos entre los humanos —dijo Tanya—. Espíritus que pervierten el alma de los hombres y las mujeres ofreciéndoles placeres extremos y perversos. —Sonrió de medio lado—. Se nota de dónde cojeamos más, ¿eh?

Cassandra cerró la puerta tras de sí cuando Erik y ella entraron en la habitación. Sus ojos fulguraban con un resplandor índigo.

—Por fin solos —susurró, con una voz que era como viento entre juncos chamuscados por un incendio. Su pecho se hinchaba y desinflaba al ritmo de una respiración superficial, acelerada, que parecía a punto de desgarrar sin el menor esfuerzo la ropa.

—No sabes cómo he soñado con este momento durante los últimos días —le aseguró Erik, dejándose caer sobre la cama. La mujer se movía con una danza insinuante, deslizándose por la habitación como una serpiente que se hubiera apoyado sobre la cola para mostrarle toda su mortal longitud a la víctima. Y Erik deseaba más que nada en el mundo ser cazado por ella. Se ofrecería en sacrificio y haría todo lo que Cassandra le pidiera, sólo con que abriera esa boca sensual y se lo susurrara al oído.

—Yo también, querido, yo también. Pero deja ya de hablar y demuéstrame por qué los hombres isleños despedís ese aura de fuego tan intensa, tan seductora...

—No soy isleño, lamento decepcionarte, pero por ti seré cualq... —Calló cuando los labios de la chica se posaron en los suyos. Erik se sintió invadido por un torrente de sensaciones, no todas placenteras, que era como mezclar cien filtros de amor distintos con el dolor de una tortura intensa y duradera, capaz de reducirle a cenizas el cuerpo y el espíritu. Fue un momento álgido, feliz y aterrador al mismo tiempo, que agotó sus fuerzas como si la joven le hubiese aspirado la vida a través del beso.

Cuando los labios al fin se alejaron, Erik se sentía como si hubiese corrido un maratón.

—¿Qué ha pasado? —jadeó—. ¿Por qué me siento así? Apenas me puedo... sostener... —Trató de apoyar un brazo en el colchón, pero era como confiar su peso a una brizna de hierba, y acabó desplomándose sobre las sábanas. Hasta respirar se le antojaba un esfuerzo demasiado exigente.

La mujer lo inmovilizó con su cuerpo mientras su lengua rojiza se paseaba, larga y correosa, por fuera de sus labios.

Con terror, Erik vio que aquella lengua era bífida, como la de las serpientes.

—Relájate, encanto, deja que yo lo haga todo —susurró Cassandra—. Te mostraré paisajes de éxtasis y dolor como jamás ha conocido ningún humano. Tendrás ese privilegio. Y me lo agradecerás, cariño; te garantizo que al final, con el paso de los milenios, acabarás agradeciéndolo.

La promesa de dolor infinito quedó colgando como un epitafio entre ambos. Erik intentó chillar pidiendo auxilio, pero hasta eso habría resultado un esfuerzo devastador para sus mermadas capacidades físicas.

Séfora presintió que algo no iba bien. El espejo de Nínive estaba caliente, hasta el punto de hacerle daño si lo sostenía mucho tiempo con la mano desnuda. Estaba respondiendo de manera automática a un gran incremento de poder en la zona.

Y eso sólo podía significar una cosa.

—Están aquí —exclamó, como si estuviera compartiendo un secreto—. Escuchadme bien. —Se volvió hacia los chicos con expresión muy seria—. Cuando lleguéis abajo no os mováis de la playa. Iré a recogeros enseguida.

—¡Espera! —dijo Tanya—. ¿Adónde vas? ¿Qué está pasando?

Séfora se aproximó a una de las ventanas correderas del teleférico, quitó el pasador de seguridad y la abrió.

—Hemos cometido un terrible error. Erik está en grave peligro —fue su única explicación, y se lanzó a través de la ventana hacia el vacío.

Nadie se volvió para mirarla. Los turistas se quejaron por la ráfaga de viento que sacudió peligrosamente la cabina, y que cesó en cuanto Mauro cerró la ventana, pero ninguno vio el cuerpo de Séfora caer unos metros, desplegar las alas con un estallido de luz y remontar graciosamente el vuelo.

Tanya se preguntaba qué clase de error habían cometido cuando el teleférico llegó al final del trayecto.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Mauro, asustado.

—Lo que ella nos ha ordenado. Esperar. —La joven tanteó con la mano el codo de su compañero hasta que tropezó con un nervio. Mauro se apartó con un gemido de dolor de la senda de los turistas, para no entorpecer el tráfico humano entre el embarcadero y las lanchas—. Y si te atreves a hacerlo, reza porque a Erik no le ocurra nada o esta batalla estará perdida antes de empezar.

Cuando Séfora irrumpió en el hostel, su espada-signo brillando como un neón en una red de opacidad electrónica, ya era demasiado tarde. El cuerpo de Erik no estaba, pero sí la retorcida silueta de la súcubo, que la contemplaba desde una esquina de la habitación.

—Llegas tarde, guerrera —siseó el monstruo, el rostro crispado por una obscena sonrisa—. Él tiene a tu chico, y hará con su tierna carne mortal todo

lo que se le antoje.

Séfora alzó la espada. A la luz que proyectaba la hoja, el súcubo apareció con su verdadera forma: una infecta culebra de cuatro metros con la piel llena de pústulas y llagas cancerosas, dos largos brazos que surgían como apéndices de hueso de heridas practicadas en los costados, y una cabeza de ofidio que era todo boca y dientes, sin apenas dejar espacio para los ojos o su diminuto cerebro.

—¿Dónde está? —la interrogó el ángel, colérico.

—Juega al juego de la frustración, perra alada. Sólo en la mentira encontrarás verdades, sólo en el engaño hallarás una aclaración.

—¡Contéstame, criatura blasfema! —Moviéndose hacia ella la espada—. Te habla Séfora de Constantinopla, hija de Damián, discípula de Inmahél, espadera del Quinto Círculo. Ya conoces mi verdadero nombre. Ahora, por los antiguos Pactos, exijo saber el nombre del desmodu que tiene a mi protegido.

La súcubo intentó lanzarle otra adivinanza, una frase alambicada que sólo condujera a la confusión y la locura, pero se vio obligada a responder.

—Lo llamaron Ta'ahm cuando su llanto se escuchó por primera vez en las fraguas del Abismo. Antes fue un humano, igual que tú y que yo. Está aquí expresamente para arrancarte el alma, Séfora de Constantinopla, y luego seguirá con la de tus discípulos.

—Eso será si yo lo permito —masculló Séfora, e hizo el ademán de voltear la hoja por encima de su cabeza para descargar un tajo, pero la súcubo fue más rápida. Fluyendo por el aire a velocidad cegadora, su cuerpo se alargó como si estuviese hecho de aire, inmovilizando a Séfora con sus anillos como una gigantesca anaconda.

El ángel trató de liberarse de la presa constrictora, pero sólo consiguió que los zarcillos se cerrasen aún más. Lanzó un grito de dolor.

La súcubo rió una sola vez, un estampido que sonó como una maldición.

—Siempre quise averiguar a qué sabía la carne de una hija de Miguel. —Cassandra abrió desmesuradamente las fauces, deformando los huesos del cráneo para que su boca tuviese el diámetro de la cabeza y los hombros de Séfora, y se inclinó sobre ella en toda su estatura.

Cuando estaba a punto de tragársela de un bocado, el ángel infló el pecho y expandió bruscamente las alas.

El efecto fue como si dos enormes cuchillas hubiesen troceado el cuerpo de la anaconda en segmentos sanguinolentos. El borde rojo de las plumas de Séfora hendió la carne del demonio con la misma facilidad con que su espada

cortaba el aire, como si en lugar de mil plumas se hubiese revestido con otros tantos puñales.

La súcubo chilló de dolor, pero no tuvo tiempo de huir ni de revertir a su forma humana para pedir clemencia, porque Séfora alzó la espada y le dejó ver el resplandor argénteo de su filo antes de partirle en dos el cráneo de una estocada.

—No conocerás el sabor de mi carne, pero sí el de mi acero —dijo con una sonrisa sarcástica, mientras contemplaba cómo el cadáver del monstruo se deshacía en una cascada de ceniza.

Luego miró por la ventana, hacia el horizonte.

—Bienvenido, Ta'ahm —dijo en voz baja, porque sabía perfectamente que él la estaba escuchando—. Aquí te espero.

«TRES VECES SE LUCHARÁ...»

Mauro fue el primero en divisarlos. Estaba apoyado contra una roca, perdido en su mundo interior mientras sostenía la mirada en las casas del acantilado, cuando imaginó a los dos seres voladores.

¿Cómo se infiltró ese concepto en sus reflexiones? ¿Por qué añadía personas con alas a la delicada alquimia de su cerebro, cuando en lo que pensaba era en Rhea? ¿Y por qué esas quimeras se golpeaban una a la otra con garras, dientes y espadas, cuando lo que él necesitaba en ese momento era cualquier cosa menos violencia?

Entonces se dio cuenta de que no eran imaginaciones. Los estaba viendo de verdad.

—¡¡Tanya, mira, allí!! —Señaló con un dedo hacia arriba, al grupo de casas entre las cuales colgaba el cable del teleférico. La muchacha se escudó los ojos del sol y también los localizó.

—No puedo creerlo —murmuró, distinguiendo a la perfección cuál de los dos seres era Séfora (enfundada en su armadura de piedras cosidas, esquivando a duras penas las acometidas de su contrincante y asestándole mandobles con la espada de plata) y cuál el desmodu.

Tanya se tapó la boca al verlo, para no soltar un grito involuntario.

Tenía forma antropomórfica, de eso no cabía duda (recordó que Séfora les había contado que la fe de la humanidad era la que, en cierta medida, determinaba la forma física de esas criaturas, aunque en su génesis primordial no se parecieran ni remotamente a los humanos). Pero había elementos erróneos en sus proporciones. Cuatro brazos y dos piernas, además del doble juego de cuernos que le brotaba del cráneo y las inmensas alas de murciélago, bastante mayores en envergadura que las del ángel, eran lo que más llamaba la atención de su cuerpo. También la cola, segmentada como la de un reptil y acabada en un amenazador espolón con forma de garfio. Y el arma que

blandía, una espada de doble puño llena de aristas afiladas, agujas y lo que desde la distancia semejaban cráneos humanos incrustados en la hoja.

El mandoble del demonio dejaba una estela rojiza en el aire que subrayaba cada estocada; la de la espada de Séfora era blanca, y ambas se entrelazaban como cintas de luz siguiendo la brutal armonía de la melée. Séfora actuaba sobre todo a la defensiva, manteniéndose siempre a una distancia cautelosa del desmodu y deflectando sus golpes. El desmodu jugaba a matar, a atacar constantemente, sin descanso; perseguía a Séfora allá donde ésta se moviera, intentando anticipar sus movimientos, las fintas, los contraataques.

El ángel no estaba herido, pero tampoco parecía estar dominando la situación.

—¡Tenemos que subir a ayudarla!

—¿Cómo? —preguntó Mauro.

Ambos miraron a la vez a la cabina del teleférico, cuya nueva carga de turistas estaba a punto de iniciar el viaje de regreso a Imerovigli, como si nada estuviese sucediendo sobre sus cabezas.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo, Tanya?

La joven se coló en la cabina a toda prisa. Mauro la imitó. A su alrededor se apretaban más de veinte turistas que acababan de bajarse por primera vez del crucero, y miraban ilusionados hacia arriba, a Imerovigli, contemplando los *(brutales embates del demonio cuya espada hendía el aire con tal violencia que la hoja...)* fantásticos ornamentos arquitectónicos de las casas *(... brillaba como el metal al rojo blanco de una cápsula espacial en reentrada)* y las aspas de giro lento y majestuoso de los molinos.

—Confía en ti mismo —le sugirió Tanya—. Ese fue el mejor consejo que me dio Nínive. Predijo que yo misma encontraría el poder, que al buscarlo lo despertaría y manifestaría de esa forma mi verdadero yo. —Se agarró a un pasamanos cuando la cabina se puso en marcha—. ¿Qué mejor momento que éste para hacerlo?

Mauro estuvo de acuerdo, aunque no se le veía tan optimista con respecto a sus posibilidades como Tanya.

Una sacudida y las ruedas de metal situadas en el techo comenzaron a tragar cable. Los turistas, en su mayoría españoles e italianos, intercambiaban charlas triviales. Ninguno decía «¡cuidado con el monstruo de la espada llameante!», sino cosas como «¿Te gustó Delos?», «Sí, sobre todo los leones, aunque el guía nos dijo que eran copias. ¿Te fijaste en la pintada del soldado americano de la Segunda Guerra Mundial en aquella estatua?».

Tanya y Mauro se apoyaron contra una de las ventanas, observando las casas y las ocasionales apariciones de los combatientes, cuyo vuelo los llevaba haciendo zig-zag entre los tejados.

A diferencia del arma de Séfora, la del desmodu sí causaba estragos en la materia orgánica, y eso lo atestiguaban los pájaros que no esquivaban sus estocadas por no verlas venir y acababan reventando en nubes de color rojizo. Pero había algo mal, un dato que contradecía lo que Séfora les había enseñado. Según ella, las armas de los diablos dañaban a los vivos pero no la materia inerte.

Sin embargo, la espada del desmodu comenzó a cortar limpiamente las superficies con las que se encontró, en el momento en que la pelea descendió de altitud y los combatientes se vieron flanqueados por las paredes de las casas.

A medida que el teleférico ascendía, en el campo de visión de Tanya y Mauro entraron las calles del pueblo: había gente corriendo despavorida de un lado para otro. Evidentemente, aunque nadie veía a los contrincantes, sí que eran conscientes de los destrozos. La gente salía a toda prisa de las casas con lo puesto, preguntándose por qué aparecían tajos de la nada en las paredes que reducían a polvo los ladrillos, los muebles y las ventanas.

La cabina estaba prácticamente llegando a su destino cuando el desmodu empujó a Séfora directamente hacia ella. Mauro gritó un segundo antes de la colisión.

—¡Cuidado, vienen hacia aquí!

Advertencia de la que nadie hizo caso (los turistas incluso se permitieron mirar mal a Mauro, reprochándole su escandaloso comportamiento) hasta que algo chocó violentamente contra la cabina y la hizo pivotar como un badajo.

La gente gritó por primera vez. Quien pudo se sujetó a lo que tenía más cerca, y quien no, se encontró tumbado en el suelo, encajado en un bosque de piernas y mochilas de viaje.

Tanya ayudó a un anciano a levantarse, pero en ningún momento apartó los ojos de las ventanas. Al otro lado del cristal, el cuerpo de Séfora trataba de despegarse del metal de la cabina antes de la siguiente estocada del monstruo. El desmodu perdió un tiempo precioso maniobrando en el aire, cogiendo impulso para atacar desde arriba, y cuando su espada por fin cayó sobre el ángel, Séfora la desvió a un lado con la guarda.

—¡Apártese de ahí! —ordenó Mauro, agarrando sin miramientos a una madre que llevaba a un niño pequeño en brazos y separándola de la ventana,

justo antes de que el filo del desmodu hendiera el metal provocando una lluvia de chispas hacia dentro del habitáculo.

La gente chillaba histéricamente. Intentaban permanecer sujetos a algo al tiempo que abrazaban a sus seres queridos, lo cual no era fácil. Aquí y allá surgieron más grietas en las paredes y el techo, hasta que una de ellas rozó el cabrestante.

Tanya oyó cómo se partía el cable, deshilachándose como una madeja de hebras cromadas. La cabina escoró peligrosamente, inclinándose más de cuarenta grados.

—¡Agárrense fuerte, vamos a caer! —advirtió. Las personas que tenía más cerca la miraron con pánico mezclado con estupor.

Séfora ejecutó una finta para esquivar la hoja del demonio, aprovechó ese impulso y giró en el aire para propinarle una patada. Su talón golpeó limpiamente la mandíbula del demonio, pero no le hizo daño. Aún así, como ella esperaba, lo distrajo el tiempo suficiente como para empujado lejos del teleférico.

Los combatientes se alejaron, dejando la cabina a su suerte. Tanya se lamentó por enésima vez de no haber desarrollado todavía sus alas, y se encomendó a todo aquello en lo que creía cuando el cable acabó de deshilacharse.

—¡Allá vamos, sujétate! —le gritó a Mauro, y aferró con ambas manos la baranda de seguridad.

La caída sólo duró dos segundos, suficientes para generar una impresión, aunque fugaz, de gravedad cero. Luego impactó contra la ladera por la que bajaban a lomos de burro los turistas que sufrían de vértigo. El armatoste vibró y se deformó un poco, haciendo estallar hacia dentro las ventanas, pero por fortuna quedó encajado en una curva del sendero.

—Gracias a Dios —susurró Mauro, limpiándose los cristales que le habían llovido encima. Tenía una ventana muy cerca, así que no esperó por nadie: puso los pies en el marco, dio un salto y estuvo fuera. Desde allí ayudó a los demás turistas a ir saliendo (milagrosamente, y salvo lesiones y cortes de poca importancia, todos estaban ilesos) hasta que pudo por fin tirar del brazo de Tanya.

—Uf —se quejó la joven—. Gracias. Creo que esta gente no olvidará esta excursión en su vida.

—Ni nosotros tampoco. ¿Qué hacemos ahora?

Tanya hizo un barrido con la mirada por el cielo. No había ni rastro de los luchadores. Entre las casas tampoco.

—Subamos por el sendero. Tenemos que encontrar a Erik.

Las calles del pueblo eran un caos. Tanya imaginó que tendría que ser desconcertante el hecho de ver cómo se destruían las cosas a tu alrededor sin motivo aparente, y sin seguir un patrón lógico. ¿Qué les aseguraba entonces a aquellas personas que la siguiente estructura en derrumbarse no sería un puente? ¿O una escuela?

Mauro y ella avanzaron con rapidez por las calles, buscando cualquier pista que los condujera hasta Erik. Pero Imerovigli era demasiado grande como para recorrerlo en unos pocos minutos, y Tanya acabó apoyándose en un muro para recuperar el aliento.

—Es... espera —suplicó—. Tengo que descansar un momento. ¿Tú no estás perdido?

—Tranquila, sé a dónde voy. —Señaló al siguiente recodo—. Por allí llegaremos a una plaza elevada desde la que se puede ver todo el pueblo. Si Erik está a la vista, lo sabremos.

Tanya se envaró, mirando por encima de Mauro a un lugar que estaba justo sobre su cabeza.

—Creo que no será necesario —musitó.

Al volverse, el muchacho comprendió el sentido de esa frase.

Tanya había localizado a Erik.

Unas personas, a las que ellos veían amortajadas con una especie de nimbo negro, alzaron el cuerpo de Erik a lo alto de un mausoleo. Lo sujetaron a la cúpula con unas cuerdas y ataron éstas a la cruz de piedra de la cúspide. Fuera cual fuese el influjo que estos símbolos sacros ejercían en las personas endemoniadas, no les impedía hacer su trabajo.

Erik estaba vivo, pero en muy mal estado. Parecía como si lo hubiesen torturado, quemándole varias partes del cuerpo y arrancándole porciones de la ropa (y de la piel que había debajo) a dentelladas. La herida más grave parecía ser la de su pierna izquierda, de la que manaba un copioso torrente de sangre.

Pero estaba vivo, y eso era lo que importaba.

—Tenemos que rescatado —dijo Mauro, como si hiciese falta. Él y Tanya doblaron a toda prisa la siguiente esquina...

Y se dieron de bruces con una aglomeración de gente que los miraba en silencio.

—Oh, oh —dijo Tanya, mirando los más de treinta rostros deformados por la luz negra que tenían a pocos metros.

Aquella gente parecía normal: ninguno era especialmente corpulento, ni iba vestido de ninguna manera estrafalaria, ni tenía aspecto de asesino a sueldo. Más bien parecían amas de casa, profesionales de la calle, operarios del gobierno griego e incluso algunos niños. Pero todos despedían con claridad aquella aura maligna.

Tanya supuso que el desmodu los había elegido al azar entre la población de la isla, poseyéndolos o infectándolos o haciendo lo que fuera que los mantenía bajo su control. No buscaba presas concretas, con características determinadas: lo que buscaba era la masa, el número. Cualquiera que pasase por allí era un buen candidato para ser poseído y sumado a la hueste.

En ese momento entendió a qué se refería Séfora cuando dijo que el desmodu acudiría con su «ejército».

Y distinguió a sus padres entre la multitud.

Tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no salir corriendo a abrazados, por más que fuese lo que le pedían sus piernas, sus brazos, todo su ser. Pero ellos también estaban bañados en aquel nimbo oscuro. Y Tanya sabía perfectamente lo que eso significaba.

—Papá, mamá —sollozó.

Mauro colocó una mano tranquilizadora en su brazo.

—No te preocupes, no nos harán daño —aseguró.

—¿Pero qué dices, te has vuelto loco? ¡Son sus siervos! —exclamó Tanya, señalando la enorme figura alada del desmodu, que había aparecido otra vez entre las nubes.

Mauro siguió con su expresión sería y tranquila.

—No. No les dejaré. Puedo oír sus lamentos. Comprendo el sufrimiento que padecen. Y creo que puedo... ayudados.

—¿Cómo?

Los zombis avanzaron hacia ellos, lentos, seguros de su victoria. Erik se desgañitaba de dolor luchando inútilmente contra las cuerdas que lo mantenían sujeto a la cúpula, como el mascarón de proa de un barco demoníaco.

—Es fácil. Escucharé sus súplicas —dijo Mauro, y cerró los ojos.

Era cierto lo que había dicho Nínive. El mero hecho de *buscar* el poder dentro de uno mismo era la corriente de aire que lo avivaría, la llave que abriría aquella caja de Pandora del legado celestial, tan imprevisible como desconocido. Y Mauro sabía muy bien en qué dirección mirar: hacia las voces. Hacia la agonía. Hacia el río que fluía como aceite hirviendo por su corazón.

Abrió su corazón al sufrimiento de aquellas personas, poseídas por un poder que estaba más allá de toda comprensión. Oyó sus nombres, escuchó la silenciosa plegaria. Y pronto distinguió dos voces: una subyugada, cautiva, que gritaba desde lo más hondo suplicando clemencia. Y otra más dura, dominante, que aplastaba esas pequeñas voluntades y las mantenía encadenadas.

Amos y esclavos. Ejecutores y vencidos. Demomas y presas.

—Os escucho —dijo, y alzó las manos hacia ellos para intentar separar ambas voces. Para redirigir el sufrimiento de los prisioneros y convertido en un arma con la que azotar a los demonios.

Funcionó, aunque no logró romper el encantamiento que mantenía presas todas aquellas almas. Lo que sí hizo fue alejar a los zombis, que salieron corriendo de la plaza como si en la figura de Mauro hubiesen hallado el sùmmum de todos sus miedos.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Tanya, perpleja. Mauro sonrió con suficiencia.

—Los magos no revelamos nuestros trucos, preciosa.

—¿Y mis padres?

—Yo no puedo liberarlos. Confía en Séfora.

La joven no insistió. Le bastaba con saber que los poseídos estaban lejos, y que por el momento los dejarían en paz.

Mauro hizo de pilar de apoyo para que Tanya pudiese llegar hasta Erik. Cuando le tocó, el joven abrió un ojo bañado en sangre.

—Cristo —murmuró Tanya—, ¿qué te han hecho?

Él sonrió a duras penas.

—Tranquila. No les he... dicho dónde está... el microfilm.

—Deja de decir tonterías —le regañó, concentrándose en las heridas. La magia blanca detonó algo más que una curación: fue una especie de transferencia, que convirtió a Tanya en catalizador de todo aquel padecimiento, del daño hecho a la carne y al espíritu, y le otorgó la potestad de revertirlo.

Tanya chilló de dolor, pero cuando abrió los ojos la mayor parte de las heridas de Erik habían desaparecido. Lo único que seguía estando mal, aunque no tanto como antes, era su pierna.

—Uauh —se maravilló el chico—. Tomaré otro trago de eso, barman.

—Ahora no, tenemos que ayudar a Séfora.

—Le he visto, Tanya, le he tenido justo delante de mí —susurró Erik, mientras ella se concentraba en aflojar las cuerdas—. El desmodu. Es muy,

muy poderoso. Mucho más que Séfora.

—Razón de más para darnos prisa, ¿no?

En ese momento, una mano aferró su tobillo como una tenaza.

La joven estuvo a punto de caer, pero Erik logró sujetarla en el último momento. Tanya miró hacia abajo y descubrió con terror que los zombis habían vuelto, por mucho que Mauro se estuviese esforzando en mantenerlos a raya.

Pero lo que más la preocupó fue la identidad del engendro que le había apresado la pierna, un cuerpo rechoncho y pálido que vestía unos pantalones asalchichados, como cuando se llevan calzoncillos largos debajo.

Era su abuelo.

Séfora sabía que no podría resistir mucho tiempo ese ritmo tan feroz de ataque, pero en aquel momento no se le ocurría ninguna solución factible. El desmodu no la quería a ella, sino a los chicos, pero sabía quién era el rival más peligroso, y le convenía quitársela primero a ella de encima.

Aquel no era un diablo normal. Su espada la había engañado al principio, con ese aspecto de espada-signo aberrante tan habitual en el armamento demoniaco. Séfora presupuso, lógicamente, que sus cualidades eran las mismas que ya conocía de otros combates anteriores.

Pero luego había cambiado: la espada mutó a una forma nueva e inquietante, convirtiéndose no en un metal forjado en los crisoles del Abismo, sino en una herida abierta en la realidad. El desmodu no la había desenvainado, de hecho, sino que se la había arrancado de la piel. La espada era una feísima cicatriz de dos metros de largo que cruzaba en un principio el cuerpo del diablo, pero cuando la arrancó, aquella cicatriz se mantuvo enhiesta, firme como metal, pervirtiendo con su mera presencia la fábrica de lo real.

Esa era la clase de arma que Ta'ahm esgrimía.

—Conozco tu verdadero nombre, monstruo —le advirtió ella—. Eso me da poder.

El demonio soltó una carcajada que era como piedras incandescentes rodando por la ladera de un volcán.

—Y yo sé quién eres tú, pequeña Séfora —respondió con una de sus tres bocas superpuestas, todas ellas infestadas de colmillos—. Te recuerdo de Constantinopla... Aún sigues teniendo el mismo rostro de niña asustada de cuando viste morir a tus hermanos.

Ta'ahm no dejó de atacarla en ningún momento, e hizo coincidir la última palabra con una estocada que ella esquivó dando una larga voltereta hacia atrás. La hoja del desmodu, al no encontrar resistencia, siguió hasta cercenar las columnas que sostenían un panteón familiar. La cúpula entera se vino abajo, provocando un alud de cascotes y polvo que anegó el nivel inferior de la calle.

—No me digas que tú también estuviste en aquel circo —dijo ella con inquina. Sabía que la mentira era el idioma natal de los demonios, así que no tenía que creerse nada de lo que él dijera, por su propio bien. Pero si lo hacía hablar, tal vez pudiera dividir su atención en varios frentes.

—Estuve allí, estoy allí ahora, viéndote sufrir; he vivido en muchas épocas y lugares. Soy omnipresente. Soy un dios.

—Menos mal que se os permite blasfemar sin problemas, ¿eh? Mira que si tu jefe te escuchara decir esas cosas... a lo mejor te volvía a desmontar en todos los demoniejos que llevas dentro.

—Soy más que eso, Séfora. Más que una simple suma de partes pequeñas. Soy legión.

Diciendo esto, se dividió en muchos demonios iguales, todos del mismo tamaño que él, copias idénticas que rodearon a Séfora como un enjambre.

—Mierda —dijo ella, buscando una salida desesperadamente. Pero los desmodus eran rápidos, y ya ocupaban los puntos cardinales de una esfera que cerraba tridimensionalmente todas las salidas.

Pero la derrota sólo era auténtica cuando se la admitía en voz alta. Hasta ese momento, siempre había esperanza.

Sujetó la espada con una mano, sin perder de vista a ninguno de los siete desmodus que evolucionaban entre risas a su alrededor, e invocó en la otra el espejo de Nínive, Sospechaba que sólo uno de aquellos engendros era real, y a menos que se pusiera a golpeados uno a uno hasta chocar con el auténtico, había otra manera más rápida de solucionarlo.

—Un espejo de destinos —se asombró el desmodu, hablando por las fauces de todas sus imágenes—. Es increíble que una servidora menor del Quinto Círculo posea semejante alhaja. Dime, pequeña, ¿de dónde lo robaste?

—No lograrás ofenderme con tu palabrería, monstruo —barruntó ella, observando en el espejo a los siete desmodus. Como había previsto, todos se reflejaron translúcidos menos uno—. Una amiga me lo confió antes de que la asesinara uno de tus hermanos bastardos. Desde entonces llevo suplicando por encontrarme con alguien como tú. Por algún sitio hay que empezar a saldar deudas.

El espejo brilló, consumiendo los dobles ilusorios de Ta'ahm. Éste sonrió, satisfecho.

—Te crees listo, pero eres imprudente, pequeño ángel. Al enseñarme la alhaja has descubierto tu mayor secreto. Dame ese espejo para que pueda absorber su poder y el de tu amiga, la huésped; puede que entonces te perdone la vida.

—Ni lo sueñes.

—¿Acaso piensas que necesito un poder suplementario para causar un terrible dolor a los que te importan? ¿Que no puedo hacer... —levantó un dedo y apuntó hacia una plaza que se abría como un oasis en aquel laberinto de callejuelas—... esto?

Séfora no quería mirar en aquella dirección. Intuía que era una trampa para distraerla, para desviar su atención de la espada del demonio... pero cuando oyó el grito de Erik, no le quedó otro remedio. Séfora volvió la cabeza hacia la plaza y vio a los tres chicos, enfrentándose a los esclavos humanos de Ta'ahm.

El desmodu trazó un símbolo en el aire, una T, y ésta se grabó a fuego en la frente de Erik, arrancándole un alarido de dolor. Todos los poseídos que estaban cerca de él se desintegraron, siendo su fuerza vital absorbida por el símbolo.

—Él será el último al que mate —prometió—. Es el que mejor aguantará la diversión que le espera...

—¡Basta! —Poseída por la cólera, Séfora hizo lo que se había prometido mil y una veces no hacer jamás: perder la paciencia.

Arrojándose de cabeza sobre el desmodu, lo embistió con su cuerpo y lo lanzó hacia atrás, incrustándolo con la velocidad de un proyectil balístico en un edificio.

El desmodu salió riendo de la nube de escombros, llevando algo en una de sus manos supletorias.

—Gracias por el regalo, pequeña. Ten por seguro que lo aprovecharé bien. —El demonio contempló el espejo de Nínive, que le había arrebatado al ángel en el momento de la colisión—. Usaré su poder para abrir un conducto con el Abismo, y tú serás testigo de la primera legión de demonios en llegar a este plano. Tres veces se luchará, pequeña Séfora, tres veces se luchará...

Tanya vio cómo la T de fuego se dibujaba en la frente de Erik, y también cómo su abuelo se quemaba desde el interior, expulsando flamas por sus ojos

y oídos, como si la carne y los órganos internos estuviesen hechos de gasolina y alguien hubiese acercado una cerilla.

Fue demasiado para ella.

—¡Abuelo! —gritó. Se soltó de la mano de Erik y cayó a la plaza. Sus zapatos hicieron un ruido gracioso al chocar contra los adoquines, como si pisaran ceniza.

Pero no era ceniza, sino los trozos achicharrados de su abuelo.

—No... —sollozó. Los demás zombis se habían derretido también, aunque todavía quedaban muchos corriendo por el pueblo. Tanya rezó porque entre los supervivientes estuvieran sus padres.

Unas manos amables la ayudaron a ponerse en pie. Mauro.

—Mira allí —indicó, señalando una de las casas cercanas. El desmodu había levantado el vuelo, aparentemente huyendo de Séfora. Ésta no lo persiguió de inmediato, pues la espada del diablo había debilitado los cimientos de un hostel (el mismo en el que ellos habían pernoctado aquellas noches), y éste se estaba viniendo abajo.

El ángel perdió unos preciosos segundos en sacar a los ocupantes del edificio y depositarlos a salvo en la plaza. Algunos eran bastante gruesos, hombres y mujeres de más de cien kilos de peso, como si en aquel inmueble, además del hostel, se encontrase también el club de terapia para obesos de Santorini. Pero Séfora los manejaba con una sola mano.

O bien su fuerza se había incrementado durante la lucha, o bien el miedo de alguna manera había ahuecado a aquellos individuos, haciéndolos tan livianos como hebras de algodón.

Cuando acabó su trabajo de salvamento, el ángel aterrizó al lado de los muchachos.

—¡Séfora! —exclamó Erik—. ¿Dónde está ese cabrón? —Se tapó la frente con una mano en un vano intento de que dejara de sangrar—. ¡Voy a meterle la espada por...!

—Tranquilízate, ella está haciendo lo que puede —dijo Tanya, controlando las arcadas y tratando de meter a presión toda la pena por su abuelo en una caja hermética de su cabeza. Ya la abriría después y dejaría salir todo el dolor y la rabia. Cuando hubiese tiempo—. Deja que te mire esa herida.

Le impuso las manos para curársela, pero lo único que logró fue que cicatrizara. La marca no desapareció.

—No te preocupes —lo aplacó Séfora—. Esa marca no te vincula a él de ningún modo. Es sólo un gesto de poder. Te ha humillado, y quiere que vayas

a buscarlo para que le sea más sencillo matarte.

—Pues lo va a conseguir, porque ahora mismo pienso ir a... —Buscó por el cielo una silueta con alas de murciélago. No la encontró—. ¿Dónde ha ido?

Séfora señaló hacia la bahía.

—Al volcán. Me ha robado el espejo.

—No sé por qué —dijo Mauro—, pero eso no me suena a nada bueno.

—El espejo es un gran canalizador de poder —explicó Séfora—. El desmodu sabe ahora que Nínive está vinculada a él, y piensa esperarla en el mismo lugar en el que creamos la brecha hacia el Otro Lado para matarla cuando regrese. Así absorberá la descarga de energía que provocará la apertura del umbral, y...

—Se hará invencible —concluyó Mauro.

El ángel asintió.

—Pero aún no lo ha conseguido. Agarraos a mí.

Los cogió a los tres y sobrevoló el acantilado, rumbo al Nea Kameni. Los chicos gritaron, Tanya y Mauro de vértigo, Erik de pura rabia.

Ta'ahm se posó sobre el ojo ciego del volcán, el cráter que llevaba milenios en silencio. Y clavó el espejo en el suelo, percibiendo sus vibraciones, la conexión oculta entre la alhaja y el camino que había ayudado a abrir entre realidades.

Sintió que el alma de su propietario, otro ángel mucho más poderoso que Séfora, estaba regresando.

Exhibió una sonrisa de superioridad, de depredador implacable. A lo lejos, en el aire, la silueta de Séfora se acercaba trayendo consigo a unos humanos.

Los elegidos. Bien.

Cerró dos de sus cuatro ojos, acudiendo al poso interior de poder que lo mantenía en contacto con el Abismo. Y levitó a poca distancia del suelo, justo sobre la grieta del volcán. El espejo pulsó con las energías fisionadas del bien y del mal, del Cielo y el Infierno. Llamó al poder de la tierra, que llevaba dormido desde los tiempos del rey Minos, y la tierra respondió.

La grieta se abrió de nuevo, y un poderoso chorro de magma se alzó más de veinte metros hacia el cielo, con el desmodu plenamente sumergido en él.

El rugido de la lava y los gases ardientes apenas bastaron para ahogar su risa.

Séfora aterrizó en el extremo opuesto de la isleta, depositando a los chicos con delicadeza en el suelo.

Tanya y Mauro se ayudaron mutuamente a levantarse. Estaban lívidos. Y una onda de calor los golpeaba con contundencia por un costado.

El Nea Kameni había entrado en erupción.

—A... así que esto es lo que siente Superman —dijo Mauro, tanteando bien el suelo con las botas para asegurarse de que lo tenía debajo.

—Esperadme aquí, vuestros poderes os protegerán del fuego. Pase lo que pase, no os acerquéis a esa bestia hasta que yo os lo ordene —dijo Séfora.

—Ni lo sueñes —escupió Erik—. Que ese malnacido se prepare para... ¡aaahhh!

Pisar con la pierna herida se convirtió en un suplicio. Erik cayó en brazos de Mauro, y ambos se fueron al suelo.

—Quedaos aquí —fueron las últimas y tajantes palabras de Séfora, justo antes de lanzarse de cabeza contra el cono de fuego.

Tanya la vio alzar la espada, apuntar directamente al pecho del desmodu...

Y ser apresada por su arma, que había mutado de cicatriz venenosa a una especie de látigo de fuego. El látigo se enrolló en las alas de Séfora y su punta se hundió en la herida que le había causado el hielo de los lamaazu.

Séfora cayó a tierra, a los pies del demonio, soltando su propia espada por el dolor. La agonía extrema se podía leer en su rostro a medida que la punta del látigo hurgaba en su espalda.

El desmodu miró a los chicos a través de la cortina de magma. Era poco más que una sombra negra en un paraninfo de llamas.

Alzó una mano, apuntando a la bahía, y el agua del mar se agitó. Tanya contempló con horror cómo una gran ola movía de costado el enorme crucero de lujo que estaba fondeado frente al acantilado, atrayéndolo en dirección a Nea Kameni.

—Salgamos de aquí —imploró, aunque ninguno de sus compañeros pudo oírla. Alzó la voz lo máximo que pudo y vociferó—: ¡Salgamos de aquí, ya!

Pero entonces el desmodu hizo un gesto arcano hacia ellos, la magia refulgió como un tapiz de filigrana oscura, y...

LA ÚLTIMA TENTACIÓN DE TANYA

Y Tanya se despertó en su cama, en su habitación, en la casa de sus padres. Bajo el mismo techo que le daba los buenos días cada mañana y le recordaba que tenía el tiempo justo de desayunar, vestirse, preparar la mochila y el bolso y bajar corriendo a la parada del autobús.

Sus pestañas aletearon. Tenía la visión borrosa, como si llevase tanto tiempo durmiendo, y tan profundamente, que su cerebro tuviese que aprender a interpretar de nuevo el mundo.

Tenía puesto el pijama de rosas blancas, el que más le gustaba del armario. Algodón sintético. La hacía sentirse bien. Le traía recuerdos agradables de noches de frío y lluvia acurrucada bajo el edredón, leyendo un buen libro.

Estiró un brazo. Sentía los músculos anquilosados. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? A su cuerpo le estaba costando sacudirse la somnolencia.

Se pasó una mano por el cabello. Bravo, Rey León. Le iba a costar un triunfo domar aquellos bucles. Si cogía al que anunciaba por la tele esa estúpida mascarilla alisadora...

Se detuvo.

¿Qué estaba pasando?

Recordaba lejanamente haber tenido un sueño, uno muy raro. Lleno de bichos, y demonios, y cosas nauseabundas que prefería no recordar. Que el gentil sumidero mental del olvido se hiciese cargo de todo. Ella no quería cosas desagradables en su vida.

Que todo brille con la luz del sol y de la inocencia.

Se sentía muy *sweet* Lolita hoy. Se acabaron los colores oscuros y los corsés apretados del *gothic*. ¡Viva la vida! Quería empaparse de rosa brillante, de buen humor y estupendos deseos para cualquiera que se cruzase con ella

por la acera, y hacerle saber al mundo que Tanya estaba contenta. ¡Compartir la alegría! ¿Qué mayor placer podía haber cuando se es joven?

Se quedó pensando. ¿Existiría en realidad el país de los musicales clásicos, Astaireland, donde sólo con salir a la calle invocabas una música que brotaba de todas partes y todo el mundo se ponía a bailar contigo en perfecta coreografía?

Ojalá. Y si no existía, ya estaban tardando los gobiernos unidos del mundo en inventarlo.

Se vistió con sus mejores galas *sweet*. Los lacitos en el pelo le costaron cierto esfuerzo, pero al concluir la operación era la viva imagen de Alicia, la que se cayó por un agujero y atravesó un espejo y llegó a un lugar donde todo el mundo estaba mal de la cabeza. La misma.

—Papá, mamá, me voy al Instituto —canturreó, poniéndose la mochila. Pasó por delante de la habitación de sus padres, pero nadie contestó—. ¿Papá, me has oído?

Se detuvo. Aquello era un poco raro.

Entró en la habitación. La cama de matrimonio estaba deshecha, de modo que las largas sábanas colgaban por un lado hasta el suelo. Las almohadas apenas habían sobrevivido a una batalla de trincheras. El despertador no tenía pilas.

—¿Mamá?

Alguien había dejado una foto encima de la mesilla de noche. Estaba medio quemada, como si la hubiesen colocado demasiado cerca de un cenicero repleto de colillas encendidas. Pero aún pudo distinguir una parte de la imagen.

Era la postal de una isla paradisíaca donde ella nunca había estado, Santorini. Reconoció las cúpulas azules y el perfil de la bahía, lo había visto muchas veces en publicidad *spam* de la Red. Venga al mar Egeo, disfrute de las vacaciones de su vida. Y si es lo suficientemente *freak* (esto lo ponía ella de su cosecha), emule al rey Leónidas defendiendo el paso de las Termópilas, que no queda lejos.

Lo raro era que la chica que aparecía en la foto se parecía a ella. De hecho, era Tanya, la que nunca había pisado Santorini.

Se sentó en la cama de sus padres, extrañada. ¿Cómo había llegado aquella instantánea hasta su casa, y por qué le recordaba tanto a algo que nunca había sucedido? Era como si su mente tratara de decidir algo, venga, va, despierta, dos bofetones (paf, paf), aquí están ocurriendo cosas muy raras. Cosas de las que te tienes que hacer cargo cuanto antes.

La foto se disolvió en una nube de ceniza.

No, no quería recordar. El sumidero del olvido, ésa era la clave. Deja que haga su trabajo, chica, y tú no te preocupes por nada.

Fue hasta la cocina y se sirvió un vaso de leche de soja. Luego se dejó caer en el *chaise longue* del salón, delante de la tele. Canal uno, basura. Canal dos, basura. Canal tres... ¿Canal ciento doce? Basura.

La apagó. Encima de la mesa había una nota. Era de sus padres. Illych había garabateado

FUIMOS DE VISITA A CASA DE UN AMIGO.
NO TE ACUESTES TARDE.
BESOS.

con su graciosa caligrafía tumbada de zurdo.

Así que decidió esperarles. No tardarían mucho en volver, y necesitaba que le dieran un poco de dinero para salir con Luis. El chico era tan pobre que si tenía que invitarla al cine y a lo que se tomaran después, estaría poniendo en peligro sus ahorros destinados a comprarse el coche.

Y esperó.

Y esperó.

Y esperó.

Tanya miró el reloj. Las manecillas corrían en dirección a las ocho en punto de la mañana, pero nunca conseguían llegar.

Espera, se dijo. ¿Qué hago yo vestida para salir con Luis a las ocho de la mañana, no me acabo de levantar? ¿Y qué hacen mis padres de visita a esta hora?

Se levantó del sofá. Sí que había algo muy raro en todo aquello, pero su mente seguía atrapada en una especie de bruma (con gritos de fondo) que no le dejaba meditar bien las cosas (y olor a mar, a volcán, a salitre) y por supuesto su madre le había enseñado que una chica bien tenía que pensárselo todo dos veces antes de (gritos de agonía, de un amigo que estaba sufriendo y la necesitaba) afrontadas.

Afrontar la realidad.

—¡No! —gritó, golpeando el cristal de la mesa. Se astilló, Le dolieron los huesos de la mano, del brazo, de la cabeza... El dolor escaló como una plaga sin control por su organismo e incluso le dejó un cierto regusto a sangre en la boca.

¿Sangre? ¿De quién?

Detrás de la puerta de su dormitorio sucedía algo. Una luz brillante, olor a mar, gemidos de pánico, estruendo de catástrofe enlatada, con risas falsas de fondo. Ja ja ja, la actriz hace un chiste, ja ja, deja un poco de tiempo para que el público aplauda.

Tanya se disponía a cruzar el pasillo en dirección a su cuarto cuando lo vio.

Era su diario, el que llevaba manteniendo a intervalos irregulares desde que era niña. Estaba sobre la mesa, en el mismo sitio donde había descargado el puñetazo.

Lo cogió. Abrió una página al azar.

Su quinceavo cumpleaños. Toda una efeméride. Sonrió al recordar los detalles. Tarta de fresa con lacitos de caramelo, sus amigas Lolitas vestidas para la ocasión, sólo faltaba la Reina Roja exigiendo decapitaciones. La única degollada, por fortuna, fue la tarta.

Ese día hizo el amor por primera vez.

Había algunas líneas dedicadas a sus padres. Ellos

FUIMOS DE VISITA A CASA DE UN AMIGO.
NO TE ACUESTES TARDE.
BESOS.

salieron a dar un paseo en coche aquella tarde, pero se les estropeó el carburador y tuvieron que llamar a la grúa. Eso le dio ocasión a Tanya a perder la virginidad. Se había preguntado infinidad de veces desde entonces si aquel accidente fue real, o si lo habían planeado a propósito. Nuestra hija ya es mayor, démosle un poco de cancha. Gracias, papá, por fiarte de mí. Menos mal que tenía un condón en el bolso.

Grandes recuerdos. Luis (¿fue él? No, otro novio anterior) no estuvo tan romántico como ella hubiese deseado, pero lo intentó, destilando una gentil comprensión que hizo que la unión de sus cuerpos se convirtiera en algo tan hermoso como la propia vida. Eso le honraba. Era la prueba palpable de que no todos los hombres pensaban únicamente en sí mismos durante el coito. (No, no fue así; ocurrió en la playa, él había bebido y se comportó como un niño irresponsable. Me trató de una manera insultantemente brusca. Lloré muchísimo aquella noche).

La puerta de su habitación tembló. Estaba medio derretida; un foco de calor brillaba como el infierno al otro lado. Tanya se apretó el diario contra el pecho.

Cada vez lo tenía más claro: seguía soñando. Estaba tumbada en su cama, durmiendo plácidamente, soñando que se había despertado y que sus padres iban de visita social a las ocho de la mañana. ¡Claro! No sería la primera vez que se daba cuenta de que soñaba dentro del sueño. Era una sensación muy curiosa.

Ahora bien, podía quedarse en el salón esperando a sus padres, inmersa en esa sensación confortable que llevaba aparejada la noción de hogar, o podía cruzar el pasillo, abrir la maldita puerta y dejar entrar la pesadilla. Lo que el sumidero no se tragó. La isla, el mar, el fuego... La lucha.

No, no quería luchar contra nadie. Se hizo un ovillo en el *chaise longue*, mirando con temor al pasillo. Era una Lolita, una chica inocente, feliz, hermosa, satisfecha con su vida. Alguien así no estaba hecho para combatir contra nadie.

Esperaría a sus padres, sí señor (¡Tanya, ayúdame!) el tiempo que hiciera falta (¡por favor, reacciona!) hasta que oyese el familiar tintineo de las llaves al otro lado de la puerta (¡eres nuestra única salvación!).

—¡Cállate! —gritó, clavándose las uñas en la cabeza. Tenía los dedos manchados de polvo volcánico.

Y esperó.

Y esperó.

Y esp...

FUIMOS DE... VISITA A...
NO NOS ESP...
PRISIONEROS... AHORA...

Tanya abrió desmesuradamente los ojos. Eso era lo que fallaba. Miró el pasillo y la puerta medio derretida que aguardaba al fondo, con la promesa del sufrimiento eterno.

Sus padres, jamás regresarían a casa. Podía pasarse horas, días, años, décadas enteras sentada en el confortable sofá, acunando el diario contra su pecho como el perrito que siempre quiso tener, viendo esas estúpidas *sit-coms* para adolescentes del Canal Disney... pero sería una espera vana.

Ellos estaban al otro lado de aquella puerta.

Tanya se levantó, arrojó el diario a un lado (cayó por una página en blanco, sin embeber todavía de recuerdos) y avanzó por el pasillo. ¡Vuelve!, le gritaba su propia voz desde el diario, ¡asume la realidad, eres una persona de paz, confórmate con lo que tienes! ¡No te falta de nada aquí!

—Me faltan mis padres. —La frase sonó como una sentencia, con juez, jurado y hasta verdugo. Un coro de voces la llamó desde atrás, del santuario de la comodidad al que estaba renunciando con cada paso: ¿Para qué sufrir, para qué luchar, si te lo pueden dar todo hecho? ¡Ven y quédate con nosotros, siempre tendrás quince años, siempre serás virgen!

¡Siempre serás inocente!

—Mis padres —exigió—. No importa cuánto duela. No importa cuánto cueste. No me conformaré con menos. —Alargó la mano hacia el pomo de su dormitorio, que parecía estar a miles de kilómetros—. No quiero ser una niña para siempre.

La puerta se abrió...

Y Erik levantó la visera de su casco.

El coronel le había precedido al entrar en la habitación del búnker, abriendo la pesada puerta de acero con una clave y encendiendo las luces. Era una habitación vacía, insípida, con un enorme ventanal ocupando la pared opuesta, detrás del cual había otra estancia gemela.

Erik se miró a sí mismo. No recordaba cómo había llegado allí, ni por qué llevaba puesto un uniforme militar de las fuerzas especiales. El peso tan molesto de su hombro se debía a una correa a la que iba enganchado una especie de fusil.

—¿¡Pero qué...!?! —bramó.

El coronel le hizo un gesto brusco para que bajara el volumen.

—¡Contrólese, oficial! —ordenó en plan ultimátum—. Ya sabe lo confidencial que es esta misión. Que no se lo tenga que repetir de nuevo si sabe lo que le conviene.

Apretó un botón y una puerta se abrió en la sala contigua. De ella comenzaron a surgir en tropel unas criaturas babosas, alienígenas, insectoides algunas, reptilianas otras, con cuernos y rabo y dientes afilados y toda la parafernalia biológica que el arte sacro siempre había asociado con los demonios.

El circunspecto militar resopló al verlos.

—Escoria metafísica —escupió. Un trébol brillaba como una estrella entre las medallas y los honores que constelaban su uniforme—. Llegan sin avisar, se instalan en los lugares más oscuros y recónditos de nuestro organizado modo de vida y pretenden irse sin visado. ¡Basura! Ya era hora de que alguien se decidiera a ponerlos en su sitio.

—¿Qué son?

—Demonios, y no me pregunte si vienen del Infierno, de Marte o de la jodida Arkansas porque no lo sé. Lo único que sé es que no pertenecen a este lugar, y que ya han hecho suficiente daño como para que nos podamos permitir dejados sueltos. Ése es su trabajo, muchacho, así que hágalo bien.

Erik sopesó el fusil. El cargador resultaba grotescamente grande en comparación al resto del arma, como si los diseñadores hubiesen pretendido que el pobre soldado cargase con un solo alimentador de munición para toda la guerra. Más que un arma real, parecía una caricatura.

—¿Mi trabajo?

—Exterminarlos, no permitir que quede ni una sola de esas cosas para que pueda escaparse y matar a otro niño. Usted no tiene ni idea de a qué velocidad se reproducen esas malditas larvas. ¡Vamos, no me haga perder el tiempo! Empiece ya, ¿o es que está esperando una invitación?

Erik entendió qué era lo que se esperaba de él. Tenía el fusil cargado, la munición se agitaba en su interior como si estuviera viva, como escorpiones hambrientos deseosos de caer sobre sus víctimas. El coronel lo miraba con ansiedad, todo ojos de barracuda y sonrisa de chacal.

Al otro lado de la ventana, las criaturas hormigueaban histéricas amontonándose contra las paredes, formando montañas, volviéndolas a destruir; buscando desesperadamente una salida que no existía.

Demonios... seres hechos por y para el mal. Para matar, para torturar, para destruir la vida y la inocencia. Y estaba en manos de personas como él proteger esa vida. Alguien había dicho una vez que el mal se propagaba sin cortapisas si los hombres de bien no hacían nada por impedirlo, y se quedaban mirando desde la tribuna con los brazos cruzados. Fue lo que ocurrió en la Segunda Guerra Mundial hasta que los países Aliados decidieron levantarse en armas contra la epidemia nazi.

Las barreras eran necesarias, y las balas también. Si no, ¿qué otra opción les quedaba? ¿Permitir que esas... cosas proliferaran a su antojo por los campos y las ciudades, devorándolo todo a su paso, reproduciéndose como cucarachas e infectando la realidad entera?

Cargó el fusil con un tirón de la espita lateral, que sonó como un martillazo. Sintió la ira prender en la barbacana de su pecho.

El coronel amplió su sonrisa, desnudando más colmillos.

—Eso es, muchacho, tu tío está orgulloso de ti. Ahora sólo tienes que apuntar y apretar el gatillo, y tendremos una horda menos de escoria de la que preocuparnos. Has nacido para esto.

Erik dio un respingo.

—¿Cómo ha dicho?

—Que éste es tu destino, exterminar al maligno. Defender la paz. Venga, que empiece el baile, no tenemos todo el día. —Consultó su reloj de pulsera para reforzar el comentario. Las manecillas giraban locamente en la esfera.

Erik alzó el arma. Se apoyó la culata contra el hombro. La guía láser situó un punto rojo sobre los demonios. Éstos miraron a través del ventanal, aterrados. La ansiada salida seguía sin aparecer.

Un contador digital apareció en un lateral del arma, indicando una cifra absurda: mil millones. Mil millones de balas a su disposición para que diera rienda suelta a su cólera. Un cargador para toda la guerra.

—No... no estoy seguro de... —susurró.

El coronel dio un pisotón con su bota en el suelo. Su mandíbula colgaba en una ofendida incredulidad. Volvió a cerrada furioso.

—¿De qué tienes que estar seguro, niño? ¡Tú no estás aquí para pensar, ni yo tampoco! ¡Nuestros superiores son los que piensan y nosotros obedecemos, es así de simple! ¿Acaso no sientes la furia, no desearías más que nada en el mundo convertir a toda esa basura en carne molida?

—S... sí.

—¿Y a qué esperas, cojones? ¡Hazlo ya! —le gritó con la boca totalmente abierta junto a su oreja. Gotitas de saliva le salpicaron la mejilla—. ¡Abre fuego o lamentarás haber nacido!

La mano de Erik tembló. Sí, eso era cierto: desde lo más profundo de su corazón, un río incontenible de odio teñía de rojo su percepción, bloqueando sus razonamientos, anulando su misma personalidad. El militar tenía razón, él era un exterminador, así que... ¿por qué no los exterminaba? ¿Por qué interponía tantas pegas en un cometido que debería ser no sólo sencillo, sino placentero?

Entonces se dio cuenta. Su mente lanzó unos pensamientos contra otros al azar, como manos de personas distintas que se juntan para aplaudir en un auditorio. Uno de ellos logró germinar en su embotada cabeza, que se empeñaba en luchar contra él como la de un adicto, deseando tan sólo rendirse al caos.

No eran los demonios quienes tenían el arma. Era él.

Erik era el único allí que tenía la capacidad de matar, de hacer daño.

Eso lo cambiaba todo.

—¡Aprieta ese asqueroso gatillo, muchacho, o me ocuparé personalmente de que tu vida sea un infierno! —aulló el coronel, desencajando las

mandíbulas hasta que él también pareció una caricatura. Los galones de su pecho ya no eran estrellas, sino supernovas—. ¡Mata, mátalos a todos ya mismo! ¡Mata, mata, mata!

Erik lo miró con ojos fríos. Entendió el dilema que se le estaba planteando y no estaba dispuesto a caer en la trampa.

Sí, era un ángel exterminador, pero no un asesino. Había una diferencia más que sutil entre ambos conceptos. Nunca se aprovecharía de su ventaja contra un grupo de víctimas desamparadas, sin la menor posibilidad de defenderse ni de suplicar clemencia. Eso no lo hacían los ángeles, sino los demonios.

Entonces se dio cuenta de quién era el verdadero enemigo allí.

Se volvió hacia el «coronel», alzó el rifle y le apuntó a la cara.

—Lo siento, jefe, no es nada personal —dijo, y apretó el gatillo, haciendo añicos al personaje y al escenario como quien arroja una piedra contra...

Un espejo. Y cuando se rompió, sus fragmentos cayeron sobre la alfombra con un tintineo gracioso.

Mauro apartó el pie con rapidez. Una de las cosas que más miedo le daban de niño era que los objetos de cristal se rompieran y sembraran la casa con miles de pequeños pedacitos de dolor brillante.

Su madre se lo había dicho en infinidad de ocasiones: el cristal roto nunca se limpia del todo de las alfombras, siempre queda oculta alguna esquirra, esperando pacientemente al día que se te ocurra andar descalzo.

Un bedel apareció armado con un cepillo y una escoba para limpiar el desaguisado. Le lanzó una mirada iracunda a Mauro, como si él hubiese tenido la culpa.

—No, yo no estaba aquí cuando... —quiso explicarle, pero el hombre no le escuchaba. El cepillo no tenía cerdas.

Siguió andando por aquel pasillo forrado de loza sanitaria, tan blanco que causaba espejismos en la distancia. Caminó hacia unas puertas que refulgían con su propia oscuridad al fondo. Aquí y allá surgían espontáneos cuadros de crueldad, niños jugando con ancianos paralizados como si fueran marionetas o camas vacías que todavía destilaban aullidos de moribundos.

Era un hospital.

Oh, no. Por Dios, no.

Mauro se atragantó con su propia tos. ¿Era él quien estaba enfermo? No, llevaba ropa de calle, de visitante, no la bata abierta por detrás típica de los

pacientes. Se sentía impelido a seguir caminando, a acercarse a aquellas puertas, como si unos hilos de titiritero tirasen de sus extremidades, pero le daba un miedo atroz. No quería seguir avanzando. Quería marcharse de allí a toda prisa.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Quién me llama?

Una voz, desde la última puerta cerrada.

—*Ven.*

Notó que su voluntad goteaba de él como sudor, hasta que ni siquiera pudo sentir miedo. La derrota emocional hacia ese entorno, hacia lo que representaba y las pesadillas que le recordaban a su infancia, pesaba sobre su alma como si fuera hierro. Una voz lejana, que rebotaba en esquinas y paredes, imploraba que cesase, que se detuviese el dolor. Que alguien le trajese por piedad esa última inyección que haría que desapareciese todo.

La puerta estaba cada vez más cerca. Sus ojos se vidriaron al ver que sobre ella había dibujado un símbolo.

Una llama de color obsidiana.

—La llama negra... —Las palabras surgieron entrecortadas, como si el aire se hubiese encontrado por casualidad con sus cuerdas vocales y hubiese negociado por sí mismo un significado.

Una mano giró el pomo y la abrió. Era la suya.

Muy a su pesar, Mauro entró en la habitación.

Había alguien esperándole dentro.

La habitación era una carrera de obstáculos de enseres clínicos tirados por el suelo, que una caterva de médicos negligentes hubiese abandonado allí para atrapar pacientes. ¿Qué presa has capturado tú hoy? ¡Un diabético! ¿Y vosotros? ¡Seis hepáticos, el premio gordo! Un televisor encendido sintonizaba un canal muerto, todo nieve electrónica y colores que se replegaban en la nada o florecían a la vista. Carmesí, zafiro, turquesa... rocas de tonalidad.

—*Ven.*

Era una mujer. Mayor. Sentada sobre el colchón, de espaldas a la puerta. Un jirón de espalda le asomaba a través de la bata, lleno de pústulas. Apestaba a sudor y a alcohol aguado. No era una paciente del hospital, sino el espectro que lo embrujaba.

—Por fin has venido. Llevo mucho tiempo esperándote... —suspiró la mujer.

Mauro se tensó. Supo dónde había oído antes aquella voz: era la Llama Negra, el alma que suplicaba con más intensidad de todas cuantas había

escuchado nunca. Había tratado de ponerle rostro a ese alma en pena muchas veces, pero, curiosamente, nunca se la había imaginado así, como una mujer abandonada por su familia, los médicos que la atendían e incluso la sociedad en la que vivía en un hospital de mala muerte.

Se preguntó qué circunstancias la habrían llevado a encallarse en ese dique seco de la vida, y si valdría la pena hacer algo a estas alturas.

Ella le miró. Sus ojos parecían todo pupila, como si lo supieran todo. Ojos de madre.

Mauro quiso salir corriendo, pero sus pies estaban clavados al suelo. Las cuerdas del titiritero se habían anudado a sus tobillos.

Era su madre.

—Hijo, ¿por qué no me escuchabas? ¿Acaso no sabes cuánto le he rezado al Señor por ti?

—M... mamá...

—¿Dónde has estado? He mirado fijamente esa puerta durante años, esperando que se abriera y tú aparecieras al otro lado. Pero nunca se abrió, Mauro. Nunca se abrió. —Movi6 sus manos de arriba abajo. Los dedos estaban enganchados unos a otros y anudados por la artritis—. ¿Acaso querías castigarme a mí por lo que tu padre te hizo?

Mauro se dobló sobre sí mismo. Era demasiado tarde para escapar a sus recuerdos. Yacía en el centro de una asfixiante no-vida, en medio de una oscuridad que era la negación de todo ser, y sin embargo... allí estaba. Sobreviviendo. Una eternidad de culpa que era tan antigua como las pirámides, tan infinita como el cosmos, tan íntima como un segundo. Un drama donde sólo había actores secundarios.

Aquella eternidad transcurrió encerrada en un instante, Mauro murió y renació mil veces sin que nadie le llorara... y ahí estaba otra vez de vuelta, recomenzando el escenario. Perdidas todas las certezas salvo la de que alguien quería que parara algo, alguien quería que no continuara más, alguien exigía su inyección letal.

Se inclinó para coger las manos de su madre.

Estaban muy frías, como las de un cadáver.

—Te equivocas, mamá. Yo no te hago daño. Eráis vosotros los que me castigabais a mí constantemente, sin motivo alguno —dijo Mauro, haciendo un titánico esfuerzo por lanzarle esas verdades a la cara. El último grito de cólera de un adulto que llevaba demasiado tiempo escondido en sus entrañas y que pugnaba por salir—. Me pegabais. Me encerrabais sin motivo en el sótano durante días. Yo no era más que un niño, mamá. Sólo un niño. —El

corazón le latía como un hombre al que han enterrado vivo y da puñetazos en la tapa del ataúd.

Y sucedió un milagro.

La mujer rehuyó su mirada, por primera vez en su vida.

—Eran otros tiempos. Otra vida —intentó explicarse—. Tú llegaste en el momento más inoportuno, causándonos miseria y sufrimiento.

—¿Y por eso me castigabais? —gritó Mauro, abriendo las puertas de su corazón a toda la rabia que había acumulado allí durante años. La súbita debilidad de su madre, que siempre había sido una figura de autoridad despótica, hacía que las chispas prendieran por todas partes, incinerando regiones enteras de su alma—. ¿Acaso tuve yo la culpa de nacer? ¡No era más que un niño inocente, necesitado de cariño, maldita sea! ¡Erais monstruos!

—Es verdad —admitió ella. Sus ojos volvieron a convertirse en bolas de obsidiana, agujeros negros en los que se derramaba toda la cólera del mundo—. Todos somos monstruos. Sobre todo tú, pequeño llorica baboso. Te merecías todo lo que te hizo tu padre. Ojalá te hubiera pegado más fuerte.

Mauro alzó una mano violentamente para pegarle. La anciana se encogió, preparándose para recibir el golpe que seguramente la mataría...

Pero el puño de Mauro no cayó. Se fue relajando poco a poco, hasta que la amenaza desapareció.

La mujer lo miró como si lo que estaba pasando estuviese mucho más allá de su comprensión. Como si fuese matemáticamente imposible que él no la castigase a ella.

—¿Por qué? —preguntó.

Mauro sonrió.

—Estás mintiendo. En realidad sí te arrepientes de lo que pasó, y rezas cada noche por poder cambiarlo. Por eso no dejas de mirar con los ojos llenos de lágrimas a esa puerta, esperando que llegue el día que yo la abra.

—¡No! —exclamó ella, con voz de arpía—. ¡Yo te odiaba! ¡El parto fue una maldición, me destrozó por dentro!

—No es verdad. Te he escuchado, mamá, todas y cada una de tus plegarias. Puedo oír las de mucha gente, pero las tuyas eran especialmente tristes. Te llamaba la Llama Negra, porque brillabas con la oscuridad de todo este dolor, de esta tragedia.

—¿Me oíste?

—Sí. Pero me negué a reconocer tu voz para no dejarte entrar de nuevo en mi corazón. Aún siguen abiertas demasiadas heridas. Pero ya me he reconciliado con las voces, con todas ellas... y también contigo.

La mujer lloró, el rostro hundido entre las manos.

—Vete de aquí —ordenó—. No te consiento que me mires así.

Mauro le puso una mano cariñosa en la mejilla. No eran aquellos recuerdos los que la habían vuelto loca, sino la locura la que había convocado los recuerdos.

—Lo siento, mamá, pero es una decisión que he tomado, ahora que por fin lo comprendo. Y te perdono.

La frase rebotó en las paredes y el techo, creando ecos a medida que la escena se evaporaba y tanto su madre como la habitación se convertían en bruma.

—Te perdono...

INMOLACIÓN

Los tres despertaron al mismo tiempo, situándose a duras penas en la realidad: Santorini, la isleta del Nea Kameni, el viento cargado de salitre en la cara, los chillidos demenciales de los demonios que se aproximaban...

—¡Por Dios, Tanya, apártate de ahí! —se desgañitó Erik. Aún estaba tendido en el suelo, en brazos de Mauro, pero se levantó como pudo apoyándose en su pierna herida y trató de alejarse lo máximo posible de la costa.

Tanya seguía en la misma posición en la que había dejado su cuerpo cuando empezó el ensueño. Era como si no hubiese pasado más de un segundo en el mundo real, aunque para ella la visión había durado horas.

Miró hacia arriba, al lugar que señalaba frenéticamente Erik, y la piel de su rostro palideció. Su corazón dio un último *bom* crucial, y se paralizó a la espera de acontecimientos.

Una enorme mole de metal de casi treinta metros de altura se le estaba echando encima. Era la popa del crucero, ese gigantesco barco de doscientos cincuenta metros de longitud, ocho pisos de altura y setenta mil toneladas de peso, que era lanzado por una ola que parecían manos de espuma hacia la isleta.

El mundo pareció reducirse a una gran cámara lenta durante los siguientes segundos. Tanya no se molestó en mirar atrás, o el terror puro no la habría dejado moverse. En lugar de eso, tiró de sus piernas de cemento para obligadas a correr, a saltar, a salir huyendo despavoridas como nunca en su vida, llevándose o no el resto de cuerpo sobre ellas.

Sus oídos sí que registraron el momento en que la popa del barco chocó contra la playa, un estruendo semejante al colisionar de mundos.

Mauro alzó prácticamente en volandas a Erik y huyó con él perpendicularmente a la trayectoria del barco. Tanya los alcanzó en pocos

segundos y se arrojó detrás de un parapeto de roca, junto al cráter, al tiempo que las gigantescas hélices del crucero salían del agua y giraban locamente en vacío, impactando al caer contra la tierra y triturando el perfil de la isla.

El timón se partió, se deslizó debajo del barco como una cuña y lo alzó en el aire. Una lluvia de cristales rotos llovió desde arriba; Tanya alzó la vista y distinguió a un montón de turistas en los diferentes pisos que, presa del pánico, no sabían si quedarse agarrados a las barandillas, huir hacia el interior del barco o arrojarse de forma suicida al vacío, con la esperanza de caer en el agua y que el crucero no les pasara por encima.

Todo acabó en unos instantes, con la mole encallada en la roca (la cuña del timón no logró soportar su peso) y las hélices desmenuzando lentamente el terreno. Cada giro brutal de las aspas trituraba piedras y lanzaba una explosión de gravilla a diez metros de distancia. Otras hélices secundarias, alojadas en un nicho lateral (los chicos imaginaron que serían correctores de maniobra, para ayudar al inmenso buque a hacer giros cerrados), cada una de ellas del tamaño de dos hombres y aún así más pequeñas que las principales, giraban a toda velocidad provocando pequeños ciclones en el polvo que había levantado el choque.

Erik se pasó una mano por la frente, limpiándose parte de la sangre que había vuelto a manar de la herida y restregándosela a la vez por toda la cara. Sus ojos desorbitados contemplaban incrédulos la popa del barco.

—¿Nos... nos ha arrojado encima un crucero? —chilló, histérico—. ¡¡Ese maldito demonio nos ha tirado un *puto crucero* a la cabeza!!

Tanya se apartó los cabellos de delante de los ojos. Su mente trabajaba a toda velocidad, pero todavía estaba intentando asimilar la visión que había tenido antes como para preocuparse de más cosas.

—¿Qué nos ha pasado? —preguntó, jadeando.

Mauro supo a qué se refería. Con voz una sensiblemente más tranquila que la de Erik, explicó:

—Fuimos sometidos a una prueba. Tentados. Yo vi a mi madre, que me suplicaba perdón. Concedérselo fue la decisión más dura de mi vida, pero también la más... —buscó la palabra— irremediable.

—Yo estaba en un... una especie de búnker —dijo Erik, serenándose un poco—. Tenía un arma y... me obligaban a cometer un genocidio. Me negué. Luego todo explotó.

Tanya asintió, recomponiendo las piezas del puzle. Sabía lo que había pasado, cuáles eran los acontecimientos de su visión, pero no en qué orden iban llegando.

—A mí me ofrecieron vivir una vida despreocupada y sin dolor —resumió, contrita—. Ciega y sorda dentro de mi cielo particular, pero sin la cercanía de mis seres queridos. Me exigieron que entregase a mis padres en tributo a cambio de no sentir más dolor. —Su mirada se endureció—. También me negué.

—Hemos superado las pruebas —aventuró Mauro—. Demostramos ser más íntegros de lo que esos malnacidos creían. ¿Verdad? Nos golpearon donde más duele, y aguantamos.

—Eso parece.

—¿Pues a qué esperamos? —añadió Erik, alzándose sobre su pierna sana. Tenía la pernera de la otra bañada en un emplasto formado por sangre mezclada con polvo—. Vamos a demostrarle a ese imbécil descastado de demonio quién manda en esta playa.

Tanya y Mauro asintieron. Formando un frente unido, los tres escalaron la pequeña elevación que los separaba del cráter, y miraron lo que se ocultaba al otro lado.

La visión no era menos impactante que la del crucero haciendo trizas la costa con las hélices.

El cráter del Nea Kameni tenía una fisura por la que brotaba el aliento de la tierra, una pulsante columna de fuego y gas ardiente que se elevaba hasta los cien metros. En el interior de la columna flotaba el desmodu, y a sus pies, arrodillada, yacía Séfora, con las alas rendidas sobre el polvo.

El velo se había quebrado. Era imposible que los habitantes de Santorini no vieran aquello, igual que habrían sido testigos del encallamiento del crucero. Por muy poderosa que fuese la magia de los ángeles y los demonios, no había hechizo capaz de disimular la erupción de un volcán.

Los tres adolescentes se quedaron de pie en lo alto de la elevación, con las olas de calor golpeándoles el cuerpo y generando pequeños incendios en su ropa. Pero a ellos apenas les molestaba. Tanya se miró a sí misma, y vio que de su cuerpo brotaba un aura blanca, pura, un escudo de fuerza espiritual. En su espalda había alas, blancas y rojas como las de Séfora, pero aún no eran del todo sólidas. La luz las atravesaba como si fuesen sólo espejismos, promesas.

Erik brillaba también. Su aura era dorada y sus alas tenían un perfil agresivo, más de halcón que de paloma. Una espada flameaba en su mano. Mauro refulgía con un resplandor azulado, y sus plumas eran más bien oscuras: azules ribeteadas en plata, parecidas a las de una lechuza.

Los tres jóvenes se contemplaron estupefactos unos a otros, y se volvieron en redondo. Una tropa de demonios había descendido por el casco del buque

y avanzaba sibilinamente hacia ellos, esperando cogerlos por sorpresa.

—¿Ayudamos a Séfora o nos quitamos primero a esta chusma de encima? —preguntó Erik.

En respuesta, Tanya se adelantó unos pasos. Los demonios se detuvieron en seco.

La joven buscó entre ellos a sus padres. Los localizó mezclados entre la jauría de cuerpos deformados por la magia demoníaca, ellos mismos un compendio de terrores infantiles con esas largas uñas, los colmillos y los cráneos protuberantes.

Tanya gritó:

—¿Veis esto? —Trazó un surco en el suelo con la punta del pie—. ¡Es una frontera! Si la cruzáis, juro que os mandaré al Infierno por la vía rápida.

Los demonios, perplejos, soltaron una especie de murmullo que era una risotada a la vez que un rugido, y se abalanzaron sobre ella. Sus padres estaban en primera fila en aquel ataque, cargando a cuatro patas contra ella con las fauces desencajadas.

Tanya convirtió sus ojos en dos rendijas.

Se concentró. Tenía que acceder al mismo sentimiento que la había embargado cuando Séfora los llevó al Otro Lado, a vislumbrar su propia naturaleza. Recordó el instante crítico, el tacto de la mano de Nínive haciendo de guía, el descubrimiento que hervía con un millón de recuerdos sin base común.

Alzó las manos hacia el contingente de diablos que se le venía encima. Su aura de poder aumentó de intensidad. Ella continuaba con los ojos cerrados.

Encontró el sentimiento de pureza, de redención. Una reacción en cadena sin cadenas, átomos de significado que se fisionaban en azar y perversidad. Se había convertido en una sensibilidad amorfa, torturada por la pena, igual que Mauro... pero creía en la esperanza. En el amor. Tanya era en sí misma una puerta abierta a la curación, no a la muerte.

De sus manos brotó la luz, fría, hiriente, argénteo. Destruyó. Los demonios estaban demasiado cerca de Tanya, apenas a medio segundo de desgarrarle la garganta con sus incisivos, para esquivar el cono de luz. Y cuando éste los bañó, chillaron de agonía.

La luz era buena. La luz curaba. Purificaba sus cuerpos corruptos, su alma podrida, aquella voluntad infecta que sólo buscaba la muerte.

Ninguno de ellos logró traspasar el diminuto surco que la joven había trazado en el suelo.

Cuando todo terminó, ya no quedaban demonios menores en la isla. El cono los había purificado, reduciendo a humo a los que eran energía pura, y exorcizando el influjo maligno de los demás. Los que habían sido humanos antes de ser poseídos volvían a serlo de nuevo. Todos menos los que habían muerto en Imerovigli, como su abuelo.

Las piernas de Tanya vacilaron, rendidas, pero unos brazos la sostuvieron antes de que cayera.

Alzó la vista. Encontró una mirada tierna.

Era Illych, su padre.

—¡Cariño! —exclamó, con una expresión tan desorientada como la de Tanya cuando regresó de su viaje interior—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué está pasando?

Las lágrimas de Tanya brotaron de nuevo, pero esta vez eran de felicidad.

—Papá, mamá, estáis aquí... sois vosotros, de verdad. No puedo creerlo —los abrazó con tanta fuerza que les hizo daño.

—Ouch, vale. Sí, pero... ¿dónde es aquí?

—Os lo explicaré luego. Ahora hay un asuntillo del que debo ocuparme, junto con estos amigos.

Illych descubrió en ese momento la columna de fuego y lava, de la cual sólo los separaban algunos metros, y preguntó, de una pieza:

—¿Un... *asuntillo*?

Séfora notó que el conducto entre las realidades se estaba abriendo. Nínive regresaba de su viaje, trayendo buenas o malas nuevas, pero nunca tendría oportunidad de transmitir las.

El desmodu acabaría con ella en cuanto se abriese el conducto, alimentándose de su fuerza vital para sanar sus heridas. Y no había forma de avisar a Nínive del peligro.

El corpachón deforme del diablo, sumergido en el torrente de fuego, pulsaba como el aire caliente que rodea a los espejismos. Con voz profunda, dijo:

—Tienes valor, ángel, pero ésta es una batalla perdida. Ya nos hemos apoderado de tu hogar, y ahora haremos lo mismo con este plano.

—Eres... un maldito... mentiroso —jadeó Séfora, el látigo de fuego del demonio aún clavado en su herida y rodeando como una red sus castigadas alas. El dolor que sentía sólo se podía calificar de atroz—. La mentira... es vuestra vida. No te creo...

—Haces bien en levantar barreras para protegerte, pero toda barrera tiene su punto débil. —Alzó la vista. En el centro del cono de llamas, allí donde había desaparecido Nínive cuando el volcán aún dormía, apareció una fisura de luz blanca—. Ya llega. ¿Por qué no convocas a tus paladines para que te ayuden? ¿O acaso no queda más de ellos que unas cáscaras vacías, tan inermes como el valor de los humanos?

Séfora giró lentamente la cabeza, contra la presión del látigo que se anudaba a su cuello. Era como si le clavasen cientos de agujas ardientes a presión bajo la carne, pero tenía que saberlo. Tenía que comprobarlo, costase lo que costase.

Confiaba en ellos más que en su propia vida. Más incluso que en Nínive. Eran los elegidos. *Tenían* que serlo.

Cuando sus ojos llegaron al tope de las cuencas e, inyectados en sangre, se clavaron en las tres figuras que se aproximaban con paso firme al cono de lava, algo en su interior se iluminó. Su corazón volvió a latir con fuerza.

Tanya, Erik y Mauro se pararon a pocos metros del desmodu, mirándolo fijamente. Las expresiones celestiales de su alma los rodeaban. Séfora contempló con arrebatadora alegría las alas, no operativas pero sí insinuadas, y el nimbo de luz que algún día cristalizaría en una armadura. En el caso de Tanya, su subconsciente ya había elegido la forma de esa armadura, pues sus antiguas ropas habían desaparecido para ser sustituidas por un traje de niña pequeña que tenía mucho de anacrónico y aún más de extraño.

Erik apuntó con su espada-signo al desmodu.

—¡Suéltala! —ordenó, sin mucha convicción. Ni siquiera ellos estaban tan seguros de sus poderes como para dar por sentado el triunfo en aquella lucha.

El desmodu extendió las alas membranosas hasta que las puntas provocaron dos canales de rozamiento en la periferia del cono de fuego. La fisura con el plano divino por donde venía Nínive se agrandaba a ojos vista. Ya tenía prácticamente el tamaño de un ser humano.

—¡Marchaos! —ordenó Séfora—. ¡Es demasiado tarde!

—Ni de coña, tía —barruntó Erik. Giró la cabeza en semicírculo, haciendo crujir las vértebras, y preguntó a sus compañeros—: ¿A la de tres?

Mauro asintió.

—A la de tres.

—¡Tres! —gritó, y tanto Mauro como Tanya se concentraron en sus respectivos poderes, liberando a la vez sobre el desmodu la fuerza espiritual que les quedaba. De las manos de Tanya surgió un vector de luz muy blanca

que impactó en su pecho, mientras que la proyección empática de Mauro cabalgaba ese rayo y lo modulaba para volverlo cortante y filoso como la punta de una lanza. Una lanza de luz pura.

El desmodu llegó a sentirlo; se retorció en la vorágine de fuego cuando la luz le taladró el pecho, pero Séfora sabía que el poder naciente de los tres chicos aún no estaba lo suficientemente desarrollado como para suponer una amenaza. Sintió un profundo orgullo cuando vio saltar a Erik, confiando a sus alas el impulso que su pierna herida no pudo proporcionarle, lanzando un alarido de pura furia mientras sujetaba la espada con ambas manos.

Quiso llegar con su filo al corazón del diablo.

No lo consiguió.

Ta'ahm aferró la punta de la espada con una de sus múltiples manos, y la sostuvo a escasos centímetros de su piel mientras Erik miraba directamente al diablo a los ojos. Séfora sintió la onda de pánico del muchacho como un latigazo más físico que mental, pero no podía hacer nada por él. No mientras el látigo del demonio siguiese clavado como una aguja en su espalda.

Entonces vio a Nínive.

Su amiga se hizo visible justo al límite de la frontera con el Otro Lado. Al comprender lo que pasaba, que no había un espejo cerca para recoger su esencia vital, la anciana intentó retroceder, pero el diablo no se lo permitió. Alargó otro de sus brazos, atravesó de un puñetazo la membrana que separaba las realidades, y aferró a Nínive por el cuello.

—Aliméntame, espíritu —se regodeó el desmodu, los cuernos de hueso que surgían de su cráneo refulgiendo al rojo blanco—. Dame tu poder.

Nínive no podía adivinar cómo habían llegado a aquella situación tan desesperada, pero su mente empezó a encajar los datos que había reunido, las piezas que faltaban en el puzzle... y miró a su amiga desde las alturas.

No era una mirada de tristeza.

Séfora leyó en sus ojos la súplica de que comprendiera lo que no podía comprender, lo que no podía pedirle, lo que jamás le exigiría que hiciera.

Quiso gritarle que no estaba dispuesta a aceptar ese regalo, que una vez había jurado que no sobreviviría a costa de las vidas de sus amigos... pero no podía. Nínive no la escucharía, y en tan sólo medio segundo la garra del desmodu se cerraría lo suficiente como para quebrar su misma esencia espiritual, aplastándola, matándola y recolectando ese tesoro para hacerse más fuerte.

Nínive lo comprendió incluso antes que Séfora, y tomó la decisión más rápida de su vida.

Se suicidó.

Erik, Tanya y Mauro sólo vieron una explosión de luz, una luz que tenía una cualidad muy parecida a la que brotaba de las manos de la Sanadora. El desmodu sí chilló de dolor esta vez, y esquivó a duras penas la descarga de energía que manó de la brecha. Esa no era la forma como había previsto que Nínive expulsara su energía para que él pudiese recogerla. Antes de dejarse dañar por ella, decidió esquivada.

Pero fue en vano, porque esa descarga nunca estuvo dirigida a él.

Ni tampoco a Séfora.

La bola de energía golpeó a Erik directamente, se deshizo en un mandala de luces, un arabesco de poder tan antiguo como el mundo, y bañó al mismo tiempo a Mauro y a Tanya. Un rayo cayó cerca, desatando huracanes de ozono.

No hay palabras para describir lo que fue experimentar aquello.

Los jóvenes comprendieron lo que estaba ocurriendo, sabían que Nínive se había inmolado por ellos, pero no les pareció nada lógica su elección. ¿Por qué no entregar esa reserva de poder a Séfora? ¿Por qué no jugar sobre seguro?

Erik nunca supo la respuesta a esa pregunta, pero sí que notó que en el momento más crítico, cuando la mano del desmodu estuvo a punto de quebrar su acero, la fuerza de Nínive se sumó a la suya y la espada penetró profundamente en la carne pútrida de Ta'ahm.

El diablo rugió, esta vez de perplejidad y asombro, más que de dolor; bajó la vista a su pecho y vio entrar por aquella minúscula herida la cólera de Erik, la luz de Tanya y la compasión de Mauro. Y fue como si a una criatura mortal le vertieran ácido en la sangre.

Desgraciadamente, eso tampoco bastó para acabar con él.

Haciendo presión hacia fuera, el desmodu desclavó la espada de su pecho.

—Pobres humanos —siseó—. Aún no sabéis que vuestras almas son mías. Estáis muertos, pero os empeñáis en seguir luchando por...

No llegó a acabar la frase.

Algo más se había hundido en su corazón, atravesando la herida y llegando hasta lo más hondo de su ser.

El brazo de Séfora.

El ángel se había puesto en pie. Había alzado el puño y lo había clavado con la determinación de quien no tiene absolutamente nada que perder en aquella fisura ardiente, aquella herida blanda. Erik vio cómo la extremidad de

Séfora se hundía hasta el codo en el pecho del demonio, y que salía luego llevándose algo consigo.

Algo demasiado pequeño para ser un corazón.

Ta'ahm convirtió su ira en un aullido tan descomunal que derrumbó la boca del volcán, cegando el chorro de lava. Aún no podía creérselo cuando Séfora abrió el puño y le enseñó su premio:

La cadena de Erik, que el desmodu había usado como ancla dimensional para materializarse en este plano.

—Que disfrutes de tu regreso al Abismo, y del castigo que te espera — dijo Séfora con una sonrisa malévola en la cara, mientras aplastaba la cadenita —. *Adieu*.

El desmodu se deshizo por capas, como una cebolla podrida. Piel, músculos, huesos, alas, cuernos... todo, hasta que su esencia vital quedó flotando en el aire como un ascua, y Séfora la extinguió de un soplido. Habían vencido.

La isla creció en el breve lapso que duró la batalla. El chorro de material magmático había caído por el lado norte, rompiendo la tradicional forma de patata de Nea Kameni para darle un aspecto ahusado. Ahora, el islote era casi el doble de grande que antes.

Los humanos liberados (o más bien «exorcizados») por Tanya se habían refugiado de la lava usando el crucero como parapeto. Pero cuando las gotas de magma empezaron a caer también sobre él y a prenderle fuego, sembrando conatos de incendio por todas las cubiertas, ni siquiera el barco constituyó un refugio seguro, así que los supervivientes se lanzaron al agua. De Santorini se aproximaba un pequeño ejército de lanchas de salvamento, con voluntarios que se apresuraron a recogerlos antes de que se ahogaran o la temperatura del mar subiera tanto como para guisarlos.

Entre los supervivientes estaban los padres de Tanya.

La joven los vio subir a una lancha, ponerse unas mantas por encima y ser examinados por un médico de emergencias. Echó de menos una tercera figura, la de su abuelo. ¿Cómo les explicaría a sus padres las circunstancias en las que había muerto? Por mucho que fuese un viejo verde y la espicara a veces a través de la mirilla de la puerta cuando se cambiaba, tendría que empezar a asumir que ya no estaba. Que esa persona de la que también recordaba muchos buenos momentos en su niñez había dejado de formar parte de su vida.

Se llevó la mano al pecho. Tenía el corazón encogido, pero al mismo tiempo lleno de felicidad.

Lo habían conseguido. Estaban vivos.

Habían triunfado.

Aún no se lo creía.

—Tenemos que irnos antes de que esto se llene de científicos y gente de la prensa —sugirió Erik. Ahora que el impulso de adrenalina comenzaba a remitir, su rostro se hacía eco del dolor de las heridas.

—¿Séfora? —preguntó Mauro.

El ángel también había ocultado sus alas, al tiempo que desaparecían las de los jóvenes.

—Estoy agotada, me temo que no podré sacarlos de aquí volando.

—No te preocupes. Si hace falta, nos tiraremos al agua y que nos rescaten como a los demás turistas. Aquí empieza a hacer calor —propuso Tanya. El aura que los protegía del magma también estaba desapareciendo, y eso era una muy mala noticia. Dentro de unos minutos tendrían que estar a más de cien metros de la lava o necesitarían trajes de amianto.

—Oye, Séfora... —Mauro se pasó un brazo del ángel por encima de los hombros para ayudada a andar. Erik lo secundó.

—También has escuchado su dolor, ¿verdad? —comprendió Séfora.

—Sí, oí las últimas palabras de Nínive, antes de... —se pensó cómo decirlo—. De que nos salvara a todos. Fueron palabras muy dulces dedicadas a ti. ¿Quieres que te diga cuáles fueron?

Ella negó con la cabeza.

—Todavía no. Cuando llegue el momento apropiado.

Mauro la llevó con ayuda de Erik hasta la orilla. Allí hicieron gestos a las lanchas para llamar su atención.

Los equipos de salvamento, tanto por mar como usando helicópteros, rescataron a los pasajeros que aún llenaban los salones del crucero, y ninguno se molestó en preguntar por su identidad ni a Séfora ni a los chicos. Suponían con toda probabilidad que formaban parte del grupo de turistas.

Tampoco a ningún científico se le ocurrió preguntar cómo había llegado hasta allí un extraño objeto que se había fundido con el cráter, cuando éste se cerró.

Un espejo de plata medio derretido.

ADIÓS A TODO LO QUE CONOCÍAS

El vuelo de regreso desde Santorini fue más largo que el de ida. Y no porque la Tierra girase en uno o en otro sentido bajo sus pies, sino porque ese obligatorio periodo de pausa, después de tantas emociones, cogió por sorpresa a los tres chicos y al ángel que los acompañaba.

Los acontecimientos se habían acelerado tanto en las últimas horas que, cuando el universo dejó de girar alocadamente y una amable azafata los obligó a permanecer sentados y tranquilos durante varias horas, ¡incluso viendo a punta de pistola una película de lo más tonta!, sus cerebros no sabían cómo reaccionar.

Séfora habría podido ir por su cuenta mucho más rápido y esperarlos en el aeropuerto de destino, ahora que ya no le dolían las alas y sus heridas habían cicatrizado (cortesía de Tanya), pero decidió acompañarlos durante todo el trayecto. Intuía que en cuanto los chicos pudiesen estar un momento a solas para reflexionar sobre lo que había ocurrido, y lo que estaba por venir, su voluntad flaquearía.

Al fin y al cabo, aunque los poderes angelicales hubiesen despertado, en sus mentes y corazones no dejaban de ser adolescentes, con todas las inseguridades y las dudas respecto al mundo y sobre cómo plantearse la vida que ello implicaba. Séfora quería estar cerca para ofrecerles consuelo, por si acaso el destino que se adivinaba para ellos en el ignoto y desasosegante futuro les producía pánico.

Tanya viajaba en una fila de tres asientos, con sus padres bien aposentados a su lado. Apenas recordaban nada de lo sucedido en los últimos días (explicarles cómo se habían despertado una buena mañana en una isla del Egeo, a miles de kilómetros de su hogar, y por qué el abuelo ya no estaba con ellos fue todo un desafío), pero habían cerrado instintivamente un círculo

protector en torno a su hija, y el amor los acorazaba como las murallas de un castillo. Era algo bueno y puro, y sólo por eso merecía la pena.

A Tanya, como era lógico, se la veía inmensamente feliz por tenerlos de vuelta, como si fuese lo único que le pedía a la vida. Las galas de Lolita que había conjurado durante la lucha (de una forma que ni ella entendía del todo) aún seguían vistiendo su piel, y aunque el resto de las personas que viajaban en aquel vuelo pudiesen verlas y reírse de ellas, Séfora sabía que no era más que la capacidad para conjurar una armadura que los ángeles poseían desde la noche de los tiempos, un traje que los representase espiritualmente en la batalla. Tanya había elegido el aspecto que luciría su blindaje, y a Séfora le encantaba. No hacía más que reírse interiormente al pensar en la cara que Gabriel y el resto de los Ancianos, tan tradicionales ellos, pondrían al ver el nuevo *look* de sus fuerzas de choque.

Erik aún sentía el dolor de las heridas. Se le notaba, y eso que a nivel físico Tanya también se las había curado, a excepción de la cicatriz de su frente, en la que aún se distinguía una burlona T. Pero había otro nivel mucho más profundo, más cercano a su orgullo y sus sentimientos, que aún estaba sangrando.

El desmodu le había humillado, colocándole al borde de la muerte y usándole como baza para atraer a sus amigos, y eso era algo que nunca en la vida podría olvidar. Séfora sabía lo duro que era para un exterminador sentirse aplastado y avergonzado por sus enemigos, y aunque algunos aprendían a sobrellevar ese sentimiento con el paso de los siglos, Erik era demasiado joven e impulsivo como para comprender que de la derrota también se aprenden valiosas lecciones.

Temía por él, y por las decisiones peligrosas que la sed de venganza pudiera hacerle tomar en el futuro. Séfora decidió tenerlo bien vigilado, porque un espíritu vengador y sediento de sangre, una espada incontrolable que no entendiera lo que implicaba jugar en equipo, era lo último que necesitaban en la próxima batalla.

Mauro, por su parte, había dejado de ser un binomio, y aunque se le notaba que echaba de menos a Rhea (esa manera de inclinarse instintivamente hacia un lado, como si diese por sentado que habría un hombro para sostenerlo, y la decepción al encontrar únicamente espacio vacío) llevaba razonablemente bien su nueva postura ante la vida. En ocasiones, cuando creía que nadie lo miraba, cerraba los ojos y movía los labios y las manos como si estuviese hablando con un interlocutor imaginario. Sus gestos siempre eran amables, nunca agresivos ni provocadores.

Séfora conocía a otros querubines, y distinguía cuándo estaban hablando con los espíritus que les enviaban las plegarias. Reconoció en Mauro los gestos benévolos de quien está ahí para escuchar y ofrecer consuelo, quien exterioriza un interminable discurso basado en la piedad y la comprensión, y supo que el chico sería un magnífico querubín. Un gran repartidor de consuelo y esperanza para todo aquel que confiase en que había alguien al otro lado de la oscuridad.

Qué curioso, pensó. De los tres, él era el que menos confianza le había dado en un principio, con esas ganas constantes de encerrarse en un cuarto oscuro y arrojar toallas hacia los cuadriláteros de la vida... pero resultó ser el que mejor había asumido su naturaleza dual. Mejor incluso que Tanya. Erik se había convertido en el nuevo eslabón débil del grupo, a nivel moral, cuando en teoría debería ser el pilar de apoyo.

Séfora no sabía cuánto resistiría ese eslabón antes de partirse, pero tenía que empezar desde ya mismo a hablar con él, reforzar sus cimientos morales y lógicos, o perderían a su mejor arma contra los demonios.

Justo después de tomar tierra se separaron. Cada cual se fue por su lado, con ganas de retomar su propia vida pero siendo consciente de lo imposible que era eso. Séfora no se molestó en quedar con ellos en volver a reunirse, en algún lugar en alguna fecha concreta. Ni siquiera tenía idea de cómo encontrarlos si decidían ocultarse, ahora que el espejo de Nínive había sido destruido.

Sabía, eso sí, que si realmente deseaban volver encontrarían la forma de hacerlo.

Vio marcharse a Tanya con sus padres en un taxi, a Mauro en un autobús y a Erik haciendo autostop. No intercambiaron un adiós, ni siquiera un hasta pronto. No hacía falta. Los tres tenían esa mirada triste y a la vez llena de emoción de quienes acaban de cruzar una puerta de la que ya no hay vuelta atrás posible. Y eso, en el fondo, es lo que cualquier adolescente se pasa la vida buscando.

Séfora se quedó sola, en el inmenso recibidor del aeropuerto, sin saber qué hacer. Pensó en Nínive y se llenó de tristeza. Pero a la vez experimentó una extraña alegría, porque el sacrificio de su amiga había supuesto el primer gran paso hacia el futuro, y de alguna forma sabía que ella iba a estar ahí siempre, en un rinconcito pequeño y confortable de su corazón.

Ahora que Nínive ya no estaba, Séfora descubrió que la necesitaba más que nunca.

¿No es eso lo que ocurre siempre cuando se pierde a una madre?

Tanya se escudó el rostro con las manos. El guía turístico había vertido un cubo de agua en el agujero del suelo, y todos sabían lo que eso significaba. Incluso hubo algunos que, mojándose el pulgar para comprobar la dirección del viento, se colocaron a favor de éste para que las gotitas del géiser no los salpicaran.

Pasaron unos segundos mientras la tierra ardiente deglutía el líquido. Luego, un blanco penacho de gas retumbó al alzarse con rugiente furia desde las entrañas de la isla. Lanzarote era la piel de un dragón dormido sobre la cual la gente había decidido edificar casas, puentes y autopistas, pero su pecho aún se agitaba allá abajo, soliviantado, y su aliento convertía en fuego el viento y la sal.

La lluvia de gotas calientes bañó a los turistas incautos, arrancándoles unas exclamaciones de complicidad y sorpresa. Tanya apartó en el último momento la mano que escudaba su rostro, dejándose asperjar por la sangre del dragón. Fue como un bautismo de fuego. Sus padres rieron.

Resultaba curioso que hubiesen elegido otra isla volcánica para sus vacaciones. Por supuesto, sus padres apenas recordaban nada de lo sucedido en el Nea Kameni, por lo que no sentían escalofríos al recordar los chorros de lava, el maremoto que levantó el crucero de lujo, el estruendo de las titánicas hélices al ser lanzadas contra la roca. Ella sí que se acordaba, pero no interpuso pegos cuando su padre sugirió Lanzarote. Era otra isla, al fin y al cabo, muy distinta (y a la vez asombrosamente parecida) a Santorini, y allí no había demonios.

O eso esperaba.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó su madre.

Eso la cogió desprevenida. Tanya no sabía que sus ojos aún reflejaban tristeza.

—¿Yo? Sí, por supuesto. ¿Por qué no iba a estado?

—Desde hace semanas pareces agobiada por algo. Es como si no fueses tú, que tan alegre estabas siempre.

La joven acarició la mejilla de su madre.

—Sigo siendo yo, mamá, te lo prometo. De hecho, ahora soy más yo que nunca, aunque no puedo explicártelo.

—Claro que puedes. Es que te has hecho mayor.

La conversación derivó hacia temas circunstanciales en lo que duró el regreso al hotel. Pero una vez estuvieron en la habitación, y ya no quedaban más excusas ni temas (habían agotado incluso el as el la manga de hablar del tiempo), su padre decidió entrar en materia:

—Sabemos que algo te pasó mientras nosotros... eh... estábamos enfermos. Tu madre y yo queremos, es más, *necesitamos* que nos digas qué es.

Tanya se sentó frente a ellos en un puf. Aquellas situaciones le hacían recordar cuando era niña y había hecho una travesura especialmente grave, y tocaba explicar ante el tribunal sus motivos.

—Yo... tengo algo que contaros, es verdad, pero no sé si sabréis encajado. Este tipo de noticias no se dan nunca, y son tan difíciles de exteriorizar que... bueno, que no sé si seré capaz.

Sus padres cruzaron una mirada llena de carritos de bebés y biberones.

—Escucha, Tanya —dijo su madre, muy lentamente. Le temblaban las manos—. Tu padre y yo hemos hablado repetidas veces de la posibilidad de que... bueno, de que nos traigas una noticia que supondría un cambio radical en tu vida. Y hemos intentado prevenirte sobre los riesgos desde que eras niña, pero si ahora es el momento de decirlo en voz alta, has de saber que estamos de tu parte. Siempre.

—Yo también te apoyo —la secundó Illych—. Si hay que afrontar un cambio, tanto a nivel personal como económico, se afrontará. Lo único que te pedimos es que seas sincera para que los tres estemos luchando en el mismo bando, porque a fin de cuentas se trata de nuestra familia. Tu familia.

Tanya dudó unos instantes, intentando encajar las piezas de aquel rompecabezas verbal, y soltó una sonora carcajada.

—No, mamá, los tiros no van por ahí. No estoy embarazada —rió.

La expresión de los adultos varió unos grados hacia la tranquilidad, aunque sus corazones latían a mil por minuto.

—¿No lo estás? ¿Entonces sigues siendo...?

—No soy virgen, creo que ya os lo dije en su momento —puntualizó Tanya. Cuanto más claras quedaran las cosas entre ellos, con más franqueza podrían analizar el auténtico problema—. Pero siempre que lo he hecho he respetado al máximo las normas de seguridad. Jamás me quitarán el carné por puntos —juró, levantando tres dedos al estilo scout—. Tampoco me regulo la regla con la píldora. Odio sobrehormonarme.

—¿Usas preservativos, entonces?

—Siempre le pido a él que se lo ponga, sí. Y yo llevo uno de repuesto en el bolso, por si acaso.

Su madre relajó un ápice la tensión del entrecejo.

—No sabes cómo me alivia oír eso —suspiró, aceptando la mano que le tendía Illych. Él también estaba conforme con la actitud responsable y adulta de su hija—. Pero si no estamos hablando de niños, ¿entonces qué te pasa? ¿Te ha dejado tu novio, tienes problemas en clase...?

Tanya hizo pucheros. Ahora era cuando venía lo difícil.

No quería explicarles que era ella la que quería dejar a Luis, porque llevaban arrastrando unos problemas desde hacía tiempo y, si se lo pensaba bien, su relación no tenía demasiada cabida en el futuro que Nínive les había augurado. Tampoco deseaba ponerle en peligro, ni a él ni a sus padres, ahora que sabía lo letal que resultaba enfrentarse a las hordas del Infierno. Ya habían vencido a un desmodu, una primera medalla brillante que colgarse de la chaqueta, bravo, pero eso sólo significaba que el Infierno buscaría venganza. Y si ella y los otros, Mauro y Erik, realmente eran una piedra de toque para los planes del Cielo, Tanya tenía clarísimo que el Enemigo no iba a quedarse de brazos cruzados.

Era sólo cuestión de tiempo que enviase más asesinos en su busca. Negarlo sería vivir una vida muerta en una escuálida y deprimente estancia de piedra sin ventanas, enjaulada junto a un montón de personas inocentes que no sabían lo que se les venía encima, a la espera de que el enemigo moviese la siguiente pieza. No quería vivir así, dejando que los días sangraran convirtiéndose en semanas y meses, preguntándose a cada minuto de qué manera horripilante morirían sus padres y ella, igual que había muerto el abuelo.

Si quería protegerlos, tenía que alargar la mano hacia el tablero y ser ella quien moviera la siguiente ficha. Y a ser posible, a posición de jaque.

—Vosotros creéis que soy un genio, por las notas que saco y los concursos esos de preguntas y respuestas, ¿no?

—No es que lo creamos, cariño; tu C.I....

—Mi C.I. es el de la chica más tonta del mundo —dijo con amargura—. De nada sirve saber cómo resolver ecuaciones diferenciales si luego tu vida es un desastre.

—La adolescencia es la etapa más compleja de la vida —dijo Illych—. Ya no eres una niña, pero tampoco eres completamente adulta. Estás en una tierra de nadie donde no existen mapas para llegar a buen puerto. Es normal que te sientas perdida.

Tanya sonrió.

—Vaya, papá, no sabía que tuvieses alma de poeta.

—¿Cómo te crees que conquisté a tu madre?

Ella le dio un pellizco.

—Tu padre tiene razón, cariño —dijo—. Nadie nos advierte sobre lo difícil que es crecer. Y cuando llegan esos cambios profundos a tu vida y se te exige que tomes decisiones importantes, mucha gente no está preparada para asumidos.

—Cambios importantes —asintió Tanya, jugueteando con los encajes de la falda—. Ahí le has dado. Si tuvierais una ligera idea de cuán importantes son esos cambios...

Su padre abrió los brazos, invitándola a continuar.

—Para eso estamos aquí, para tratar de entenderlo. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Tanya llenó sus pulmones de aire. Bien, no había mejor manera de cruzar una distancia larga que el camino recto, así que...

—Está bien, papá, mamá, ¿qué me diríais si os confesara que vuestra hija es un ángel?

Silencio. Su madre bromeó:

—Eso ya lo sabíamos. Lo supe en cuanto naciste, con esos enooooormes ojos abiertos.

—Lo secundo —dijo Illych—. Cuando te vi por primera vez creí que tu madre había parido un muñequito manga, de esos japoneses. Con eso te lo digo todo.

Tanya rió. Por Dios, ahora sí que se sentía en casa.

—Nunca cambiéis. Por favor, nunca cambiéis.

—Trataremos de no hacerlo, tranquila. Seremos así de *guais* incluso cuando nos volvamos viejos insoportables y caprichosos.

—Si tuviera que irme fuera durante una temporada, a hacer cosas que ningún otro mortal haría... ¿Confiaríais en mí?

Sus padres cruzaron otra mirada idéntica a la de «pronóstico de embarazo con amenaza de biberones intensos».

—¿Irte? ¿Adónde?

Entonces Tanya desplegó sus grandes alas blancas, tirando al suelo el televisor por accidente y la mitad de las cosas que descansaban sobre la mesita de la sala.

Y sus padres la miraron con una expresión mezcla de espanto y de absoluta maravilla. Y entendieron. Por supuesto que entendieron.

Explicarles por qué tenía que abandonarlos durante una larga temporada para irse a luchar en una guerra que ella no había empezado ni tampoco podía terminar, fue más difícil.

El lugar del rodaje era un antiguo almacén reconvertido en plató, que antiguamente había servido para guardar conservas de pescado para una compañía naviera. Eso había impregnado las paredes y el suelo de un hedor indisimulable, que los trabajadores llamaban con sorna «ese añejo sabor mariner a película de Errol Flynn».

Cuando llevaba varios días encerrado dentro rodando escenas, uno tenía la sensación de que jamás dejaría de apestar a arenque.

Erik consiguió que un camionero lo trajese hasta las afueras de la ciudad, y luego cogió un taxi hasta los estudios. Cuando se separaron habían repartido a partes iguales el dinero que les quedó tras la aventura de Santorini, sin contar a Séfora, que renunció a su parte en favor del grupo. Aún contando los gastos del viaje de vuelta, les había caído un buen pico a cada uno.

Los primeros en sorprenderse por su presencia allí fueron los guardias de seguridad, que lo conocían de antiguo. Al verlo bajar del taxi se llevaron las manos a la cabeza e incluso se santiguaron, como si se hubiesen topado con una aparición. Y no iban muy desencaminados: los muchachos, tras asegurarse de que Erik era real, de carne y hueso y no un espectro aficionado al transporte público, le explicaron que lo habían dado por muerto tras los incidentes del día de rodaje en la montaña. La policía había catalogado cuatro cadáveres, los dos conductores de los coches, su amigo Antonio y una chica de producción llamada Tatiana. A él, tras una búsqueda infructuosa que duró varios días, lo habían dado por desaparecido.

Erik se asombró del alcance de la matanza. Tres chicos asesinados —suicidios ocasionados por las drogas de cara a la prensa—, una chica a la que él conocía e incluso había llegado a cortejar en un momento dado... Era trágico, El calor de la ira volvió a nacer en su pecho, y su mano se cerró instintivamente en torno a un mango invisible, pero respiró hondo e intentó serenarse. Ya habría tiempo para buscar demonios. Ahora tenía que decirle al mundo que estaba vivo, y buscar una excusa razonable para su reaparición.

La misma escena de manos llevadas a la cabeza y gritos de asombro se repitió en los siguientes departamentos, desde la cocina hasta el despacho de administración de la productora. Pero cuando Erik llegó al plató, la noticia de

su regreso había corrido más que él, y ya había compañeros con lágrimas en los ojos esperándole en la puerta.

Entre ellos estaba Sandra, la chica de vestuario que tanto le gustaba. Al verlo aparecer por el camino, escoltado por compañeros de producción, corrió a abrazado y le plantó un largo beso en los labios. Erik la volteó en el aire, contento por ese recibimiento tan efusivo.

Parafraseando a uno de sus actores favoritos, Marcello Mastroianni, dijo con voz de galán romántico:

—Es obvio que me echabais de menos, ¿eh?

Sandra le propinó un bofetón que le cruzó la cara.

—Es obvio que no vienes sin una buena explicación para dónde has estado, o por qué no has llamado —le espetó, clavándole una uña en el pecho—. Porque si fuera así, si por un instante se te hubiese ocurrido presentarte aquí diciendo «hola, me fui a comprar tabaco», yo misma te cuelgo del mástil de la grúa por el cuello.

—¡Eso, Sandra, dale caña! —gritó algún gracioso de fondo.

Erik se frotó la mejilla dolorida.

—Joder, tía, qué bruta eres. —Se encogió cuando ella volvió a levantar la mano—. Vale, vale, hay una explicación. No me fui a comprar tabaco, es algo más... esto... realista. Trágico. —Puso cara de estar buscando el adjetivo perfecto, sin conseguirlo—. ¿Siniestro? ¿Esperpéntico? ¿Demencial?

—Eres un imbécil —diagnosticó ella, y volvió a colgarse de sus hombros. Erik respiró con alivio. Si a cada bofetada la seguía un beso, podía dejarse maltratar un poco. Pero sólo un poquito.

En realidad, Erik sí que había pensado en una coartada. Se le había ocurrido durante el vuelo de regreso, y la había ido puliendo poco a poco durante el trayecto en taxi hasta que a él mismo dejó de sonarle increíble. Sí, señor inspector, yo estaba en la colina cuando los conductores parecieron volverse locos. Los dos trataron de embestirme con los parachoques, no puedo imaginar por qué; mi relación con ellos hasta entonces había sido cordial. Por mi cabeza sólo pasó el huir de allí lo más rápido posible, porque es lo que uno hace cuando varias personas intentan asesinado, y el más puro terror me obligó a esconderme en un hotel hasta pasados unos días, cuando vi que la cosa se tranquilizaba. Sí, señor, ya sé que era mi deber de buen ciudadano informar a las Autoridades, pero es que tenía demasiado miedo. ¡Vienen a por mí! ¡Están por todas partes! ¡Hackson...!

Bueno, menos el punto neurótico del final, el resto sonaba más o menos creíble.

—Y eso es todo: tenía miedo y necesitaba ocultarme, por si acaso esos locos seguían persiguiéndome —concluyó, delante de un público formado por el director, el productor y la mayoría del equipo de especialistas.

—¿No se te ocurrió llamar para tranquilizarnos, aunque fuese desde una cabina anónima o un *ciber café*? ¿Mandar un simple *e-mail* a la web de la empresa o a casa de un amigo? —preguntó el director, enfadado—. ¿Sabes cómo de mal lo ha pasado esta gente sin saber si te habían atropellado, si estabas todavía tirado en algún lugar de esa montaña, sin...?

—OK, OK —Erik se sonrojó—. Tampoco es para tanto.

—¿Que no? Tú no viste en qué estado quedó el cuerpo de Tatiana, capullo —dijo una chica del departamento de arte. Estaba realmente enfadada. Erik comprendió que su actitud desenfadada estaba hiriendo los sentimientos de muchas personas que realmente habían vivido un infierno aquel día. Se preguntó cuántos de ellos habrían tenido que encadenar cuatro funerales consecutivos.

Se sintió como un verdadero canalla durante las siguientes horas. Hasta le dio vergüenza haber sobrevivido. Ni siquiera el hecho de conocer los verdaderos motivos de lo que había pasado con aquellas personas, aquellos desdichados a los que habían poseído los demonios, bastaba para consolarle.

Además, ¿a quién se lo iba a explicar? No, señor inspector, verá usted: todo lo que le conté antes sobre el miedo y la paranoia era un cuento chino. En realidad lo que pasa es que soy un ángel vengador en prácticas, y claro, cada vez que lucho contra los malos hay daños colaterales. La gente muere y todo eso. ¿Qué pena, no?

Patético.

Sandra lo sorprendió en mitad de esta reflexión, sentado en el muro que daba al solar de atrás, un terreno lleno de cráteres donde los cachondos de efectos especiales probaban su artillería.

—Me han pedido que te diga que no están enfadados contigo —comentó, las manos abandonadas en los bolsillos—. En el fondo se alegran mucho de verte.

—No es esa la impresión que me ha dado.

Sandra trepó a lo alto del muro y descolgó los pies por el otro lado, dejándolos oscilar como una niña. Era una chica con las piernas demasiado finas, como si padeciera anorexia, aunque el resto de su anatomía estaba bien proporcionada. Ella misma se quejaba a menudo de los palillos que la Naturaleza le había dado en lugar de muslos, y se comparaba a sí misma con un funambulista con tacones.

—Tienes que comprender que los últimos días han sido muy malos. Mientras tú ponías en práctica la estrategia del avestruz —eso lo dijo con un poco más de mala uva de lo que tenía previsto—, nosotros teníamos que seguir trabajando para completar el calendario de producción. Aquí no se para nada, ni por un fallecimiento. Ya sabes cómo es.

—Lo sé. Ahora que me doy cuenta, es cierto que obré como un egoísta. Estaba preocupado porque hubiese una especie de conspiración contra mí o algo. Cuando me escabullí de la montaña, esos capullos que intentaban atropellarme aún no se habían estrellado. Pensé que seguían buscándome.

—¿Te refieres a una conspiración a lo Brandon Lee? ¿La mafia china conspira para matarte porque no has saldado las deudas de tu padre?

Erik lanzó un guijarro a uno de los cráteres. Rebotó en la periferia y salió fuera.

—Suena ridículo, ¿verdad?

—Esto es el mundo de la farándula —sonrió ella—. Lo ridículo aquí es lo común.

Erik le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Me gustaría quedarme, pero no puedo —dijo, solemne, como si se estuviese despidiendo para siempre de su familia.

Ella le miró.

—Júrame que lo de la mafia china es un camelo.

—Tranquila, no estoy amenazado por ninguna mafia. —*A menos que un ejército de diablos pueda considerarse como tal*—. No, es otra cosa. Voy a tener que ausentarme un tiempo del país.

—¿Renunciarás a tu trabajo? Aunque el productor crea que eres un capullo, eres el mejor especialista que tenemos. —Apuntó con el pulgar por encima de su hombro—. Hace un rato le oí comentar que si querías estaba dispuesto a renovarte el contrato.

Erik sacudió la cabeza.

—Lo siento, Sandra, de veras. No puedo quedarme. Y tampoco puedo decirte por qué me voy. Tú y los chicos tendréis que perdonarme, si es que aún sois capaces de hacerlo. —Eso también le quedó demasiado solemne, como si estuviera recitando el parlamento de un guión. Se le ocurrió otro actor famoso al que se estaba pareciendo sin quererlo, pero no daba con su nombre. ¿Bruce Willis? No, otro más melancólico.

Ella se encogió de hombros, en un gesto bastante trivial. Erik pensó que ya lo habían llorado bastante, y que una vez asumida la separación, ésta ya se veía como algo normal.

—Como quieras. Pero mándanos un *mail* de vez en cuando, al menos para saber que estás bien.

—Lo haré, lo prometo. —Se inclinó hacia ella para besarla, pero Sandra rehuyó el beso. Se apartó de él, bajó del muro y se fue caminando. Sus manos volvieron a encontrar el lugar donde perderse en los bolsillos.

Erik convirtió su aliento en un largo y flemático suspiro. Otra chica que se iba de su vida. Apenas le quedaban contactos a estas alturas con el mundo real.

Se marchó paseando entre los cráteres. Justo en mitad del campo de pruebas, se paró y echó una mirada alrededor, para comprobar que no hubiese nadie mirando. Apuntó con un dedo hacia un montón de tierra, simulando la forma de una pistola, y dijo:

—*Bang.*

El montón de tierra estalló, enviando polvo y piedrecitas a un distancia de varios metros.

Erik se sopló la yema del dedo. No estaba mal el truco. Dentro de poco, si seguía practicando, podría hacer explotar cosas más grandes.

Se preguntó si encontraría trabajo en Hollywood no haciendo de especialista, sino de pirotécnico. ¡La de dinero que se ahorrarían las productoras en explosivos!

Se marchó silbando el tema principal de *La jungla de cristal*, también con las manos en los bolsillos. Y ya se acordaba de qué actor era.

Mauro había accedido a acompañar a los chicos a su país de origen, pensando que desde ahí podría continuar el gran salto del océano hasta Quebec, una ciudad que siempre había deseado ver. Pero ya no le apetecía seguir volando.

Encontró una cafetería que le gustaba, en un pueblecito que le gustaba, frente a una plaza con palomas y niños jugando, y allí se aposentó, pasando un día tras otro, pidiendo un refresco tras otro hasta que apareció Séfora.

El ángel vestía un conjunto ajustado de dos piezas que, tanto en la camiseta como en el pantalón, lucía un estampado de círculos entrelazados que le daba un aire muy sesentero. Mauro estuvo un rato preguntándose por qué le sonaba tan familiar ese dibujo, hasta que cayó en la cuenta de que era muy similar al traje de combate de Séfora, la cota de malla de piedrecillas.

Séfora se sentó, se largó un cigarrillo a los labios y pidió una cerveza. Con alcohol.

Al cabo de un rato de disfrutar en silencio del agradable panorama, le preguntó a Mauro:

—¿Piensas regresar con nosotros?

El joven se levantó sin decir palabra, vació la vejiga en el servicio de caballeros y volvió junto a Séfora, pidiendo un café con leche. Descafeinado.

—Supongo que nunca me marché —respondió, como si no hubiese pasado tiempo entre la formulación de la pregunta y la respuesta. Parecía un niño, mirándolo todo y reflexionando sobre el mundo con la naturalidad de la infancia. Séfora recordó que una vez le había visto quitarse la chaqueta al modo de los niños, encogiéndolo los hombros para que se cayese sola. De no haber estado ella en aquella ocasión para sujetársela, se le habría caído al suelo.

Continuaron observando a los infantes que jugaban un rato más, hasta que empezó a hacer frío. Sus padres los abrigaron y se los fueron llevando poco a poco. Cuando el último niño hubo desaparecido, uno de los columpios siguió con su vaivén sincrónico un rato más, totalmente abandonado, como si lo estuviese montando un fantasma.

—¿Por qué piedras? —preguntó Mauro.

—¿A qué te refieres?

—A tu armadurita.

Séfora se miró la ropa.

—Por nada en particular. Mi padre me regaló una vez un cristal de cuarzo. Para mí era como un talismán que siempre me protegía del mal. De hecho —recordó—, cuando atacaron mi ciudad esa piedra detuvo una flecha, justo a la altura de mi corazón. Fue increíble. Supongo que cuando pasé al otro lado y elegí una armadura, extrapolé ese sentimiento.

Armadurita. Había dicho armadurita, como los niños pequeños.

—Oh.

—¿Decepcionado?

—Oh-izado.

—Supongo que esperabas un argumento más místico.

—Sí. Pero no importa. Lo trivial me gusta más que lo místico.

Séfora apuró el vaso de cerveza. Ya se le había agotado el tabaco, y al fondo de la botella sólo quedaba espuma.

—A mí también —confesó.

El columpio acabó deteniéndose, cuando o bien se agotó la inercia, o bien el fantasma jugueteón se cansó y se fue en busca de algo menos sobrenatural

que hacer. Para Mauro, y en el fondo también para Séfora, la explicación más trivial era la segunda.

El lugar de reunión no fue acordado, ni la fecha, ni la hora. Pero cuando llegó el momento todos estuvieron allí. Puntuales.

Era un viejo parque de atracciones que había sido clausurado hacía años. La endeble verja no había aguantado el mono de los drogatas ni los escarceos de las parejas en busca de un lugar solitario para su amor (aún circulaba por aquel lugar una leyenda sobre que si una pareja se daba su primer beso subida a aquella noria desvencijada, el sabor de ese contacto duraría para siempre). Pero para las cuatro personas que se reunieron aquella noche junto al viejo kiosco de los helados sin cucurucho, el abandono no era lo que realmente importaba, sino el poder de sugestión del lugar. Su magia, medio viva y medio enterrada entre ecos de antiguas canciones de feria.

Séfora fue la primera en llegar, acompañada por Mauro. Ambos llevaban gruesos abrigos para protegerse del frío nocturno. Pocos minutos después apareció Erik, con un traje de cuero de motorista que parecía sacado del guardarropa de *Mad Max*. Y por último Tanya, que seguía pareciendo una muñeca dieciochesca, pero los colores que lucía ya no eran negros góticos ni blancos victorianos, sino los mil matices que el rosa acaramelado ofrecía al ojo humano. De hecho, su vestido parecía una versión puesta al día de Tarta de Fresa, con grandes fresones desparramados por la falda y lacitos malva por todo el cabello.

Erik soltó una risita nada disimulada al verla. Ella le dedicó una mirada de desprecio.

—Voy de *sweet*, ¿pasa algo?

—Nada en absoluto —aseguró él, pero siguió con la sonrisita burlona un rato más.

Séfora tomó la palabra:

—Bienvenidos. Y gracias por venir, aunque ya sabía que cuando hiciera falta reunirnos ninguno me daría la espalda.

—Demasiado segura estabas —dijo Erik con socarronería.

—No, Erik, lo sabía. Tenéis un destino, todos vosotros, y vuestra relación con él no ha hecho más que empezar. A partir de ahora viene lo más difícil.

—Por favor, no nos des tantas esperanzas.

Mauro se adelantó para colocarse junto a sus compañeros. Los tres formaban una fila enfrente de Séfora, que los miraba orgullosa.

—¿Por qué en este lugar? —preguntó Tanya—. Es un poco lóbrego, la verdad. Ya puestos, podríamos habernos reunido en un Starbucks.

—Ya, y pasear esos modelitos tuyos delante de toda la ciudad —gruñó Erik—. No te lo crees ni tú.

—¿Estás buscando problemas, guapo? —se le encaró Tanya, las manos en jarras. Él simuló estar aterrado.

—Uy, lo siento, sanadora. ¿Me vas a golpear con tu varita de curación en la cabeza hasta matarme de salubridad?

—No me tientes.

Séfora negó lentamente con la cabeza.

—Mientras más cambian las cosas, más siguen igual —suspiró—. Escuchadme, hemos venido aquí porque hace milenios fue un lugar sagrado. En este mismo punto se levantó el primer oráculo, en tiempos en los que el hombre aún no caminaba erguido del todo.

Los tres chicos bajaron la vista a sus pies, asombrados.

—¿En serio?

—Así es. Y necesitamos ese poder para hacer la llamada. Si no, ellos no vendrán.

Mauro arrugó la frente.

—¿A qué «ellos» te refieres?

Séfora sonrió, señalando las nubes, y dijo en un susurro reverente:

—*Ellos.*

HERALDOS DE LA LUZ

La aparición no estuvo acompañada de trompetas, ni de fanfarrias ni fuegos de artificio celestes. En realidad, todo transcurrió en medio de un silencio sepulcral, pero lo que los tres adolescentes vieron materializarse sobre sus cabezas no necesitaba de ninguna banda sonora ni de efectos visuales estilo Hollywood para resultar extraordinario.

Ya era lo más increíble que habían visto en sus cortas vidas, así sin más.

Contemplar una manifestación del Otro Lado siempre resultaba chocante para las delicadas psiques de los humanos. Pero hasta la fecha, y dejando aparte las agresivas muestras de poder del desmodu, lo que Tanya y sus compañeros habían tenido que afrontar no resultaba excesivamente violento para sus cerebros. Séfora en sí misma era una fresca herida para su cordura, un fantasma de la razón que arrastraba una túnica de paradojas.

Lo que los chicos vieron aparecer sobre el vetusto parque de atracciones iba mucho más allá de todo eso.

—¿Q... qué son? —logró articular Mauro.

Séfora hincó una rodilla en la tierra, en señal de reverencia.

—Arcángeles —dijo. Y no hizo falta explicar más.

Eran gigantescos, verdaderos titanes de luz de más de cien metros de altura que, de haber podido ser vistos por los mortales en aquel mismo momento, habrían cambiado de un plumazo toda la concepción mitológica sobre el Más Allá. En un primer momento no parecieron humanos, sino gigantescos soles donde se fraguaban las mecánicas celestes. Luego mutaron, a hombres, a mujeres, a una forma que los mortales podían entender sin volverse locos. Y por último descendieron de las alturas, reduciendo su tamaño hasta el de una persona corriente. Así de generosos eran. Así de inconmensurables.

Cuando el pie del primero de ellos tocó el suelo, la tierra reaccionó. El barro se cristalizó bajo su contacto, todo lo vivo floreció y se multiplicó, evolucionó y mutó a ojos vista, y la gravedad misma se alteró para que todo flotase a varios centímetros por encima de la grava.

Tanya contempló boquiabierta a los dos seres que habían descendido, y que la miraban desde sus dos metros de altura como sólo los seres supremos pueden mirar a las formas menores de la Creación. Eran un hombre y una mujer, extremadamente hermosos, perfectos en sus proporciones anatómicas. El varón había elegido una piel amarilla, al estilo oriental, y la mujer una piel negra, igual que Séfora. Vestían armaduras hechas de energía líquida que fluían sobre su piel como una pequeña marejada de luz. Los dos portaban espadas, pero iban enfundadas en una vainas que parecían tejidas con piel de estrellas.

El hombre habló, y su voz hizo retorcerse el metal de las atracciones:

—Te saludo, Séfora. Y te doy mis condolencias por la muerte de Nínive. Fue su sacrificio el que abrió la puerta entre los mundos, aunque por un breve periodo de tiempo.

—Es un honor para mí que hayáis escuchado mi plegaria, oh Samael —dijo Séfora, en tono de absoluta humildad—. La profecía se está cumpliendo. Aquí están los elegidos.

La mirada de los Arcángeles se paseó por los muchachos, que no sabían cómo empequeñecerse más. La sangre no les llegaba al cuerpo, y decir que se sentían como algo menos que bacterias en presencia de aquellos entes inmortales, era simplificar mucho sus sentimientos.

—La estirpe de los Primeros Arcángeles continúa viva —confirmó Samael, aparentemente satisfecho de lo que veía. Eso tranquilizó un poco (sólo un poco) a Tanya, que sentía su poder, una potestad sobre todas las cosas que no podía ser igualada por nada aparte de Satanás o el mismo Dios—. Aún tienen mucho que aprender, pero lo harán bien. Tienen sangre de reyes.

—Os lo agradezco, mi señor —dijo Séfora—. Pero decidme, os lo suplico: ¿qué está ocurriendo? ¿Por qué mis plegarias no fueron atendidas? —Esto último temió preguntarlo—: ¿Por qué creí escuchar las trompetas de Jericó cuando tuve un atisbo del Otro Lado?

El Arcángel femenino habló:

—Pequeña Séfora, tienes derecho a saber lo que ha pasado en tu hogar. Pero te advierto que no son buenas noticias. Las murallas del Cielo han caído bajo el asedio de las hordas del Abismo.

Si el ángel hubiese dicho cualquier otra cosa, como que Dios estaba harto de su Creación y había optado por reescribirla de nuevo desde cero, como quien actualiza un programa informático, Séfora no se habría sentido tan dolida, tan impactada. Tuvo que hacer un verdadero acto de volición para no desmayarse y formular la siguiente pregunta:

—P... pero... ¿cómo es posible? —Su voz vibraba con el tono histérico del pavor extremo—. ¿Por qué Él no lo ha evitado? ¿Cómo dejó que sucediera?

Los Arcángeles se miraron. Tanya tragó saliva. La situación tenía que ser realmente crítica si a Samael, el Ángel de la Fuerza para la tradición judía, el líder del Quinto Cielo, y a su desconocida compañera, les fallaban las palabras.

—Él ya no está en Su morada, Séfora. Abandonó la Isla de Luz justo antes del ataque de Lucifer. No sabemos por qué, ni dónde ha ido.

—¿Nos... abandonó? —Séfora estaba al borde del colapso, si es que a un ángel podía llegar a darle un infarto—. ¡Él nunca nos abandonaría! ¡Es la perfección absoluta, no es capaz de traición! ¿Cómo pueden los labios de Rafael pronunciar semejante sentencia?

El Arcángel femenino al que Séfora había llamado Rafael dijo:

—Sus motivos nunca se cuestionan, ni tampoco la pureza de Sus actos. Los defensores del Cielo nos hemos visto superados sin la presencia del Altísimo, pero aún no nos han vencido. —Volvió a mirar con ternura a los tres jóvenes, que seguían si cabe más acongojados que al principio—. Todavía hay esperanza. Las huestes oscuras no han alcanzado los crisoles de almas. Pero si queremos impedirlo tenemos que ser rápidos.

—El Metatrón es quien gobierna ahora las planicies celestes —añadió Samael, cruzándose de brazos en un gesto tan humano que no parecía posible que seres así pudieran imitarlo—. Sabe que nuestra única esperanza de resistir está en proteger la última muralla, y ha pensado... en aumentar drásticamente nuestras tropas.

Eso no le sonó nada tranquilizador a Séfora.

—¿Aumentar las tropas sin que nazcan nuevos ángeles? ¿Cómo? —Una terrible sospecha se abrió paso en su cabeza—. Oh, no. —Dio un paso atrás—. Es imposible. No estará pensando en...

Rafael asintió. Su espada flameaba en la vaina como una nova contenida en un saco de terciopelo.

—Planea matar a todos los humanos de la Tierra y de los otros planetas inseminados con la sangre de Adán, para reunir sus almas en una última y

colosal batalla. Dejará los mundos del plano material vacíos para llenar los adarves del Cielo.

Séfora retrocedió, espantada ante la mera idea.

—¡No! —gritó—. No puede hacer eso.

—Es el Metatrón —precisó Rafael, con el mismo tono neutro y desprovisto de emoción con el que acababa de profetizar el exterminio de la humanidad—. Puede hacer lo que se le antoje.

Séfora se llevó las manos a la sien, desesperada. Evidentemente, no había nada que un ángel menor como ella pudiera hacer o decir para cambiar el rumbo de los acontecimientos. Séfora no era nadie en la jerarquía del Cielo, y ya estaba teniendo bastante suerte con ser informada por los Arcángeles titánicos de lo que pasaba en su hogar, como para ponerse a exigir cambios.

Tanya sentía la garganta reseca. El mismo acto de respirar le dolía. Lo que acababa de escuchar era... simplemente inadmisibile. Ningún ser, por supremo que fuera, tenía el derecho de disponer de las almas de miles de millones de seres vivos para su beneficio, por mucho que estuviese en juego la continuidad del Cielo. ¡Y encima, el ángel había mencionado otros mundos! ¿Había gente en otros planetas lejanos que también estaban en peligro?

No. *Tenía* que existir una alternativa. El Creador jamás se habría marchado por la puerta de atrás del universo sin dejar una ventana entreabierta a la esperanza.

¿Verdad?

Cruzó los dedos.

El Metatrón... el nombre le sonaba de haberlo leído en algún libro, hacía tiempo, en los años en que se había sentido fascinada por toda la mitología cristiana perdida, la que no había entrado por un asunto de convenciones en el canon del siglo XXI. En aquellos tiempos se había dedicado a buscar datos en libros sobre las antiguas cábalas judías, y llegó a encontrar información verdaderamente interesante.

El Metatrón era uno de los espíritus primordiales, un ángel de oscura procedencia mencionado en el Talmud, donde se le describe sentado en el centro del Paraíso, una postura que en el Cielo sólo se le permite a Yahvé mismo. El misterio que rodeaba su figura sólo era comparable al poder que se decía ostentaba en la jerarquía divina. Y si la leyenda era cierta, la manzana que Eva había arrancado del Árbol de la Vida no era más que el Cubo de Metatrón, un glifo que condensaba las geometrías de su alma.

Nada de eso se contaba en las misas juveniles que los Papas prodigaban tanto. Hasta el siglo XXI no había llegado ni una décima parte de la mitología

del cristianismo, y los que se atrevían a preguntar dónde había quedado todo lo perdido, lo olvidado a propósito, solían recibir el silencio o el desprecio de las autoridades eclesiásticas por respuesta.

—¿Qué podemos hacer nosotros contra semejante decisión? —inquirió Séfora—. ¿Estamos a tiempo de cambiar algo, una fracción de ese plan divino, por minúscula que sea?

Los Arcángeles se volvieron hacia los muchachos.

—En vuestras manos está la clave para cambiar el destino de vuestro mundo —dijo Samael, afilando el pliegue epicántico de sus párpados que le daba un aire tan oriental—. Si estáis dispuestos a dejar atrás todo lo que conocíais para cruzar al Otro Lado, haremos que cada uno de vosotros siga la senda que tiene predestinada desde el comienzo de los tiempos. Pero no podemos obligaros. El viaje será muy largo y muy difícil, y puede que os exija más de lo que estáis dispuestos a entregar a cambio... pero en último extremo tiene que ser decisión vuestra. Poseéis libertad total, con todas sus consecuencias.

—Si aceptáis —matizó Rafael— es probable que nunca volváis a pisar el mundo material. Cambiaréis profundamente en el proceso, y aunque eso os abrirá puertas que ni siquiera habéis podido soñar, también os vetará el camino de vuelta a lo que sois ahora.

Los tres se miraron. Mauro ya tenía grabada una respuesta en la cara, pues no había nada que realmente lo atase a este mundo, y si tenía que abandonarlo para cumplir una misión en la que estaba involucrado algo más que su propia alma, lo haría sin pensarlo.

Erik dudó, pero en su fuero interno ya sabía que acabaría por aceptar. Sus motivos distaban de ser prístinos y dadivosos, pues lo único que llenaba en ese momento su alma era la cólera, la misma que había impulsado espadas de figuras legendarias como Aquiles, Hesión o el rey David, y no pensaba privarse de la oportunidad de vengarse contra los que le habían hecho daño. La marca del desmodu aún ardía con fiereza en su frente.

Tanya fue, con diferencia, la que más dudas halló en su corazón. Les había dicho a sus padres que tenía que marcharse, cierto, pero siempre tuvo en mente que ese viaje sería temporal. Que regresaría tarde o temprano a su casa, a la familia, a una vida normal. Pero por lo que decían aquellas criaturas, podía perfectamente no haber vuelta atrás al final de aquel camino.

Si tomaba la decisión de marcharse, sería para siempre.

Miró a la ciudad lejana, tendida sobre las colinas como un poema de luces, celebrando en su callada majestad el inminente cisma de los mundos.

Allá abajo, en alguna parte, sus padres dormían el sueño de los justos, esperando que su hija completase la primera tarea en solitario en el mundo, que no era más que una metáfora del paso a la edad adulta que tantos poetas habían volcado en versos sin nombre.

Esperaban pacientemente a que ella se hiciera mujer. A que lo que fuera que tuviese que hacer fuera bueno, y aportase un granito de arena a la pirámide de bondad que sostenía su idea de futuro. Ya nunca más la tratarían como a una niña, y ella tendría que hacerse merecedora de esa confianza.

Alzando el mentón, orgullosa de sí misma y de su destino (y más adulta de lo que se había sentido jamás), se volvió a los Arcángeles y les preguntó, con voz firme:

—¿Y bien? ¿Por dónde empezamos?

Índice de contenido

Cubierta

Heraldos de la luz

Prólogo: José Antonio Cotrina

1- La extranjera

2- El primer encuentro

3- Los niños perdidos

4- Erik

5- *That old cat smell*

6- *Scene*

7- Comunión

8- Entrenamiento y búsqueda

9- Preparativos para la batalla y una dulce traición

10- «Tres veces se luchará...»

11- La última tentación de Tanya

12- Inmolación

13- Adiós a todo lo que conocías

14- Heraldos de la luz

VÍCTOR CONDE
HERALDOS
DE LA LUZ



PRÓLOGO DE JOSÉ ANTONIO



Lectulandia